RELATOS REUNIDOS

GAMBARO

Este libro contiene 40 relatos de Griselda Gambaro reunidos en tres secciones: «El odio es poca cosa», «Lo mejor que se tiene» y «Un cuento italiano, dos cuentos rusos». Casi la mitad de los cuentos son inéditos en libro.

En estas narraciones encontramos la recurrencia de varios temas que han sido abordados por Gambaro desde distintas épocas y ópticas: la pulsión por la libertad que mueve a sus personajes, lo fantástico y la emulación de cuentos legendarios, la vejez o cómo hombres y mujeres enfrentan el paso del tiempo, la soledad, la inmigración, entre otros.

El volumen viene a hacer justicia sobre una parte de la obra de Gambaro poco conocida al echar luz y descubrir ese mosaico secreto de la narrativa que pulsa detrás de la mayor visibilidad de sus obras teatrales y aun de sus novelas. Un volumen que amplía el territorio ficcional de una las escritoras fundamentales de la literatura argentina.



Griselda Gambaro

Relatos reunidos

ePub r1.1
Un_Tal_Lucas 19.09.16

Griselda Gambaro, 2016
Retoque de cubierta: Un_Tal_Lucas

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2



Variaciones de una épica intimista: los cuentos de Griselda Gambaro

No deseamos que nos comprendan en lo racional, en lo *comprensible* sino en lo oscuro de nosotros mismos. Y es preciso comprender también del mismo modo.

Griselda Gambaro, *Escritos inocentes*

La visibilidad y el reconocimiento de Griselda Gambaro como dramaturga sin dudas hacen justicia a su prolífica obra, traducida a numerosos idiomas y llevada a escenarios muy diversos durante más de cinco décadas, que aún sigue interpelando los dilemas del presente en un lenguaje que trasciende las fronteras nacionales. Asimismo, la atención suscitada por sus novelas, como las tempranas *Nada que ver con otra historia* (1972), *Ganarse la muerte* (1976) y *Lo impenetrable* (1984) o las más cercanas *El mar que nos trajo* (2002), entre otras, ha instalado a la autora como una de las voces más destacadas de nuestra literatura. Sin embargo, hay algo en los términos de esta consagración que ha decantado en una injusticia, en un inexplicable opacamiento, acaso producto, también, de las formas más sinuosas y secretas de aquello que se ha dejado de lado: su notable talento y sensibilidad como cuentista.

La obra de un gran escritor o de una gran escritora no siempre presenta la misma tonalidad, sobre todo si es prolífica y abarca varios géneros. Hay quienes ya habrán encontrado un feliz arribo en el mundo rojo intenso de su

dramaturgia; habrá otros que prefieran el derrotero de sus heroínas y héroes novelescos por los terrenos de la violencia política u otros linderos. Pero aquellos lectores que suelen guarecerse en esos mundos esféricos que atrapan con sus tenues matices, que alcanzan el todo apenas insinuando una parte y que se alimentan de ese trabado oxímoron de la síntesis y la expansión, habrán descubierto que Griselda Gambaro pertenece, también, a la estirpe de los cuentistas y que ha logrado, desde su primer y olvidado libro, *Madrigal en ciudad* (1963) hasta los volúmenes más recientes como *Lo mejor que se tiene* (1998) o aun, afortunadamente, en la serie de relatos nunca compilados en libro que aquí aparecen, preservar y a la vez renovar la tradición del cuento con sutil perseverancia.

En sus relatos breves confluyen varias líneas que han trazado la particularidad de la forma cuento a lo largo de la historia. Desde esa unidad temporal de lectura («de un tirón») que propuso Edgar Allan Poe en su *Filosofía de la composición* (*Grahams's Magazine*, 1846) hasta el precepto número diez del «Decálogo del perfecto cuentista» de Horacio Quiroga: «No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la *vida* en el cuento» (*Babel*, julio de 1927). Gambaro retoma tanto la prerrogativa de obtener un efecto de vida en sus relatos —aunque con una acepción menos aventurera e intensa que Quiroga, y conectada en cambio con los íntimos vértigos de lo cotidiano—, como la idea de que el mundo narrado debe estar acotado al interés de los personajes, esto es, debe poseer reglas autónomas, autosuficientes, que solo aludan pero no dependan estrictamente del mundo exterior de los lectores. Curiosamente, fue Julio Cortázar quien confesó haber hecho

suyo este precepto quiroguiano en su ensayo «Del cuento breve y sus alrededores» (*Último round*, 1969), al que reformuló en términos de «esfericidad» de la forma: «el sentimiento de la esfera debe preexistir de alguna manera al acto de escribir el cuento, como si el narrador, sometido por la forma que asume, se moviera implícitamente en ella y la llevara a su extrema tensión».

Los cuentos de Gambaro siguen esta lógica interna, pero acaso con mucha mayor soltura en lo estructural que los cuentos de Poe, Quiroga o Cortázar, esos primos hermanos del cuento cerrado y de efecto. Abriendo estos compartimentos y no siempre atadas al modo de lo fantástico (si bien lo frecuentan), las esferas de Gambaro también adquieren la laxitud y los puntos de fuga surrealistas al estilo de Franz Kafka en «Un médico rural» (1919) o incluso «La metamorfosis» (1915), al tiempo que la sutileza con que las voces narrativas captan la complejidad de los vínculos amorosos y familiares recuerdan a la literatura de Anton Chéjov y a la de una de sus continuadoras, Katherine Mansfield, autora de piezas perfectas como *Bliss* (1918). Tanto Kafka como Chéjov son abiertamente aludidos en algunos cuentos de Gambaro: el primero, en el opresivo «Los hombres»; el segundo, tanto en «De álamos y abedules» como en el relato que juega con el título homónimo «La dama del perrito». Pero en un sentido más amplio, todas estas líneas de la tradición del cuento atraviesan la escritura de Gambaro y se conjugan en un mosaico propio, en el que también resuenan ecos de otros nombres afines como el de la uruguaya Armonía Somers o el argentino Juan José Hernández, sobre quien Gambaro ha destacado lo «sutilmente perverso» de su prosa aparentemente sencilla.

En sus relatos, Gambaro dota de una voz y un aura contemporáneas a un género que hoy es un sobreviviente

frente al esplendor comercial de la novela. Menos afecta a los artefactos de relojería formal que a la captación de un segmento de vida presto a la instantánea fotográfica de la narración breve, Gambaro sabe, empero, que el «cuento guarda celosamente el secreto de su eficacia». En *Escritos inocentes* (1999), el breve diario de anotaciones críticas y reflexiones personales, apunta: «Como en la experiencia del ciego que solo comprendió cómo era el cuello del cisne cuando se lo hicieron tocar, comprendemos lo que es un cuento cuando en cada autor lo tocamos. En cada uno la eficacia responde a distintas razones que solo pertenecen a ese autor. El porqué y hasta el cómo de esa curva perfecta sigue quedando en el misterio». Acaso las claves para desentrañar ese misterio sean, en Gambaro, la forma en que la escritura busca dar entidad narrativa a experiencias cuya percepción escapa al ritmo cotidiano o al automatismo de la mirada. Gambaro sabe delimitar una historia en apenas una sensación de desamor que se arrastra durante décadas («Sin llevarla»), un miedo abstracto que engendra los propios fantasmas («Sumisión») o la irritación diaria y acumulativa que puede producir una mujer en un hombre obsesivo («Distintas maneras de relacionarse»). También, puede dar forma de leyenda o de parábola a experiencias que remiten, en realidad, a una búsqueda subjetiva plausible en el mundo presente, como en «Para desechar melancolías» o «La fuerza del deseo».

Además, hay en sus cuentos una evidente preocupación por el trabajo sobre el lenguaje, con su mezcla de registros orales, cotidianos y a la vez sofisticados, o gracias al particular equilibrio entre lo económico y lo voluptuoso. Si escribir consiste, para la autora, «en servirse de una lengua común y natal para adentrarse en otra lengua que solo nosotros podemos pronunciar pero que todos deben comprender», está claro que es en el pasaje entre la lengua

natal y esa lengua otra, propia, intuida e inventada, pero aun así comunicable, donde Gambaro desarrolla el verdadero arte de narrar, donde el lector puede ingresar a un mundo ficcional que se oye como ningún otro en la literatura argentina. Con su foco puesto en dimensiones poco exploradas por la narrativa actual —el sexo y los vínculos en la vejez; la sensibilidad de los autoritarios y asesinos; la femineidad desasida de los estereotipos materno-conyugales, entre otros— la prosa de Gambaro abre sutiles pasadizos allí donde la mirada automatizada no ve nada, o apenas ve algo ínfimo que desdeña como rareza.

Entre la alegoría y lo fantástico: la fuga individual

Si algo ilustra el recorrido por sus *Relatos reunidos*, ello es la recurrencia de un puñado de temas a lo largo de décadas, abordados acaso con ópticas y códigos diferentes. Uno de esos nudos temáticos comunes —casi una de las *aventuras* que narra la literatura de Gambaro— es la pulsión de libertad del individuo frente a las mallas de la norma, de la ley o de la costumbre. El insólito gesto de auto-sustracción del sujeto de su escenario cotidiano, de su rutina o de sus vínculos familiares (a veces tribales en algunos cuentos de *Lo mejor que se tiene*) constituye, muchas veces, el motivo central de la narración, el acontecimiento épico singular —acotado a un mínimo gesto personal— que rompe con lo instituido y que preserva al personaje excepcional de la vacuna costumbre. No se trata de revoluciones colectivas, ni siquiera de un cambio exterior: los relatos de Gambaro buscan recrear esa huida hacia la liberación singular, que no en pocas ocasiones se fusiona con la muerte misma. El reverso de esta aventura son, justamente, aquellos relatos que narran la ausencia de rebeldía frente a la norma que homogeiniza los cuerpos y que triunfa al hacerlos

internalizar los mandatos. En «Los hombres», «Sumisión» y «Relato donde toda la gente muere», textos originalmente publicados en el libro *El desatino* (1964), ganador ese año del Premio Literario Emecé, prima esta atmósfera de opresión, en sintonía tanto con algunas lecturas de época como con la cercanía al universo de Franz Kafka.

En *El desatino* aparecieron publicados, también, los cuentos «Las paredes» y el homónimo «El desatino», primeras versiones narrativas de lo que poco después Gambaro adaptaría a la forma dramática. Tanto en estas primeras versiones narrativas como en el resto de los relatos del volumen prima un mundo entre fantástico, surrealista y llanamente alegórico en los que la internalización de los mecanismos represivos de la sociedad y de la cultura reducen la individualidad a la nada o la anulan en un silencio acrítico. En «Los hombres», la alegoría es clara, aunque posea doble correspondencia: el título se refiere metafóricamente a esos pájaros que ya no necesitan ser cazados por los humanos porque nacen, y se reproducen, con su jaula ya incorporada (es decir, se hacen uno con su falta de libertad); o bien el título refiere sin metáforas a esos hombres que encuentran lo más parecido al goce sexual en el hallazgo de esos pájaros auto-encarcelados, al encontrar que el mundo ya no opone resistencias libertarias. Algo más directo es el mensaje de «Relato donde toda la gente muere», en el cual las pantallas idiotizan y hacen vegetar a los hombres y mujeres hasta la inmovilidad total. Acaso sea «Sumisión» el que encuentre mayor aire literario, al conjugar equilibradamente el delirio del personaje con una prosa que objetiviza, con notable intensidad, un miedo existencial. En serie con estos primeros relatos, se incluye aquí, también en el apartado *El odio es poca cosa*, el posterior «La obediencia», en el que se narra el sacrificio de los hijos en el altar de la sumisión a la voluntad ajena.

En cuentos posteriores, la sensación de asfixia, o de inercia dentro del pantano social opresivo, cede lugar a acontecimientos que son la cara opuesta del mismo conflicto. En «La fiesta», ya no hay mundos alegóricos u oníricos que potencien lo tenebroso del referente real, sino que lo siniestro está inserto en la vida social y familiar común y corriente; son determinados individuos los que, súbitamente, sienten la necesidad de preservarse, de reservar algo de sus vidas para sí mismos, aun cuando en esa búsqueda encuentren su muerte. Tal es el caso de «La fiesta», en el que dos hombres ya maduros eligen encerrarse en el baúl de su auto, renunciando a seguir siendo parte de su familia. El baúl es una muerte velada, pero también es «por fin… la paz», una forma de la fiesta en clave ermitaña.

También lo fantástico y la emulación de los cuentos legendarios, incluidos en *Lo mejor que se tiene*, dan un rodeo por otros mundos para volver sobre el tema de la individualidad versus el mandato social. Se destaca, sobre todo, «La alteración», uno de los relatos mejor logrados del volumen: en él, se presenta al «pueblo de los dormideros», una aldea cuyos habitantes «se reunían al caer la noche en la casa del sueño» para vivir, todo juntos y en sintonía, «una vida completamente opuesta al transcurrir de la vigilia, a la que consideraban un trámite para sostener el cuerpo». Todos participan, dormidos, de «sueños colectivos que ni siquiera elegían, allí cada uno era el jefe de todos, y ascendían montañas y vencían pueblos soberbios y salvajes, secuestraban a las mujeres más hermosas, bebían una bebida oscura, fermentada del zumo de pequeños frutos que no conocían en la vigilia […]». Esa reparación onírica de la triste y laboriosa vigilia —reparación que no escatima la violencia desenfrenada sobre otros pueblos— se ve súbitamente interrumpida por los sueños individuales, clásicamente neuróticos, de un joven llamado José, quien

además comienza a experimentar durante la vigilia los claroscuros de una vida más real. También en «El odio de las celebraciones» o en «Para desechar melancolías» el conflicto está definido por una excepcionalidad individual, con la diferencia de que aquí las protagonistas son mujeres y parte de sus transgresiones al mandato colectivo pueden leerse desde la perspectiva de género, aunque Gambaro jamás cae en estereotipos al respecto. En estos relatos cercanos a veces a las parábolas —que recuerdan en parte otro radical gesto de fuga femenina en *La mujer desnuda* (1950), de Armonía Somers—, esas individualidades excepcionales encuentran una forma de redención y felicidad no solo en la muerte, como se dijo, sino en el reencuentro verdadero, genuino y sin mandatos, con el otro. «Buscando la compañía del árbol» es, acaso, el ejemplo más dulce de esa redención solidaria y sentimental. Allí, la mujer del llanto horroroso logra humanizarse con solo obtener conmiseración desinteresada: «Buscando su rostro, tocando su boca, el niño le preguntaba por qué gemía, mientras la queja que nadie podía oír, premonitoria de corrupción y muerte, se hacía simple río de llanto, tolerable».

Huir, abandonar el grupo no implica, entonces, renunciar al contacto humano, sino, en todo caso, un corte de amarras con el gregarismo vacuno para volver a fundar el vínculo profundo con el otro. En la mayoría de los casos, ese vínculo se logra con quienes ocupan lugares de minoridad en la sociedad: un niño como en el cuento anterior; una prostituta desdentada en «Golpeando la pared»; el verdulero parco, reverso del marido profesional y ambicioso, en «La verdulería de enfrente».

Esa otra dimensión de la vida: la vejez

Sin dudas, uno de los temas que mejor expansión expresiva y vivencial encuentra en los relatos de Gambaro es el de la vejez. O mejor dicho, son las subjetividades de hombres y mujeres mayores las que la escritura busca acompañar con la mayor sutileza posible, como si quisiera develar una intensidad oculta detrás de lo catalogado como ocaso vital. Ya sea apelando a una irrupción fantástica, como en los notables «La soledad», de *El odio es poca cosa*, y «Fraternidad», incluido en *Un cuento italiano, dos cuentos rusos*, ya sea hurgando en las experiencias eróticas y amorosas de la vejez, como en los también logrados «La dama del perrito» y «Es difícil organizar la pasión», de *Lo mejor que se tiene*, Gambaro da en la tecla no solo con el tono que emplea para narrar, sino sobre todo en el despojo de prejuicios al que somete a la voz narradora para lograr así la mayor empatía posible con los personajes. No hay mirada paternalista ni conmiserada para con los viejos de estos cuentos; hay seguimiento de su mundo, su sensibilidad y su lógica en un esfuerzo por hacer de ellos el centro, y no la excepción, lo menor, lo subalterno.

En «La soledad», la imagen de esa babosa que irrumpe en la vida de dos hermanas ya ancianas y resentidas, cada vez que alguna pronuncia el verbo «ser», recuerda algunos relatos fantásticos de Cortázar, sobre todo por el uso de la primera persona coloquial. No obstante, si este autor solía privilegiar la dimensión cuasi surrealista del caso fantástico, Gambaro, en cambio, focaliza en todos los matices entre el amor y el odio, la fraternidad y la envidia, la espontaneidad y la amargura, que distinguen la relación de esas hermanas. En sintonía con los temas de la libertad y la realización individuales mencionados anteriormente, en «La soledad» la tensión pasa por la forma en que dos personas simbióticas se anulan entre sí, al punto de disputarse la misma objetivación de su babosa existencia. Más alejada del riesgo

alegórico, y aún más sutil en los matices contradictorios del vínculo entre hermanas y hermanos, es el bellísimo «Fraternidad», cuyo final constituye una lograda epifanía, en la que el más acá y el más allá de la vida se fusionan, hilvanados por los lazos de hermandad del pasado y del presente.

En cambio, en «Es difícil organizar la pasión», no es lo fantástico lo disruptivo de la trama, sino la representación de un tema que si bien no es estrictamente un tabú de la cultura, es por cierto un tema escabroso tanto ética como legalmente, aunque frecuentemente propicio para su confrontación literaria. No es casual que en el comienzo aparezca solo un adjetivo: «Inconfesable». Se narra aquí la historia de un anciano que ya ha perdido el respeto y hasta casi la paciencia de su esposa, que comienza a tener algunas torpezas seniles, y que acaso en ese marco —acaso no—, se enamora y desea fervorosamente a una adolescente sin hogar que se prostituye en una plaza. El cuento no escatima los detalles de las fantasías sexuales del viejo, pero lo interesante es que la mirada nunca toma distancia ni condena en términos morales a su personaje; por el contrario, la perspectiva se sumerge en su subjetividad para dar cuenta tanto del desvarío como de lo genuino del sentimiento. Lo «inconfesable» es aquí la verdadera materia del cuento, lo que la voz narradora pondrá en palabras evitando en todo momento apelar a sentencias externas al ensueño del personaje, como la idea de perversión.

Una experiencia similar, aunque despojada de erotismo, encontramos en la reelaboración paródica de «La dama del perrito» de Chéjov, en el que ese romance imaginado por el escritor ruso resurge aquí en la plaza de una ciudad, entre un hombre anciano y cascarrabias, y una mujer afligida por la enfermedad de su mascota. No hay tal cosa como una transgresión adúltera en este caso, sino, nuevamente,

inesperado contacto amoroso —o algo parecido— entre quienes ya estaban casi fuera de la sociedad y la vida. El hombre, ya jubilado, sabía que «él no era una vaca para pastar en rebaño sino un hombre que adhería a su propia soledad»; con todo, en el encuentro con la señora, «algo olvidado, que no supo definir, lo golpeó». Como en las fábulas fantásticas, son los seres solitarios que se han sustraído de lo colectivo los que encuentran, finalmente, un vínculo verdadero.

La crueldad vista por dentro

Así como en los cuentos centrados en personajes ancianos la narración se esfuerza por acompañar procesos subjetivos de escaso protagonismo en la cultura o escasa visibilidad social, en otros relatos ese afán empático —otra forma de la sinceridad literaria— se busca con el perfil de personajes masculinos crueles, personajes que someten de manera autoritaria y bestial a sus afectos, pero que son víctimas, a su vez, de fantasmas propios y tormentos ajenos. Tanto en «El odio es poca cosa» como en «La fuerza del deseo», hombres impiadosos terminan quebrándose por dentro, aunque en el primero ello se produce gracias al amor y la solidaridad, y en el segundo, por efecto de la alucinación culposa. También en «Nosferatu», el vampiro que inicialmente se presenta como famélico devorador de hombres, termina siendo víctima de vampiros aún más poderosos: los agentes del terrorismo de Estado. Pero en esta serie el que destaca y sorprende ciertamente es «Examen de conciencia», basado —tal como se aclara al comienzo— en el caso del cuádruple crimen perpetrado por el odontólogo platense Ricardo Barreda, en 1992, contra su esposa, su suegra y sus dos hijas. El contraste que busca el relato es efectivo: tras enumerar los crudos hechos de la

realidad histórica, la voz narradora reconstruye no tanto una historia, sino una perspectiva desde la cual acercarse al desenlace. No hay empatía moral aquí con el asesino, sino el rastreo de una sensibilidad que traduce lo que percibe como humillación, en brutal descarga. Este tratamiento de la historia es representativo del tipo de universo ficcional que le interesa a Gambaro y que está sintetizado, en parte, en el epígrafe del comienzo: el abordaje de esas zonas oscuras de la subjetividad y de la experiencia, la comprensión —al menos en términos literarios— de las nimiedades «inconfesables» que también nos constituyen.

El volumen de *Relatos reunidos* de Griselda Gambaro, integrado tanto por cuentos ya publicados anteriormente como por otros inéditos, enriquece oportunamente ese mosaico secreto de la narrativa breve que pulsa detrás de la mayor visibilidad de sus obras teatrales y sus novelas. Junto con el lejano *Madrigal en ciudad*, con otros relatos de *El desatino* y con el libro más reciente, *Los animales salvajes* (2006), amplía el territorio ficcional de sus cuentos, esa confluencia de «esferas» narrativas que jibarizan la épica y la aventura en la sutil experiencia vital de sus personajes.

Soledad Quereilhac

El odio es poca cosa

Un final para Adán y Eva

Los perros fueron los primeros en comenzar. Ladraron toda la noche, incesantemente. La lengua les cayó un palmo fuera de las fauces porque no podían detenerse para beber de un balde que el hombre les llenaba con agua todas las mañanas. Estaban atados a un poste, dos con gruesas sogas añadidas en varios trozos y el tercero con una cadena; forcejearon para librarse porque tenían que seguir ladrando más allá, pero fue en vano.

El hombre y la mujer se habían acostado a hora temprana, como de costumbre apenas oscureció; dieron vueltas en el lecho sin conciliar el sueño. No supieron si se habían dormido finalmente, la noche parecía avanzada y los perros los habían despertado, o al contrario, no habían dormido nada y solo habían intentado hacerlo. La baraúnda de los perros no los asustó. Los perros solían ladrar durante la noche. Bastaba que pasara algún gato, que una rata hurgara entre los desperdicios lejanos. A veces, distinguían mal entre las sombras, el viento traía y mezclaba olores que los confundían. Ladraban entonces para expresar el desconcierto o para dejar a salvo su responsabilidad de guardianes. Por otra parte, los ladridos no indicaban la presencia de intrusos. Fastidiaban con su insistencia, eso era todo.

Al fin, urgido por la mujer, el hombre se levantó y les arrojó un ladrillo que encontró en el patio. Uno de los perros,

el que estaba atado con la cadena, aulló de dolor y se metió en la casilla con la cola entre las patas. Los otros callaron.

El hombre volvió al lecho. Pero apenas se estiró y cerró los ojos, los ladridos comenzaron nuevamente. Lanzó una maldición contra los perros, deseó cortarles la garganta. Despierto del todo, advirtió para colmo el ruido de una varilla que golpeaba monótonamente en el travesaño de un tragaluz. En un minuto podría repararla ajustando los tornillos. No lo hacía porque necesitaba la escalera, inutilizable desde que se le habían roto los escalones. Se prometió no postergar más los arreglos, la escalera, la varilla, la tela metálica del gallinero que presentaba aberturas… Filtraba la humedad en techos y paredes, pero esto podía esperar una noche descansada, un humor más propicio. La vida no se detenía por unas postergaciones, un poco de demora.

Lo extraño era que la varilla golpeaba solo en las tormentas, con el viento. La noche crecía quieta, tan quieta que parecía vacía. No obstante la varilla golpeaba.

Somnoliento, el hombre se cubrió los oídos con las manos, puso la cabeza bajo la almohada; sin encontrar refugio, permaneció despierto, rumiando sus pensamientos que, por pereza, no concluía nunca mientras escuchaba con un encono blando los ladridos que resquebrajaban la noche, se la ofrecían a su desvelo.

Apenas aclaró, se vistió y salió al patio. Se anunciaba un hermoso día, de ardiente calor que podría atemperar en el amparo y la frescura de la casa. Como acontecía siempre desde hacía años, olvidó de inmediato la varilla y sus propósitos de ajustarla a pesar de que seguía golpeando empecinadamente contra el travesaño. La mujer se empeñó en dormir, acurrucada en forma de ovillo, los puños contra las mejillas, pero él comprendió que estaba despierta. Se esforzaba solamente en dormir (o en atraer al sueño con su

simulacro), porque el rostro tenso y contraído se destacaba sobre el blanco grisáceo de la almohada. Los perros continuaban ladrando, en un diapasón menor, se le ocurrió, por la fatiga o porque el día tragaba los ruidos o los propiciaba.

Ladraban al aire, con cansancio pero regularmente. Eran tres perros flacos, grandes y fuertes. Uno negro y dos marrones. La agitación se les marcaba bajo las costillas. Los palmeó para tranquilizarlos y luego repartió puntapiés, inútilmente. Ladraban ahora sentados sobre los cuartos traseros, con una especie de tristeza obstinada y la lengua casi rígida. El hombre se encogió de hombros y los dejó. Ya se cansarían del todo. Tenían mucha resistencia, aunque se mostraran agotados.

Cantó el gallo repetidas veces y el hombre se detuvo cerca del gallinero, sosteniendo el balde de los perros. Había querido renovarles el agua y lo traía lleno hasta los bordes; incluso había raspado con un palo la mugre del fondo. Cantó el gallo estrangulando ese ritual de pausa y grito con el que alertaba a las gallinas o iniciaba sus días. En realidad, una vez que empezó no cesó de cantar, como si algo le impidiera detenerse. El hecho divirtió tanto al hombre que soltó una carcajada no obstante la furia que experimentaba por los perros. Sintió su hilaridad crecer y desbordar a medida que aumentaba la tozudez del gallo, firmemente asentado sobre la tierra removida de los alrededores, la cresta roja contra el pasto del amanecer. Distraído, el hombre dejó el balde en el suelo, bastante lejos de los perros.

Cuando las gallinas abandonaron el gallinero por las aberturas del alambre tejido y, picoteando en la tierra, se acercaron al gallo, el hombre se retorció llorando de risa, las manos sobre el estómago.

El gallo se veía bien que no daba más pero seguía obstinadamente, el grito cada vez más agudo mientras las

gallinas se empujaban cacareando a su alrededor. Pero el gallo no podía alzarse sobre ninguna, imponer su dominio; agotado, trataba de mantener la apostura, la cabeza erguida, aunque los ojos se le ponían vidriosos. Los perros aullaban, casi exánimes.

El hombre dio vuelta a la casa y en un punto oyó el ruido de la varilla repiqueteando contra el travesaño del ventiluz. Pegó con los nudillos en los postigos de la ventana, llamando a su mujer. Solía levantarse temprano y lo irritaba ese sueño a deshora. Sin embargo reía mientras pensaba en ella con una suerte de rencor; el canto del gallo, la pretensión del gallo de lucirse ante las gallinas lo divertía grandemente, si bien tenía miedo de que se le muriera.

La mujer abrió la ventana, usaba un camisón desteñido confeccionado con un vestido viejo y rezongó sin humor: «¿Qué pasa?».

El hombre intentó decirle, pero su propia risa se lo impedía. Del todo imposible hablar, frenar la risa, cortarla con una palabra. Por otra parte, se preguntó, ¿para qué ella necesitaba explicaciones? ¿Acaso no advertía lo que sucedía, los sonidos entremezclados en el aire?

«¿Qué pasa?», repitió la mujer porque no encontraba motivos para esa hilaridad que le resultaba agraviante. El constante barullo de los perros le había impedido dormir, a ella, que dormía como un tronco, vacía de pensamientos y sueños, apenas se acostaba.

Él se inclinó hacia ella como si por fin fuera a hablarle. En cambio, sin interrumpir su risa fastidiosa, se apoyó en uno de los postigos y señaló hacia el gallinero. Pero la mujer no lo notó contento, al contrario. Los músculos de las mejillas le abultaban rígidos y aunque la risa sonaba ruidosa, extremadamente ruidosa para un hombre tan medido como era, no parecía feliz.

«¿Qué pasa?», dijo la mujer más alto. Y ella tampoco podía detenerse. Necesitaba saber. ¡Qué odioso ese tumulto de perros, de gallos, de gallinas! El ruido de la varilla de madera repetido en mil ecos durante la noche. Persistía ahora, aunque la brisa no movía una hoja, los árboles como de piedra, inmóviles. El hombre tenía aspecto de tonto, riendo siempre, las manos sobre el estómago. La mujer miró sus ojos después de mucho tiempo y la estaba llamando, con angustia le pedía algo que ignoraba. No supo qué esperaba de ella, qué actitud convenía. Pensó en recoger un vestido y colocárselo encima del camisón, se movió un poco hacia el interior del cuarto, pero cambió de idea. Hacía calor. Agitó la mano en dirección al marido con un gesto impaciente. Dejó a su mano pedir silencio porque ella no encontraba las palabras. Los ojos de él brillaban, redondos y duros, con un aire familiar a los del gallo, cuyo grito semejaba un estertor. Se obstinaban en un llamado que ella no comprendía. Silencio, pidió otra vez con un gesto de la mano, levemente angustiada, aunque la angustia convocó en seguida al fastidio, el ceño aburrido de la vida en común, del amor en común. ¿Por qué no castigaba a los perros hasta obligarlos a callar, retorcía el cogote al gallo, cesaba de reír de una vez, se comportaba como de costumbre?

La mujer se tiró el cabello hacia atrás y repitió con visible irritación: «¿Qué pasa?», e hizo un esfuerzo para tranquilizarse y escuchar lo que seguramente él le diría.

Ya no podía detenerse. Tampoco ella. Lo supo antes de preguntar otra vez lo que pasaba.

Dos hermanos

Las tierras se dividían netamente en ocres y verdes. Verdes en la colina donde caían las lluvias y pastaban las ovejas, ocres cenicientos en la tierra llana. Abel era dueño de las ovejas y de la colina, Caín del arado y de la tierra llana que ocultaba cascotes y piedras del tamaño de un puño.

Abel, pastor de sus ovejas, eligió una de gran grosura y la sacrificó a Jehová. Le cortó el cuello y ya desangrada armó una hoguera de leños perfumados cuyo humo, filtrado por la atmósfera en su largo recorrido, llegó directamente al Cielo desprovisto de su tufo a carne quemada y solo oloroso a resina y a otros aromas de la madera.

Dios abrió sus amplias narices, olió, y dirigiendo un vistazo a la tierra dijo: Es ofrenda de Abel; se sintió halagado y privilegió a Abel en su corazón. Porque en un mundo casi deshabitado eran pocas las ofrendas, concedía importancia a cada una.

Caín, dedicado desde el amanecer hasta la noche a arar la tierra, a sembrar, recogía frutos escasos ya que la sequía y la falta de humus no favorecían sus afanes.

Cuando vio el humo que se desprendía de la hoguera de su hermano, Caín se dijo que no podía ser menos, que el excesivo trabajo le hacía olvidar el ejercicio de su devoción. Sin embargo, cuando abandonó el arado y se acuclilló junto a la hoguera de Abel, otros fueron sus pensamientos. Contempló la columna de humo que ascendía limpia de impurezas y pensó si de las últimas ascuas no podría

rescatar un trozo de carne que, aun carbonizada, le sabría a manjar.

Regresó a su arado y mientras lo empujaba se preguntó: ¿Por qué mi hermano sacrifica una oveja teniendo tan pocas? Lo que se expresa una vez no se expresa para siempre, la fe pide constancia, y sacrificando ovejas, las más gordas, las aún fértiles, ¿cómo alimentaría Abel a su mujer y a sus hijos? (No habría mujer ni hijos para Abel. Moriría antes. Así que era vana su preocupación).

Miró Caín lo que podía cosechar y era muy poco. ¿Cómo desprenderse de una sola de esas espigas rematadas por delgados granos? El cielo se mantenía azul, sin nubes que anunciaran lluvias, el sol inclemente. Entonces, aunque ya había ofrendado mieses que, por escasas, Dios no había recibido con agrado, resolvió una ofrenda más humilde aún, creyendo que esta vez Dios comprendería. El humo de su hoguera de pastos secos, de ramas y de espinos llegaría igualmente al Cielo; valía el homenaje, la intención diríamos ahora, y Dios concluiría: He aquí uno que procede con tino y se entrega a mi discernimiento. No soy un insensato ni un soberbio para esperar que mis criaturas me ensalcen a costa de privaciones o penuria.

Y agregaría: No les exigiré lo imposible, si bien ellas solo tendrán (y serán) lo que dieron. Verdad irrefutable aún hoy, en nuestros tiempos, que uno solo tiene (y es) lo que ha dado.

Y lo que habían dado Caín y Abel no era la materialidad de sus ofrendas: la quemazón de unos arbustos y la oveja más gorda del rebaño, sino el sentir, el reconocimiento a un Ser poderoso, temido y reverenciado.

Sin ánimo de sentar comparaciones, aunque los dos hermanos pretendieran expresar su devoción, esa devoción hasta podía considerarse más profunda en Caín; obraría con cálculo (el de su miseria) pero jamás se le ocurriría que Dios,

en su majestad y omnipotencia, podría obrar del mismo modo: con cálculo. Solo atento al alma de sus criaturas, Dios no establecería diferencias entre Caín y Abel, no agregaría mayor significado a una oveja, a unas maderas olorosas, ni menoscabaría ofrendas más modestas de paja y espinos.

Así, antes del amanecer, quitándole horas al sueño, seguro de que Dios comprendería, Caín recogió gran cantidad de pastos secos, matas y ramas, y la encendió frotando dos piedras porque para ahorrar ni aun en los días fríos guardaba rescoldo.

El humo se alzó, no en una columna recta y azulada como en el caso de Abel, sino grisáceo, desparramándose por los terrenos vecinos y por las colinas donde descargaban las lluvias antes de alcanzar el llano.

Los ojos llorosos, las ovejas de Abel comenzaron a toser entre ahogos y el pelo se les puso del color de la ceniza.

Solo una pequeña porción de este humo llegó al Cielo pero bastó para que el Creador, tosiendo y con los ojos llorosos como las ovejas, dictaminara malhumorado: He aquí una ofrenda que no vale nada. El sacrificio de una oveja huele bien, bajo el olor a resina aún sabe a asado dominical, pero Caín procede como un campesino avaro cuidando sus víveres. Su fe es poca. Mide su hambre. En consonancia con Él —con su grandeza— ni el sacrificio de un hijo primogénito debía medirse.

No miró propicio a Caín y despreció su ofrenda a la que consideró mezquina. No madrugaré para castigarlo, se dijo, pero quiero equidad. Diente por diente, ojo por ojo. Como Caín me descuida, yo lo descuidaré.

Entonces, mientras las ovejas de Abel, a pesar de los sacrificios, no raleaban multiplicándose con lozanía, la tierra de Caín se agostó. Por más que trabajara duramente, no le devolvía fruto. Enflaqueció, sus labios se secaron y constantemente sufría hambre.

Quizás, como se cuenta, Caín matara a Abel, su hermano que seguía halagando a Dios y era su preferido. Así está escrito, que la voz de la sangre de Abel clamó a Dios desde la tierra, pero no hay que creerlo ciegamente. Allí también, en lo escrito, como en un campo de gramíneas con yuyos, crece tanta verdad como mentira. Quizás Caín suplicó a Abel que le cediera una oveja de su rebaño (no para el sacrificio sino para comerla), quizás lo pensó mejor y le reclamó un par, macho y hembra, con la esperanza de atenuar sus privaciones cuando engendraran corderos y se multiplicaran como ganado en un trozo de colina verde, también exigido. Fuera un caso u otro, ante el rechazo unánime de Abel, quizás Caín lo asesinara.

Los tiempos están muy lejanos para saberlo con exactitud (aunque esté escrito). Lo que sí sabemos con certidumbre es que a partir de sus repudios y preferencias, ya en esos días y para siempre, Dios comenzó a ser incomprensible.

Vanidad de vanidades y todo es vanidad son las palabras del Eclesiastés. Pero la vanidad mayor es el dispendio, la ofrenda lujosa frente al hambre del hermano.

Lugares

Le gustaba el desierto. La casa disponía de dos dormitorios —uno para los huéspedes— comedor, baño y cocina, todo en buenas condiciones, incluyendo cañerías, instalación eléctrica y demás.

La casa no tenía patio porque se llenaría de arena y eso lo obligaría a barrer constantemente.

En cambio, como compensación, en la parte delantera contaba con una ancha galería que lo hubiera protegido de las lluvias —de haber llovido— y bajo cuyo techo se amparaba durante las noches para contemplar las infinitas estrellas del desierto.

La falta de caminos no constituía un problema. Una vez por semana, los miércoles casi siempre, aparecía un helicóptero con una provisión de víveres que el acompañante del piloto dejaba caer en paracaídas a unos metros de la casa. Cuando concluía la operación, levantaba el pulgar. De mutuo acuerdo, él pagaba sus compras por débito automático.

Antes de recoger los víveres y mientras el helicóptero se mantenía casi inmóvil agitando el viento con las aspas, corría hacia la casa y recogía los paracaídas de los envíos anteriores. Con los ojos entrecerrados por la arena y alguna dificultad, los colocaba cuidadosamente plegados en un cesto de alambre que el copiloto arrojaba al extremo de una cuerda. Agregaba un cuaderno de tapas duras (tenía dos), donde había anotado con letra clara (cursiva) su pedido

para la semana siguiente; en ocasiones solicitaba con carácter urgente un remedio para un imprevisto dolor de muelas, para un ataque de ciática. Sin embargo, en estas circunstancias, sin siquiera apelar a la paciencia, esperaba con una resignación tranquila, hasta el próximo miércoles, jueves a lo sumo, resultaba impensable que atendieran su pedido: no se producían milagros si se le antojaba un alimento en particular, si lo asaltaba el dolor de muelas o de ciática.

El copiloto izaba el cesto, le indicaba «todo bien» levantando el pulgar mientras en seguida, con un arranque ruidoso, el helicóptero tomaba altura y desaparecía en el cielo de un azul resplandeciente.

En un solo montón, él reunía los víveres diseminados sobre la arena y en varios viajes los llevaba a la casa. Más tarde, en el piso del comedor, sobre su superficie pareja, doblaba los paracaídas para devolverlos el miércoles, jueves a lo sumo, en la forma prevista. Evitando demoras o pérdidas de tiempo, los dejaba a mano, junto a la puerta.

Antes de concederse un descanso, controlaba las botellas de agua y luego disponía ordenadamente los víveres en los estantes de la cocina. Aunque por escrito había solicitado especial atención con las botellas, el copiloto las arrojaba de cualquier modo, apenas envueltas en papel de diario y a veces sin paracaídas. Por suerte, las latas y verduras dispuestas en cajas de cartón grueso, no sufrían en absoluto o, si sufrían, él pasaba por alto las abolladuras, quitaba naturalmente las hojas inservibles y las colocaba aparte. Recogía en un recipiente el agua que se escurría de las botellas rajadas.

De noche, se sentaba en la galería y contemplaba las estrellas; seguía extasiado el dibujo de las constelaciones. Muchas noches oía nítidamente el aullido de un chacal, pero

ninguno de ellos se acercaba lo suficiente como para constituir una amenaza.

Cuando el cielo comenzaba a iluminarse se desperezaba, entumecido. Entraba en la casa, dormía unas horas, las de sol más inclemente. Revisaba los víveres sabiendo que el helicóptero aparecería con puntualidad para reponerlos. Se afeitaba día por medio, aguardaba la noche en la que contemplaría las estrellas.

Nunca modificó esta rutina que le resultaba placentera. Así, sin sobresaltos ni preocupaciones, sin pérdidas ni olvidos, pasaron los meses y los años. Tardó en envejecer. No conoció los deseos que inquietan ni los miedos que los perturban. Interiormente sonreía.

Si no hubiera tenido sed, su vida en el desierto habría sido perfecta.

Los hombres

Cacé uno ayer, cazaré otro hoy. El tiempo pasa; no solo aumenta el número de los días sino también el de los pájaros que guardo. Mantengo exactamente mil quinientos ochenta y cinco en jaulas separadas. La mayoría son jilgueros, con sus collares blancos y sus colas negras y blancas. También guardo una especie propia del campo, de color amarillo verdoso, de verdoso ocre, en jaulas diminutas como cajas de fósforos; necesitan este espacio reducido para cantar. Si uno tiene la generosidad de aumentarles el tamaño de la jaula, enmudecen, se aterrorizan.

La atención de los pájaros me insume muchas horas. Sin embargo, a pesar de esto, mueren fácilmente; suelo encontrarlos rígidos, con las patas hacia arriba. Los cuido con cariño, pero el día, descuéntese el tiempo que me ocupa el cazarlos, no me alcanza. Y así, me resulta imposible llenarles las cubetas con agua, controlar los alimentos que esperan piando débilmente con los pequeños picos entreabiertos. Se mueren, sí, con excesiva prontitud, también esto conspira contra mí; suelen morirse quince o veinte por mes, a veces más. De este modo avanzo muy lentamente en mi colección. Si alguien me ayudara…

Mi mujer comparte mi entusiasmo, lo comparte de acuerdo con su naturaleza, tibia y refractaria a toda pasión. Por eso, su actitud, su entusiasmo, es más bien pasivo; se limita a admirar algún ejemplar delicado, con un pincelito les peina las plumas. No mucho más. También peina a los

muertos; yo no los retiro de las jaulas, me da pena enterrarlos; no tengo tanta tierra tampoco. Uno no puede aplicar con ellos el mismo criterio que con las personas, ¿hasta dónde quedan muertos los pájaros? No voy a tirar yo la primera piedra, no voy a lapidarlos. Por otra parte, apenas si despiden olor, un olor perfectamente soportable.

Mi vida está dedicada a los pájaros, consumida por los pájaros de un modo dichoso. He renunciado, sin pesar alguno, a todas aquellas subdivisiones en las que desgajamos la vida: la vida amorosa, la vida amistosa, la vida radiosa. A los pájaros les repugna la carne; apenas olían en mí la carne se apartaban. ¿Qué decir entonces cuando permanecían en mí olores de carne ajena? Las mujeres huelen más que los pájaros muertos, de otro modo desgraciadamente. Tuve que decidirme por el ascetismo, la abstinencia; debí subrayar la entera soledad de la carne para conseguir mis fines: cazar y cuidar a los pájaros.

Mi mujer lo comprendió en seguida. La Biblia escupe a los tibios. Creo que hasta los pájaros comparten este repudio, el rechazo a la reticencia como forma de vida. La necesidad de quemarse en una gran pasión, no ya para vivir, sino para subsistir y morir. Digo que lo comparten porque sucedió lo siguiente: ayer cacé un pájaro en su jaula.

No me produjo asombro. Aceptando que no estaba destinado a la libertad y al vuelo, en una decisión de ser más plenamente, había incorporado la jaula a su naturaleza. Así había nacido, rodeado de hilos de alambre, una armazón cerrada que ya no le significaba cautiverio. Del mismo modo, en un tiempo lejano había cubierto su cuerpo de plumas y nosotros nos habíamos puesto la piel sobre los músculos y dibujado un rostro, una estatura erguida. Para concentrar y definir lo que queríamos ser o adelantarnos, como el pájaro, a lo que resultaba inevitable que fuésemos.

Busqué una escalera y recogí la jaula en la cornisa. La jaula era común, como las que se amontonan en mi casa, con débiles hilos de alambre. Suficiente para el pájaro que se estaba quieto, las piedras duras y redondas de los ojos mirándome imperturbables.

Mi mujer, con un gesto suyo, amable y desvaído, se admiró y condescendió incluso en llenar unas cubetas de agua para los otros, que habían sido olvidados. Tenían hambre, pero de esto ya no quiso ocuparse, fuera de la cuestión que se molestara llevándoles comida, unos granos de alpiste. No pude obligarla y francamente yo me sentía incapaz de apartarme, siquiera por un momento, de ese «pájaro con jaula» como el título de un cuadro.

El pájaro no se sentía desdichado ni ajeno a su metamorfosis porque cantaba, repetía dos notas con un trinar ligeramente agudo. Me sentí arrobado, en éxtasis, justificadas todas mis horas, desde las desamparadas que siguen al nacimiento hasta las enloquecidas o rutinarias que preceden a un amor que no practico.

Miré a mi mujer; tenía los codos apoyados sobre la mesa y los ojos claros, rientes y asombrados como los de un niño que juega con el misterio de una puerta. Advertí ahora su callada excitación por lo sucedido, me di cuenta de que, por primera vez, nos pertenecíamos enteramente, sin interferencias ni necesidades extrañas; no condescendería nunca a realizar los trabajos menores de la atención a los pájaros, pero en el aspecto lírico de la cuestión, por así llamarlo, nos pertenecíamos enteramente. La prueba: nos comprendimos sin hablar. Mientras observábamos el pájaro nacido con su jaula, surgió en nosotros el mismo pensamiento, el mismo deseo. No nos movimos, masticamos algo sin apartarnos de la jaula. Los restantes pájaros piaban débilmente, algunos con exigencia, piando más fuerte, chocando contra los barrotes, intentaban una última

coacción para salvar sus vidas. Lo lamenté por ellos, pero ni yo podía atenderlos ni podía obligar a mi mujer, que si antes había rechazado esa tarea ahora la rechazaría con más razón.

No nos movimos en toda la noche. Ansiosos del día siguiente, dormitando a ratos, tomados de la mano, esperamos con pasión lo que nos traería el día siguiente.

Mi mujer lloraba de alegría, ella, que solo se apasionaba, y contadas veces, en el acto sexual, la tibia, la indiferente. Yo contuve mi emoción, aunque mi deseo —y el de ella— se había cumplido y ahora podíamos morirnos en paz, tan felices éramos que ni siquiera necesitábamos vivir.

Pero vayamos por partes.

Primero pensé que no sucedería nada, salí al amanecer como de costumbre y observé el patio, la calle, dos plátanos verdes llenos de bichos canasto. Y luego, quizás me distraje, quizás no, descubrí en la misma cornisa una jaula idéntica a la del día anterior. Apoyé la escalera en el muro y subí. Levanté la jaula, sin observar casi su contenido porque la inminencia del deseo cumplido me provocaba una especie de pánico, y la llevé a casa como un objeto frágil, con toda la atención precavida de quien sostiene un bebé. Fue entonces cuando mi mujer se acercó, tomó la jaula entre las manos, la apretó contra su pecho y lloró de alegría.

Los dos no damos abasto ahora; recogemos los pájaros y los llevamos a casa. La casa está abarrotada y vivimos al borde de la extenuación, pero la alegría nos presta nuevas fuerzas. La ciudad, no solo nuestra calle sino las calles vecinas, los barrios distantes, los suburbios incluso, el mundo entero supongo está lleno de pájaros nacidos *con* su jaula. Y lo más maravilloso, lo que ha sido cumplimiento de mi deseo más

íntimo y me ha hecho olvidar los mil quinientos ochenta y cinco pájaros que coleccioné dificultosamente, pájaros nacidos y *muertos* en su jaula.

Relato donde toda la gente muere

Al principio, la gente solía detenerse brevemente en la calle, con un sentimiento ingenuo, mezcla de admiración y envidia, para observar las antenas que comenzaban a aparecer sobre los techos. Estaban formadas por una simple varilla vertical cortada en el extremo por una horizontal más corta. Quedaban bien, sustituyendo las antiguas veletas que marcaban el camino del viento, los gallos rojos girando sobre los pivotes; incluso sustituyeron a los gatos o perros de terracota en las casas de los suburbios. Al ver a los gatos o a los perros, los niños muy pequeños preguntaban: «¿Son de verdad?», y los tocaban con una suerte de repetida alegría.

Algunos vecinos admiraban sonrientes la aparición de las antenas en las casas cercanas, otros censuraban el gasto, pero todos se prometían la emulación con una determinación feliz. Y era un día de callado regocijo en los adultos, de vocinglero en los niños (que habían olvidado gatos y perros de terracota), cuando por fin aparecía un técnico, pedía una escalera y la antena quedaba colocada en el punto más alto, triunfalmente, como la marca de una montaña vencida.

Las antenas recogían algo del aire (así imaginaba la gente) y lo trasmitían hacia el interior de las casas. Pero, por supuesto, no recogían polvo ni gotas de lluvia sino personas en un estado que podría llamarse de gracia o ideal. Sí, las antenas cosechaban personas del aire y las llevaban bajo los techos, ubicándolas en sitios convenientes, no en el pasillo o

en la puerta de calle sino en el comedor o en el dormitorio; irrumpían desde la pantalla de un brillante aparato y resultaba imposible rechazarlas, no prestarles atención. Siempre contaban historias intrigantes o divertidas, y cuando se dirigían directamente a quien los observaba, por lo general un ser anónimo, de poco fuste hasta el momento, requerían complicidad con la sonrisa en los labios.

De este modo, la gente dejó de estar sola dentro de las casas, donde había vivido peleándose, haciendo el amor, comiendo, sintiéndose molesta incluso cuando algún vecino venía a pedir un favor a la hora de la comida o del sueño y no se marchaba rápidamente. Pero con el aparato creció la tolerancia, no fue necesario importunar a su vez, salir, hablarse, darse cuenta, justo en el momento de la comprensión, de que los otros resultaban extraños. Así, antes un hombre arrojaba una piedra al azar, y la piedra caía siempre en el ojo de alguno, pero ahora podía arrojar todas las piedras que quisiese con absoluta tranquilidad: nadie recibiría el impacto, esto si se le hubiera ocurrido lanzar piedras en lugar de tener las manos mansamente plegadas sobre el regazo. La gente se reunía en las habitaciones y observaba; sentía a los suyos cercanos y el corazón conocía por fin el sosiego de saberse excluido de las desdichas del mundo, despojado incluso de las propias desdichas. El aparato aportaba a ese centro, a ese nudo cerrado de seres, la vida como debía ser, desalojaba la nostalgia. Inmóviles —salvo el ávido parpadeo sobre las pupilas, el temblor de los oídos recogiendo sonidos—, los niños jugaban a vigilantes y ladrones, las parejas al amor, los pobres a los ricos y los ricos al desencuentro.

Todos se sentían mucho más felices que antes, a excepción de los que trabajaban para que los otros recibieran imágenes e historias en sus casas; esos experimentaban una decepción palpable. No bastaba

actuar, se hallaban demasiado conscientes porque debían cambiarse de ropa, maquillarse, recordar la letra, los gestos. Solo esporádicamente podían sentarse a su turno y desdoblarse (no importaba si en los mismos que habían sido), sustituirse, olvidarse. En cierta forma, se sentían estafados porque ellos representaban a los magos y quedaban fuera de la magia. Sin embargo, contra toda lógica pero con entera certidumbre, esperaban un aparato autónomo donde ya no serían necesarios porque repetiría eternamente los episodios de todo lo que forma la vida después del nacimiento, es decir, el canto, la pena, la muerte del primer hijo y el nacimiento del primer hijo…; una vida increíblemente rica y completa, sin que contara para nada el mismo y penoso orden del tiempo exterior que conduce a la muerte. No, el tiempo solo correría allí, dentro del aparato, libre de las cronologías como en la poesía más pura.

Largas y complicadas antenas dibujaron redes de pescadores sobre los techos, tocándose, entremezclándose sin dejar filtrar el sol, apenas la lluvia. La gente concluyó por alegrarse de que afuera reinara también una penumbra descansada. Comprendía que llovía arriba, por encima de las antenas, debido a cierta atmósfera húmeda que invadía los cuartos, por los resfríos más frecuentes que se curaban solos, como si ni siquiera la enfermedad pudiera hacer presa de nadie. Debajo de los asientos creció un poco el musgo, suave al tacto como un terciopelo, y luego cayó dejando inadvertidas zonas opacas en la madera. Desapareció el musgo y no fue sustituido por nada porque incluso la lluvia dejó de caer. Todo tiene un sentido o aparenta tenerlo, ¿y para qué la lluvia o para quién? El hambre se transformó lentamente en una felicidad o una pesadilla de otros tiempos. Los campos se reencontraron en un sabor áspero y salvaje que pertenecía, más que ningún otro, a la tierra.

Los hombres y las mujeres seguían inmóviles. El cuerpo no es más fuerte que el alma, el alma estaba sentada, absorta, y el cuerpo no hacía más que acceder a todo, como siempre. Las mujeres comprendieron que eran mejores de lo que ellas mismas habían supuesto, porque dejaron de preocuparse por minucias, de comentar la vida de los otros e incluso de alegrarse discretamente por las desgracias ajenas como solían hacer mientras se compadecían. Y los hombres, de intereses más amplios y ambiciosos, renunciaron a ellos apáticamente, concentrados tan solo en la vida contada.

Los niños se movían a veces mientras las madres los chistaban sin volver el rostro. Se agitaban al compás de la música: «¡Ooooh!, ¡oaaay! ¡aaaaoyh!», demasiado inquietos aún, con la energía de la infancia, provocando en el ánimo de los padres uno de los últimos sentimientos, el fastidio por ese movimiento que los distraía. Algunos, los que tenían a los niños sentados a sus pies, se inclinaban, sin desviar el rostro del aparato, y les tanteaban los cabellos, que se habían vuelto largos y frágiles, con la mano ya sin forma procuraban sujetarlos por los hombros. Luego, por algún motivo, los niños se fueron quedando quietos, cada vez más quietos en la semioscuridad, mientras los padres se concentraban en los huéspedes hasta olvidarlos. Hubo excepciones: algunos quisieron preguntar como antes: «¿comiste?», «¿tomaste la leche?», pero temieron la respuesta y callaron. Los niños podían decir: «no», o «quiero la leche», con esa cansadora cantilena que les fue propia en un tiempo, recordada súbitamente. No querían enfrentar ninguna penosa disyuntiva, por eso, aun los padres mejores o más desaprensivos con los huéspedes, se contuvieron y callaron, sorprendidos y felices por ese estado de paz absoluta que reinaba en la habitación. Sin levantarse, se inclinaron y trataron de tantear nuevamente para saber si los niños seguían allí, pero las manos servían de poco y el

gesto, realizado como en sueños, ciego, no les aclaró nada. Los niños desaparecieron o crecieron, imposible conocer lo sucedido porque en ese momento una de las personas sonreía a todos y decía: «Usted, querido, que nos está mirando…».

Sumisión

Siempre tuvo miedo. Había un niño en su habitación, sujetaba un aro de colores, vestía pantalones cortos, tenía los brazos rosados y era calvo. No sentía miedo del niño, a quien miraba con frecuencia como una presencia tranquilizadora. El niño vivía en un cuadro, en una pintura que lo mostraba atento e inmóvil junto a sus padres abrazados. Su suerte era distinta. Había crecido, lo habían mandado a la escuela, se había visto obligado a soportar toda clase de acontecimientos. Soportar los acontecimientos era relativamente fácil; lo penoso era el disimulo, plantar el torso, alzarlo frente al disfraz de los actos: vivir el miedo.

Desde su ventana veía pasar a los transeúntes, se asomaban a su mirada y desaparecían, esto le impedía concentrarse, tener una vida normal. En cualquier momento debía atender el llamado en la puerta; entre todos aquellos que pasaban alguien lo buscaría a él seguramente. De ahí su miedo, ningún desconocido podría quererlo bien, ¿y acaso podía hacerse conocer por todos? En la oficina era posible, sabía cómo mostrarse agradable con pequeños servicios, evitaba la envidia, los rozamientos. Nunca lo buscarían allí. Por este motivo, y aunque resultara paradójico, en la oficina podía tener esa vida normal que encarnaba su mayor deseo: trabajaba sí, pero también reía, bromeaba, comía alguna galletita.

En su cuarto, a veces en la calle, en el trayecto hasta su casa cuando alguien lo seguía, comenzaban las dificultades.

Tomaba sus libros de inglés y trataba de aprender. Conjugaba el negativo de los verbos con excelente memoria. Su madre le abría las ventanas. «Te vas a quedar ciego en esta oscuridad», y él inclinaba la cabeza y le daba la razón.

Cuando su madre se distraía, él cerraba las ventanas y bajaba las cortinas de madera. Solo dejaba filtrar un poco de luz que le permitiera leer si se empeñaba. No era, por otra parte, un obsesionado. Levantaba la cabeza del libro, se encogía en la silla y distinguía, por el intersticio de luz, un trecho de calle sin asfaltar entre otras asfaltadas, había árboles y enredaderas en las casas vecinas. Dos niños jugaban juiciosamente a lo lejos, con aros de colores. Observaba un punto que se acercaba, transformándose en un carro de altas ruedas. Un automóvil atrás frenaba bruscamente. Con una opresión en el pecho él pensaba en hombres armados, en rostros duros, en crueldades increíbles. El auto seguía de largo, el dueño del carro recogía botellas, papeles, trastos inservibles. Al rato le dolía la cabeza, el esfuerzo de leer letras borrosas en la penumbra le achicaba los ojos, se los volvía inútiles. Su madre entraba en el cuarto, alzaba las cortinas y abría las ventanas con un movimiento impaciente. «¿Estás loco?», decía.

Él no contestaba. Nadie conocía su secreto. Entonces cuando uno no sabe, cuando uno es, en cierta forma, inocente, se puede exclamar con inocencia: «¿Estás loco?». No lo estaba. Todos los hombres con una certeza absoluta son eminentemente cuerdos, y él estaba seguro de esto: vendrían a buscarlo un día. No sabía para qué. No para olvidar la memoria y renacer, sino para algo tremendo que ni siquiera se atrevía a imaginar.

En la oficina era posible vivir. La oficina venía a ser como la madre que su verdadera madre no podía ser ya: lo protegía. Allí podía actuar indefinidamente como empleado subalterno, vivir como tal sin que nadie se incomodara, al

contrario. Sus superiores lo conocían, hasta lo estimaban porque se hacía querer con su extraña docilidad, su ansiedad por cumplir, el patético y levemente fastidioso parpadeo del ojo izquierdo, absorto y fijo en los deseos no expresados de los otros.

De esta manera pudo desarrollar su vida privada, sus pequeños tics y manías: los lápices a la derecha, las gomas y papeles a la izquierda. Incluso se enamoró, a través de las mamparas divisorias, de una chica del archivo que no guardaba secreto alguno, con lindos dientes y sonrisas, y casi de su misma edad, solo que en ella la juventud se manifestaba claramente. Y todo, a partir de entonces, resultó más fácil afuera. Poseyó su propia casa, con ventanas que no daban a la calle sino a un tubo de ventilación. Abría la ventana y el paisaje no era alentador, pero nadie podía amenazarlo desde allí; cuando se asomaba divisaba un patio, abajo, y arriba el cielo, la suficiente naturaleza, las estrellas, las nubes, la lluvia. Los días fueron pasando, más que a través de sus días, a través de infinitos periódicos que contaban lo que pasaba en el mundo.

En un momento, con demasiados muebles, el departamento les resultó chico y buscaron una casa; con amplias ventanas, se obstinó su mujer que se ahogaba en el encierro. Y él la miró con ternura y asombro porque ella, evidentemente, ignoraba.

Los domingos se demoraban, lentos, angustiosos. Había retomado sus estudios de inglés, era joven aún, podía progresar, simular que deseaba ser más eficiente en una situación sin futuro que no dependía de su voluntad.

Durante las vacaciones no se movía de su casa: permanecía frente a su mesa y miraba a lo lejos. La calle asfaltada, autos y camiones, motos que se adelantaban zigzagueando entre los vehículos. ¡Y cuánta gente! Una señora que iba al mercado y dos muchachas del brazo, niños

de la escuela con su mochila a la espalda, un viejo que hablaba solo mientras gesticulaba.

La señora entró al mercado y los otros desaparecieron de pronto. Se le paró el corazón. ¿Dónde se habían metido el viejo, los niños, las muchachas? ¿Qué habían hecho?

Un agente caminaba erguido y solo por la calle, la pesada arma de reglamento sostenida en su funda de cuero. Caminaba y la visera de la gorra le marcaba sombras sobre el rostro oscuro, lo volvía indescifrable. Por lo menos, uno sabía a qué atenerse cuando el rostro era una página abierta en un idioma conocido.

Hundió los hombros e intentó concentrarse en sus papeles. Cuando miró de nuevo, la calle estaba desierta.

Aterrorizado, esperó el sonido del timbre, unos golpes que no se dieron sobre la puerta. Se asomó a la ventana. El agente era una mancha azul que disminuía lentamente. Buscaba a otro o iba hacia su propia casa, también ellos se encerraban en sus casas, aunque sin miedo. Bajó las cortinas. Leyó los diarios atentamente tratando de encontrar algún símbolo, en algún lado debía decir cuándo vendrían a buscarlo y, tal vez, la manera. Se había comprometido, no sabía en qué momento, quizás cuando había dejado de ser un niño con un aro de colores junto a sus padres abrazados. El agente, que había seguido de largo, había sido el símbolo, o no, el aviso, la premonición. Preparate, había gritado con su vozarrón macizo como a través de altoparlantes, y si él no escuchó fue porque había ocultado el rostro, no había querido ver, no había querido oír. Y luego, cobarde, imprudentemente, cerró la ventana. Sin embargo, debía de estar acostumbrado al sonido del timbre, al paso de la gente. De vez en cuando venía alguien a su casa con pedidos o exigencias perfectamente comprensibles. Hombres que, desde luego, no podían ser los que esperaba. Amigos no, pero un cobrador, un charlatán vendiendo rifas,

un borracho solicitando ropa o dinero para sus hijos. Siempre eran rostros que podían leerse tranquilamente, pero esto no disminuía la angustia de la espera. Alguien vendría a buscarlo y no recibiría ayuda, estaría solo entre los gritos de su mujer y la consternación de los vecinos. Solo como extraviado en un desierto, aunque en ese momento llamaran también a todas las otras casas y hombres semejantes a él mismo coincidieran en el centro de la calle para marchar, para obedecer, soportando lo tremendo que puede haber de este lado de la muerte y la muerte. Sería de madrugada, cuando duerme el sueño más frágil y se desperezа la noche, y el hombre se halla inerme, aun el más desalmado, más parecido al niño que fue.

Al fin, y no era de madrugada sino un día cualquiera, atardecía después de la oficina, vio venir a alguien por la calle, miraba directamente hacia su ventana cerrada, salvo el avaro resquicio de la luz.

No intentó ocultarse; era inútil; ahora estaba decidido que lo encontrarían y él solo podría limitarse a esperar.

Sonó el timbre, sonaron unos golpes en la puerta. Recuerdos antiguos de puertas saltadas con arietes, a culatazos, a disparos certeros sobre la cerradura y la madera, lo apuraron. Su cuerpo era el suyo y sin embargo no le resultaba familiar, tembloroso y exánime. Abrió la puerta y miró. No estaba la muerte frente a él, no estaba el convencional y conocido personaje de la calavera y la guadaña. Era un hombre y al verle el rostro ahora, cercano al suyo como el de un hermano, lanzó un grito y retrocedió. Y aunque no pronunció palabra para advertir, para despertar a los otros, supo que él, rasgo por rasgo, había tallado ese rostro que lo enfrentaba, se lo había hecho él cada día durante largos años, desde antes de su nacimiento quizás. Un hombre creado a su imagen y semejanza que, entre el silencio y entre los gritos, lo tomaba del cuello y lo

arrastraba con una resolución invencible hacia esa calle que se cerraba inexorablemente ante sus ojos, atenta a su último estertor, ciega a su nacimiento.

El odio es poca cosa

Le clavaba las espuelas en los ijares, no sabía por qué razón con más fuerza en el flanco izquierdo. Y de tanto clavarle las espuelas, el filo había producido en ese mismo lado una herida de feo aspecto. Descansaba mal porque la herida le provocaba un ardor, una quemazón dolorosa cuyas ramificaciones le subían a veces hasta el muslo, y qué decir cuando recorrían distancias. Si el caballo hubiera podido pensar, se habría preguntado por qué ese clavar de espuelas para que galopara si estaba dispuesto a hacerlo solo con sentir aflojarse las riendas, incluso con una leve presión de las piernas. Un propietario anterior, aficionado al vino, así lo había entendido, y la concordia entre jinete y cabalgadura había sido total. Pero ese jinete, en una de sus borracheras durante un partido de cartas, había jugado su caballo como apuesta y la había perdido.

Así, por doble azar, uno de ellos el del infortunio, había pasado a otras manos. Su nuevo dueño había resultado ser un hombre hosco, reservado, y de carácter con frecuencia violento. Un hombre orgulloso también, que despreciaba atarse a un trabajo fijo, se ofrecía de puesto en puesto, a veces por la comida y un rincón para dormir; sin preferencias, los lugares le eran indiferentes y no paraba en ninguno, salvo que se enredara por un tiempo, no demasiado prolongado, con alguna mujer de las cercanías. Ni aun en esos momentos se dulcificaba. Nunca acariciaba al caballo, jamás una palmada en el cuello cuando venía a

buscarlo al amanecer para trabajar en el puesto o partir. Ya fuera una cosa u otra, lo ensillaba, apretándole las cinchas con furia y por lo tanto con exceso, y si había decidido partir, partía con urgencia incomprensible, espoleándolo hasta dejarlo exhausto en los caminos que en alguna oportunidad obviaba para internarse en campos de hierbas hirsutas, de espinos con gruesas agujas que lastimaban sus costados mientras que a él, protegido con perneras de cuero, lo salvaban indemne.

Con el suceder de los días, el caballo comenzó a almacenar odio. El de los animales, cuando están domesticados, es un odio particular, reconcentrado y a la espera de venganza.

Un día, al atravesar una colina, a riesgo de romperse una de las patas, el caballo resbaló adrede sobre unas piedras. Se deslizó varios metros y cayó pesadamente con las patas en el aire. Quería aplastar al hombre, que el cuerpo odiado terminara en la rodada con las costillas rotas y la respiración interrumpida. Pero el hombre, sin revelar susto, maldiciendo, se puso de pie en seguida, apenas con una lastimadura en la frente. Tironeando de las riendas, lo obligó a levantarse, y como el caballo no obedecía con prontitud, lo castigó a rebencazos hasta que se sostuvo sobre sus cuatro patas.

El hombre no cesó por eso, se tocó la lastimadura, tan leve que no le marcaría cicatriz, tomó aliento y siguió con su castigo por simple crueldad o como si supiera que la caída había sido adrede. Mostró una de sus escasas sonrisas mirando al animal a quien cada golpe le hablaba de su odio y del fracaso de su odio. Pero con su odio reconcentrado, el animal esperaría. Lo tendría a su alcance alguna vez, desprevenido, y con una coz de fuerza bárbara acabaría con él. Sin embargo, aun fraguando venganzas, era manso aunque detestara su mansedumbre.

En esa ocasión, cuando el hombre montó de nuevo sobre la silla, le clavó las espuelas, con más saña en su herida del costado izquierdo, y el caballo relinchó de dolor. El hombre, que no reía nunca, lanzó una carcajada, contento de haber provocado dolor, de que el caballo lo odiara.

Cuando la herida supuró en el flanco del caballo, las moscas acudieron; los movimientos nerviosos de su cola no lograban ahuyentarlas, se retiraban un segundo y volvían. A este penar, el caballo sumó su odio triste, la persistente nostalgia de una andadura pacífica, de un trote agradable, siempre las espuelas clavándose en sus ijares y los rebencazos en el anca. No había justificación para la urgencia que llevaba a su jinete de un lugar a otro en cabalgatas extenuantes, no buscaba ayuda para una mujer a punto de dar a luz, ni siquiera porque una fiesta o baile lo aguardara en un rancho distante o lo moviera la inquietud de una pasión. Ensillaba en los amaneceres, incluso en noches cerradas, sin guardarse de la lluvia o las tormentas, y de nuevo el filo de las espuelas, los rebencazos sobre el lomo para una prisa sin sentido porque arribaban a fincas aún en sombras o, en la claridad del día, a lugares que no lo esperaban, aunque siempre le ofrecían agua y comida, y en ocasiones lo empleaban para la yerra, el arreo de ganado, tareas en la cosecha.

Descabalgaba, bebía agua y comía, sin una mirada hacia el caballo. No le importaba si estaba transpirado con un sudor blanquecino, no le brindaba agua ni le quitaba la montura. En días de canícula lo abandonaba al sol. El caballo creía que iba a morir, que la fatiga y la sed lo desplomarían. Pero aguantaba, los ollares tan secos como la garganta.

Los peones de la finca observaban; alguien, más atrevido, formulaba un reparo y el hombre lo recibía ceñudo, seguía comiendo en cuclillas y al terminar, solo entonces, se

acercaba al caballo con pasos lentos, le quitaba la montura y lo ataba a la sombra. Por lo general, el mismo peón que había censurado medidamente su negligencia, voluntarioso y sin decir palabra, quizás porque el ceño fruncido y el aspecto hosco intimidaban, le pedía permiso con un gesto, secaba la transpiración del caballo, ponía bajo su boca un balde con agua que le hacía beber poco a poco, lo trasladaba igualmente a la sombra pero en un terreno con pastos.

El caballo se arrimaba al peón con el deseo de quedarse con él. Recordaba que su dueño anterior, el que había sido afecto a la bebida, lo había jugado en una partida de naipes y anheló que se repitiera la circunstancia, que ese hombre al que odiaba se emborrachara y lo jugara a pérdida o lo vendiera para procurarse una compañía fugaz, la de una mujer que por dinero, durante un rato de la tarde o de la noche, simularía interés.

El peón registró la herida en el costado del caballo, la limpió hábilmente sin causarle dolor y la cubrió con un emplasto que ahuyentaría las moscas. Agradecido, el caballo bajó la cabeza y delicadamente topó al peón con la testuz.

El hombre, que miraba de lejos, no interfirió. Si bien en otro momento, con un humor diferente, se hubiera enlazado en una pelea, en este la evitó, que otro cuidara de su caballo no lo ofendía, en esa bestia no estaba puesto su orgullo, solo su malevolencia.

Partieron al día siguiente, con la urgencia, mortificante para el caballo, de buscar un lugar que al hombre no le importaba.

Sin embargo, en una gran finca, de aspecto próspero, el hombre se demoró, primero un día, luego otro, y después varias semanas. El caballo, que no era exigido, se repuso en ese tiempo, pastaba en el campo con otros animales

mientras su dueño efectuaba tareas a pie desmalezando sembradíos. Sin darse cuenta, el hombre, dado a mujeres fáciles, a contactos breves, se enamoró. Se volvió ansioso siguiendo a una muchacha que era la hija del capataz de la finca y con cualquier pretexto o con ninguno se acercaba a las casas. Ella no le prestó la mínima atención, a lo más reía al notar sus miradas codiciosas, tan suplicantes como las de un perro después de un castigo. Se atrevió a hablarle. «Bonita», dijo humilde, con la lengua trabada. Ella le clavó los ojos, desafiante, «Déjeme en paz», lo cortó con desdén y le dio la espalda. Él se quedó paralizado un momento y luego avanzó, entontecido, pálido bajo su tez oscura.

El capataz no tardó en advertir su seguimiento codicioso, desesperado. Aunque había trabajo de sobra y faltaban peones, un anochecer, cuando regresaba de su tarea de desmalezar sembradíos y subrepticiamente se acercaba a las casas, lo despidieron. Él, que siempre se iba por su cuenta, sin avisar, preguntó: «¿Por qué?».

El capataz no le contestó directamente, señaló hacia afuera, hacia el campo interminable. «Mañana no quiero verlo. Váyase», dijo.

Él no durmió esa noche, dio vueltas insomne en el catre prestado. Al amanecer se levantó y se encaminó al corral. Con el estómago vacío no probó agua ni masticó una galleta.

Cuando lo vio acercarse con la montura a esa hora del amanecer, la misma que había presagiado otras partidas, el caballo se estremeció, el hombre reabriría su herida ya curada, la despertaría a los grumos de sangre y a las moscas, y clavándole las espuelas como de costumbre, lo obligaría a emprender una de esas cabalgatas locas hacia ninguna parte.

Pero el hombre ensilló, montó y partió al paso, con el cuerpo que al caballo le pareció más pesado que una pesada piedra. El caballo, que padecía también el vicio de la

costumbre, aunque le fuera ingrata, aceleró al trote y su jinete lo retuvo por las riendas. Lo detenía y miraba hacia atrás. Así lo hizo hasta que la casa desapareció y luego los límites extensos de la finca. No cabalgó al trote y menos a la carrera sino al paso, deteniéndose muchas veces, reacio a alejarse. Y nunca clavó las espuelas, las piernas flojas fuera de los estribos.

Hacia el mediodía, descabalgó junto a un cauce de agua y se sentó en la tierra con la cabeza agobiada sobre el pecho. El hombre despedía un olor desconocido para el caballo que solo estaba familiarizado con el olor de su crueldad. Lo había dejado suelto y no atinó a huir. De puro nervioso por ese olor que recibía, el caballo pegó dos coces en la tierra y estuvo a punto de alzarse sobre las patas, pero como el hombre estaba inmóvil, se tranquilizó y dirigiéndole miradas recelosas porque aún le temía, se atrevió a acercarse al cauce de agua, entró hasta las rodillas, bebió hasta saciarse.

El hombre se echó de espaldas al suelo y colocó el brazo sobre su rostro. Estuvo tanto tiempo así que el caballo creyó que se había dormido, con suerte podría estar muerto. Oyó un sonido que nunca había escuchado. Cuando el hombre apartó el brazo, le vio los ojos líquidos, la piel mojada, y el pecho sacudido por extrañas contracciones que acompañaba con un golpe de puño. Rodó por la tierra hacia el caballo que percibió su movimiento y retrocedió con un corto relincho de alarma, todo podía esperarse de ese hombre a quien odiaba y tan violento que no se detendría ante un castigo injusto para descargar su furia. Pero no era furia la que descubrió en su rostro. Esto lo desconcertó tanto que perdió la oportunidad tantas veces deseada de destrozarle la cabeza —vulnerable a poca distancia de sus patas— con una coz precisa. Incluso no pudo o no quiso huir.

El hombre, desde el suelo, se apropió de las riendas, se ayudó con ellas para incorporarse y se le prendió al cuello. El caballo recordó su crueldad. Si hubiera podido pensar, habría pensado que la urgencia de partir de un lado a otro lo había llevado al amor y el amor, sin darle nada, lo había secuestrado. Ya era cáscara. Entonces reconoció el olor, parecido quizás al que él mismo había exhalado en las largas cabalgatas mortificado por el sufrimiento.

Cuando el hombre se separó, el rostro húmedo, el caballo avanzó hacia él y le tocó la cabeza.

La obediencia

La ropa para el día siguiente estaba preparada sobre una silla, al lado de la cama. La menor de las niñas ya dormía. La mayor, Lucía, se lustraba los zapatos y conversaba, contenta. Varias veces había preguntado con esa insistencia de los niños que no se colma con respuestas: «¿Dónde vamos? ¿Es lejos?».

«Sí. No», había contestado.

«¿Puedo llevar a mi muñeca?».

«No».

¿Qué respuesta sería veraz para las niñas? No podía dejar de sentirse culpable. Es tonto, se dijo. Alguien más fuerte que ella disponía, la responsabilidad se le escapaba. Y sin embargo, mantenía aún una esperanza de modificar o engañar lo irreparable.

Repasó la ropa que debía planchar, acomodó la vajilla, limpió los vidrios de todas las ventanas. ¿Adónde podría llevarlas *después*?

«Es hora de dormir», advirtió a Lucía, que había disfrutado incrédula el olvido de la madre, su presencia permitida a una hora insólita que pertenecía al sueño.

«Un poco más», dijo Lucía, mientras contemplaba el brillo de sus zapatos.

Y la madre accedió con una sonrisa preocupada y nerviosa.

Las costumbres de la ciudad persistían, rutinarias. *Después*, quizás por algún milagro, una plaza, unos juegos

en una plaza, tendrían sentido aún. Ya había visto a los otros, los que habían recibido antes que ella la citación por correo o se habían apresurado a obedecer el mandato fijado en afiches sobre las paredes de la ciudad. Entraban pacíficamente al lugar designado, dichosos de alcanzar el término de una espera prolongada, y al salir no eran los mismos. No podía asegurar en qué habían cambiado, no eran los mismos. Atenaceada, miró a Lucía que cabeceaba dominada por el sueño, y le abrió los brazos para que se cobijara en ellos. O se despidiera.

La madre despertó antes del amanecer. Preparó el desayuno y llamó a las niñas. Ellas porfiaron por quedarse un rato más en la tibieza de la cama.

Sin embargo, cuando salieron a la calle, respiraron con excitación el aire frío que aún sostenía la bruma del amanecer de invierno. La madre quería cumplir rápidamente, por eso la partida al amanecer, para despejar una incógnita que por momentos tenía la fuerza de una certeza. Pero ya se les había anticipado una multitud que quizás había arribado la noche anterior, el día anterior incluso.

Mientras la madre las vigilaba sin perderlas de vista, las niñas jugaron en la calle.

Cuando abrieron las puertas del edificio, la multitud comenzó a avanzar en una fila apretujada, lenta, regularmente.

Pasó una hora, tal vez dos. Desde su lugar, ya próximo a las puertas, la madre llamó a las niñas que continuaron con sus juegos simulando no oír, pero al cabo, con las mejillas enrojecidas, corrieron hacia ella, le contaron una historia que la madre no entendió.

Después de una espera igualmente tediosa en un patio cubierto, atisbaron un mostrador de una madera invisible bajo múltiples capas de pintura. Detrás del mostrador, una mujer gorda, vivaz, se atareaba sonriendo a todo el mundo, un poco más a los niños. Y la madre pensó, con una melancolía inquieta, que la presencia de los adultos era como un pretexto necesario, los eslabones más tiernos eran los que en verdad contaban.

Por un momento, las niñas se asustaron. El amontonamiento les había quitado el aire. Apretaban fuertemente su mano.

«Lucía», se inclinó hacia ella y susurró, «Lucía, escapate».

Pero la niña la miró sin entender, tranquila ahora, responsable.

«Mamá, no tengo miedo».

Sus muñecas dormían arropadas en la cuna de juguete. Les había dejado una comida de cáscaras de naranja. Por suerte, la madre le había prohibido traer a una de ellas porque la habría extraviado.

«Mamá, ¿cuándo volvemos?», preguntó.

La menor mordía un caramelo, abstraída en su propio placer.

«Chicas, las llevaré al cine», dijo la madre de pronto, y las dos rieron alegremente, ya sin cansancio, felices.

La multitud empujó y la menor se separó de su mano. «¡Mariana!», gritó buscándola, se alzó en puntas de pie en ese mar de cuerpos. Un hombre de expresión benévola inclinó sus anchos hombros hacia ella. «Señora, no le pasará nada. La encontrará. Es buena gente. Toda es buena gente», repitió. Guiñó un ojo para confirmar sus palabras, pero ese ojo cerrado demasiado tiempo mientras el otro la miraba intensamente, provocó en la madre el efecto contrario: angustia y miedo.

Unos chicos, empinándose junto al mostrador, tendían la cara, la boca abierta. La mujer les colocaba una pastilla de aspecto medicinal sobre la lengua. Debía de tener buen sabor porque los chicos cerraban las mandíbulas como pinzas y la saboreaban avaramente. Los adultos más serios, circunspectos. La mujer no les apartaba la vista hasta que cesaba el movimiento de la boca. A veces, desconfiaba de algunos porque no les permitía alejarse. «A ver, abra la boca», decía con tono jovial, y se inclinaba sobre el mostrador adelantando el busto opulento. Pellizcaba las mejillas y como comprobación última se metía dentro de la boca ajena, hurgaba con un índice endurecido y móvil.

Una mujer protestaba, vecina a la madre. Una sola persona para atender a tanta gente. «Así en todos lados», susurró, la voz confidencial. Pero como ella la mirara sin contestarle, torturada por el pensamiento de sus hijas, la mujer se asustó y calló de pronto, se fue hundiendo entre los otros, borrándose con una sonrisa de disculpa, de temor.

La fila se había reducido hacia adelante. Veía claramente ahora cómo estaba vestida la mujer gorda, percibía incluso los bordes gastados del mostrador donde había saltado la pintura espesa. Poca gente las precedía, un matrimonio de viejos, el hombre que había pretendido tranquilizar a la madre, un par de chicos que alborotaban pegándose manotazos amistosos ante la reprobación taciturna de los adultos. Detrás de ellos, la multitud parecía no tener fin.

La hija menor había comido su pastilla y ganaba la puerta, sin volverse. Del matrimonio de viejos, el hombre protestaba no se entendía sobre qué. Mascaba con las encías, tozudo, y mascullaba alterado frente al mostrador. Un guardia que había pasado inadvertido, lo apartó con un gesto apenas rudo. «Váyase», y el viejo, súbitamente aplacado, se apoyó en el hombro de la madre, aferró familiarmente su brazo, confundiéndola. En seguida,

comprendió su error y la rechazó, mientras su mujer lo tomaba de la mano, presurosa, y lo alejaba.

Empujaron a la madre hacia un costado y perdió de vista a Lucía. La buscó hacia atrás, pero cuando giró la cabeza la descubrió frente al mostrador, la boca abierta.

«¡Lucía!», gritó, y por un momento Lucía la reconoció con sus dulces ojos de niña y agitó el brazo, al mismo tiempo cerró la boca, la pastilla depositada en el nido de la lengua.

Alguien zarandeó a la madre y ella aprovechó para retroceder, simulando. El corazón le latía descompasadamente. Me castigarán, me castigarán, pensó, mientras exageraba con torpeza los gestos de masticar y tragar. Llegó a la puerta y tropezó, aturdida por la luz que la alcanzó como un fuego.

Las dos chicas se habían sentado en el cordón de la vereda, las faldas juiciosamente ajustadas debajo de las rodillas. Se habían tomado del brazo, silenciosas. Se conocen, se conocen, pensó, repitiendo las ideas en busca de una seguridad imposible.

«Lucía», gritó. Al oírse llamar, Lucía alzó en seguida la cabeza y giró el cuerpo en dirección hacia ella. «¿Vamos?», dijo la madre.

Las dos se levantaron lentamente. Se balanceaban con un movimiento que no les había visto antes, desprovisto de gracia. Repentinamente, Lucía presionó el brazo de la menor, quien lanzó un ronquido lastimero.

Se acercaron. Les miró los ojos. Eran duros, vacíos. Un hilo de saliva se escurrió de entre los labios de Mariana. La madre lo borró con la mano temblorosa. Pero en seguida, la saliva se escurrió persistente, un hilo delgado que ya había dejado huellas secas y blancuzcas sobre el cuello. Miró a Lucía. Seguía balanceándose con el mismo movimiento desprovisto de gracia y una saliva más espesa le rebasaba de las comisuras de la boca.

«Lucía y Mariana, Lucía y Mariana», dijo, para experimentar el calor de los nombres. Recuperarlas.

«¿Qué?», preguntaron las dos al mismo tiempo.

«Las llevaré al cine, ¿les gusta?».

«Sí, cómo no, nos gusta», dijeron las dos.

«¿Saben cómo me llamo?».

«Mamá», se adelantó Lucía mientras apretaba con fuerza el brazo de la menor, quien repitió su ronquido lastimero y se apoyó luego en la hermana, dócil o agradecida. Pero Lucía la rechazó y ella volvió a gemir, como un perro con su baba colgando. «¿Y papá?». «Papá murió», dijo Lucía. «Pero de nombre, ¿cuál era el nombre de papá?». «¿Qué importa?», dijo Lucía, y la miró con los ojos claros, sin fondo.

«Denme la mano». Las dos se colocaron junto a ella, y sin abandonar el balanceo, que parecía hecho de una pasividad insidiosa, le dieron la mano. Eran pequeñas, heladas.

«¿No tienen frío?».

«Yo no».

«Yo no», repitió la menor.

«Las llevaré al cine. Nos vamos a reír», dijo, mientras crecía el pánico, la desbordaba.

Las dos lanzaron dos risas idénticas. «Nos vamos a reír», dijeron juntas, sumisamente.

«Muévanse».

«¿Cuántos pasos?», preguntó Lucía.

¿Qué preguntaba? «Los que quieras», contestó.

«¿Cuántos?».

«¡Cinco!», dijo la madre con una risa nerviosa que le costó detener.

Lucía avanzó cinco pasos y se quedó parada, inmóvil, sin volverse.

«Caminen», y las niñas caminaron, sin volverse.

La madre caminó un trecho con ellas y de pronto se detuvo. Las dos la imitaron al instante, la mano de la menor

flojamente posada en su mano.

«¿Qué esperan?», gritó. «¡Salten, jueguen! ¿Qué esperan?».

Las dos permanecieron inmóviles un rato. Al fin, Lucía se volvió y trabajosamente dijo: «Que nos ordenes. Simplemente eso: que nos ordenes», y después de un momento, agregó: «mamá».

La soledad

Fue Amelia, mi hermana, la que tuvo la culpa. A mí nunca se me hubiera ocurrido. También reconozco que cada vez hubo menos posibilidades de salvación, que todo pasó, de la culpabilidad consciente, al terreno del azar, de la fatalidad. Y que ambas, incluso yo, concluimos por acoger esa fatalidad, casi diría por amarla.

Amelia nunca se había destacado por la inteligencia, pensar le costaba un gran esfuerzo sin que obtuviera los menores resultados. Tampoco se había destacado por la belleza, pero esto no la afectaba más que a ella. A mí no me concernía: no había necesidad de mirar su rostro o su cuerpo para hablarle.

Vivíamos juntas y la convivencia me pesaba porque no le veía solución, salvo el fin de la vida. Muchas cosas me fastidiaban en ella, sobre todo su pedigüeña sentimentalidad, una avidez de afecto impropia de sus años. Recogía perros hambrientos de la calle, con la sangre chupada por las garrapatas. Decía amar a los niños, pero los niños, agotadas las golosinas con las que pretendía comprarlos, se alejaban hacia sus juegos con sonrisas crueles que significaban vieja tonta. Ella se quedaba mirándolos con la misma mirada turbia y desanimada de esos perros que recogía.

De las dos, solo yo me había casado para descubrir que lo mejor no es siempre aquello que se desea. Con un poco de suerte, y determinación, un marido díscolo e indiferente se

echa a la calle; en cambio, una hermana en edad madura, sin ningún atributo que la haga deseable para los otros, es una carga de familia: no se puede rechazar, aunque se tengan ganas.

El problema empezó con el verbo «ser». No con todos los tiempos, al principio se podía decir impunemente: «soy una belleza, los días serán cálidos, el tiempo es casi una pesadilla». Y lo era para nosotras. Para ella, sobre todo, eternamente inclinada sobre ollas de comida incomible, sobre tejidos que no conseguían tener una forma y que no servían para nadie. Yo me distraía con mi propia vida que, sin su presencia, hubiera sido satisfactoria.

Sucedió, lo recuerdo, cuando ella dijo: «me gustaría ser…».

Estábamos comiendo. La golpeé con el zapato por debajo de la mesa.

No era un gato el que nos acariciaba las piernas. Lancé un grito, que me sonó desmesurado, ajeno como si surgiera de otra boca. Ella, tan pusilánime, no se asustó.

—¿Qué es? —preguntó, aunque lo veía bien.

Una especie de babosa descomunal, que nos buscaba las piernas con el movimiento ondulante, flexible y endurecido al mismo tiempo, de un gato en busca de caricias. Me recordó en seguida a un gato, pero también una de esas babosas que suelen encontrarse en el jardín, ocultas bajo un lecho de hojas húmedas, y que yo mataba simplemente con un poco de sal de cocina. Solo que este era un ser voluminoso, redondo como un pomerania obeso, sin ojos visibles, sin patas.

Me restregué la piel para borrar el contacto. El bicho se arrastraba desconcertado, errando por el suelo. Amelia se inclinó hacia él, lanzó un sonido medroso y a la vez incitante. El bicho se detuvo un momento, reptó hacia ella. No sé qué intuición me llevó a golpear las manos,

fuertemente, palma contra palma, como quien llama la atención de alguien o lo ahuyenta. Desapareció.

—¿Por qué? —preguntó ella, decepcionada.

—Era asqueroso, repugnante.

—Pero solo quería estar a nuestro lado, que lo acariciemos. Es como un gato.

Yo no contesté y seguí comiendo.

Entonces no nos dimos cuenta de que la palabra había sido la convocante de esa presencia en el cuarto. Por el tono de la voz de Amelia comprendí que se había fastidiado, dejó de comer y se puso a dirigir miradas furtivas, esperanzadas, debajo de la mesa y hacia los rincones.

Sin mucho esfuerzo, también yo dejé de comer, me pasé nuevamente la mano por la pierna porque la humedad del contacto persistía, y me senté con un libro cerca de la ventana. Y ella no se atrevió a decirme que me correspondía levantar la mesa y lavar los platos. Se ocupó ella, sabiendo que yo guardaba su muestra de interés hacia el bicho para humillarla al primer reproche.

Después, una semana más tarde, el bicho apareció por mi culpa. Solía hablar sola y me aburría en la puerta de calle, mirando pasar a la gente, toda vieja, toda fea, y me decía, casi en un canturreo: «Ser la luna, ser el sol, ¿para qué con esta gente ser la luna, ser el sol?». Al instante siguiente, lo descubrí a mi lado, un poco más grande aun de como lo recordaba, pegajoso. Grité y de dos en dos subí las escaleras hacia nuestro departamento con el bicho pisándome los talones. ¿Qué era lo que antes me había salvado? Me sentí traspasada de angustia, como si me persiguiera una rata, y el bicho era ágil, no obstante la ausencia de patas, sensible no obstante la ausencia de ojos, de frente, de boca. Reptaba rápida y ansiosamente detrás de mí. Lo tenía casi encima cuando se me ocurrió golpear las manos, un estallido fuerte, hasta los huesos, y el bicho desapareció.

Salí al día siguiente, y cuando regresé lo encontré al lado de mi hermana. Se le había recostado sobre el pecho, con su masa húmeda y viscosa, y ella lo tocaba, sí, lo tocaba, apartándolo de su cuello con débiles manotazos y risitas de nerviosidad. Inclinaba la cabeza y tenía los ojos entrecerrados, la pupila extraviada. No advirtió mi presencia, o si la advirtió, no le concedió importancia. Me dirigí directamente hacia el cuarto que me veía obligada a compartir con ella y, sin cerrar la puerta, me enrojecí las manos batiéndolas pellejo contra pellejo, hueso contra hueso hasta agotarme. Después me senté en la cama y esperé. Ella no tardó en asomarse. No pensó siquiera en acomodarse las ropas. Discutimos. Lloró.

—¿Qué te hacía? —dijo—. Solo buscaba un poco de cariño.

Pero no aparecía tan indefensa como quería hacerme creer. Ni tampoco inocente. Tonta o no tonta, se había dado cuenta de que las palabras tenían que ver con el asunto. La sacudí por el brazo.

—Nunca, nunca, vuelvas a repetir soy, siendo. Nunca, nunca.

¿Cómo no advertía que ese bicho ansioso era algo repugnante? La miré y comprendí que ahora debía empezar a mirarla, porque se le estaba poniendo otra cara sobre la antigua. Acabaría por no reconocerla.

Ella se asustó de mis gritos, asintió mansamente, pero con un fondo de falsedad. La conversación se nos tornó dificultosa, como quien tiene que atravesar un camino en el vacío. Nuestras veladas transcurrieron en silencio. Pero en cambio la miraba. A hurtadillas a veces, francamente otras, escudriñaba sus rasgos, que habían sido amorfos y sin carácter, y que ahora decidían, iluminaban casi, la pasión de un fanatismo dulce y secreto cuyo origen yo temía desentrañar. Después, ya no pudimos pronunciar las

palabras más inofensivas o inconsistentes: pan, mesa, humo, todo lo convocaba. Apenas abríamos la boca, aparecía a nuestro lado como si lo hubiéramos llamado. Impuse el silencio, un lenguaje de señas, y tuvimos paz por un tiempo. Una paz acrecentada, porque no solo el bicho había desaparecido, también mi relación con Amelia se diluía. No oír su voz era padecer solo la mitad.

Un ruido me despertó una noche. Me quedó la impresión de que no había sido un ruido aislado sino la culminación de una serie de ruidos, o gemidos quizás, que había estado rondando mi sueño, llamándome a través de mi sueño para que despertara. Sin moverme, abrí los ojos, atendí tensa en la oscuridad. Solo oí que Amelia lanzaba un suspiro prolongado y luego otro, más intenso y más breve. A tientas, apreté el botón del velador. Extendida sobre la cama, con las piernas y brazos abiertos, Amelia simulaba dormir. Las frazadas se amontonaban en el suelo. Sin embargo, hacía frío. Toqué un lugar de sus sábanas y aparté la mano. Había una mancha húmeda. Ella no abrió los ojos. Leí hasta que me venció el cansancio. Apagué la luz y oí la risa de mi hermana, una risa distinta, cruel, victoriosa. Feliz.

Al día siguiente, no me levanté. Me sentía enferma. Desde muy temprano hubo escándalo de ollas en la cocina y un ajetreo de fiesta. La escuché reír. Por momentos, canturreaba. Cuando me alcanzó el desayuno, la miré. Parecía tener veinte años menos. Contra su costumbre, al entrar cerró con un ademán conciso la puerta del dormitorio. Siempre dejaba las puertas y ventanas abiertas, aun las que el viento golpeaba contra los batientes. Se acercó y se sentó en la cama, a mi lado. Le relucían los ojos. Mostró apenas los dientes amarillos en una sonrisa y dijo:

—La casa es chica para las dos. ¿Te parece dormir en el mismo cuarto? ¿Te parece? Te gusta vivir sola, no quiero que te sacrifiques.

—¿Qué sacrificio? —dije.

Zorra, mosquita muerta. Era ella la que deseaba vivir sola, entregada a ese bicho que la había transformado. Si a mí me costaba compartir costumbres, ella me ofrecía independencia. Nunca ha hablado tanto, tan astutamente. Zorra, mosquita muerta.

De su propio bolsillo me ha alquilado una pieza en una pensión. Sin escrúpulos aprovecho la patraña de su buena voluntad. Ahorro los gastos de la casa que dividíamos rigurosamente por mitades, de este modo me libro de su presencia, de toda otra presencia que no sea la mía.

El cuarto de la pensión es un cuarto con altas puertas grises. La ventana de dos hojas da a la calle, se oyen claramente los pasos y las palabras de los que pasan. Me llegan retazos de conversaciones que no me pertenecen. A veces, algunos se detienen y los espío. Tengo todo el tiempo para mí, como si hubiera nacido ahora. En cambio, estoy envejeciendo.

No sé qué he dicho, pero está ahí, sobre una alfombra desteñida en la que deja una mancha húmeda que seca lentamente, sin huellas. Su piel debe brillar en la oscuridad, quizás algo pase en la oscuridad. Me siento en la cama, dispuesta a acogerlo. Viene en seguida hacia mí, rápido, desesperanzado, incomprensible. Es mío.

La sustitución

Era una mujer callada y sumisa que empezaba a envejecer. Había una frase de alguien que le gustaba repetir: «No sé si eres mi hijo o si te he soñado».

De la infancia de su hijo no recordaba nada sino por un esfuerzo de voluntad que le traía imprecisiones; el pasado vivía en ella estérilmente dentro de esa memoria laboriosa y desierta, y entonces era como si no lo hubiese vivido. No se reconocía en la mujer gorda, con patas de gallo y sonrisa desalentada. No recordaba la cara de su hijo cuando lo vio por primera vez, y esto le causaba una tristeza física, como si le frotaran el pecho con una piedra. Había pensado que no olvidaría nunca el primer beso sobre la cabeza del recién nacido. El primer beso es mío, había pensado. Este beso es la marca mía en tu cabeza. Supo que demoró la mirada, retardándola amorosamente sobre la cuna, que jugó con la mano de su hijo, que lo vistió y lo sostuvo en sus primeros pasos. Pero eran otra madre y otro hijo. No ellos, vivos en el presente.

En muchas ocasiones bajaron las escaleras de la casa que compartían, siempre la mano, que iba creciendo, en la mano más grande. El primer beso estaba allí, en la cabeza del niño donde crecía una cabellera de un negro azulado. Pero ella lo ignoraba, en su búsqueda de certezas.

Los domingos de invierno salían juntos, caminaban, felices del sol, masticando galletitas dulces. Llegaban al museo del pueblo, que guardaba carretas, trajes roídos, y a

la iglesia vecina, imitación de catedrales góticas. Comparaban el edificio chato del museo y las torres en punta de la iglesia, y el niño decidía. La madre hubiera preferido recorrer en algunas tardes de viento particularmente impetuoso, los salones solemnes, con olores mohosos a pasado, pero indefectiblemente el niño se lanzaba hacia las torres. Subían las largas escaleras juntos, sin cansancio. Era un juego, no había corazones fatigados, falta de aliento.

Ella buscaba la marca del beso en la cabeza del niño, de vez en cuando, en un gesto que pretendía casual, le removía el cabello y lo peinaba luego con las manos. El niño tenía una manera de decir: «¿Qué buscás?», como si entendiera que el gesto escondía un sentido de pérdida y nostalgia.

Ella sonreía y contestaba, invadida por una súbita vergüenza: «La cicatriz», y entonces explicaba fraudulentamente una caída, adornaba el cuento con detalles: su susto, la lastimadura.

Ese día, el niño desprendió su mano y ganó los últimos escalones de prisa. No gastés el tiempo, pensó ella, que se angustiaba con facilidad, empezaba a envejecer.

Muy abajo, empequeñecido, descubrían el pueblo entero que terminaba en el campo después de una serie de chacras. En la calle la gente era minúscula y ellos se sentían contentos de conservar su tamaño, allá arriba.

El niño solía asomarse a la pared de protección que era muy baja, miraba a lo lejos con una sonrisa de triunfo. De pronto se empinó y se sentó a horcajadas sobre el parapeto.

Callada y tensa, ella tendió una mano temblorosa. El riesgo debía ganarse y la única manera posible (para el niño) de ganarlo era que ella enmudeciera cualquier sentimiento de inquietud. Entonces no se permitió un grito y ni siquiera frases de simple precaución. Imitaría el movimiento de un juego compartido y de sorpresa lo tomaría

por la cintura, lo traería de nuevo al reparo de las grandes baldosas exagonales percudidas por años de intemperie.

—No te acerques —dijo el niño, rechazándola con la impertinente seguridad de la infancia, y ella retrocedió unos pasos. Disimuló el peso del miedo con una sonrisa sin dulzura.

De pronto sintió pánico. Encaramado sobre el muro, el niño oscilaba en un movimiento de vaivén, se inclinaba peligrosamente hacia afuera. Luego, con la deliberación ciega de la desgracia, se precipitó al vacío.

Bañada en sudor, ella se arrojó hacia la pared, los brazos abiertos. El cuerpo daba vueltas por el aire, como si fuera de trapo. Chocó contra la acera, y le pareció que el ruido del cuerpo, tierna carne y huesos, resonaba como el estallido de una bomba y la ensordecía.

Alguien subía las escaleras, sin aliento. Un desconocido. Traía a un niño de la mano.

—Lo recogí en el aire —se congratulaba y lo empujaba hacia ella.

El niño sonreía, era alto, de pelo muy rubio, de tez muy clara. Masticaba caramelos.

Ella miró hacia abajo temiendo ver. No había ninguna agitación insólita, otro movimiento que el de costumbre, algunos paseantes, el vendedor inmóvil junto a un carrito de golosinas con toldo de lona.

Giró pálida y muda hacia los extraños.

El niño se acercó, se tocó la cabeza.

—Tengo una cicatriz —dijo—. Mamá.

¿Qué había dicho?, se conmocionó incrédula, retrocediendo. El niño repitió la palabra en un diminutivo familiar. Entonces ella se preguntó si su vientre no había albergado otro hijo destinado a un cuerpo de piel clara, otro

hijo que no era el que solo conocía en el presente, con cabellos negros y piel oscura. Podía ser cualquiera, se laceró, ya que no recordaba el rostro de su hijo cuando lo vio por primera vez y ningún puente hacia el reconocimiento existía.

Extendió la mano a ciegas para alejarlo. Creyó que pronunció palabras de repulsa, de indagación, pero solo emitió balbuceos sin sentido. El niño mordió otro caramelo, le tomó la mano confiadamente y la guió hasta su rubia cabellera. Ella se separó con un movimiento rápido y dislocado, se adosó a la pared, golpeó con los hombros y la cabeza contra los ladrillos del muro, como si quisiera penetrarlos, borrarse.

El hombre hablaba con una especie de volubilidad atroz; seguía repitiendo que había recogido al niño entre sus brazos como un regalo del cielo. Milagrosamente intacto.

—Pura casualidad —decía, y la miraba esperando que ella manifestara su gratitud, le tendiera las manos, conmovida. Espiaba lágrimas de felicidad en su rostro, la alegría de la resurrección.

—Tengo una cicatriz —insistía el niño, y se apartó el pelo. Allí estaba la cicatriz, del tamaño de una moneda, como una quemadura.

De pronto ella recordó todo: la cara de su hijo cuando lo vio por primera vez, sus indefensos y confiados primeros días, y esta memoria corrió hacia un presente insoportable. Entonces abrió la boca, con la lengua afuera como un animal que se asfixia, y gritó, delante del hombre que no cesaba de sonreír, delante del niño con su mentida y quemante cicatriz. Su recuerdo era perfecto ahora, tan simple y definitivo como la muerte allá lejos, abajo, con la gente que se arremolinaba junto al carrito de golosinas protegido del sol por un techo de lona que su hijo había embestido al caer.

Poder morir

Hace días que está muerto y no tardarán en llevárselo. Él lo sabe, no ha hecho ningún misterio. Ninguno de nosotros lo ha hecho. Se sienta a la mesa con nosotros, pero no come. No usa ya los dientes postizos, aunque estaba tan acostumbrado a ellos que debía sentirlos tan propios como un hueso. Mis hermanos aprovechan que está callado para desquitarse de silencios que él les impuso por mínimas rebeldías. Hablan por los codos. No lo ofenden, solamente se comportan como si no existiera. Yo lo miro y busco desesperadamente algo para decirle, pero no encuentro una mísera palabra que nos acerque. Nunca habíamos hablado antes. Él nunca habló con nadie, quizás sí con mi madre en un tiempo tan remoto que ya debe haber olvidado cómo hablaban, qué palabras se decían o qué gestos los comunicaban. A veces se aburre, en la mesa, entre sus propios hijos, hombres maduros, casi viejos, y distraídamente arma bolitas con el pan. Se apoderó de una de nuestras costumbres de infancia, cuando nos pegaba en la cabeza porque hacíamos bolitas con el pan. Mis hermanos lo odian. Yo también, en un tiempo. Pero ahora no. Quizás me da piedad verlo con la boca sumida, tan parecido a lo que nunca fue, un viejo manso, desvalido. Pronto lo llevarán y no habrá ninguna esperanza para él, definitivamente aparte. La cuenta clausurada, ningún espacio para recorrer, para gastar con un paso, ni siquiera con la apoyatura del pie. No lo ignora y lo descubro mirándome, es una mirada

ajena a él, crispada. ¿Algo en mí valía la pena?, parece preguntarme. Nada valía la pena, nada. Pero esto no importa, recupero algún gesto suyo aproximado a la paternidad, yo acostada en la cama, a su lado en una mañana de domingo, y él contándome un cuento que, por impaciencia o distracción, jamás concluía.

Cuando nos levantamos de la mesa, mis hermanos dirigen al aire un saludo impreciso, se van a trabajar. Hablan, no más alegres que de costumbre, pero con más entusiasmo, libres. La muchacha desocupa la mesa, evita tocarlo. Él se demora un rato más, haciendo miguitas con la cabeza inclinada, hasta que por el otro extremo, la muchacha recoge el mantel para sacudirlo en el patio. Luego, cuando la muchacha aparece con la escoba y, manteniéndose a distancia, barre entre las patas de su silla, se incorpora lentamente y se marcha a su cuarto. Se queda allí, hasta la noche, esperando, sin ninguna actividad que lo distraiga o lo fastidie, sin fumar, sin leer los diarios que antes manoseaba hasta convertirlos en basura.

Cuando escucha los ruidos de los platos, a la noche, se asoma de nuevo, arrastrando la pierna izquierda que siempre tuvo un poco rígida. Mis hermanos le dirigen miradas oblicuas, cargadas de sorpresa. ¿Todavía aquí?, parecen preguntarse. Alguien trae una silla, ocasionalmente una servilleta, pero nadie agrega otro cubierto sobre la mesa.

Me levanto pasada la medianoche. No se oye ningún ruido en la casa, ni la insistencia de un grillo en el pequeño jardín ni ninguno de esos rumores lejanos que indican que el mundo siempre sigue despierto en alguna parte. Voy hasta su cuarto. No se ha acostado. Lo adivino de pie, en la oscuridad, inmóvil, escudriñando mansamente las sombras. Un tiempo sin término lo rodea, e ignora cómo franquearlo. Enciendo la luz y se vuelve hacia mí. Se ha puesto los

dientes postizos, como si esperara visita. La luz es amarillenta, escasa. Siempre fue tacaño con todas las cosas que alegran. Me acerco y tiendo el brazo. Nunca lo toqué, mira el suelo, triste, expectante. Le acaricio la cabeza, con unos pocos pelos encanecidos en la nuca. Quiero hablarle. Le hablo. Lo inundo de palabras. Pero lo único que digo es: «Papá, todos te queremos mucho, todos te queremos mucho». Lo absuelvo de toda pena, de todo remordimiento, de todo castigo. Me abraza y llora dulcemente en el hueco de mi hombro. No es un anciano con su carga de arbitrariedades y violencias pasadas; inerme y sin poder es solo un chico pidiendo perdón o consuelo. Luego se acuesta, cierra los ojos. Me siento en una silla, junto a su cama, y le tomo una mano. Nunca me había atrevido al contacto de su carne, es una mano seca, quebradiza. Se incorpora y se saca los dientes postizos. Los deposita con un tanteo cuidadoso sobre la mesa de luz, como si debiera usarlos mañana. No obstante, sabe que no va a usarlos y por primera vez es atento con lo que no le sirve. Me sonríe y creo que nunca me había sonreído así, ni a mí ni a nadie, una sonrisa gratuita, dada a otro, como un regalo.

Ahora sí, está muerto.

Al mediodía siguiente, aparece a la hora de la comida. Ocupa la cabecera de la mesa. Le sirven y come. Me quedo con la sangre hecha agua. Mis hermanos mastican con la cabeza baja, callados. No desperdician un gesto, comen, ávidos y sin placer, para terminar cuanto antes y correr al café de la esquina. Se incorporan con tanta urgencia que las sillas chocan y se excusan incómodos, aducen horarios que deben cumplir, rematan explicaciones poco convincentes, nerviosos como delincuentes en falta. Mi padre ni les

contesta, come en silencio, vorazmente y con el ceño fruncido, la expresión severa y despreciativa.

Ahora sí, pienso, está vivo, y poco a poco, cuidadosamente, recupero las palabras que le dije anoche, las que nunca dije, las que lo hacen estar vivo, tan espantosamente vivo, a la cabecera de la mesa, comiendo.

La fiesta

Se había metido allí y no había forma de sacarlo. De nada sirvieron las súplicas, los lamentos, el odio. Se mantenía en su lugar, obstinado como el barón rampante o como un niño escondido a quien todos buscan, incapaz de salir de un juego que deplora. Pero resultaba evidente que él no deploraba el juego aunque sufría privaciones, se alimentaba mal. La mujer había decidido cortarle los víveres para que entrara en razón, infructuosamente. Se moría de hambre, cada vez más consumido y enclenque, la barba crecida y olor a sucio, pero no desistía. Estaba cómodo, aseguraba. Siempre se había caracterizado por la obstinación o, más que eso, por un deseo de perfección que nunca había sabido bien a qué aplicar.

Al principio había sido el césped, impecablemente cortado. Pero cortar el césped no llevaba mucho tiempo. Tardaba años en crecer después de cada pasada de la máquina, como si se diera cuenta de que no valía la pena el esfuerzo de sobresalir un centímetro para ser suprimido de inmediato. Tampoco había yuyos: los había extirpado de raíz cuando removió la tierra para plantar el césped. Los yuyos lo temían porque no apareció ninguno. Prefirieron una casa vecina, descuidada, con grandes manchones de humedad en las paredes, con una tierra seca y arcillosa donde proliferaron. Los yuyos florecían en verano, con una flor redonda y amarilla que duraba poco y cuyas semillas el viento dispersaba a todas partes pero no hacia su casa.

Odiaba las flores de olor salvaje, el vuelo de las semillas de crecimiento rápido y desordenado. Le hubiera gustado que el vecino le permitiera terminar con los yuyos, pero no se atrevía ni siquiera a insinuarlo. La gente era capaz de reacciones extrañas.

Ocioso, Eugenio había empezado a aburrirse. La casa era nueva, recién pintada, constantemente limpiada y repasada por la mujer y las hijas, criaturas tan identificadas con su voluntad que no había fisuras de deseos distintos entre él y ellas. Compró un coche quizás impulsado por el tedio; cuando lo vio en el garaje se dio cuenta de que transcendía a un objeto casi perfecto que incluso le permitiría disfrutar de la vida, aunque disfrutar no le importaba demasiado. Todos los domingos conducía por las dos cuadras del barrio hasta la iglesia, en algunas ocasiones, a regañadientes, llevaba de paseo a la mujer y a las hijas. Pero ellas mismas rogaron: no vayamos más lejos, los baches, las aguas estancadas. Volvían con prisa, como perseguidos.

El día de su decisión, que fue impremeditada, Eugenio había querido limpiar el baúl del equipaje. Lo había vaciado de herramientas y después, al inclinarse sobre el piso del baúl, observó un rastro de polvo. ¿Cómo se habían descuidado? No solo él, también la mujer y las hijas. Con una franela de limpieza se había metido dentro del baúl, de rodillas. De pronto se acomodó. Había cerrado los ojos y se había dormido. Rosa lo llamaba. ¿Por qué iba a salir? Instó a la mujer a que cerrara la puerta. Se estaba bien allí, tan oscuro y confortable.

Después de la siesta, Rosa le sirvió un sándwich y una bebida, pero luego se negó a seguir proveyéndole víveres. Que entrara en razón: podría tropezar en esos viajes de la cocina al garaje, del garaje a la cocina, sin contar que con ese tránsito el piso quedaría a la miseria. Pero Eugenio se mostraba más obstinado que nunca y le exigía de comer.

Ella nunca lo había visto tan exaltado y comenzó a preocuparse.

Cuando pasaron tres días sin que se registraran cambios, consideró que debía pedir ayuda. Llamó a un amigo. «Voy y arreglo todo», prometió Victorio, el amigo, a través del teléfono, y Rosa se sentó a esperar, mientras las hijas conversaban entre ellas y repasaban el coche. Tuvo que reprender a la menor, metida con medio cuerpo dentro del baúl, cansaba al padre con su solicitud, le limpiaba los ojos con su franela, pero Eugenio se había dormido, sosegado, ajeno, levemente exangüe.

Victorio llegó hacia el mediodía y se encaminó directamente al garaje. «¿Salió ya?», preguntó riendo y las mujeres lo acompañaron en la risa porque era contagiosa, muy jovial. Eugenio seguía ahí, acostado sobre el piso del baúl, con las rodillas flexionadas, casi irreconocible. Solo la sonrisa era la misma, un poco más dientuda tal vez.

Por una cuestión de tacto, Victorio no formuló preguntas, sonrió con naturalidad y le ofreció un cigarrillo. Pero Eugenio no pudo tomarlo. Tenía las manos agarrotadas. No sentía deseos de fumar tampoco. Había renunciado a un vicio que nunca había sido demasiado fuerte porque la ceniza volaba.

Victorio buscó una excusa. «Necesito una brocha», dijo, y comprendió que había cometido un error. La brocha estaba al alcance de su mano, visible en la pared. Eugenio señaló el lugar de la brocha con un imperceptible movimiento del ojo.

«Te van a tirar al río».

«¿Cómo?», preguntó Eugenio con un poco de dificultad porque había perdido la costumbre no solo de hablar sino de interesarse.

Victorio alejó a las chicas que rondaban sacando brillo a los paragolpes. Empujó a la menor que se negaba a irse, tenía los ojos relumbrantes y febriles, encendidos por una

manía, o quizás solo por la preocupación que le provocaba el padre.

«Sí, te tirarán al río», insistió con el propósito de asustarlo, y le explicó que en algunos países amontonaban los automóviles viejos en barcazas y los arrojaban mar adentro. El auto envejecería pronto, y si el mar estaba lejos, el río muy cerca.

Eugenio musitó una frase y Victorio se acercó hasta tocarle la barba porque no había entendido.

«De algo hay que morir», repitió Eugenio con más soltura, paciente, casi feliz.

«Pero no así, como un desecho, como chatarra».

Eugenio no contestó, se replegó un poco más, se empequeñeció anudado sobre sí mismo. Victorio miró a su alrededor, desconcertado. El sol caía a plomo y entraba por la puerta entreabierta del garaje. Tomó una silla tijera y se desplomó, sintiendo por primera vez el bochorno del día, su boca sedienta. La menor de las hijas había vuelto y limpiaba el paragolpes trasero dirigiéndole miradas ansiosas al padre. No estaba angustiada, no era filial solicitud: se veía a la legua que maquinaba algo. Irritado, la amenazó con el puño y la chica se fue.

Acomodó su mole sobre la silla diciéndose que valdría más mostrarse receptivo. Eugenio tendría sus razones para obstinarse en esa actitud, y sin conocer las razones imposible convencerlo de que cediera.

Iba a abrir la boca cuando lo interrumpió el regreso de Rosa y las hijas. Veloces, las chicas se treparon al auto y lustraron. Se fastidió. ¿Para qué lo habían llamado? ¿Para dar vueltas como moscones? Y las chicas, se daba cuenta ahora, después de diez años de amistad, no le gustaban, sobre todo la menor no le gustaba.

Las dejó y se asomó a la calle. Contempló su propio coche que reverberaba al sol.

Rosa lloraba mientras se apropiaba de una gamuza y comenzaba a limpiar. «Ni siquiera orina», decía.

«Si no toma agua, ¿qué quiere que orine?», contestó de mal modo, con sorprendente agresividad, debida tal vez a la sensación de bochorno que había recogido al asomarse a la calle. Ella se inmovilizó y lo miró asustada. Él se forzó a sonreír, aunque su sonrisa era menos contagiosa y jovial que de costumbre. «Yo lo sacaré, pero solo. Necesito tranquilidad». Ella asintió dócilmente y se retiró llevándose a las chicas, a empujones a la menor, que se resistía.

Victorio pensó un momento y salió a la vereda. Unos muchachos, dueños de la calle desierta, remedaron su forma de caminar. Parpadeó nerviosamente, le pesó de pronto la desgracia de ser gordo, de sostener toda la vida un cuerpo como el suyo.

Abrió el baúl de su coche y buscó una herramienta, no sabía cuál. Tal vez, pegándole a Eugenio en las piernas el dolor lo obligaría a salir. Se sentía incapaz de hablarle, el calor lo fatigaba hasta para dar o atender razones. Eligió una llave inglesa. Consideró el baúl de su coche. Era inmenso. ¿Eugenio estaría cómodo en el suyo, realmente cómodo? Se sintió intrigado. Cerró el baúl sin retirar la llave inglesa. Retornó al garaje con la duda: «¿Estás cómodo, realmente cómodo?».

«Sí», contestó Eugenio sin abrir los ojos, casi con un silbido.

Victorio se sentó sobre la silla tijera, y por un momento disfrutó la frescura del garaje, lo que parecía oscuridad en comparación con la reverberación de la calle. Se levantó y observó a Eugenio de cerca. Tenía la piel seca y como apergaminada. Él transpiraba por todos los poros. «¿No sería más conveniente…?», balbuceó.

«¿Qué?», dijo Eugenio con un hilo de voz.

«¿Cerrar…?».

No oyó la respuesta. Su coche estaba cocinándose bajo el sol, sería un horno. Volver a su casa, eso deseó; se refrescaría olvidándose del calor de la tarde. Pero el camino era largo y después siempre acechaban desgracias, se descomponía la heladera, la ducha no funcionaba, la muerte.

«¿Estás cómodo ahí, eh, eh?», insistió con voz esperanzada, cómplice.

Rosa y sus hijas aparecieron de nuevo no obstante su reclamo de tranquilidad. «Tráiganme palos, palos de todas clases, una montaña de palos», gritó. Algo en su aspecto debió de asustarlas porque dieron media vuelta y desaparecieron.

La menor regresó al instante. Mostró las manos vacías, «No encuentro nada», dijo, y Victorio comprendió que era una excusa, lo que ella quería era quedarse allí, no abandonar el garaje, o quizás los proyectos que tendría. Le pegó ferozmente en la cara y la chica huyó gritando.

«¿Estás cómodo?», preguntó a Eugenio como si decidiera una duda esencial, y apoyó el pie en el paragolpes. Se alzó con esfuerzo y cayó pesadamente dentro del baúl. Estiró el brazo hacia la puerta y la atrajo hacia sí. La puerta se deslizó sobre sus goznes y se cerró sin ruido. Por fin… la paz, pensó, mientras su mano caía entre los pelos de una cabellera, su cara se aplastaba contra los huesos de una cara.

Alguien venía corriendo desde afuera, golpeaba frenéticamente con los puños. La menor de las chicas se quejaba a gritos, lloraba como si no la hubieran dejado compartir una fiesta. Excluida.

Con el deseo de sorprender

Siempre había sido un hombre imprevisible. Pensaba que podía torcer las cosas a su antojo, como si el azar estuviera a su favor. Repentinamente, sin consultar a nadie tomaba decisiones arbitrarias que podrían conducirlo a la ruina. Pero por lo general se salvaba.

Una mañana, de buenas a primeras, anunció que iría al hipódromo y apostaría fuerte. Desplegó el diario en la página del turf y eligió, meramente por el nombre, a un caballo sin chance. Hubiera podido elegir al favorito pero lo despreció, él, que ignoraba todo sobre carreras y caballos.

Su mujer lo persiguió a los gritos hasta la calle, se llevaba al hipódromo su sueldo del mes, y él ni siquiera volvió la cabeza. Regresó a la noche y ella lo escrutó para observar los signos del fracaso; se preparó dispuesta a descargar en sus espaldas un enojo acrecentado durante su ausencia, tan virulento que le quitaba la respiración.

—Antonio —empezó.

Antes de que siguiera, él retiró del bolsillo un grueso fajo de billetes.

—Corrió bien. Ganó por varios cuerpos.

—¡Oh! —dijo Rita.

Y él agregó, riéndose:

—Creían que llegaría último.

Varios sábados más tarde, en una concesión culposa, Rita lo incitó a que tentara la suerte de nuevo, sin desafiarla demasiado eligiendo al caballo que menos posibilidades

tenía. Le acercó el diario abierto en la página de las carreras y él, apartándolo, dijo una sola palabra:

—No.

Imprevisible, pensó ella rencorosamente.

Él se quedó tranquilo unas semanas. Durante ese tiempo no deparó ninguna de las sorpresas que a ella le ponían el corazón en la boca. Porque deseaba creerlo, Rita supuso que por fin Antonio había abandonado esa manía de proceder a contramano de lo que podría esperarse. Pero se equivocaba. Lo vio pegarse una palmada en la frente y precipitarse hacia la puerta de calle.

Al cabo de algunas horas regresó y dijo:

—Ya está.

—¿Qué? —inquirió Rita sin fuerzas.

—Sorpresa —contestó él y le guiñó un ojo como si guardara un secreto placentero. Ella tembló.

Al día siguiente él apareció con un matungo que pretendió introducir en la casa.

—En esta casa no entra —dijo Rita.

—Entra —y ella se alejó porque no sabía cómo oponerse al caballo que la miraba con ojos tristes y bufaba débilmente.

A duras penas, él consiguió que el caballo franqueara la puerta rozándola con sus flancos, luego, por un pasillo lateral lo condujo al terreno del fondo.

No apostaría más a caballos que no le pertenecieran, dijo.

Fue una de las pocas ocasiones en las que el azar no se plegó a sus deseos. El caballo, que se llamaba Flecha Alada, pisoteó el césped, permanecía quieto y ensimismado mientras comía alfalfa, las flores de los canteros y tragaba baldes de agua. Antonio lo sacó a varear por el barrio pero el caballo debía de estar acostumbrado a la tierra porque no pisaba con gusto el asfalto e indefectiblemente se empacaba a las dos cuadras torciendo la cabeza en

dirección a la casa (que consideraba su hogar), hasta que él cedía y lo conducía de regreso. Un día, en una decisión repentina como todas las suyas, lo vendió a un matarife y fijó la entrega en ese punto, a dos cuadras de la casa, donde el caballo se empacaba.

Después de la venta retornó lleno de remordimientos, con la expresión de un homicida, y Rita recordó siempre el júbilo, casi la exaltación que a ella le había provocado esa derrota, aunque más tarde le tocó recoger el estiércol, reponer las flores que se había comido el caballo.

Casi inmediatamente él volvió a las andadas: decidió comprar un coche viejo que el vecino de la casa lindera tenía arrumbado en el garaje.

—¿Usted? ¿Quiere comprarlo? —preguntó el vecino, incrédulo, y él asintió firmemente.

—Estás loco —protestó Rita.

Antonio le dirigió una sonrisa. Pagó al vecino, quien con felicidad le estrechó las manos, lo abrazó con palmadas sobre el hombro. Firmaron unos papeles y el vecino trajo unas latas de cerveza para festejar la compra. Él bebió dos sorbos y se sentó frente al volante, encendió el motor que permaneció mudo y luego carraspeó asmático para quedarse mudo de nuevo.

—Quizás no arranque —dijo el vecino precavidamente.

—¿Tiene nafta?

—No.

—¿Entonces?

Rita no se demoró para observar el fracaso, que en este caso no la alegraba, dio media vuelta y regresó a la casa. Prefería esperar allí, retornaría indefenso, el aspecto lastimoso de quien es engañado por imbécil, y entonces ella diría… Tantas cosas. Tendió el oído hacia la calle, pero no registró ningún ruido, ni siquiera el carraspeo asmático.

En el terreno del fondo, miró los restos de flores en los canteros y lloró compadeciéndose. Recordó al caballo con melancolía. No se lo había confesado, pero le gustaba su tristeza que hablaba de una vida difícil. Cuando le acercaba la alfalfa creía advertir cierto reconocimiento en sus ojos de mirada profunda. Por el coche solo podía sentir odio.

Lentamente, pasó la tarde. En un momento, mientras preparaba la cena, sus hijos entraron en tropel.

—¡Arrancó, arrancó! —gritaron.

—¿Cómo? —preguntó ella con amargura.

Él retornó tarde en la noche, fatigado y feliz.

—Fui hasta Chascomús —anunció—. Funciona como nuevo.

Transcurrieron unos meses y un día él salió con el coche y no tocó bocina según su costumbre al regresar. Ella abrió la puerta y miró hacia afuera.

—¿Y el coche? —preguntó, pensando que había sufrido un desperfecto y por fin había demostrado lo que era: un cascajo. Calculó si aún estaba a tiempo de pronunciar las palabras que se había guardado—. Te dije, Antonio... —empezó.

—Lo vendí bien —la interrumpió Antonio alegremente—. Buen auto. Nunca un desperfecto. Prefiero caminar.

Estaban faltos de fondos y Rita dudó, seguramente debería congratularse por esa venta afortunada, pero no pudo. Decidía solo, sin miramientos hacia nadie. Además, a ella le agradaban los paseos en auto, aunque nunca lo admitiría. Le recriminó entonces, remontándose hacia atrás, cuando lo había conocido y las rarezas de su carácter le provocaban ternura.

Si Rita hubiera aceptado sus decisiones habría sido más feliz porque siempre —salvo su equivocación con el caballo— tornaban para bien. Compraba macetas con plantas mustias que indefectiblemente revivían y que ella arrancaba

a escondidas para no observar sus sonrisas de triunfo, radios descompuestas, con los cables pelados, y que al conectarlas fatalmente funcionaban.

Ella se resistía a estos aciertos que iban a contrapelo de la lógica. No se los perdonaba. No entendía cómo él cambiaba de idea constantemente, saltando de la costumbre a lo inesperado, de lo previsible a lo insólito.

A una hora avanzada de la noche, a punto de irse a dormir, se le antojaba de súbito pasear por el barrio.

—Van a asaltarte —advertía Rita y Antonio contestaba:

—Nunca.

Y en verdad, para sorpresa de todos, nunca lo asaltaban, como si hubiera una feliz combinación entre sus deseos y el azar.

Cuando cumplió cincuenta años, con su modo repentino de siempre, decidió comprar una casa en la costa.

—¿Para qué? —preguntó Rita. A ella, de temperamento nervioso, el mar la alteraba—. ¿Con qué dinero —agregó, ya con los dientes apretados.

—Con este —dijo él, y mencionó unos ahorros.

—No basta.

Y ella, desechando la experiencia que probaba lo contrario, pensó que por esa suma él solo podría comprar una casa que se vendría abajo, con goteras y sin agua.

Él partió hacia la costa y al regresar mostró un boleto de compraventa y comentó:

—Una casa magnífica.

—Con ese dinero, una covacha —despreció Rita furiosa, y prometió no poner los pies allí, en lo que le restaba de vida no enfrentaría jamás la sordidez de las paredes descascaradas, la mugre de años que habrían dejado los viejos ocupantes. Ella mantuvo sin esfuerzo su promesa porque, quizás como venganza o por simple cansancio,

murió poco después. Por lo demás, la casa era habitable, con los techos sanos y las cañerías perfectas.

Él visitó periódicamente la casa de la costa hasta que envejeció. En los primeros tiempos extrañaba a Rita. Difícil encontrar a alguien como ella que durante tantos años había mantenido intacta la capacidad de sorprenderse.

En la costa, solía pescar cuando no había pique y el muelle estaba desierto. Los pescadores lo veían pasar con sus bártulos y al principio movían la cabeza entre compasivos y burlones. Pero la condescendencia desaparecía cuando asombrados registraban su regreso con el balde que desbordaba de pejerreyes, lisas, corvinas y camarones. Comenzaron a seguirlo a pesar de los pronósticos de falta de pique. Entonces, al advertirlo, él abandonó sorpresivamente la pesca y se dedicó a contemplar el paisaje.

A los setenta años sufrió una apoplejía en su casa de la ciudad. Sus hijos rodearon la cama pensando: no sale de esta. Y en el sufrimiento había cierta complacencia: podía apostar a un caballo con las patas flojas y ganar, comprar un auto arruinado y tener suerte, pero no la tendría con el costado tieso, la lengua agarrotada.

—No durará mucho —dijo el médico.

Él se removía (lo que podía) con inquietud. Pese a la lengua trabada, la respiración despareja, expresó su voluntad, la última: quería morir junto al mar. Para evitar remordimientos en el futuro, sus hijos accedieron. En una ambulancia lo llevaron a la casa de la costa. Por una vez habían entrado en la madeja de sus deseos y no contaba poco que en la ocasión no habría imprevistos, sorpresas, torcimientos afortunados del azar. Muerte segura.

En la casa de la costa los hijos observaron su rostro sobre la almohada, la piel seca, los ojos turbios.

—¿Dónde estoy —preguntó—. En el mar, papá —le contestaron. Y después de algunas horas, él consiguió reunir sus pensamientos y balbucear—: Quiero verlo.

Al día siguiente, lo sentaron en una silla de ruedas y lo condujeron a la playa. Pero después de un momento en que no se supo si miraba el mar o dormía, él se agitó locamente, farfullando consiguió alzar un brazo y señalar hacia el muelle cuya estructura de madera se dibujaba en la lejanía. Sus hijos comprendieron, se consultaron sin palabras. Eran hombres robustos pero levantar la silla en los trechos de arena y subirla al muelle les costó mucho, terminaron exhaustos.

Él señaló el extremo del muelle que se abría al horizonte desprovisto de baranda y ellos nuevamente entendieron su deseo. Frente al mar abierto, controlaron el freno de la silla y para mayor seguridad fijaron las ruedas en una hendidura de los tablones. Se inclinaron hacia él, abrigándolo. —¿Estás bien así?— y él bamboleó la cabeza en un gesto de asentimiento. Respiraba con dificultad pero se lo veía encantado.

Al atardecer, sopló del sur una brisa fresca y los hijos dijeron:

—Ya basta, papá. —Él se agitó en la silla con un movimiento frenético. Y ellos pensaron: tiene tan poco tiempo de vida que ya no importa que se congele, ni una gripe ni una pulmonía acelerarían el final. Se relajaron; sentados en el suelo, a unos metros de distancia, encendieron cigarrillos que protegían del viento con la mano ahuecada.

Unos pescadores arrojaban los mediomundos al mar, sacaban pejerreyes, corvinas negras, hasta pálidos camarones. Él miraba con un hilo de saliva sobre el mentón, pero un destello de interés había surgido en su mirada muerta. La pesca abundante despierta la codicia, dos

pescadores se empujaron para obtener mejor lugar, uno cobró desde el costado izquierdo una gran corvina rubia, y entonces, los que estaban del lado derecho que también habían tenido una pesca afortunada, se precipitaron hacia allí, como si en ese punto el mar fuera distinto, todavía con más peces, pescaditos y camarones. Un hombre con el torso desnudo despellejado por el sol efectuó un movimiento amplio, llevó bien atrás la gruesa caña del mediomundo y la arrojó con toda su fuerza hacia adelante. En el envión hacia atrás, la gruesa caña embistió la silla de ruedas, pegó violentamente en el respaldo. Se soltó el freno, la silla se desplazó unos centímetros y en seguida adquirió velocidad; avanzó descontrolada hacia el extremo del muelle y cayó al agua.

Después del primer momento de estupor, todos abandonaron cañas y mediomundos, corrieron por los tablones, se abalanzaron hacia las escaleras.

Los hijos, que habían estado fumando tranquilamente, tardaron un poco más. Vieron el espacio vacío donde antes había estado la silla y preguntaron «¿Papá?». No se atrevieron a zambullirse desde el extremo del muelle e imitaron a los otros.

Una lancha partió desde la costa y afortunadamente rescató al viejo que, aparte del ahogo, presentaba un golpe en la sien producido quizás al rebotar contra uno de los tablones. Es el fin, pensaron sus hijos. Lo miraron y creyeron que ya no respiraba. Sin embargo, al rato reaccionó, devolvió un poco de agua, empezó a sacudirse con estremecimientos de frío.

En la casa le cambiaron la ropa y lo acostaron. Él yació muy pequeño y exánime, los ojos cerrados, la respiración imperceptible. El médico acudió y no dio esperanzas. Los hijos se dispusieron a pasar la noche en vela porque el fin estaba próximo, inexorable.

Al día siguiente, él despertó. Con una mano temblorosa se tocó el golpe en la sien. Dirigió a sus hijos una mirada incierta.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Te caíste al mar.

—¿Al mar? —Y entonces, con una especie de espanto feliz, los hijos se dieron cuenta de que reía, la mirada se le aclaraba. Hasta parecía ligeramente burlona, como diciendo torcí lo seguro, caí al agua y con golpe, ahogo y apoplejía, me decidí por lo imprevisto: no morir.

El médico vino esa mañana, lo auscultó y dijo:

—No comprendo.

Él terció:

—El golpe en la sien. Eso fue. Me despertó.

A los pocos días hablaba de corrido, se expresaba de una manera confusa pero entendible, recuperó parte de sus movimientos. Mejoró su pierna izquierda, luego el brazo. Se le ablandaron los músculos de la cara, desapareció la rigidez del ojo. Él recalcaba:

—El golpe en la sien.

Cuando pudo valerse enteramente, sus hijos regresaron a la ciudad. Él no accedió a acompañarlos.

Se quedó unos años allí, en la casa de la costa. Efectuaba largos paseos y contemplaba el mar. Sentía inevitable nostalgia porque sus decisiones caían en el vacío. Se calzaba botas o se abrigaba en pleno verano cuando picaba el sol, nimiedades que nadie consideraba o que adjudicaban a la senilidad. Ni comparación con su ida al hipódromo, la furia y luego la sorpresa de Rita, la compra del auto, la furia y luego la sorpresa de Rita. Y tampoco estaba el placer que había experimentado cuando observaba cómo ella se tragaba las cóleras, tan amargamente que a veces la compadecía. Empezó a aburrirse y por un momento pensó si en la vejez ya no eran posibles los imprevistos.

Los hijos lo visitaban regularmente y después de la última visita, para las Navidades, en las que él les dio la sorpresa de recibirlos con la casa oscura y la heladera pelada, se marcharon despreocupados porque lo habían encontrado en forma, fuerte y sin otro signo de la apoplejía que una leve cojera. Por fórmula preguntaron si no quería volver con ellos.

Él se quedó tomando mate en la galería del frente de la casa y una comezón lo asaltó. Algo que había tenido toda su vida le faltaba. Preparar para las Navidades una casa a oscuras y sin víveres era bien pobre como sorpresa. Los hijos ni siquiera se habían asombrado, encendieron la luz y le llenaron la heladera de víveres. Incluso lo petrificaron con una pregunta:

—¿No tenías dinero? ¿Por qué no lo dijiste?

Pensó que sus hijos se habían marchado muy tranquilos, como si en lugar de un viejo con una leve cojera él fuera un joven en la flor de la edad. Los imaginó dedicados a sus actividades de costumbre, serenos en la presunción de que él todavía tenía vida para rato. Después de la apoplejía, de la caída en el muelle, lo creían inmortal.

Mientras tomaba el último mate, meditó varias alternativas. Podría llamar a sus hijos por teléfono y fingir una voz estertorosa, con silencios abruptos que los llenarían de angustia. Se verían obligados a emprender el regreso a la costa antes de desempacar; lo encontrarían lúcido y sano. Pensó en quedarse en la silla de lona con los párpados pegados al ojo, el corazón detenido. Y esta idea, aunque un poco mejor, no lo era tanto. Sus hijos dirían, con esa inconsecuencia de los jóvenes: después de todo, papá estaba viejo. Y la posibilidad de que ellos aceptaran naturalmente su muerte lo sublevó.

Al día siguiente, congratulándose por una inventiva que no se había agotado con los años, encontró una solución que

lo sorprendió a él mismo en primer lugar. Salió de la casa a la hora de la cena, dejando la mesa puesta con mantel y medio vaso de vino junto al plato, la comida preparada, la luz encendida. A veces sus hijos lo llamaban por teléfono: ¿Qué hacés, papá? Estoy comiendo, contestaba y se quedaban tranquilos.

Se dirigió a la playa y se sentó sobre la arena, observando con irritación a algunos rezagados. Cuando la playa apareció desierta, con pasitos lentos entró al mar, que estaba cálido y oscuro. Vaciló un poco ante las olas y luego, como no tenía otra cosa a mano y lo que más le gustaba era sorprender con gestos imprevisibles, se dejó llevar. Si tenía suerte, la marea lo arrastraría lejos, a un lugar sin retorno, y así consumaría, con el ambiente apaciblemente cotidiano de la casa, la mesa puesta, el medio vaso de vino, la luz encendida, una desaparición increíble, un golpe soberbio. Y el placer que experimentó compensó el resto.

Examen de conciencia

En 1992, un odontólogo de la ciudad de La Plata, Ricardo Barreda, asesinó a su familia: esposa, suegra y dos hijas. Dieciséis años después de su condena se le concedió la prisión domiciliaria y en 2011 la libertad condicional. «Al fin se hizo justicia», expresó entonces. Hoy, en Internet, circula una estampita que lo glorifica y le solicita protección contra las mujeres despóticas.

Dicen en el vecindario que ahora es un viejo inofensivo, amable, cortés en sus saludos de buenos días y buenas tardes. Atildado en el vestir. No anda con una escopeta o un cuchillo. No molesta. Los vecinos más desprejuiciados, cuando se reúnen en el bar y sostienen conversaciones de hombres, hasta lo aprueban, mitad en serio, mitad en broma. Dicen que estuvo bien, que les dio una buena lección a sus mujeres.

Mientras permaneció detenido, como era un preso famoso y de conducta intachable, le permitieron conceder entrevistas a algunos medios. En esas ocasiones hablaba gustosamente sobre su vida en la cárcel, pero se mostraba renuente a confesar lo que todos querían oír (para la propia tranquilidad), que estaba arrepentido. No obstante, a veces murmuraba con voz triste que algún remordimiento sentía por la menor de sus hijas. Simplemente ella cayó en la volteada.

Por lo general no vuelve sobre el pasado, pero si lo hace considera que ella no merecía morir. Era muy joven y de carácter débil. Ella no lo agraviaba. Claro que tampoco se oponía frontalmente a las otras, a esas mujeres de la casa

que lo humillaban aun en presencia de extraños. Lo atacaban en las virtudes que más apreciaba, su virilidad, su inteligencia. Se prohibía recordar los términos: crueles, soeces, el desprecio. Y las acciones: un plato de comida fría después del trabajo, sin cubiertos ni mantel, sin una copa ni una bebida. Solo esperaba un paso más: que le pusieran el plato en el suelo, como a los perros.

Y sin embargo, lo soportaba. Comprendía que algo en él les resultaba irritante. En la convivencia basta poco, cierta costumbre de no secar el baño después de la ducha, de dejar gotas de orina sobre el piso, y aun menos: la manera de carraspear para aclararse la voz, el tic de un parpadeo frecuente… ¿Qué era? Él se cuidaba. Trataba de no ser odioso, de actuar con gestos que propiciaran la benevolencia.

Todos los días, cuando llegaba del trabajo, su sola presencia las alteraba. Apenas lo veían en el umbral, un poco agobiado de hombros de tanto inclinarse sobre la boca de sus pacientes, exaltadas y a los gritos lo expulsaban de la casa, le pedían que desocupara su roña —eso decían— y se marchara a la calle. Ellas solo querían vivir en paz, las cuatro, felices de saberlo lejos, distante, aniquilado incluso.

Él comía su comida fría sin una palabra de respuesta, en apariencia imperturbable, apenas una sonrisa, él también, de desprecio. No abandonaría la casa —la suya por herencia— dejándoles el campo libre, victoriosas.

A pesar de todo, trataba de conquistarlas, de congraciarse (con gestos que ellas invariablemente rechazaban) porque no era un mal hombre, solo un hombre lastimado que no comprendía el desamor.

Compraba flores, un día para su mujer, otro día para su suegra, alguna vez para sus hijas. No escarmentaba: las flores jamás eran dispuestas en un jarrón, con agua hasta rebalsar para que mantuvieran su lozanía. Ni aun la menor,

que era buena, poco agresiva, mostraba gratitud. Si eran para ella, con una mirada incómoda las abandonaba sobre la mesa, como si las hubiera olvidado. Las otras no, simulaban aceptarlas (y cómo se aceleraba su corazón entonces), acercaban el ramo a la nariz aspirando el perfume de las flores con exclamaciones de deleite, y de pronto, cuando ya la emoción lo vencía, cesaba el fingimiento. La elegida en la ocasión, con el ramo bien sujeto en el puño, lo sacudía contra la mesa, golpeando y golpeando hasta que caían los pétalos, se marchitaban las flores compradas con amor, que aparecían después en el tacho de basura.

Él se decía: mañana. Mañana entregaría a su mujer el ramo o ramillete, las rosas, los jazmines olorosos y el rostro de ella se iluminaría como cuando eran novios: ¿para mí?, y agradecería el presente besándolo en la boca. Las dos bocas juntas, las dos salivas y las lenguas, la mano de él acariciándola bajo el vestido aunque observaran las hijas y su suegra, una mujer detestable a la que, sin embargo, él compadecía porque era muy vieja. Y el beso encendería la pasión y se irían al dormitorio como dos criaturas lascivas o celestiales. Las hijas, en el comedor, se tomarían de las manos y bailarían en torno de la mesa celebrando la reconciliación —tan esquiva— y hasta incluirían a la abuela en el festejo, bailaría ella también con su gordura fofa, transpirando el maquillaje que lucía desde hora temprana, ajena al ridículo, ella, que siempre había proferido en su contra las palabras más hirientes. Y cuando su mujer reapareciera en el marco de la puerta con el aspecto felizmente agotado de quien ha hecho el amor, detendrían el baile alrededor de la mesa, la abuela sonreiría con una sonrisa entre lúbrica y cariñosa, ¿dónde está él?, preguntaría, y ese «él» condescendiente e insultante por lo común, sería por fin lo que ella siempre había pretendido para su hija, no el ser ínfimo, despreciado y humillado en la

casa, sino el amo y señor, el que decidía con inteligencia, proveía las necesidades —siempre lo había hecho trabajando duramente, pero eso no contaba si faltaba lo otro, la dignidad. Soy el que soy. Pocos defectos, muchas virtudes. Pero nunca sucedía lo que esperaba. Ofrecía afecto y recibía escarnio.

No resultó casualidad que esa situación insoportable tuviera fin. Precisamente a causa de las flores que él no se cansaba de ofrendar con el empecinamiento de quien, en realidad, no espera nada. La causa, sí, fue ese ramo de rosas que él había comprado en un puesto de la calle, como si su esperanza (el empecinamiento) fuera inextinguible, un ramo de capullos rojos, aún con gotas de rocío o con el aspecto de haber sido asperjadas con agua fresca de un vaporizador hacía apenas un instante.

Después, cuando pudo pensar tranquilamente, se dio cuenta de que esas esperanzas eran las últimas y que por algún motivo, como quien se prepara para un viaje y piensa en lo que debe llevar, en los días anteriores a la compra de esas rosas lo había rondado el pensamiento de un objeto imprescindible para el viaje. Y cuando su mujer dijo: qué romántico, y no la conmovieron las rosas ni el rocío ni el agua fresca sobre los pétalos, y oyó apenas, en segundo plano, las risitas de las otras —ya no tenían nombre, definitivamente eran «las otras»— supo lo que debía llevar: una escopeta de caza —porque iría de caza— e inmediatamente tanteó la llavecita del armario donde la guardaba, llave, llavecita tanto tiempo ociosa en el llavero de su bolsillo. Sacó la escopeta de su soporte, controló si estaba cargada —y lo estaba, comprobó, reprochándose su imprudencia— y fue su mujer, su novia virgen, la que cayó primero.

Empapado en sudor, un poco nauseado, descansó un segundo apoyado en la pared. Luego se secó las manos en el

fondillo del pantalón, recargó el arma y apuntó hacia la vieja detestable que profería en su contra las palabras más hirientes; no registró su rostro, blanco y tan demudado que hubiera podido producirle asombro. Ella no intentó huir, solo gritó a último momento y él casi lamentó su muerte demasiado rápida.

Abandonó el cuarto y persiguió a sus hijas; la mayor subía las escaleras huyendo hacia el primer piso y disparó desde abajo, el pulso firme como cuando extraía una muela y el paciente preguntaba con sorpresa: ¿ya está? Ni siquiera contempló el resultado (previsible) y finalmente enfrentó a la menor, la que solo lo agraviaba porque no reaccionaba como debía. Ella no lo miraba, gemía agachada en el suelo cubriéndose la cara con las manos, y él deseó desesperadamente que lo mirara para que él pudiera dejar la escopeta y no disparar. Entonces todos sabrían que tenía buenos sentimientos, que el odio no avasallaba su alma, que era capaz de discernir entre todos los seres quién merecía castigo y quién no. Pero ella no lo miraba, qué pena.

Felicidad fuera de lo común

Ventura era albañil y por suerte no le faltaba trabajo. Cuando la tocaba, Camila sentía la aspereza de sus manos. Tampoco podía decirse que las suyas fueran suaves. Hacía limpieza por horas en distintas casas y los guantes le parecían un gasto inútil.

Vivían en una casa construida con sacrificios y Camila recordaba cuántas horas ella había pasado alcanzándole los ladrillos a Ventura, los baldes de mezcla, incluso con el vientre hinchado por los embarazos sucesivos. Ahora, que los tres niños habían crecido y la ayudaban en pequeños quehaceres, ella solía preguntarse por qué razón seguía viviendo con él. Ya no sabía cómo hablarle porque nunca le contestaba sino con monosílabos, se había volcado a su mundo de hombres, el fútbol principalmente. En cuanto al amor, lo hacía sin ternura y ella intuía que mantenía al margen relaciones secretas.

Quizás por eso ella había empezado a mirar al muchacho de la casa vecina, un mecánico diez años menor. El mecánico, quien vivía con una madre sorda que salía con frecuencia, era soltero y también había empezado a mirarla. A diferencia de Ventura, hablaba mucho, aun a riesgo de aturdirla, y no le gustaba el fútbol.

Ella supo en un momento que Ventura debía irse de la casa. Él se negó de plano y como habían terminado de comer, estrelló el plato contra el suelo y fue tomando los que tenía a su alcance que sufrieron igual destino.

—La casa y el terreno son míos —dijo.

—Me voy yo —declaró ella sin reflexionar en absoluto, solo para que dejara de romper los platos.

Mientras los recogía, pensó sin embargo que no le quedaba otro camino. No sabía dónde, ni hablar de irse a vivir con el mecánico y su madre sorda. Pero era una mujer decidida y después de una breve búsqueda alquiló una casa que se caía de vieja a tres cuadras de la que había sido la suya. Una mañana muy temprano, apenas Ventura se marchó a su trabajo, se mudó con los niños. Para que no se asustara a su regreso, se lo comunicó en una nota escrita con mayúsculas que colocó sobre la mesa de la cocina.

Una vez en la casa alquilada, Camila sintió más aire a su alrededor. Ella trabajaba durante el día pero los niños, acostumbrados a estar solos, se manejaban con independencia. Cuando retornaba al atardecer, emprendía una rápida limpieza y preparaba la comida. Ventura exigía siempre guisos de lenta cocción o sopas caseras con carne y gran cantidad de verduras; a la inversa, ella y los niños preguntaban a último momento, ¿hoy qué comemos? Y se lanzaban a preparar platos simples, arroz, tomates en rodajas, huevos fritos. Porque ninguna presencia les imponía sus órdenes o cambios de humor, se los veía felices. La madre sorda del mecánico seguía saliendo mucho y Camila aprovechaba para encontrarlo en breves visitas llenas de encanto.

Ventura apareció un sábado a la tarde para ver a los niños, quienes se abrazaron a él y le mostraron la casa. Él traía unas latas de cerveza, fiambres, y hasta se había acordado del pan. Camila preparó unos sándwiches y mientras comían, Ventura observó la pared del patio que se caía a pedazos. —Puedo arreglarla— dijo. —Bueno— aceptó ella. Él sonrió con una sonrisa que hacía mucho no le había visto, una sonrisa de cuando eran novios. Al despedirse en la

puerta, le pidió que volviera con él. Extrañaba a los chicos. También a ella, agregó en un murmullo. Mirándolo a los ojos, ella contestó que lo pensaría. La casa que había alquilado era un desastre, a la menor lluvia goteaban los techos, se desmoronaban las paredes, y después de todo, ella había acarreado muchos ladrillos bajo el sol ardiente, muchos baldes de mezcla, y sentía que la mitad de la casa que había abandonado le pertenecía.

Al sábado siguiente, cuando Ventura apareció de nuevo, en esta ocasión con unas empanadas, Camila contestó que estaba de acuerdo y regresaría. Pero él dormiría en cuarto aparte. —¿En qué cuarto?— preguntó Ventura. La casa solo tenía dos habitaciones y una especie de lavadero en el fondo al que se llegaba por un caminito de lajas. —No, no— dijo él—. No dormiré en el lavadero.

En ausencia de la madre sorda, Camila visitó al mecánico una mañana, cerca del mediodía. Era también sábado y no permaneció mucho tiempo con él; temprano en la tarde pasó a la casa cuya mitad le pertenecía por derecho de trabajo. Más de la mitad si hacía cuentas exactas.

Ventura tomaba mate en la cocina y quiso abrazarla. Ella lo empujó; enunció sus condiciones. Fue hasta el fondo y vació el lavadero mientras Ventura protestaba en voz alta, acusándola de ser una mujer fría y calculadora. Ella refregó el piso del lavadero y sacó las telas de araña. Desechó lo inservible, trastos que nunca se usarían, pedazos de hierro, latas y botellas viejas. A regañadientes, él la ayudó a trasladar desde la casa una cama y un pequeño ropero. —Pondré una cortina en la ventana— le dijo Camila para consolarlo.

Y el sábado siguiente, suprimiendo su visita al mecánico, ella mudó de nuevo sus cosas a la casa, yendo y viniendo con los chicos que tomaron la mudanza como una diversión.

Al anochecer, ella cocinó unos fideos y con la comida lista, la mesa puesta, envió a uno de los chicos al fondo para que invitara a Ventura. En el cubículo del lavadero, el torso desnudo, él oía rencorosamente un partido por la radio. El rostro se le iluminó, se puso una camisa. Asiendo la mano de su hijo, atravesó el caminito de lajas. Entró tímidamente en la casa pero luego se sentó a la mesa frotándose las manos como diciendo aquí no ha pasado nada.

Cuando terminaron de comer, mientras Camila y los chicos lavaban los platos y acomodaban la cocina, Ventura, retomando una vieja costumbre, pidió una cerveza y se apropió del desvencijado sillón de caña frente al televisor. —Ah— dijo con un suspiro de placer, el cuerpo relajado.

Más tarde, concluida la limpieza, Camila y los chicos se le unieron frente al televisor, aunque el programa que había elegido Ventura los aburría.

A la hora, Camila tocó el hombro de Ventura. —Tengo sueño— dijo.

—Sí —aprobó él—. Ahora nos vamos a dormir —y le guiñó un ojo.

Ella negó con la cabeza. —Fue solo una invitación a comer—. Abrió la puerta y le señaló el caminito hacia el lavadero. Él se incorporó pesadamente y se marchó rezongando.

Después de esa noche, todo entró en una rutina más o menos aceptable. A veces Camila invitaba a Ventura a comer, le permitía ver el partido por televisión, le arreglaba la ropa. Pero ella nunca se olvidaba de hacerle sentir que era un invitado y que si no se comportaba como tal, ella y los chicos se alejarían. Ni aun su derecho a la casa que había ayudado a construir le impediría obrar así; ya no soportaba mínimas explotaciones de ese hombre hacia quien guardaba, no obstante, cierto apego. Cuando usaba el baño, ella le decía con el rostro oscuro que debía dejarlo limpio y

él obedecía a contragusto. Se oían sus rezongos desde la calle, sin embargo secaba el piso, se llevaba su toalla sucia. Un día se demoró mucho tiempo en el baño e hizo correr tanta agua que Camila le golpeó la puerta porque el tanque quedaría vacío. Él apareció con una toalla atada a la cintura y por el caminito de lajas corrió hacia el lavadero. —Después vengo a limpiar— dijo, pero no cumplió. Luego, ella lo vio salir del lavadero con una camisa nueva, el pelo húmedo cuidadosamente peinado, los zapatos brillantes, y se le escapó una sonrisa. Esa noche lo oyó llegar muy tarde, y pensó sin rencor que Ventura debía de haberse enamorado.

Meses después, en la cama con el mecánico, Camila le dijo que estaba embarazada.

Él se incorporó sobre un codo, se rascó la cabeza.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Nada.

—¿Cómo nada?

Camila se tocó el vientre.

—Falta mucho.

—¿Y después? —preguntó el mecánico, desasosegado ante la inminencia de los problemas que se le venían encima.

—Nada —dijo Camila—. Es mío.

Y él respiró aliviado al darse cuenta de que ella consideraba el embarazo como un asunto propio.

Ventura continuó llegando tarde muchas noches. Ella veía que la luz del lavadero se encendía solo al amanecer, un poco antes de que él se encaminara a su trabajo. Una visita fugaz para cambiarse de ropa. Otras noches él no regresaba.

Un domingo, ella reunió a los chicos y les contó que tendrían un nuevo hermano. Les sonrió; atrayéndolos hacia ella les colocó por turno las manos sobre su vientre.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó, y los chicos porfiaron nombres, tomaron una hoja de papel y comenzaron a escribir dos listas muy largas, una para niños, otra para niñas.

Delatado por sus salidas nocturnas, Ventura venía a comer con aire culpable cuando ella lo invitaba. Debía de tener otros gastos porque no se le ocurría contribuir, ni siquiera con el pan. Mantuvo el aire culpable hasta que observó un día la redondez de su vientre. Alzó una ceja, interrogativo.

—Sí —dijo Camila.

El rostro de él se ensombreció.

—¿De quién es? —preguntó ultrajado.

—Seguí comiendo —cortó ella, la voz ácida. Sabía que tenía una novia a unas cuadras e incluso la conocía. Él permaneció con el tenedor alzado y luego, encogiéndose de hombros desdeñosamente, pinchó un pedazo de carne. Tuvo una breve risa, sarcástica, pero risa al fin.

—Este hijo va a ser mío —dijo Camila.

—Mío no es.

—Pero los otros sí —y necesitaba ayuda. Él no se sintió intimidado, aunque ella se había transformado en una mujer un poco temible, autoritaria. Después de una larga discusión, él aceptó aportar algún dinero para sus hijos, que lo miraban tan recriminatorios como ella. Con un suspiro, Ventura terminó por conformarse. Verdad que tenía una novia en el barrio, quien frecuentemente le pedía ayuda porque lidiaba sola con cinco niños pequeños. Reconoció que mejor atender la carga de su sangre que otra ajena. Enfurecido, se prometió una salida, no sabía cuál.

Cuando Ventura se marchó, Camila y sus hijos desocuparon la mesa, lavaron los platos y, la cocina acomodada para el día siguiente, Camila se puso a repasar alguna ropa, roturas, botones arrancados. Los chicos trajeron

la lista de los nombres y se sentaron a la mesa. Discutiendo ardorosamente, comenzaron a tachar algunos porque era muy larga. De vez en cuando, Camila levantaba los ojos de la costura:

—No griten —decía. Ellos asentían voluntariosos y por un segundo susurraban, tachaban un nombre y cambiando de opinión, lo escribían de nuevo más abajo.

Camila enderezó la espalda que le dolía, era hora de que todos se fueran a dormir. Sin embargo, demoró el momento. Dio una última puntada, cortó el hilo con los dientes. Algo aguardaba que no podía precisar. Y de pronto, mientras oía las voces de los chicos aquietadas por el sueño, sintió una especie de exaltación. Estaba libre de preocupaciones, problemas. Una felicidad fuera de lo común la inundaba, como si la vida tan dura le perteneciera, como si su hijo por nacer tuviera un padre, el que protege y conforta en la oscuridad de cada día.

Abandonó la aguja, dobló la ropa. —Necesito un abrazo— dijo con la voz arrasada y fue a cerrar la puerta de la cocina porque el viento se había vuelto frío.

Lo mejor que se tiene

Nosferatu

> Nosferatu, el vampiro, es hombre de tinieblas.
> Nació en Transilvania en un tiempo impreciso, se alimenta de la sangre de sus víctimas y es *casi* siempre inmortal.

Obviamente, se acostó al amanecer. Antes, se había acercado a la ventana que carecía de vidrios, cubiertos de polvo los bastidores de madera, y había mirado hacia abajo con sus ojos sin párpados. La oscuridad se diluía suavemente, vencida por la luz. Pasó un ómnibus colmado de obreros, cruzaron dos o tres coches con los focos todavía encendidos.

Nosferatu acarició el polvo de la ventana con sus largos dedos de uñas crecidas y el polvo permaneció quieto. Miró de nuevo hacia afuera y suspiró: podía dormir en paz. Ningún movimiento extraño lo amenazaba.

Se acostó vestido sobre el suelo lleno de tierra y no se despertó hasta el anochecer. Durmió de un tirón, sin sueños, y la oscuridad lo despertó como despierta la luz. Debía salir, la calle entrañaba un peligro pero en la calle encontraba su sustento. No podía recorrerla como si fuera otro, con un cuerpo sin más historia que la juventud o la vejez. Asustaban su forma de caminar, su alta y negra estatura, la mirada inmóvil que no daba el respiro del párpado.

Pensó que se habían empequeñecido sus gestos, antes lo movía la pasión y ahora, cuando salía, consumaba un simple despojo, robaba como el más mísero de los ladrones y con menor aptitud.

La noche anterior lo habían perseguido tenazmente. Él había actuado con una falta de prudencia que más tarde recordó con asombro y no supo explicarse. Había agredido a un transeúnte rezagado, caminante inerme entre las sombras y sin embargo dueño dichoso del calor y el movimiento de su sangre. Hostigado por la avidez y la nostalgia que conservamos hacia los deseos perdidos, Nosferatu lo había atacado desde atrás: con una vara de hierro había golpeado repetida, bárbaramente la nuca frágil, como si se concediera un desquite o se castigara.

Luego, en lugar de moverse, había permanecido quieto, fascinado ante la sangre que le provocaba una incomprensible repugnancia. Y cuando por fin se arrodilló junto al hombre que yacía en la calle y se levantaba ya con el botín en la mano, otros transeúntes lo habían sorprendido. Huyó entonces y supo que su salvación la debía a una persecución emprendida con desgano. Las piernas no le respondían. Él, que había sido capaz de transformarse en criatura alada, estaba pegado a un cuerpo que le hablaba solo de necesidad y no de gloria.

Salió echando la llave, aunque no había muebles ni pertenencias en el cuarto. Completamente vacío. Ni siquiera una luz en el techo. Solo tierra que había entrado durante años por la ventana sin vidrios. Tierra seca o acompañada de lluvia, seca en seguida, como si la humedad rehusara su lejano parentesco con la sangre. Bajó las escaleras ocultándose de los vecinos y caminó, tratando de imitar el paso de los otros. Se adhería demasiado a la pared, se agazapaba cuando oía risas o murmullos, y sabía que era un error. Debía haber esperado que la noche avanzara y la

oscuridad fuera intensa, creciera solitaria como él mismo, y sin embargo no podía hacerlo. Desfallecía. Comer, pensó, e imaginó torrentes de sangre, océanos de sangre, fuerza y saciedad. Pero la imaginación no lo alentaba, como quien sueña para otro.

Una vieja caminaba delante de él y se detenía cada tanto en los botes de basura. Comenzó a seguirla por costumbre, una costumbre ancestral que no podía abandonar aunque fuera ya inútil, gratuita y sin sentido como tantas costumbres. La vieja intuyó su presencia porque de pronto se volvió, enfrentándolo inmóvil.

Nosferatu vio sus ropas carcomidas, su cabellera rala. La vieja lo miraba sin miedo, y esto lo fastidió un poco, lo atemorizó también. Sin embargo, cuando llegó más cerca, comprendió que la vieja estaba inmovilizada por el hambre. Mientras que en él era sequedad, en ella el hambre rezumaba saliva, como en un animal esperando su alimento. Él pensó en atacarla, descubrió los colmillos y apresuró los últimos pasos, sabiendo no obstante que el simulacro no sustituiría a la acción. Ya no podía atacar de esa manera, provocar el minuto de espanto y casi de amor que anticipaba en sus víctimas la entrega, el éxtasis pavoroso del deseo y de la muerte.

La vieja pronunció unas palabras que él no entendió pero que intentaban un saludo; insinuó una temblorosa sonrisa. Cuando estuvo a su alcance, extendió la mano hacia él con un gesto pedigüeño, ávido y remiso al mismo tiempo.

Nosferatu le mostró los dientes como un perro que gruñe listo para el ataque. Pasó de largo y se sintió desfallecer. A ciegas, abrazó un tronco en busca de apoyo, por un segundo reclinó la cabeza.

«¿Qué le ocurre?», preguntó la vieja con voz educada, una sombra de afecto.

Él negó mudamente y se alejó, no sin antes depositarle unos billetes en la mano, como si fuera ese el precio para seguir su camino, el pago del fracaso o de la indiferencia que necesitaba.

«Gracias, señor», dijo la vieja, y después de un momento la escuchó correr detrás de él. «Es mucho», explicaba sin resuello, disculpándose ella misma de esa generosidad desmedida que solo podía ser fruto de una equivocación. Nosferatu no se detuvo y ella lo sujetó por la manga.

Él apartó el brazo y un trozo de tela se desprendió limpiamente.

«Dios mío», susurró la vieja con una inquietud que le nacía de las sombras, del frío, del resultado de su gesto desprovisto de violencia.

«No es nada», dijo él en un murmullo. La carne brotaba lívida del desgarrón, pero no intentó cubrirse.

La vieja miró con asombro el trozo de tela que se deshizo como ceniza entre sus dedos. Se sobresaltó, las arrugas se le profundizaron y abrió la boca, dispuesta al grito.

Él desvió los ojos, preservándola de su fijeza inmutable, y trató de ocultar los colmillos que habían sido temibles. Para tranquilizarla, se encorvó aún más, empequeñeciéndose, y retrocedió unos pasos. Lo consiguió, porque la vieja dejó de respirar aceleradamente y sonrió avergonzada, como después de un susto sin motivo.

«Es mucho», repitió, y justificó la fragilidad de las ropas por razones de miseria. Pero la dádiva la desconcertaba. Escudriñó el rostro sumido y dijo: «Usted lo necesita más». Eligió un billete y lo guardó bajo el escote. El resto lo tendió hacia él, pero bruscamente volvió a asustarse, se inclinó y abandonó el dinero sobre el suelo.

Nosferatu no lo recogió, se alejó rápidamente y dobló en la primera esquina. A lo lejos, una luz caía sobre la puerta de un bar. Apenas un foco anémico, rodeado por la niebla, que

le hería la vista como si encandilara. Pensó que no habría alimento en la oscuridad y hacia la luz se encaminó. Un perro vagabundo aulló a su paso, erizó el pelaje del lomo y se escondió luego con el rabo entre las patas. Él se apresuró, apretando la boca para sofocar náuseas de debilidad y de vacío. Entró al bar y se sentó, protegiéndose los ojos con la mano.

Un mozo atendía desganado, el delantal gris, las uñas largas que debían hundirse en los platos de sopa. Temiendo la desnudez de su voz, señaló con el índice en el menú y supo en seguida que no podía esperar tanto.

«¿Qué?», dijo el mozo.

«Leche», repitió él, alzando apenas la voz, que se le antojó ronca, inhumana. Pero el otro no pareció darse cuenta. Asintió y casi sin demora depositó sobre la mesa un vaso que rebasaba.

«Lo demás va marchando», explicó por rutina, y limpió la superficie de la mesa con el borde de su delantal sucio. Lo miró con una curiosidad que no alimentó, cansado.

Nosferatu se abalanzó hacia la leche y bebió. Tenía ganas de morder el vaso, pero ya no podía morder. No sabía por qué, quizá corrían otros tiempos, otras crueldades, y el gesto se había vuelto irrisorio. El líquido atemperó la sensación de vacío, la quemazón del hambre. Reclinándose contra el respaldo de la silla, suspiró y se dejó estar, como si él también pudiera adherirse a la frágil esperanza de los otros en la ventura posible, o más modestamente, compartiera la dicha de existir en la inadvertencia.

Un policía fornido, de uniforme, se acercó al mostrador y conversó con el dueño del bar; debió contar un suceso hilarante porque ambos comenzaron a reír, el dueño con carcajadas rotundas y halagadoras. Luego, el policía giró el cuerpo y apoyando los codos sobre el mostrador, recorrió las mesas con la vista de un modo que quería ser inofensivo y

resultaba escrupuloso. Se detuvo un instante sobre un parroquiano, que aun de espaldas, se agitó inquieto, y en la mesa siguiente descubrió la figura oscura que se protegía los ojos con la mano. Entonces interrumpió el escrutinio en la certidumbre de su presa. Nosferatu lo había percibido también, a pesar de la mano sobre los ojos, la tensión dolorosa del cuerpo, la inmovilidad alerta, como la de un animal aterrorizado.

El policía se separó del mostrador y se afirmó sobre sus pies, frotándose los muslos con los dedos abiertos. Nosferatu se enderezó en la silla, sintió el dardo de la luz e involuntariamente se incorporó volcando el vaso, que rodó estrellándose contra el suelo. El policía empezó a caminar hacia su mesa. Caminaba lentamente y sonreía, con una sonrisa de reencuentro o de ternura.

Nosferatu apartó al mozo semidormido, forcejeó con los batientes de la ventana hasta que consiguió abrirlos y saltó hacia la calle. Escuchó el sonido odioso de un silbato señalando fuga y persecución. Ruido de sillas caídas, pisadas. Cayó lastimándose las rodillas; se levantó y corrió. Desvió la cabeza y miró fugazmente. Ya no era un policía aislado, todo un grupo había emprendido una persecución tenaz. Aceleró, pero sin ganar distancia, enloquecido por el sonido implacable, por la secuela ininterrumpida y sorda de las pisadas en el pavimento. No podía correr más, el corazón se le estrangulaba, las rodillas sin rótula. Se ocultó detrás de una hilera de autos y esperó.

Los policías doblaron la esquina y se detuvieron unos segundos, desconcertados ante la calle desierta, la brusca desaparición de la rígida figura de negro que los precedía. Formaron un grupo compacto y conversaron un momento entre ellos.

Nosferatu se preguntó cómo habían aparecido tan de golpe. En la ciudad dormida, qué hacían ellos, tan

despiertos. Jadeando penosamente, espió mientras el sudor inundaba su piel que había sido reseca. Sudor de miedo, pensó. Eran cinco, todos altos y erguidos, y uno de ellos tenía el revólver desenfundado, apuntaba hacia las sombras de manera imprecisa, haciendo oscilar el arma como un niño que juega. Oyó risas, una frase pronunciada con un acento de orden. En seguida, se dividieron y avanzaron hacia la hilera de autos.

Nosferatu se alzó y empezó a correr. Las balas silbaron por encima de su cabeza, muy desviadas, como si no quisieran acertarle. Sin embargo, estaban cada vez más cerca, cada vez más nítidamente escuchaba los gritos. Y luego, no ya la sensación de peligro, la persecución que permite una mínima esperanza, sino la realidad inevitable, los cuerpos pesados, el resuello animal a distancia imperceptible; una mano tocó su hombro, resbaló aferrándolo por la ropa. El saco se desprendió enteramente, se disgregó en hilachas, polvo, ceniza. Pero los otros no se asustaron. Rieron, rieron un poco sin aliento por la carrera. Nosferatu dio dos zancadas, tropezó y cayó de bruces. Los cinco se abalanzaron hacia él. Lo sujetaron y se quedó quieto y sin resistencia mientras el silencio se instalaba entre los hombres que lo habían perseguido. Esperó, hasta que las manos que lo aprisionaban se levantaron y por un momento pensó que se había equivocado y que lo favorecía una impensable justicia o misericordia, puesta fuera de esos hombres, puesta fuera de su destino, casi fuera del mundo. Pero las manos descendieron de nuevo sobre él y lo inmovilizaron de espaldas contra el pavimento. El que tenía el revólver desenfundado lo guardó en la cartuchera. Desde el suelo, Nosferatu los miró. Parecían inmensos, gigantes. Uno de ellos se dejó caer de rodillas a su lado y acercó el rostro. Abrió la boca. Los dientes asomaron, muy blancos, irreales. Nosferatu gritó. El policía le clavó los dientes en el

cuello, torpemente, pero con decisión. Atacó la carne varias veces hasta que la sangre brotó limpia. Nosferatu volvió a gritar. Y luego, uno tras otro, se inclinaron sobre él, sedientos, con la boca abierta.

Janus

Las profecías aseguraban que llegaría el Mal. No precisaban cuándo ni de dónde, si de las montañas nevadas del oeste o de las planicies que tocaban el mar hacia el este, quizás del norte de aire transparente o del sur. Pero el Mal llegaría y devastaría la tierra de los últimos hombres.

El más viejo de los profetas tomó la palabra por los otros y anunció con voz átona que este Mal sería irreconocible, puro y sin mezcla; aunque habían intentado penetrar en él, desentrañar su naturaleza, no habían encontrado filiación alguna, ningún atisbo de lo que persiste en el más insondable de los males: la filatura que lo une en sus orígenes a la perversidad o al humus donde crece, abonado por la frustración, la desdicha, el resentimiento y la desesperación del odio.

Las profecías solo sirven para inquietarnos; incluso si anuncian la felicidad, el advenimiento de un Dios, no hay tal ventura. Después de la profecía, en la concreción y el manipuleo de los detalles, ese Dios, aunque traiga bondad, vale de poco, es poca cosa.

En esta ocasión, las predicciones eran de augurio francamente nefasto y se les dio crédito porque los profetas enjuagaban su boca en el agua del futuro, y el gusto que les dejaba el agua, entre amargo y salobre, les transmitía el conocimiento de lo que en algún lado se forjaba para acaecer.

A mí no me querían los profetas. Ni yo los quería a ellos, aunque disimulara mi animosidad con los modos del respeto y la sumisión. Pensaba que no es conveniente anticiparse a lo que nos depara el tiempo, y que por otra parte, ese acontecer está inscripto en la historia de los hombres con mayor certidumbre y nitidez que en el sabor olvidado por el agua de mar en la boca de los profetas. No hacía falta recurrir a ellos: esa misma historia prepara para cualquier predicción, siempre que se esté constantemente alerta, los ojos abiertos como faros sobre corrientes oscuras.

Mi abuelo había sido jefe de la tribu y después de él mi padre, y cuando mi padre se transformó en un viejo vacilante, sin inteligencia, mi hermano mayor accedió al cargo. Yo me creía más sagaz, y mi despecho se había traducido en sabiduría. Había sido más consultado que mi hermano en momentos de peligro, incluso más honrado porque rara vez los hombres amordazaban su gratitud. Cuando el río arrasó las casas y los sembradíos, yo les había enseñado a prevenir las inundaciones. Y cuando los hombres desvariaban con heridas profundas, de bordes amarillentos, yo solía curarlos con hierbas y hongos que recogía en el bosque.

Cómo y de qué manera llegaría el Mal, los profetas y las profecías no lo aclaraban. Ni tampoco cuándo, pero sí que sería en un tiempo que veríamos. Entonces la fortaleza y la decisión de mi hermano fueron de poco provecho. El rencor lo asaltó. Era bueno para la caza y el combate, para rescatar niños de una hoguera y apropiarse en los saqueos de los mejores bienes y de las mujeres más hermosas, pero no sabía pensar. Se arrastraba inválido dentro de su cabeza, incapaz de imaginar el único o los múltiples rostros de ese Mal que nos amenazaba, incapaz también de esfuerzos menores, como sopesar los pros y los contras de una situación, idear estratagemas para peligros potenciales. Solo

ejercía el poder de su cuerpo, que le dictaba reacciones inmediatas, deseos, ambiciones, pero no pensamientos.

Fue entonces cuando los hombres acudieron a mí.

Él los encabezó a regañadientes y fue el único que sostuvo su lanza en la mano como reafirmación de autoridad mientras los hombres se sentaban alrededor del fuego, en el centro de mi casa.

Y yo pensé. Podrían ser pájaros. El Mal podría venir en esa envoltura de alas por el aire. Pájaros de apariencia inofensiva que de repente emprendieran vuelos rasantes sobre una joven cruzando el lago en barca. Y luego, más decididamente, se encarnizaran con niños en una fiesta de cumpleaños celebrada bajo los árboles, invadieran sembradíos y nos quitaran el sustento, ya escaso, perforaran con sus picos mortíferos las ventanas tapiadas y nos persiguieran para desgarrarnos las carnes, después de cebarse en nuestros ojos. Sería un Mal implacable, sin contacto con lo reconocible. Olvidaríamos las bestezuelas aladas que nos alzaban los ojos hacia el cielo con una sensación de placer, y solo cobijaríamos el pánico ante esos instrumentos de precisión ciega y vertiginosa. Quizá se salvarían unos pocos, huyendo en unos extraños, veloces vehículos que nos traería el futuro. Los demás perecerían atacados por los pájaros. En mis pensamientos, la sangre que derramaban era roja pero intocable, nuestros cuerpos mismos no se podían tocar, me aparecían en una superficie plana y luminosa que en un momento se oscurecía, borrando cuerpos, pájaros y sangre intocables. Y lo que pensé me pareció atroz, y también imposible. ¿Pero acaso lo imposible no es una ilusión que usaría el Mal para existir?

Los hombres venían a mi casa cada noche; permanecían en silencio mientras yo pensaba. No compartía con ellos mis

conjeturas para no sobrecargar la espera, ya densa en aprensiones. Valientes como mi hermano ante peligros concretos, aquellos impredecibles los sumían en la cobardía de la inanidad. ¿Qué hacía yo sino intentar corporizar la profecía? Pero no encontraba palabras ni imágenes de entera certidumbre.

Podrían ser arañas. Minúsculas arañas engrandeciéndose día tras día, reproduciéndose sin cesar, segregando los jugos de la tela con obstinación homicida y multiplicadora. Y habría una niña hamacándose mientras un río oscuro y móvil la fuera cercando, por el suelo y el aire, hasta que una cayera sobre su falda y otra y otra, sin que la niña lo advirtiera en su movimiento de vaivén. La madre, estrujando el borde de su delantal, observaría por la ventana la tierra y el cielo oscurecidos, su niña en la hamaca, y saldría con un grito, tarde ya. Su niña encerrada en la tela, chupada como una mosca, manteniendo la misma sonrisa de placer inmutable en los rasgos tirantes. Pero el pesar y el movimiento precipitado de la madre no durarían, las telas no tardarían en envolverla, desangrada y seca, quieta y eterna en su instante de terror. Y después serían las casas y el pueblo entero, adormeciéndose con la gente viva dentro, bajo la tela gigantesca, a la espera de los obsesivos comensales. O podrían ser ratas u hormigas, cada especie aniquilando en su estilo particular, pero todas llevando hacia la más ominosa de las muertes, que es aquella que sobrepasa nuestra capacidad de imaginarla.

Durante el verano, todas las noches, los hombres se reunieron junto al hogar apagado, en el centro de mi casa, los rasgos tensos por el insomnio, una dura paciencia. Si la semilla del Mal incalificable estaba sembrada, tardaba en

germinar, padecíamos en salud la agonía de una muerte que carecía de nombre.

Un día encontré a un campesino, apoyado en su azada, inmóvil como una piedra frente al surco reseco, y le pregunté qué hacía. «Espero», dijo. Guiñó los ojos hacia el sol ardiente, el rostro sin sudor. Y creí que el Mal vendría envuelto en esa sequedad impiadosa y moriríamos odiándonos por un sorbo de agua, mordiéndonos como bestias sufrientes por un sorbo de agua. Pero la muerte me pareció menos horrenda porque podía imaginarla. Cuando los sembradíos fueron pajonales con hendiduras como gargantas desolladas hasta el corazón de la tierra, y el ganado murió, salvo unas pocas cabras y bueyes, cuando ya nos mirábamos con odio, empezó a llover. Y fue sin tregua. Entonces creí que el Mal sería mojado, como un niño saliendo de la placenta. Y que nos moriríamos en un diluvio sin misericordia. Pero la ruptura de la sequía había hecho nacer en mí la esperanza. Y así fue: cesó la lluvia y emergió el sol entre las nubes, un sol pálido y distante que anunciaba los primeros fríos, suficiente sin embargo para calentar la tierra y secarla en vapores semejantes a brumas. La vida se reconstruyó nuevamente y supimos que no era aún el tiempo del Mal. Los hombres roturaron los campos y durante la noche se apiñaron alrededor del fuego mientras yo pensaba. Mi hermano, más seguro después de la sequía y la lluvia que le habían devuelto la autoridad en las decisiones.

Quizá fueran criaturas traídas por el viento, con dedos gelatinosos que no obstante podrían asir como garfios; nos rodearían exudando mares de una materia elástica, donde yaceríamos inmovilizados sin morir, para encarnizarse después en cada uno con violencias y perversidades

untuosas. O formas invisibles que nos despojaran de nuestro cuerpo y nos habitaran. El Mal sería el vacío de nosotros mismos, la mortificación de la oquedad.

Alguien se dirigió a la puerta, miró hacia afuera y volvió a su sitio con un estremecimiento de fiebre. Mi hermano me lanzó una mirada hostil; pude observar su rostro, la mandíbula apretada, la frente estrecha, inútil.

Y yo pensé.

Podrían sorprendernos dioses escamosos brotando del centro del océano que no entendieran gestos de conciliación, sustancias caídas del cielo que dejaran los campos fulminados, o vegetales que desprendieran miasmas, brumas irrespirables que nos atormentaran en una asfixia lenta, alterándonos los sentimientos. Podría ser el Mal la desaparición de la luz.

Y una noche, los niños y las mujeres dormían, los hombres velaban en mi casa, hubo ruidos afuera que los perros guardianes no delataron. Fue el silencio de los perros el que trajo la certeza de que el Mal estaba ahí. Y después de tanta espera se produjo casi un alivio en los hombres. Mi hermano se levantó de un salto, empuñando su lanza, y fue el primero que corrió. Los otros lo siguieron. No los imité, paralizado por el miedo o la inercia. Abrí la ventana y atisbé entre las sombras algo moviéndose tan rápidamente que solo alcancé a percibir la vaguedad de una materia sin contornos y el aire que se agitaba. No volví a ver a mi hermano, ninguno de los hombres regresó. Entreví hogueras a lo lejos, como señales de desastre.

Me asomé cauteloso al patio delantero que daba a los árboles del camino. Una mujer yacía destripada, con el sexo descubierto, y más atrás, recostada en un árbol, una niña miraba, con ojos sorprendidos, tan absortos como los de la niña de la hamaca. La toqué y se inclinó blandamente hacia un costado, la nuca rota. Evitando el vientre, observé las restantes heridas de la mujer, demasiado prolijas para la dentellada de un animal, demasiado desgarradas para un cuchillo o una espada. Bordes en serrucho de un arma desconocida.

De un cuerpo, solo restaba la sombra en la pared.

Entré en la casa, como si pudiera protegerme de esas muertes. Atranqué la puerta y subí al granero por una escalera colgante que luego recogí. Me arrodillé oculto bajo una red de travesaños y de telas de araña. Afuera oía gritos de origen impreciso, y otros identificables, no menos pavorosos, el aullido de un perro sumido en el dolor, el largo lamento de una mujer que no esperaba ya misericordia.

Durante un tiempo no signado por el día o la noche, pasé hambre y sed, respiré olores de carne en descomposición; me rodeaba ahora el silencio. Por un momento pensé si el Mal no tendría para mí otro rostro, dejando mi casa y a mí mismo indemnes mientras sembraba afuera el espanto y la destrucción. Pero cuando la puerta fue destrozada y unas figuras entraron moviéndose sigilosamente —no por miedo sino por hábito de caza— me di cuenta de que el Mal también a mí me incluía y lo agradecí. Alcé los ojos hasta el día oscuro que había vuelto. Sin saber cómo, rompiendo los hilos pegajosos de las telas de araña, rodé hasta el lugar del fuego, allí donde los hombres y mi hermano se reunían mientras yo intentaba percibir las formas del Mal augurado por los profetas, tan total y absoluto que no guardaría parentesco con nada conocido. La ventana estaba abierta,

las cenizas de los incendios caían como lluvia, hubo un tajo de luz.

Recordé que todo acaecer está anunciado por lo que ya acaeció y comprendí que la profecía había sido clara, de sentido tan diáfano como para no verlo. El aire se llenó de rumores, de risas, de presencias que guardaban aquella actitud confiada que nace después de una victoria. Reconocí una palabra y supe que entre todos no había uno que no se me pareciera. Semejantes a mí mismo. Extranjeros, como mi hermano muerto.

Lo mejor que se tiene

Al amanecer, un mensajero le trajo la noticia de que su hija agonizaba en una comarca del norte. La había casado por conveniencias políticas con un hombre decrépito mentalmente, de costumbres abusivas, y desde entonces no la había visto nunca más. La recordaba con su túnica pesada sobre su cuerpo de niña, los huesos frágiles, sentada en el carromato que la conduciría hacia una comarca extraña y hacia un hombre no menos extraño. Tiempo después, ella se había librado de ese marido impuesto: un tigre, furioso por el aguijón de una flecha que no había alcanzado a herirlo mortalmente, lo despedazó, vengándose, en una partida de caza.

Ella se había quedado sola (aunque siempre lo había estado) y así moría, sola.

Él recibió la noticia con el rostro imperturbable, ordenó que atendieran al mensajero, visiblemente exhausto, y no volvió a acostarse. Caminó por su tienda, los brazos cruzados sobre el pecho, su sombra enorme proyectada contra las paredes. A media mañana, hizo comparecer al mensajero, quien se arrodilló a sus pies, la cabeza baja. Le entregó una valija de cuero, con remaches de bronce, cerrada mediante correas alisadas con piedras, y en cuyo interior había depositado lo mejor que tenía. No sabemos qué era, porque había actuado en soledad como quien maneja lo sagrado de sí mismo y un hombre de mucho poder se torna impenetrable. Con absoluta convicción, pensaba

que nadie puede morir si recibe de otro lo mejor que este posee y que su hija sanaría. Señaló hacia el norte con un gesto imperioso y ordenó al mensajero, aún arrodillado a sus pies, que se pusiera en camino.

El mensajero acomodó la valija junto a sus alforjas, con un salto limpio montó sobre su caballo y partió. Él se acostó entonces, pensando en su hija que agonizaba, y durmió hasta pasado el mediodía.

Ian, el mensajero, era ducho en rutas y trayectos; jamás se había extraviado, ni atravesando selvas, tierras no holladas, paisajes vírgenes. No había desempeñado otro trabajo que no fuera ese perpetuo ir y venir, llegar y partir, llevando pliegos que determinaban acuerdos, nupcias, crímenes y guerras. Conocía todos los caminos y aun los atajos que permitían abreviarlos con mínimo riesgo.

Esta vez, porque el rey le había encomendado lo mejor que tenía, su posesión más preciada, declarándolo responsable de la vida de su hija, privilegió la seguridad, desechando los atajos. De cualquier manera, estaba decidido a ganar rapidez sobre la propia extenuación.

Tomó entonces el camino que conducía al norte, claramente marcado entre campos desiertos, bosques, parcelas cultivadas junto a caseríos. Galopó horas sin detenerse, su cuerpo enjuto pero fuerte repuesto de la fatiga del día anterior. Sintió el placer del viento cantando en sus orejas y las leguas que desaparecían bajo las patas de su caballo como las horas de luz. Pero ese camino, ya recorrido en su viaje de ida, que hubiera podido transitar a ciegas, tan neto era su trazado, una única franja apisonada por caravanas y jinetes, de pronto, al término de la noche, se dividió en dos. Dos rutas más estrechas. Él sofrenó su caballo, se apoyó en los estribos alzándose sobre la silla con la mano a la altura de la frente a modo de visera. No recordaba ese doble desvío, ni su instinto, tan infalible en

otras ocasiones, lo guiaba para señalarle cuál era el correcto. Miró a su izquierda y derecha, sumido bruscamente en la perplejidad, en una indefinida aprensión. Ya amanecía y había nubes densas sobre el horizonte que avanzaban hacia él. Fueron las nubes las que lo decidieron a emprender el camino que las rehuía, y como era hombre sencillo, no sospechó ninguna malicia de la naturaleza. En el peor de los casos podría volver atrás, consideró sin peso, como una posibilidad remota. Apretó los ijares de su caballo y con un grito se lanzó hacia adelante.

Descansó brevemente al mediodía y siguió. El camino parecía no tener fin, se perdía por momentos en lodazales; ninguna aldea, ninguna choza, ningún terreno cultivado. En sus viajes, durante las horas de luz, se llevaba siempre en la retina la imagen de un aldeano inclinado sobre su azada, el lento movimiento del zapín escarbando la tierra. Pasaba levantando el brazo en saludo, tan rápido que no alcanzaba a retener el gesto que lo devolvía.

Ahora, la luz no le revelaba presencias humanas o inertes, ni la oscuridad las presagiaba.

Sin embargo, poco antes del amanecer, vio perfilarse un monte de árboles apretados que durante el día debían buscar la luz del sol con sus copas afiladas. Ese monte fue una señal amistosa en el paisaje y lo reconfortó vagamente. Después galopó sin encontrar árboles ni matorrales aislados y el paisaje lo desconcertó de nuevo, como si atravesara el vacío.

Ya con el sol en el cenit, sintió su transpiración y la sed. Escudriñó la inmensidad y descubrió a lo lejos una choza perdida. Salió del camino y su caballo, con un relincho asustado, se hundió en un terreno fangoso. Nerviosamente, giró la cabeza hacia él, empacado. Desmontó y lo guió a tierra firme. Le palmeó las ancas y se encaminó hacia la choza que tenía una puerta desvencijada, con travesaños de

madera clavados toscamente. Después de muchos golpes, un hombre le abrió, parpadeando a la luz con sus ojos lagañosos. Vestía harapos, la expresión cínica y a la vez entontecida.

—Este camino se corta —dijo, señalando las montañas de puntas romas, que aparecieron como un espejismo a la distancia, y que no eran las cimas escarpadas que en una extensión de la frontera impedían el acceso a las comarcas del norte—. Años que nadie pasa por aquí —se complació el hombre, con su expresión cínica y tonta. Rió cazurro mostrando los dientes grandes y amarillos—. Solo algún extraviado.

Ian lo golpeó fuertemente en el rostro. Luego, enfangándose, corrió hacia su caballo, que buscaba en vano alguna hierba, montó, volvió grupas y emprendió el retorno hacia la bifurcación del camino donde había tomado el rumbo equivocado. La maleta de cuero con sus tachas de bronce se había deslizado de su sitio y se balanceaba descompasadamente. Descabalgó y la ajustó con rabia. Entonces observó la fatiga de su caballo y galopó en procura de un lugar menos inhóspito para detenerse, fuera de ese terreno donde el fango estallaba en burbujas a la vera más baja del camino. Después de un trecho, el paisaje cambió, tornándose seco y pedregoso. Erguido sobre su silla, los ojos estriados de sangre, maldijo silenciosamente. Cuando ya había decidido descansar en la sequedad y bajo el sol riguroso, con un estremecimiento de los ollares su caballo olió la proximidad del agua, un riacho corría en una cañada poco profunda, detrás de unas rocas; reaccionó clavando los cascos sobre la tierra para alzarse luego sobre las patas traseras con un alborozo lleno de fatiga.

Ian descargó sus alforjas, la maleta de cuero que colocó cuidadosamente en la cima de un montículo de piedras. Liberó al caballo de sus arneses, salvo las bridas, y lo dejó ir

hacia el riacho, que insólitamente, él no había percibido; lo ató más tarde, con las riendas flojas, al esqueleto de un árbol quemado para que pastara entre las yerbas duras.

Él comió pan y carne seca, bebió agua y se acostó. Se durmió en seguida. Soñó que entregaba su recado y que al recibirlo, la hija del rey, que sabía era muy joven, curaba milagrosamente. Salvo la paga, jamás espléndida, no había otra retribución ni lo esperaba. En su sueño, tampoco había palabras de gratitud, pero le ofrecían de comer y un jergón para dormir. Él, que no había probado bocado en la jornada, no tenía hambre; se retiraba hacia un río de aguas muy transparentes que corría sobre un fondo de piedras, se refrescaba allí y luego dormía un largo sueño, bajo un árbol florecido, y en el sueño de su sueño, la hija del rey sanaba milagrosamente.

Durmió más de la cuenta, o no había medido su cansancio, porque cuando despertó era de noche.

Ensilló su caballo, con una prisa que le transmitía la pesada valija sobre el montículo, ajustó las cinchas y reinició la marcha. Cabalgó incansablemente por un paisaje que en ese retorno no reconocía. El sentido común le indicaba que debía haber superado ya la bifurcación del camino, al menos el monte de árboles que recordaba altos y netos, pero bajo el resplandor lunar se le revelaba un desierto de llanura, monótono y estéril. En ese trayecto sin señales, temió de pronto la aparición regia de la tienda, repetir como en un sueño de pesadilla su propio arribo entre el agotamiento y la aprensión, porque solía ocurrir que con las malas noticias desaparecía la paga y recibía maltrato. Imaginaba la tienda y la presencia cargada de poder. Qué explicación habría para ese rey impenetrable que le había entregado lo mejor que tenía para curar a su hija agonizante. Qué explicación sino la vejez de sus huesos que comenzaban a endurecerse

sobre la silla del caballo, la distracción imprudente o la pereza a un grado de locura.

Perdió la noción del tiempo. Incluso la aparición regia de la tienda hubiera sido preferible a ese vacío sin término que recorría. Había consumido sus víveres y sentía hambre. Bebió el último sorbo de agua de su cantimplora, se lamió los labios, sediento.

Montañas lejanas se perfilaron entre la bruma de un amanecer tormentoso. Aparecieron a su izquierda y el camino no conducía hacia ellas. Sin embargo, las descubrió con una sensación de alivio, y también de congoja. Eran más ríspidas que las señaladas por el hombre de ojos lagañosos. Detrás estaba la comarca donde agonizaba la hija del rey, de quien se decía que tenía un carácter bondadoso y era muy joven.

Miró las montañas y comprendió que sería empresa suicida emprender el ascenso. Moriría su caballo antes de pisar las suaves pendientes de las primeras estribaciones que, en medio de la bruma, figuraban muy distantes. Él mismo moriría de hambre y de frío. Desmontó y cayó de rodillas, sin entender la naturaleza que siempre le había sido familiar, por más desconocida o extraña.

Se concedió un respiro, más atento a la extenuación de su caballo que a la propia. Cerró los ojos sin dormir. Cuando los abrió, una pequeña aldea que no recordaba haber visto antes se alzaba a unos cien metros del camino. Se incorporó y fue corriendo hacia las casas. En la proximidad, le resultó evidente el abandono. Las puertas caían de sus goznes de cuero, frágiles matas crecían sobre el piso de tierra. Encontró un resto de pan, cubierto de moho, que compartió con su caballo, bebió agua sucia de un charco. Su caballo tenía los ojos empañados por una película blanquecina. Lo dejó descansar y él mismo durmió bajo ese techo,

imponiéndose un reposo que rechazaba. Le costó dormirse y no soñó.

A la mañana siguiente, las montañas parecían más altas y heladas. Pero menos hostiles que ese camino cuya oposición no comprendía. Montado y otras veces a pie, emprendió a campo traviesa la ruta hacia las montañas. En las primeras estribaciones, abandonó su caballo, que era lo que más quería. Se ajustó la maleta a la espalda y se alejó, doblado bajo su peso. El caballo lo miraba con sus grandes ojos cubiertos por la película blanquecina, temblaba sacudiendo la gruesa piel brillante de sudor. Entonces volvió, apoyó la cara en su hocico, le acarició el pescuezo; en un lenguaje compartido murmuró palabras de despedida.

Inició el ascenso con facilidad, a pesar de su cansancio. Pero luego el terreno comenzó a empinarse, las piedras desgarraron sus manos y rodillas. Pisó mal y se deslizó sin control unos metros hacia abajo hasta que pudo asirse de un arbusto; recuperó aliento estirado sobre las rocas, y sintió las mejillas húmedas. Se tocó y apartó la mano como de una brasa. Nunca había llorado y se llenó de humillación por estas primeras lágrimas de frustración e impotencia. Lloraba él, cuya fama había trascendido los límites de su aldea, a quien se le podía confiar no importa qué, con la seguridad de que lo entregaría no obstante los accidentes o los malhechores del camino, la lluvia o la nieve. Nunca se le había encomendado una misión tan preciosa y no entendía el castigo de su impotencia.

A los dos días, hacia la noche, alcanzó la cumbre, su espalda oprimida bajo el peso de la maleta, ardiendo como un fuego que el roce de las cuerdas no hacía más que avivar. Nubes cercanas le impidieron ver la comarca que se extendía del otro lado de la cumbre, una comarca rica que alimentaba la ciudad donde se vivía la angustia por la hija agonizante del rey.

Descendió semiinconsciente de fatiga, resbalando en ocasiones sobre rocas alisadas que hubieran podido precipitarlo al vacío, masticando puñados de nieve para calmar su sed y raíces que en la premura no eligió bien y que al rato le crisparon las tripas. Caminó mecánicamente pisando un terreno que se fue haciendo más llano sin que se diera cuenta, el cuerpo agraviado por las lastimaduras de las rocas, los párpados quemados por la reverberación de la nieve. Vio chozas con humo saliendo de sus chimeneas, pero no se detuvo. Cruzó como un mendigo entre otros las puertas de la muralla que franqueaban el paso a la ciudad, atravesó calles y el bullicio de una feria, y llegó a las puertas mismas de la gran casa en una de cuyas habitaciones agonizaba la hija del rey. Sin reconocerlo, los guardias lo rechazaron; no era un mensajero erguido en su caballo sino una criatura de labios agrietados, ropa en jirones y habla balbuceante. Pero la voluminosa valija que llevaba en su espalda, con tachas de bronce, le sirvió de crédito y salvoconducto. Dos guardias le pasaron las manos bajo los hombros y casi en andas lo condujeron a un amplio recinto. Con los dedos agarrotados, desprendió las cuerdas que sujetaban la maleta a sus espaldas. Cayó al suelo aprisionándola contra su pecho y nadie se atrevió a aproximarse porque en sus ojos había un destello de demencia que aún lo hacía temible. Exigió, la voz pastosa, entre ráfagas de oscuridad, que sin demora lo guiaran hasta el lecho donde agonizaba la hija del rey, cuya salvación traía.

Los guardias rieron, murmuraron palabras de burla. Después callaron, inclinándose ligeramente hacia la puerta. Ella apareció, hermosa y joven, en el umbral. Solo una lejana palidez había en su rostro, último vestigio de una enfermedad que había curado milagrosamente, día tras día, como si en algún lado alguien combatiera por ella con la

muerte. Empapó un paño en agua fresca y le limpió el rostro, sin acusar repugnancia por el hedor que despedía su cuerpo. Él le tendió la maleta con sus tachas de bronce, recuperó la voz y transmitió las palabras del rey: su padre le enviaba lo mejor que tenía, prenda segura de salvación y salud. Pero ella no demostró interés, se encogió de hombros con una sonrisa absorta. Llamó a sus mujeres, les habló y él las vio alejarse atareadas. Casi en seguida, trajeron una tina de madera donde descargaron agua que mezclaron con aceites. Mostrando premura y al mismo tiempo gentil precaución, lo despojaron de sus ropas y lo ayudaron a hundirse en la tina. Él se adormecía en la tibieza del agua, pero con gestos ansiosos y vagos señalaba aún la maleta con sus tachas de bronce, incomprensiblemente olvidada sobre el suelo.

Ella sonrió y para tranquilizarlo, más que obedeciendo a una curiosidad que no sentía, desató las correas y la abrió. Entonces él se quedó inmóvil, cumplido su mandato, y pudo dormirse en el sopor del cansancio o de la muerte, y de este modo no observó que ella volvía a cerrarla mientras las mujeres reían ante el extraño presente que no contenía nada.

La alteración

Los pueblos vecinos los llamaban «el pueblo de los dormideros» y los más burlones «los bobos del sueño». Pero sabían que esa preferencia no los volvía inermes o inofensivos. Al contrario, como todos los que poseen algo valioso que no quieren compartir con extraños, eran de inteligencia hosca y suspicaz. Por turno vigilaban las murallas de adobe de la aldea, armados con lanzas y jabalinas, incómodas pero mortíferas espadas golpeando contra el flanco. La vigilia era tan sagrada como el sueño. No había memoria de que los encargados de velar se hubieran descuidado alguna vez; casi desnudos durante el verano, abrigados con gruesos capotes durante las nevadas del invierno, permanecían atentos e insomnes mientras los otros soñaban.

En las horas diurnas, una remota costumbre había establecido horarios rígidos donde todos cumplían sus tareas con una tenacidad heredada de padres a hijos, usando un lenguaje lacónico de necesidades y cumplimiento; no perdían energías en mirarse, cambiar bromas, descansar brevemente bajo la sombra de un árbol. Cuando el alimento de la jornada estaba preparado, los animales atendidos, el campo roturado o sembrado, se reunían al caer de la noche en la casa del sueño, acomodaban a los niños sobre mantas tendidas en el piso de piedra, y los mayores se sentaban contra la pared; cerraban los ojos mientras el grupo de vigilancia, elegido por turno

cada semana, los protegía de saqueos e intrusiones bárbaras. Por otra parte, solo en una ocasión habían tenido que emerger bruscamente del sueño, y el recuerdo de la matanza y la crueldad contra los invasores los protegía tanto como el recorrido incesante de los hombres a lo largo de las murallas.

En el sueño vivían una vida completamente opuesta al transcurrir de la vigilia, a la que consideraban simple trámite para sostener el cuerpo. Eran sueños colectivos que ni siquiera elegían, allí cada uno era el jefe de todos, y ascendían montañas y vencían a pueblos soberbios y salvajes, secuestraban a las mujeres más hermosas, bebían una bebida oscura, fermentada del zumo de pequeños frutos que no conocían en la vigilia, y sostenían interminables conversaciones a la luz de las hogueras en la playa. Después bailaban danzas marciales o graciosas, sumidos en embriaguez magnífica dentro del sueño. No había lluvias torrenciales, heladas ni inclemencias, un verano perpetuo los amparaba.

Despertaban al amanecer y mientras los hombres se lavaban en el río, las mujeres, que lo harían después junto a los niños, preparaban el desayuno de leche de cabra, queso, hidromiel y pan. Comían frugalmente, cada uno en su casa, sin desperdiciar palabra alguna, y comenzaban el trabajo de cada día. Si alguien, por viejo, no podía hacerlo, ensillaban dos caballos y cabalgaban lejos, a dos días de distancia, invariablemente hacia el norte de tierras desérticas, y solo un jinete regresaba, sosteniendo la brida del caballo sin carga. Y este jinete no se adormecía ni contemplaba el paisaje, regresaba con ojos vigilantes, atento a sortear los baches y piedras del camino, a la aparición quizás de una amenaza.

En la vigilia, no conocían la enfermedad ni el desaliento. No los rondaban bestias carniceras, reptiles venenosos ni

insectos dañinos. Fornicaban con sus mujeres, cuya hermosura o fealdad no advertían, de una manera establecida y regular, para continuar la descendencia, pero el placer no estaba con ellas sino con aquellas otras que tomaban como rehenes en el sueño y que compartían entre bacanales de vino y violencia dulce al corazón.

Y así hubieran continuado, alternativamente odiados y envidiados por los pueblos vecinos, si un mínimo incidente no hubiera señalado el comienzo de una alteración. José, un hombre joven que atendía los caballos y llevaba los viejos a morir, trabajó como de costumbre ese día, no hubo premonición alguna en la vigilia. Misteriosamente —para él un objeto inexplicable— una mosca se posó en el dorso de su mano derecha, que descansaba inerte sobre su muslo como todas las noches en la casa del sueño. La apartó, sorprendido y perplejo. Miró esa ínfima forma móvil, que se perdió rápidamente detrás de una viga. Y por un momento creyó que entraría en el sueño como siempre, rezagado pero a tiempo, para ocupar su lugar entre los otros, ya vestidos con esplendorosos uniformes, botas brillantes y cabelleras aceitadas bajo los cascos, cada uno jefe que mandaba a todos, listos para enfrentar una batalla que no derramaba nunca la propia sangre sino la ajena, mientras las mujeres, sabedoras de la inmutable y pertinaz victoria, preparaban un festín entre cantos. Pero José se encontró en el sueño vestido con su rudo sayal de lana sin teñir, su basto calzado, desentonando en medio de esa multitud con trajes bordados en oro y espadas bruñidas de filo mortal. Y la mosca se posó en su mano y zumbó en sus oídos. Se despertó y permaneció inmóvil, rígido, mientras los otros acometían proezas que los llenaban de gloria y sonreían con los rostros relajados para despertar al amanecer, bañarse en el río y dirigirse a desayunar con un solo pensamiento: trabajar sin interrupción, rápida y eficazmente, para volver al sueño

donde todos eran reyes. Y así como se había rezagado en el sueño, José se rezagó en la vigilia porque a último momento entró en un sopor pesado, perdió conciencia dormido en una muerte sin sucesos ni imágenes. Si alguien lo advirtió, no lo supo. Cepilló los caballos, ajustó herraduras flojas, les dio agua y una ración de pienso. Unció los caballos de labranza a los arados; en seguida, los hombres empuñaron las manceras guiando a las bestias sobre el surco. El último en partir fue un labrador viejo que jadeaba tembloroso y sin fuerzas, y José pensó que próximamente debería emprender un nuevo viaje hacia la tierra del abandono. Condujo al campo los caballos de silla. Y por primera vez tuvo ganas de hablar con alguien. Encontró a Isa, la que cuidaba las cabras. Se acercó y dijo: hace frío. Y ella ni siquiera lo oyó: contaba incesantemente los animales para estar segura de no extraviar ninguno.

A la noche siguiente, le correspondía su turno de vigilancia. Y casi lo agradeció. Junto a la muralla de adobe, sujetando su lanza en el familiar, hosco silencio, observó su mano, pero ninguna pequeña forma móvil la rondaba. El recuerdo lo desasosegó, miró el horizonte, contó estrellas como Isa sus animales. Por primera vez, en esas noches, el tiempo le pareció interminable y sintió frío. Pero se dijo que cuando terminara su turno de la semana y volviera a la casa del sueño, nada le impediría entrar como los otros a ese lugar donde estaba la vida. Y así fue. Esperó que acomodaran a los niños sobre las mantas tendidas en el suelo y se sentó, recostándose contra la pared; cerró los ojos e instantáneamente escalaba una montaña, las piernas fuertes, el aliento gozoso, jefe entre los jefes. Pero después, casi en la cima, resbaló y arrastró consigo a varios que se deslizaron unos metros para figurar de nuevo en pie, en el mismo sitio que habían perdido al resbalar. Solo él quedó abrazado a una roca, el traje recamado en oro convertido en

su tosco sayal. Despertó bruscamente y a la luz del hachón vio una pequeña forma que se alejaba hacia la viga del techo; apenas algunos ceños contraídos casi dolorosamente mostraban la alteración del sueño, pero los rostros se tranquilizaron en seguida y las sonrisas dichosas reaparecieron sobre los labios. Esa noche, él no quiso entrar ya en el sueño; sintió miedo o recordaba quizás el esplendor del cielo estrellado durante las noches de vigilancia.

Después del desayuno, al día siguiente, el viejo labrador lo aguardaba, de pie junto a la fragua con los rescoldos cubiertos de ceniza. Él avivó la fragua; como de costumbre controló las herraduras, cepilló los caballos, les dio de beber y su ración de pienso. Los unció a los arados en el punto donde comenzaban los sembradíos y los labradores empuñaron sus manceras. Llevó los otros al campo, donde pastarían libremente. Isa, la pastora, seguía contando sus animales, corría entre las piedras, azuzando a los que se apartaban para devolverlos al rebaño. Observó que tenía ojos marrones y una fea mancha roja en la mejilla, el rostro pálido de frío. Ella lo miró sin ver, moviendo los labios en el recuento incesante. Cuando regresó, el viejo labrador hacía crujir sus falanges, sentado cerca de la fragua, sobre el piso de tierra. Sin una palabra, José ensilló dos caballos, llenó su cantimplora, colocó en la alforja su ración de víveres y montó. El viejo se incorporó trabajosamente, con un suspiro. Intentó montar a su vez, y se deslizó hacia abajo, como de una superficie aceitada. Insistió infructuosamente. Apoyó el rostro arrugado, donde temblaba un músculo, sobre el lomo del caballo, tomando aliento. José descabalgó y sin acritud ni compasión, con un solo impulso lo depositó en la montura. Recogió las riendas de ambos caballos en su mano. Se alejaron de la aldea y el viejo volvió la cabeza hacia atrás hasta que la casa del sueño se perdió en un recodo del camino. Aun así, siguió volviendo la cabeza hasta que

desapareció la última choza, los campos que había arado. Y él se sorprendió de ese gesto, y de la repetición de ese gesto, que nunca había advertido en otros.

Esa noche, mientras comía y descansaban los caballos, lo invadió una duda, casi una tentación. Montar y alejarse. Podría dejar al viejo librado a una condena menos implacable; todavía era posible conseguir agua en el terreno, cedería su alforja con víveres. Se levantó y ensilló nuevamente los caballos, sacudió al viejo, que dormitaba con estremecimientos de frío, y lo alzó sobre la silla. Galopó hacia el norte en dirección a las comarcas desérticas, sabiendo que los caballos no habían descansado lo suficiente. Un sonido de llanto le llegó a los oídos. Partía del viejo, y se preguntó si siempre habían llorado los hombres y mujeres que conducía a la muerte, o si este era el primero. Pocas veces había oído o visto llorar, salvo en el sueño donde las mujeres tomadas como rehenes lloraban, gritando al ser estrujadas por los hombres. Y ese llanto, a él como a todos, le provocaba placer, signo y revelación de su propia fuerza. Contrariamente, el llanto del viejo le provocaba una sensación desconocida, y la nombró tristeza.

Regresó sosteniendo la brida del caballo sin jinete y al caer de la tarde se dirigió con los otros a la casa del sueño. Involuntariamente, al ocupar su lugar contra la pared, observó su mano, la viga en el techo. Cerró los ojos para festejar una batalla que, como siempre, les había concedido la inmutable victoria, comió hasta hartarse mientras los hombres compartían las mujeres, que eran muchas, con largas cabelleras de trigo y cuerpos desnudos, jóvenes. Y respondiendo a su deseo, tuvo a la más hermosa entre sus brazos mientras todos tenían, a su vez, en la misma realidad multiplicada, a la más hermosa entre los brazos. Pero esta mujer no se debatía con ese llanto que aumentaba su placer y que amenguaba poco a poco ante su fuerza, permanecía

inmóvil y a la luz de la hoguera en la playa, él vio que tenía ojos marrones y una fea mancha roja en la mejilla. Se despertó empapado en sudor, y miró su mano en la que había sentido un roce, un contacto imperceptible. Cerró los ojos y deambuló perdido, pisó las cenizas de la hoguera apagada en la playa y solo distinguió formas imprecisas sobre la arena.

Al día siguiente, uno de los hombres golpeó a su mujer y murió un niño. Cuando unció el último caballo al último arado, el labrador, antes de partir sobre el surco, masculló ambiguas palabras de sospecha, no dirigidas a él, sino hacia algo o alguien que los amenazaba.

Como de costumbre trabajaron duramente, pero movidos ahora por una aceleración ciega y encarnizada que los conducía a cometer errores y ocasionaba riñas. Hombres y mujeres, todavía útiles, pero ya ancianos, por tácita y aceptada decisión, fueron llevados hacia el norte, a las tierras desérticas de donde no volvían. Giraban la cabeza hacia atrás hasta que la aldea se desvanecía y solo registraban el paisaje seco, con la bruma del polvo, y José los oyó llorar durante el camino.

Cuando regresaba a la casa del sueño, ocupaba su lugar recostado en la pared, sin dormir. Toda la noche luchaba contra el sueño, temeroso del desorden que causaba su presencia. Temía también ser descubierto, que alguien en el sueño sorprendiera a Isa entre sus brazos, el rostro pálido de frío, su fea mancha roja en la mejilla, lo viera con su basto sayal, su cabellera descuidada y no peinada con aceites bajo el casco; en medio de la fiesta se aguara la bebida oscura, fermentada de frutos cuyo nombre ignoraban, y lo señalara, solo uno y lo señalarían todos. Sabía cuál sería su destino entonces: el filo de las espadas bruñidas entrando en su carne. Morir en el sueño significaba no poder estar vivo en la vigilia.

Un día, hacia la media mañana, cuando ya todos estaban trabajando, cada vez más duramente, los ojos rencorosos, el blanco sanguinolento, la pupila dilatada por la furia, cargó su mochila con víveres y eligió el más veloz de los caballos. Montó y partió, no hacia el norte desértico sino hacia las comarcas del sur que no conocía. Allí el azar le depararía encontrar espadas y peligros, rostros amables u hoscos, hospitalidad o rechazo. Supo que siempre necesitaría compartir el sueño de los otros, y la nostalgia le pesó en el corazón. Como los viejos llevados a la muerte, volvió la cabeza muchas veces hacia la aldea. Cuando ya la había perdido de vista, descubrió la pequeña forma, inmóvil sobre la oreja del caballo. Y sabiendo que se posaría en su mano, cerró los ojos y dormitó sin soñar. Cuando la mosca alzó el vuelo y se posó en su mano, Isa, su fea mancha roja en la mejilla, dejaba de contar cabras en su recuento incesante, saltaba a su encuentro entre las piedras y le decía simplemente que lo amaba.

La envidia del Paraíso

El hombre, que se llamaba Pavel, estaba descalzo y sus plantas endurecidas lo salvaban de las asperezas del suelo. No obstante, una gruesa astilla se le había clavado en el talón, hundiéndose de punta, y había tenido que detenerse, arrancarla y comprimir la herida hasta que la sangre fluyera para barrer la suciedad. Después rengueó un trecho, pero se obligó a caminar normalmente, a pesar del dolor. Procedió así por ejercicio de la indiferencia, y no del orgullo. Como si en esa inmensidad desierta tuviera un destino, caminó toda la jornada, siempre en dirección norte, hasta que la luz comenzó a decrecer. Se sentó sobre una piedra y se frotó el pie herido, casi maquinalmente.

Hacía frío y un cielo de nubes amarillentas amenazaba lluvia. Yendo y viniendo, juntó ramas secas y las amontonó contra el hueco que formaba la saliente de dos rocas. Les prendió fuego y se calentó. Tenía hambre y sacó de la mochila que cargaba sobre los hombros, sujeta con dos cordeles ajados, unas ranas que había pescado al amanecer en un estanque de aguas turbias donde crecía una vegetación resbalosa. Trabajando con dificultad, roto el mango de su cuchillo, les quitó la piel y las arrimó al fuego, ensartadas en dos ramas. La lluvia se desencadenó de golpe y el viento la llevó en dirección a las piedras e inutilizó el reparo de las salientes. Humeó el fuego y se apagó. Masticó laboriosamente las ranas casi crudas, temblando.

Había partido de su aldea hacía ya tiempo, un conjunto de casas que se iba desmoronando lentamente, arañas y reptiles lo habitaban, el polvo y la soledad. La peste había terminado con todo, así llamaba él, por darle un nombre, a esa conjunción de circunstancias aciagas abatiéndose sobre la aldea. Peste anunciada por el color embreado de los ríos y la espesa coagulación del agua. Los peces fueron los primeros en perecer, aparecieron hinchados, cubiertos de lodo. Y luego, imprecisas enfermedades que nadie podía controlar se ensañaron con los habitantes sin defensa; enfermedades nunca repetidas en los síntomas, como si alguien se entretuviera en sembrar un desconcierto perverso; leves malestares (un ligero dolor de cabeza, una erupción en el brazo) se precipitaban en muerte súbita, y otros síntomas, preocupantes desde el comienzo, prolongaban la enfermedad día tras día, con etapas de bienestar que hacían crecer la esperanza para cortarla con una muerte igualmente súbita e inexorable. La sensación de que alguien jugaba con ellos —campesinos, modestos artesanos, que habían vivido sin grandes angustias entre alegrías y dolores— y se divertía proponiendo ecuaciones donde los términos intercambiables eran el miedo, la esperanza, la desolación. La desolación que finalmente se imponía.

Su mujer había muerto y luego sus niños, los dos mayores que ya lo acompañaban de caza, y la niña de ojos inteligentes y curiosos que tejía con su madre y se abrazaba a sus piernas cuando él llegaba de sus faenas, al anochecer.

Él se había salvado. Después de un tiempo que no pudo medir, llevando solo su mochila a la espalda, había empezado a caminar. Hacia el norte. Caminaba sin pensamientos, sin otro objetivo que alejarse de su aldea, lugar de fatalidad, tierra sin ríos.

Entró en el hueco formado por la saliente de las rocas, se apoyó contra la dura pared e intentó dormir, el cuerpo sacudido por estremecimientos de fiebre. Oyó ruidos en medio de su sueño sobresaltado, lobos aullando muy cerca, y por un momento enfrentó ojos fosforescentes, clavados redondos e inmóviles en la noche cerrada. Pensó que lo atacarían, pero lo pensó sin miedo, como si eso pudiera ocurrirle a otro.

Cuando despertó, alguien había avivado un fuego, que no era el suyo, escuálido de ramas frágiles que se había apagado con la lluvia; un fuego vivaz y potente ardía frente a las rocas, de leños gruesos provenientes de árboles que no existían en esa región. Lo descubrió sin sorpresa, sin experimentar agradecimiento por la lumbre que la lluvia no atacaba. Una figura sombría, de pesado ropaje, estaba a distancia del fuego, como si no lo necesitara a pesar del frío de la noche que atravesaba la piedra ni tampoco necesitara guarecerse. Los brazos cruzados sobre el pecho, lo miraba con ojos fosforescentes de lobo, la misma persistente fijeza.

Pavel apartó un olvidado sentimiento de miedo. Miedo que había perdido, no por sustitución con el coraje, sino porque el exterminio de los suyos había agotado sus sentimientos; solo la inercia lo llevaba a subsistir. Caminaba hacia el norte —donde las poblaciones eran escasas y el poco sustento de la tierra las volvía de ánimo hostil— siguiendo un rumbo en el que la idea de lo bueno o lo mejor carecía de sentido.

El hombre arrojó leños a las brasas, crepitaron alegremente y se alzaron lenguas de fuego que iluminaron el contorno, pero no su figura oscura. Los ojos tenían su propia luz, extraña, fosforescente. Pavel supo que el hombre no era un amigo; al contrario, un enemigo de categoría impredecible que deseaba dañarlo aun ahora, cuando solo podía provocar piedad: una criatura mísera de piel tirante y

largas greñas, el cuerpo marcado por cicatrices, sin techo ni parientes, segados todos los vínculos que lo habían unido a la vida. Quizás el otro tenía la preocupación, benévola en apariencia, de avivar el fuego para que su calor lo despertara, le trajera recuerdos de su hogar. Y esos recuerdos originaran un sentimiento de vida que solo podría ser insoportable. Sonrió o creyó hacerlo con sus labios resecos: no sentía nada.

Tuvo la sensación de un borde redondeado de barro cocido tocando su boca y el gusto de la leche caliente. Tragó y su pecho se llenó de un calor olvidado. Depositó el tazón sobre la mesa de madera y más allá entrevió, a la luz de un candil, una figura familiar que se atareaba. Y sus hijos vivos. Se sentó frente a la ventana abierta, que dejaba pasar el aire de la primavera naciente, y la niña corrió hacia él, apoyó la cabeza en sus rodillas, ya con sueño, mientras los muchachos contaban, atropellándose, sus proezas en la caza. Después callaron y salvo palabras aisladas permanecieron en un silencio apacible, casi aburrido. La comida se cocinaba sobre el fuego y los muchachos pretendían anticiparla respirando con avidez los vapores de la carne y las especias. Estuvo la mesa aparejada y comieron. Su mujer lavó la tosca vajilla, él guardó la jarra de agua y el pan. Luego vino el reposo, el candil apagado. Los niños dormían en jergones sobre el suelo, su mujer murmuraba mínimas historias que él no oía, atento al peso de ese cuerpo contra el suyo. El aire de primavera le trajo aromas de pinos y eucaliptus. Cuando su sonrisa se hizo cálida y tierna, y tendía la mano hacia las caderas cercanas, todo desapareció. Quedó el cielo con su pesadez tenebrosa desgarrándose en lluvia, y la hoguera que avivaba incesantemente el hombre desconocido. De sus labios se escapó un lamento incontrolable, tan viva y presente había sido la visión.

—Buen fuego —dijo el hombre con una voz metálica que quiso ser amable.

Pero Pavel no se llamó a engaño. No había sido una visión, había estado metido en el pasado, y la resurrección de aquella vida solo era producto de algún poder que tenía el otro, que le deseaba mal, aún ahora. Salió del amparo que formaba la doble saliente de las rocas. Una cortina de agua lo cubrió, dejándolo transido. El otro avanzó unos pasos a su encuentro. No se mojaba. Pavel retrocedió a los tumbos, percibiendo repentina y agudamente la quemazón dolorosa de su pie infectado en el talón.

—¿Por qué? —preguntó en voz muy alta. Una voz irreconocible la suya, que cuando se le escapaba alguna palabra en soledad, era átona e indiferente. Esta padecía de nuevo. Y quería decir por qué la venganza, el río embreado, la peste, el mal, la muerte. Único sobreviviente, testigo. El otro sonrió con una mueca. Apartó su capa y Pavel vio una vestimenta de una blancura enceguecedora, inmaculada, y un hálito celeste que lo envolvía, una diáfana luminosidad. Y su rostro era hermoso, como el de un ser no perteneciente a esta tierra. Desechó la pregunta de Pavel, que terminó con un gemido. En cambio, inclinó el torso, alzó el cuchillo de Pavel, invisible entre las rocas, y lo empuñó por un mango de hueso que había perdido; llevó la punta hacia su pecho, rasgándolo de arriba abajo con un tajo profundo. Y el cuchillo mellado adquirió un filo implacable. Pero no brotó sangre, la herida se abrió y juntó sus bordes sin dejar cicatriz. Puso la mano sobre el fuego y no se quemó. Tomó una brasa y la arrojó al aire, recogiéndola de nuevo, los dedos intactos. La encerró en la palma como quien guarda un fruto. Bruscamente se volvió hacia Pavel con una sonrisa rabiosa. De un salto que no vio, estuvo a su lado, lo arrastró hacia la hoguera. Se resistió, pero el otro lo venció con facilidad, sujetó su mano con un puño de hierro y la sostuvo

largos instantes sobre el fuego. Oyó un alarido y sintió el olor de su carne quemada.

El otro sujetó aún su mano, mirándolo con su persistente fijeza. Después lo soltó, empujándolo contra las rocas mediante un solo gesto de desprecio y de cólera. Cruzó la capa oscura sobre su vestimenta inmaculada. Cesó la diáfana luminosidad, en el desdén de la sombra la belleza de su rostro. Una voz lo llamaba y la desechó sin conmoverse. Estaba más allá de aquella voz, de aquel lugar adonde se le exigía volver, perfecto y sin dolor. Por envidia había deseado el mal, lo había ejercido contra esas criaturas que poseían lo que le había sido negado. Miró con odio a Pavel, ese hombre que gemía, su mano quemada bajo la lluvia, desnudo en el desierto y la inclemencia, deseando morirse y sin embargo, vivo, padeciendo. Vivo, padeciendo. Salvado.

El odio de las celebraciones

Nada se celebraba en ese pueblo. Ni la cosecha, las bodas o los nacimientos. Se reunían, cuidando invariablemente de que no se filtrara ningún matiz celebratorio; por esta razón preferían las ocasiones casi aciagas: si caían lluvias persistentes y el río amenazaba desbordar, si había peligros o heladas a destiempo que podrían arruinar los sembrados. No eran reuniones propiciatorias ni apaciguadoras. Sin alegría, preparaban la cuota que creían debía ser concedida al esparcimiento, a un festejo de la forma.

En la casa más grande de la aldea, unían mesas y caballetes, disponían cuencos y platos sobre tablas rústicas, mataban cerdos, gallinas y animales salvajes que las mujeres sazonaban con hierbas que no les quitaban sin embargo el sabor a carne áspera. Al encontrarse, los habitantes de la aldea, casi todos hermosos, bien plantados y de ojos fríos, se saludaban con parsimonia, sin afecto ni odio, comían y bebían discretamente; luego, los músicos tocaban tambores usados, de parches apenas tirantes, soplaban en zampoñas rudimentarias, y los hombres y mujeres, incluso viejos y niños, bailaban con pasos complicados de figuras simétricas, reían juiciosamente de bromas conocidas, de chistes ya oídos. Y si los gestos, en esas reuniones de duración prefijada hasta las primeras horas del amanecer, se hacían fatigosos y la imitación de la alegría inconstante, el más viejo de los presentes lanzaba un grito de advertencia. Bastaba el grito, que no contenía ira ni

amenaza, para que las sonrisas reaparecieran sobre los rostros con su mesura obligada y el baile recuperara la precisión de las figuras simétricas.

No había extranjeros en la aldea ni el pueblo tenía contactos con pueblos extranjeros, salvo el contacto de la guerra que hasta ese momento los había designado vencedores. Indiferentes, no hacían prisioneros ni guardaban cautivos: exterminaban. Ningún sonido extraño de otra lengua había modificado el acento de una palabra ni ninguna costumbre ajena alterado las costumbres que respetaban desde tiempo inmemorial. No se delataban presencias de contextura débil o deforme entre esos habitantes hermosos, bien plantados y de ojos fríos. Solo una niña de meses fue recogida una mañana de invierno por un pescador solitario en la margen más alejada del río, y el pescador, como quien recoge una criatura de agua, la llevó a la aldea en la misma cesta de los pescados. Imposible saber por qué se la aceptó en el pueblo, quizá porque tenía los ojos cerrados, estaba desnuda y semejaba un animal en trance de morir. Una familia la cuidó con desgano y contra las presunciones la niña revivió y fue aceptada como igual, se olvidó su origen, más por abulia que por generosidad, y creció en ese hogar donde solo habían nacido hijos varones. Desde pequeña, acató el destino de las mujeres, se unió a las niñas que ayudaban a sus madres hasta alcanzar la adolescencia para completar después el ciclo de trabajos más pesados, incluyendo boda y alumbramientos. Ella creció alta y bien plantada como los habitantes de la aldea, adquirió la misma hermosura de rasgos regulares y nadie reparó que en el fondo de sus pupilas prevalecía la inquietud, un punto brumoso intentaba encenderse. Con el tiempo, se inclinó hacia quien creía era su hermano; no hubo entonces represión ni vigilancia porque paradójicamente en esa sociedad adusta no había idea del

pecado carnal, pero sí resultaba grave lo que ella sentía: el deseo celebratorio impugnando un mundo donde el amor era una costumbre, necesidad de la que disfrutaban con placeres medidos, sin exaltación.

El muchacho enfrentó con desconcierto esos sentimientos desconocidos que advertía en ella; no alcanzó a percibir, sin embargo, ese punto que perdía su brumosidad en el fondo de las pupilas, encendiéndose en cada mirada como el sol despejando la niebla del amanecer. Se negó, huyéndole, pero cedió poco a poco, creyendo consentir una rutina que su edad le autorizaba.

Precarias chozas de madera y juncos, construidas en un extremo de la aldea, permitían el encuentro de los jóvenes; no había otra ley, hasta que se decidía el matrimonio, que la mutua necesidad, pero ella prefirió el bosque y su lecho de hojas secas y agujas de pino. Allí, él se dejó arrastrar por ese fuego cuyo contacto temía. Tuvieron sus pequeñas celebraciones secretas: el peso de una mano sobre el sexo, la exploración del cuerpo, pero esas celebraciones secretas carecían de nombre, y al no tenerlo, no podían nombrar la transgresión y se suponían inocentes. Aunque en ellos tampoco la inocencia tenía un nombre. Los invadía una felicidad nueva y absoluta, que ella vivía con libertad y él con asaltos de pavor: inútil que intentara fijar un rictus rutinario sobre su boca, la alegría lo borraba, transformando su ser entero en un olvido, pérdida y súbita recuperación deslumbrante. Él, que había mirado poco como todos los habitantes de la aldea, descubrió que no veía por exceso de mirada, y esto lo trastornaba por momentos, sumiéndolo en una perplejidad temerosa, hasta colérica.

Un día, ella tomó pan y frutas del depósito común, las depositó sobre piedras en un claro del bosque, y él, que sentía hambre, tendió las manos hacia los alimentos. Ella lo apartó y dijo: Después.

Y como él no entendía, porque si uno deseaba, consumaba el deseo, porque si uno tenía hambre comía la fruta y el pan, cortaba el mundo con nitidez, en perfecta correspondencia entre lo que uno deseaba y lo posible, ella murmuró las palabras prohibidas: Cuando celebremos…

Él palideció y corrió, alejándose. Ella se precipitó detrás, enlazándolo con sus brazos mientras él se desasía. Aterrado, la golpeó rudamente. Ella regresó al claro del bosque y se acuclilló frente al pan y las frutas. Murmurando extrañas palabras, nunca aparecidas en sus labios, rogó que volviera.

Él retornó a su hogar; sin que nadie advirtiera su rostro demudado, se secó el sudor con un extremo de la túnica y empuñó su lanza sostenida contra la pared. Su unió a sus hermanos que, delante de la choza, ultimaban los preparativos para cazar, afilando las cuchillas de las lanzas sobre la superficie de una roca negra y dura. Discutieron el rumbo como acostumbraban, sin forzar las opiniones, sin exaltarse, y él sugirió postergar las colinas, donde abundaban las piezas y las trampas habían sido colocadas el día anterior. Propuso en cambio la meta inmediata del claro del bosque, cerca de unas piedras donde había visto rondar un jabalí, presa fácil para el conjunto de lanzas afiladas. El jabalí, un animal joven, el lomo desgarrado, la pata herida, se trasladaba dificultosamente.

Los hermanos asintieron y él, incomprensiblemente, dejó de pronto su lanza, en su exacto lugar contra la pared, y recogió una trampa para las codornices del bosque, la apretó contra su pecho, como si quisiera herirse, y rompió la marcha. Un desconocido sentimiento doloroso lo invadía, y encabezando a sus hermanos, trataba de expulsarlo.

En el bosque, ella hacía gestos desatinados hacia el pan y las frutas. Con voz ronca murmuraba palabras sin sentido donde los hombres que se acercaban solo pudieron reconocer una queja semejante a la de un animal salvaje,

dueño de toda su fuerza pero herido de muerte. Las lanzas listas en la empuñadura de la mano, miraron atentos y sin curiosidad entre los árboles. Él apretó más la trampa para codornices contra su pecho hasta que se le incrustó en la carne. Súbitamente, cesó el movimiento descontrolado, la queja ronca. Ella torció la cabeza hacia el pan y las frutas, permaneció inmóvil un largo rato y una misteriosa esperanza o seguridad debió recibir de una pasión que también carecía de nombre, porque luego, alzando el torso, bailó con pasos de una gracia imprevista que apenas se posaban sobre la hierba, dibujando figuras asimétricas y rotas, mientras la voz, que comenzó con un susurro, se desataba en un cántico festivo.

Entonces, un estupor desagradable se apoderó de los hombres que miraban, recordaron su origen y comprendieron que ella no se les parecía y seguía siendo extranjera.

El hermano mayor miró apenas a los otros, al joven que inclinado sobre su trampa tensaba los resortes de cuero, ocultando el rostro, y sin necesidad de consultar, decidió el exterminio de la guerra. Levantó la lanza, la sostuvo horizontal un instante y disparó certeramente, inmovilizando el baile, el cántico y la incomodidad que creaban.

Después, buscaron al jabalí herido sin encontrarlo, tratando de localizar huellas de sangre o de maleza aplastada. Renunciaron con facilidad y no manifestaron extrañeza ni encono. Emprendieron camino hacia las colinas para cobrar el botín de las trampas puestas el día anterior en aquellos lugares donde ya el bosque raleaba y, hacia el atardecer, regresaron a la aldea. Ella quedó en el claro, que guardaba aún su luz entre las sombras del bosque. El más joven dejó lista su trampa para codornices, que tardó mucho tiempo en preparar, como si sus dedos se hubieran vuelto

torpes, olvidando un trabajo aprendido en la infancia, y se unió a los otros, que se habían adelantado. Pero después de un trecho, retornó a la carrera y evitando cuidadosamente mirar el cuerpo, mancha roja y blanca sobre el pasto mojado, recogió el pan y las frutas. Mordió una naranja de zumo ácido que escupió lejos. No comió el pan, apretado en su mano.

En la aldea, la noticia fue recibida en silencio y nadie reveló asombro ni pesar. Se tendieron mesas y caballetes en la casa más grande y las mujeres dispusieron los cuencos y platos para la comida. Se saludaron con parsimonia, sin odio ni afecto. Llamaron a los músicos que acudieron como siempre, con sus gastados tambores de cuero apenas tirantes, sus zampoñas rudimentarias, y aunque, con los primeros pasos del baile, de figuras complicadas y simétricas, creían confirmar el viejo orden, ya lo habían quebrantado. Celebraban la muerte y alguien aprendía a sufrir.

Buscando la compañía del árbol

Era una mujer que había crecido sin derramar ninguna lágrima, no por austeridad o avaricia sino porque el llanto le había sido negado. Expresaba su dolor con un lamento que parecía surgir desde un abismo cavado en la ceniza, en la tristeza. Quienes la oían, incapaces de soportar ese lamento, hubieran accedido al crimen para que callara. Sentían corrupta la propia carne, cuyo olor percibían como se percibe en los muertos, y la odiaban, ganados por una desdicha que solo podía vencer el silencio.

Cuando era una criatura de meses, su madre la había mirado en la cuna con una perplejidad turbada, feliz no obstante de esa niña que se le antojó más tranquila que sus hermanos ya que jamás manifestaba con llantos sus fastidios o el hambre. Solía olvidarla, atareada desde el amanecer hasta el crepúsculo, porque a la atención de los niños se agregaban labores durante la siembra y la cosecha, ayudar en la matanza de los cerdos, moler el grano con las otras mujeres.

Una tarde durante la siega, tarde que se convertía rápidamente en noche bajo el cielo nublado, la madre permaneció en la casa porque había dado a luz en un parto difícil, con corrientes de sangre. Miró el sueño inquieto de la niña en el pequeño lecho adonde la habían trasladado, una piel de oveja cubriendo dos tablas unidas sobre el piso de tierra. Hubiera querido alzarla, pero ya tenía en brazos al nuevo niño, y aunque era una mujer fuerte se sentía

demasiado exhausta para interesarse por el sueño inquieto, provocado quizá por sed, dolor en el vientre o la extrañeza del lecho más duro. Se dormía casi, cuando oyó un sonido que la despertó y erizó sus cabellos. La niña gemía, los ojos cerrados. La vela oscilaba y el cuarto se llenaba de sombras. Apoyó al niño recién nacido en la cuna y se inclinó sobre ella, con el rostro ceniciento. Ningún niño podía gemir de esa manera salvo que la muerte le retorciera las entrañas. Y recordó que al nacer no había entrado al mundo con lágrimas sino con un lamento semejante, aullido ronco que les había hecho pensar que moriría. La niña abrió los ojos y ella, sin darse cuenta, le colocó la mano sobre la boca para que callara. El bebé despertó y comenzó a llorar con el sonido inarticulado de los recién nacidos. Pero los oídos de la madre estaban familiarizados con ese llanto. No con la queja de la niña. Apretó más fuerte su mano. Dijo algunas palabras de cariño que le sonaron extrañas, mirando hacia la cuna donde el bebé se ponía violáceo, llorando entrecortadamente. Sintió frío. Deseó que la niña llorara porque entonces, a pesar de su fatiga, ella podría rescatar un breve tiempo para brindarle consuelo entre sus brazos, enjugarle las lágrimas con caricias. Pero la niña tenía los ojos secos. Ya no se oía la queja, separó lentamente los dedos de su boca y la miró, acercando la vela. La niña la contemplaba con sus grandes ojos color de miel oscura y le pareció leer un primer gesto de incomprensión, una mirada más triste que la de los hombres cuando la sequía agostaba los campos y el hambre se enseñoreaba de la aldea. Más triste aún. Entonces, por qué no lloraba, se preguntó, áspera y resentida, volviendo hacia la cuna del recién nacido. Lo alzó en brazos, acariciándole la cabeza cubierta de un vellón de paja tierna, tranquilizándolo contra su pecho, y respiró, el aliento corto y estremecido, como si lo hubiera salvado de un peligro.

Empezó a considerarla con sospecha y guardó celosamente el secreto que había descubierto aquella noche. No podía abrazarla como a sus otros hijos, ni la niña se arrojaba a sus brazos como ellos, que sin cesar reclamaban esa cuota de amor que la madre poseía pero solo concedía escasamente en gestos espontáneos por razones de pura extenuación. La niña hablaba poco y pasaba inadvertida entre sus seis hermanos robustos y turbulentos. Se aplicaba en las tareas de la granja; era la primera en levantarse, trabajando desde el amanecer; aun en pleno invierno cruzaba el patio barroso o con nieve, ordeñaba las cabras, les daba pienso y de beber a los animales del establo, adelantándose a las tareas como si con esa diligencia voluntariosa quisiera hacerse perdonar alguna falta. Falta que ya no era secreto. La primera vez que se golpeó siendo pequeña al tropezar y caer sobre el borde filoso de una azada, abandonada descuidadamente por uno de sus hermanos en el piso de tierra, cerró los dientes ante el frío cortante, tanteando con una mano temblorosa la herida y la sangre. El padre la acercó a su rostro, depositándola de pie sobre un extremo de la mesa, mientras los hermanos miraban la sangre y esperaban el llanto. La madre los apartó hacia el rincón más alejado de la cocina, sumido casi en la oscuridad. Por primera vez desde aquella ocasión en la cuna de tablas, brotó de sus labios esa queja incómoda que recordaba cosas de una materia corrompida, que las traía presentes y angustiaba con una tristeza enferma, como la visión de un cadáver sacado de su tumba, una flor todavía no marchita en la rigidez de la mano. Cuidadosamente, el padre le limpió la herida con agua, la protegió con hojas verdes. Una arruga apareció en su frente, se profundizó en una marca rencorosa y severa. La madre hablaba a sus hermanos con una animación fingida, alzaba la voz y los apretaba enlazándolos por los hombros,

llamándolos al amparo de sus rodillas. Ellos, que alborotaban siempre, permanecían inmóviles y callaban, asustados. Los más pequeños comenzaron a llorar. El padre la sacudió, el rostro sombrío. Basta, ordenó. Y ella hubiera querido decirle, en su media lengua, que ese era su llanto, que de algún modo aceptara su llanto y la consolara.

Lo pidió con sus ojos de miel oscura, secos, y el padre la abofeteó para que callara. Y ella calló.

A medida que crecía fue sintiendo de manera evidente el rechazo y el resentimiento de los otros. Entonces se acostumbró a engañar; disimulando su dolor, aprendió a guardarlo dentro de una caja cerrada que era ella misma; como a un animal invisible, le suplicaba paciencia hasta que pudiera soltarlo en soledad. Sonreía si se golpeaba mientras su madre y sus hermanos la observaban recelosos, casi con miedo, y todos pensaban: ahora comenzará a gemir; se paralizaban, la respiración suspendida, prontos a huir en tropel para no escuchar esa queja que les hablaba de lo innombrable.

Por lo general, ella se dominaba, pero era una niña y a veces algún dolor resultaba demasiado intenso y surgía la queja, que atravesaba las paredes, trastornando a los vecinos. Cundían los rezongos y los hombres maltrataban a sus hijos y mujeres. Se agriaba la leche en las vasijas y los animales, helados bajo la piel sudorosa, coceaban enloquecidos contra las maderas del establo. Después se instauraba un silencio afligido, como ante la irrupción de una fatalidad injusta, y todos mostraban rostros rencorosos y hasta malévolos. La madre empezó a golpearla para que callara. No quería hacerlo, pero el lamento insoportable le movía la mano, incluso el puño. Si sentía amor, el odio por ese lamento lo borraba.

Ella, mientras crecía, aprendió con mayor astucia a disimular. Amordazaba su dolor, aunque pegara duramente

reclamando su derecho. Entonces, salía de la casa, una frágil figura con un vestido largo hasta los pies, de lana rústica color violeta, y la madre la llamaba en un murmullo que no se oía. La veían alejarse con una sensación de alivio. Y cuando la figura se perdía a la distancia retomaban sus tareas y sin confesarlo deseaban que ella no volviera. Ella caminaba hasta que sus piernas no la sostenían y la planta de sus pies ardía en sus toscas sandalias. Poco a poco se esfumaba la visión de la aldea, y campos sin sembrar se extendían estériles y salvajes, con rocas y espinos, en una vastedad que ya no marcaba senda alguna. Buscaba sin saber qué, y aunque gemía en medio del campo, erguida y sola, le parecía que su queja era más desesperada en ese paisaje sin apoyo.

Un día que había sido particularmente desdichado porque los hermanos, en un juego excitante de miedo y poder, solían provocar deliberadamente su dolor sabiendo que podían enmudecerlo a golpes hasta la quietud del desmayo, ella se internó más en el paisaje de espinos y de rocas. Con una sorpresa llena de gratitud descubrió un árbol de tronco grueso y hojas verdes que se alzaba solitario entre las piedras. Corrió hacia él, apoyó la mejilla en el tronco. Y a partir de ese día, cada vez que una aflicción la asaltaba, buscaba el árbol y bajo lo que creía era su amparo, lanzaba su lamento. Pero el árbol mismo, con sus hojas verdes, se marchitaba ante el sonido hendiendo la luz del mediodía o la tarde. Cuando lo volvía a encontrar, el árbol había recuperado parte de su verdor, pero manchándose de ocre, se agostaba poco a poco, lentamente. Ella se oía gemir, como si la queja perteneciera a otra persona y fuera la única capaz de escucharla, transida de horror por ese bronco sonido que salía de su garganta, no de su garganta, desde una herida que la atravesaba verticalmente, donde la disolución de su cuerpo, la eternidad sin sentido, la finitud

hablaban. Hablaban desde el dolor concreto, una caricia de su padre destinada siempre a sus hermanos, la mudez de la madre, los chicos de la aldea que la rehuían. Vanamente, esperaba el llanto, esa gracia. Como una roca partida en dos, algo se partía en su pecho, atendía, y apenas una lágrima, pequeña y única, se deslizaba en su rostro, anunciando que no habría otras para ese dolor insoportable, no por lo vivido sino por la imposibilidad de llorar. Acercaba la yema del dedo a su mejilla, pero registraba tan solo una humedad imperceptible; no podía recoger la lágrima pequeña y única para llevarla como prenda de reconciliación a los que amaba.

Se convirtió en una mujer alta y hermosa, que se movía con diligencia, siempre dispuesta a emprender los trabajos más ingratos. Había ocasiones en que miraba la limpidez del cielo y se sentía feliz. Los muchachos la observaban con deseo, hubieran querido seguirla cuando se alejaba por el camino, pero temían su queja singular, de la que se hablaba subrepticiamente y a disgusto. Temían apartarse con ella aun en los lugares más cercanos y aunque era hermosa experimentaban desconfianza ante esos ojos color de miel oscura. Y esto agregó otra aflicción para ella, y con mayor frecuencia se alejaba ahora hacia los campos estériles, hacia el árbol definitivamente marchito y allí permanecía hasta vaciarse de llanto seco, de lamento terrible.

Una tarde de invierno descubrió a un niño que la miraba desde un túmulo de piedras. Era una criatura andrajosa y descalza, la piel marcada por un entrecruzamiento de cicatrices. Ella calló en seguida, y su dolor la arañó rebelándose ante esa interrupción brusca, semejante a un animal que no quiere ser sujeto. Corrió por el terreno pedregoso que aún guardaba restos del hielo de la noche. Y el niño la siguió, abalanzándose con un gesto dislocado. Cuando después de un trecho volvió la cabeza para

reconocer su soledad, comprobó que el niño estaba ahí, esbozaba un ademán defensivo, los brazos adelantados a la altura del rostro. Le indicó que se apartara. El lamento tensaba sus cuerdas vocales, pugnaba por escapar. Fuera del árbol, no había sino una inmensidad de piedras y de zarzas. Miró el árbol que, aunque marchito, aún le ofrecía la protección y compañía del tronco, y retornó sobre sus pasos. Tanteó la corteza que se descascaraba bajo sus dedos. Se había enamorado de un hombre que la rehuía como los demás, y la asaltaba un sentimiento de pérdida no parecido a ningún otro. Pero la presencia de esa criatura andrajosa, descalza sobre los restos de hielo, la contenía. El niño se acuclilló a la distancia; absorto, la miraba fijamente, y ella pensó que estaba mal alimentado y que debía de tener frío. Cuando no pudo más con su dolor y se le escapó un corto lamento, creyó que él se pondría en pie de un salto y correría huyendo con su pierna quebrada. Hundió la cabeza en sus rodillas, apretó los dientes, mientras la queja luchaba por abrirse camino hacia su boca. Y por fin, irrumpió incontenible. Los pastos y arbustos a su alrededor se torcieron, tornándose grises como bajo una lluvia de ceniza. A sus espaldas, con un crepitar de madera reseca, el tronco se rajó en dos, desplomándose. En esa soledad, con la pérdida del árbol, la queja oscurecía el cielo del atardecer, no tenía límites. Sintió una mano junto a su mejilla, áspera y tierna al mismo tiempo, tímida en su recorrido. Le llegó un olor solidario de miseria. Buscando su rostro, tocando su boca, el niño le preguntaba por qué gemía, mientras la queja que nadie podía oír, premonitoria de corrupción y muerte, se hacía simple río de llanto, tolerable.

Para desechar melancolías

Cuando el viento comenzaba a traer ráfagas cortantes que anunciaban el invierno, los hombres desarmaban las tiendas cónicas tensadas sobre soportes de madera, las doblaban con un arte milenario y las acomodaban en los carros, junto a los pocos enseres. Partían hacia el sur, donde el largo trayecto los acercaría a la primavera y el verano.

Eran seres de costumbres austeras, frugales y callados. El paisaje que nunca les pertenecía totalmente, abierto a la línea del horizonte y a los vientos, los llevaba a una melancolía tenaz. A veces la melancolía los abandonaba fugazmente y eran capaces de sonreír, bailando danzas de hombres alrededor del fuego.

Cuando nació, Julia lloró sin parar los tres primeros días y no aceptó alimento. Sus padres la observaban con ojos resignados, mientras los vecinos daban consejos de un modo benévolo y distante. Después, al cuarto día —su padre alisaba ya un rectángulo de cuero para depositar el cuerpo bajo la tierra—, la niña se prendió al pezón de su madre, chupó golosamente hasta que se enrojecieron sus mejillas, y al concluir una sonrisa iluminó su rostro.

Acostada en su cuna, comenzó a mirarse las manos que giraba hacia un lado y otro, alzadas en el aire. Siguió con su sonrisa y creció con ella, entre accesos de llanto que los otros niños no tenían. Sus padres confiaban en que, con el tiempo, ni enojo ni sonrisas la diferenciaran, que junto a los restantes niños, juiciosos y tristes, jugara en las rondas

nunca acompañadas por el canto. Pero ella lo hizo solo en una ocasión, y le pareció que la ronda era una tarea aburrida, tan aburrida como sentarse entre las mujeres, una aguja en la mano, para aprender a coser. Esa vez, riendo, empujó a los niños, terminó por golpearlos, súbitamente irritada; ellos la toleraron sumisos, sin defenderse, sin llorar por los moretones que se les marcaban bajo la piel, y ella los despreció. Se alejó saltando sobre una pierna, sobre la otra, murmurando palabras incomprensibles que trataban de tener una modulación, un ritmo. No conseguía mucho, pero no lo demostraría ante los niños que la miraban sin interrumpir los pasos regulares de la ronda. Buscó la compañía de los adultos; pretendió acompañar a los hombres más allá de los límites cuando salían de caza, y su padre, al advertirlo, volvió un día sobre sus pasos, se acuclilló a su altura y la miró grave y fijamente en los ojos, un poco semejante a los niños, sin quejarse, sin reprochar. Y cuando él se levantó, siempre en silencio, y se incorporó a sus compañeros, la niña ya no lo siguió.

Se inventó juegos solitarios, construyó pirámides con piedras, dibujó rostros escarbados en el polvo con una rama en punta, paisajes con montañitas de tierra y canales que llenaba de agua. Pronto descubrió que podía amasar el barro, moldeando figuras que imitaban torpemente personas y animales, y que se rompían al secarse. Más tarde, con un cuchillo que su madre le prohibía usar, labró a escondidas la madera blanda. Pero lo que más le gustaba era el barro. Y cuando al día siguiente, las figuras sin cocer aparecían despenadas y rotas, sufría accesos de llanto furioso. Lloraba más que los otros niños, pero era menos melancólica.

En la pubertad, según las costumbres, la casaron. Él, que se llamaba Joaquín, era apenas mayor, un muchacho de cuerpo enjuto, rostro alargado, cabellos crecidos terminados en una trenza que caía sobre su espalda, y Julia lo encontró

muy hermoso. Cuando supo que le estaba destinado como marido, se empeñó durante días tallando un pájaro de madera que le entregó la noche de las bodas. Él agradeció con un gesto dubitativo, como si ignorara la finalidad, y ella observó que se sentía incómodo; pronto lo abandonó sobre el arcón, mezclado con los jarros, los cuencos, el capote de lana de oveja que había usado en la boda. Pensó que él lo desestimaba porque no tenía plumas ni color de pájaro. Solo había curvadas incisiones como plumas y en lugar de negro azabache, pecho gris y pico ocre, imperaba el monótono color blanquecino de la madera. Joaquín la tocó dulcemente la noche de las bodas, y después, Julia se apartó en silencio mientras él dormía, recogió la pequeña figura desechada y la colocó entre los dos, cuerpo contra cuerpo. Pero a la mañana siguiente la buscó en vano hasta que la descubrió arrojada descuidadamente fuera de la tienda, donde un perro la olía. Al ser sorprendido, el perro bajó la cabeza, con un rápido movimiento la aferró entre los dientes y huyó. Se detuvo lejos y comenzó a morderla, entre desconfiado y tranquilo, hasta transformarla en astillas.

Él se marchó a apacentar el ganado junto a los otros hombres, y Julia, en lugar de reunirse con las mujeres, cosiendo los cueros con agujas de madera, moliendo el grano o acarreando el agua, permaneció en la tienda. Y cuando Joaquín regresó al anochecer, el rostro oscuro, ella conoció que las mujeres habían hecho oír su queja, y él, de acuerdo a la costumbre, la castigó. Se sentó junto al fuego mientras Julia preparaba calladamente el caldo espeso de grasa, carnes y granos secos remojados. Había tallado durante el día, con precisión de detalles, otra pequeña figura —no era un pájaro sino un macho cabrío, con delicada cornamenta— y Joaquín la sostuvo un momento entre las manos, sin verla, no pensó siquiera que le estaba destinada y la dejó caer. Comió con los ojos fijos en el fuego. Después

hizo el amor con dulzura, mayor quizá para compensar el castigo.

Él se acuclillaba con los hombres fuera de las tiendas, manteniendo largas conversaciones sobre los animales y la caza, donde las palabras caían espaciadamente. Miraban el horizonte y sentían que todo había sido hecho desde el comienzo del mundo, que en términos inexorables decididos por la naturaleza, desarmarían las tiendas y buscarían el clima más benévolo. Pero esa benevolencia era medida y no les pertenecía. El viento frío o ardiente no dejaría de soplar, con una persistencia inmutable que los obligaba a los mismos gestos, y el polvo que levantaba no señalaba para ellos sino la derrota final. Esto los llenaba de melancolía y entonces se alzaban pesadamente, con un cansancio más allá del cuerpo, y retornaban a sus tiendas.

Ella hubiera preferido permanecer, adherirse al paisaje aunque se tornara inhóspito con el correr de los días, por más que el invierno fuera crudo y padecieran hambre. Sus ojos se empañaban cuando irrumpía el otoño y los hombres engrasaban las ruedas de los carros, las mujeres acondicionaban los enseres en una atmósfera serena, pero taciturna, que sumía su ánimo en el desasosiego. Perdió su alegría ante el rechazo indiferente, inadvertido, de sus pequeñas figuras talladas que reproducían siempre animales que veía a su alrededor, pájaros, cabras, cascarudos de lomo brillante como piedra pulida. Ya no copiaba hombres ni mujeres, viejos o niños, porque los seres humanos le hablaban menos. No quería imitar la veladura de los ojos, los labios que nunca proferían sonidos ligeros o risueños. Dejó de tallar la madera, y también de modelar el barro, y al principio experimentó alivio, atesoró una tristeza dulce, casi cómoda. Se sometió dócilmente, sumada a las otras mujeres, y cuando Joaquín regresaba de apacentar los animales o de una jornada de cacería, mostraba una sonrisa de

reconocimiento y ya no la castigaba. Pero la sonrisa se borraba en seguida porque era semejante a los otros, capaces de reír e incluso de bailar en cada luna llena sin dejar de lado por eso la avaricia de la melancolía; como los otros tenía conciencia de una repetición infinita y que lo más importante era fútil porque todo sería barrido por el viento.

Ella se ajó rápidamente, perdió la gracia de sus líneas como si en plena juventud la asaltara la vejez, se convirtió en una criatura más melancólica que el resto. Permanecía ociosa, a la entrada de su tienda, dejándose invadir por el polvo que ni siquiera se sacudía al levantarse, los ojos clavados en la línea del horizonte. Y él volvió a castigarla porque no colaboraba con las otras mujeres ni tenía su comida caliente al regresar cada noche.

Quedó encinta dos veces y en el tiempo de la gestación y el alumbramiento recuperó su vivacidad. La mantuvo hasta que los niños crecieron y pudieron valerse por sí mismos. Los vio integrarse a la ronda que nunca acompañaban con el canto. La niña alzó los ojos y le sonrió. Y Julia, ante esa sonrisa triste, corrió a abrazarla. Quiero jugar, dijo la niña, y Julia la dejó ir. Cuando la niña tomó su lugar en la ronda, una lenta y silenciosa marcha en círculo, como si en el centro se velara la vida, Julia volvió a instalarse en la entrada de su tienda, ociosa, y Joaquín, al regresar, la castigó nuevamente, con el rostro apesadumbrado y una indefinida vergüenza ante los otros.

Y así transcurrieron algunos inviernos y primaveras. En el décimo invierno que se acercaba después de las bodas, cuando ya el viento traía ráfagas cortantes, los hombres desarmaron las tiendas como siempre, doblando los cueros a lo largo de los soportes de madera, y las cargaron en los carros. Luego, cada familia acarreó sus escasos enseres, arcones y mantas, víveres para el viaje. Julia se acercó a la

niña, quien tenía entre las manos el macho cabrío que una mañana, sustituyendo a la madre en la limpieza, había encontrado en el fondo del arcón; lo miraba curiosamente y Julia pensó que lo arrojaría al suelo, pero la niña lo guardó en el bolsillo de su túnica y subió al carro. Desde allí la miró, como si tuviera un secreto que no quisiera compartir; después de un momento su mirada se ablandó, emitió una corta risa que sorprendió a su hermano, sentado atrás sobre las mantas, la expresión juiciosa y grave.

Todos subieron a los carros, salvo Julia. Y Joaquín lanzó un grito de llamada que no fue atendido. Entonces descendió y la castigó duramente. Pero ella logró desasirse y corrió, alejándose. Joaquín la persiguió un trecho mientras los carros uncidos a los bueyes iniciaban su lenta marcha hacia la primavera. Él la miró inmóvil, ya sin gritar. Era más veloz que ella y más fuerte, pero no la alcanzaría. Con una mano temblorosa, alisó la trenza sobre su espalda. Ella había dejado de correr, una figura remota inclinada en la dirección del viento. Él se demoró todavía un poco más, luego, sin comprender, el corazón cargado de aflicción, trepó al carro, tranquilizó a los niños y azuzó con la pértiga a los bueyes.

Cuando se asentó el polvo de la caravana y solo persistieron algunos remolinos del viento incesante, ella retornó sobre sus pasos; supo del amor de él porque en el círculo donde se había alzado la tienda encontró un cántaro con agua, grano cocido, trozos de carne seca y la manta que los abrigaba durante la noche. Comió sentada en el centro desnudo de lo que había sido su hogar, testigo de la noche de sus bodas, del nacimiento de sus hijos, de los golpes que la castigaban. Removió la ceniza todavía tibia del último fuego, recordó la última comida, ella sentada aparte, como extranjera. Sentía una gran congoja y sabía que iba a morir. Ablandó la tierra con agua del cántaro y la amasó entre sus dedos.

Mientras culminaba el mediodía y avanzaba la tarde, modeló un cuerpo de caballo, las patas afinadas sobre los cascos, la grupa fuerte. En esa inmensidad donde lo único vivo era el viento y sus manos moviéndose sucias de tierra, el caballo tomó forma y se hizo distinto; se agrandaron sus ojos y adquirieron un pálido color celeste; creció la cola hasta rozar el suelo; recto en mitad de la frente apareció un cuerno sobre la testuz. Mojó los dedos en el cántaro y marcó un delgado lazo alrededor del cuello y después, febrilmente, amasó una forma cónica y hueca de la que suspendió otra, sólida, del tamaño de un pequeño carozo. Pensó que cuando el animal trotara, el movimiento las acercaría hasta producir un sonido inédito, alegre y cristalino. Y le pareció que el caballo, o lo que fuere, sería invencible con su cuerno —y ella con él—; saltaría precipicios y detendría el viento; convocaría a damas de increíble belleza que le contarían historias nunca vistas ni oídas sobre la tierra.

Esperando, lo miró confiadamente en la palma de su mano, pero solo vislumbró el hambre que la acosaría, un esqueleto que era el suyo, lavado por las lluvias del invierno, encogido en el centro mismo de su palma, en el centro mismo del lugar donde había estado la tienda.

Depositó la estatuilla en el hueco de un hoyo y comió el grano cocido al atardecer, mirando cómo la línea del horizonte se borraba lentamente y todo hablaba de pérdidas y soledades. Recordó a su niña con el macho cabrío en el bolsillo, el secreto de su curiosidad, el imprevisto llanto que la había asaltado después de la risa. Asperjó la estatuilla del caballo, o lo que fuere, con agua del cántaro y se arrebujó en la manta que la protegía malamente del viento de la noche, el mundo silencioso. Dormitó sin esperanzas, sin deseos de despertar. Envejeció y murió. Pero cuando la luna se levantó redonda y nítida, cesó el viento, se asentó el polvo, humedecido, y las damas aparecieron; excitadas y rientes,

algunas tomadas de la mano, otras enlazadas por la cintura. Vestidas con trajes elegantes cuyos escotes dejaban ver el surco entre los senos, la despertaron murmurando su nombre, e inclinándose hacia ella susurraron historias en su oído mientras la bestia de barro comenzaba a trotar, por primera vez y para siempre, sobre la tierra florecida.

Y ella, sobre esta misma tierra, cabalgó.

La fuerza del deseo

Cuando comenzaba la primavera, partía. Dejaba mujer e hijos y se alejaba a grandes distancias en busca de animales cuyas pieles vendería en el almacén del pueblo más cercano. Así se abastecían y lograban sobrevivir durante las nevadas del invierno, tan intensas que toda actividad era imposible. Con los primeros fríos del otoño, emprendía el regreso.

Su mujer, que rengueaba de una pierna, lo veía partir con alivio. Era un hombre de carácter taciturno, violento, de lengua fácil para la injuria y mano no menos dispuesta para el golpe. En su ausencia, ella volvía a sentirse joven y los niños perdían el aire tímido y asustadizo, se movían con libertad, hablando a borbotones de tan ansiosos luego de la prolongada quietud impuesta por el padre. Ella hasta caminaba más erguida, atemperado el dolor de su cadera. Seis días después de casados, la primera vez que, desprevenida, había contestado a una injuria, un empellón la había hecho caer con tan mala suerte sobre la piedra del hogar que le fracturó el hueso. Sin una palabra o gesto de disculpa, él la había llevado al pueblo para que la atendieran, pero cuando regresó sus piernas ya no eran iguales, una quedó más corta y con un torcimiento acentuado que al caminar le desnivelaba los hombros.

En ese amanecer, lo despidieron como correspondía en la puerta de la cabaña. Él no la abrazó ni abrazó a los niños. Mientras montaba, ella se atrevió a acariciar la cabeza del

mayor de sus hijos, cuidando de no rozar la mejilla tumefacta —la noche anterior él le había plantado los cinco dedos brutalmente ante una orden no obedecida con presteza— y se dijo que ya no podía aguantar más, que los niños le reclamaban amparo. Los días del invierno, con ese hombre ocioso en la cabaña, eran días de penuria y castigo. Temían sus reacciones de las que no había modo de librarse. Si los niños, dos varones y una niña, estaban inmóviles, él los castigaba por estarlo; si se movían, sin diferencia acaecía lo mismo. Con ella sobraban pretextos porque ejecutaba necesariamente acciones concretas, la comida, el pan mal horneado, el fuego demasiado ardiente o demasiado débil.

Ella, mientras acariciaba la cabeza de su hijo, atesoró el deseo de que él no volviera. Y no sintió culpa aunque ese hombre pasaría en soledad largos meses y trabajaría duramente. No la sintió porque ese hombre los quería invisibles, y aun invisibles, los golpearía.

Deseó que la injusticia de su alma lo condujera a una locura sembrada de enemigos, o que no soportara la intemperie, temiera el cielo, se alucinara con todo lo que le era odioso: visiones de sus hijos a los que ya no intimidaba, conversaciones amables, risas, felicidades que ya no podría prohibir.

Deseó que un animal lo despedazara en el monte o trepando la montaña un deslizamiento de piedras provocara su fin en el fondo de un barranco.

Deseó que su irascibilidad lo perdiera y se trabara en lucha con un desconocido que sabría defenderse con un tajo irremediable.

Deseó, aun con mayor intensidad, que él, tocándose como acostumbraba la ancha cicatriz que le cruzaba el rostro, terminado el verano en el monte, decidiera partir con el acopio de pieles hacia una ciudad distante pródiga en

seducciones, pródiga en mujeres que le trastornaran el camino del regreso.

Y si alguna vez quisiera volver, no habría huellas, memoria, emprendería indefectiblemente la ruta equivocada que lo llevaría a otras ciudades, a otras regiones, lejos, siempre más lejos.

Ella, al principio, en vano esperaría su retorno, cada día con menor temor y mayor esperanza, hasta que finalmente alguien le traería noticias, muerte o extravío, y ella comenzaría a vivir. Se marcharía al pueblo donde la gente se le antojaba hospitalaria. Podría reír junto a los niños, salvados de vejaciones y de golpes. Y lo deseaba tanto que el corazón se le rompía. Pero sabía que era inútil desear, salvo que el deseo convocara fuerzas que no estaban a su alcance.

Él partió al amanecer montado en su caballo, sosteniendo las riendas de su recua de mulas con los bagajes y los víveres. Cruzó una extensión desértica y al quinto día pudo internarse en el monte atravesado de cuestas que ascendían hacia las montañas. Desmontó al anochecer, en un claro, preparó su campamento, comió y se acostó junto al fuego que siempre encendía bien apartado de los árboles. Durmió rendido. Cuando la luz lo despertó, había huellas en la maleza aplastada y un hoyo más profundo marcaba el peso de un cuerpo que se hubiera asentado allí durante la noche. Se extrañó porque si por azar encontraba a otro cazador solitario, compartían fuego y comida, conversaban lacónica pero prolongadamente, para compensar las largas horas de soledad que los esperaban, y luego, al amanecer, partían cada uno hacia rumbos distintos. Él, que era de carácter tan huraño, accedía a estos encuentros e incluso los disfrutaba

porque el contacto circunstancial se producía, de cierta manera, entre iguales.

Inclinado sobre los rastros, los siguió reparando que una huella se hundía con más fuerza que la otra, como si provinieran de un andar desparejo, se hacían confusas en un tramo, visibles en otro; desaparecieron bruscamente. Insistió un trecho más y abandonó en el punto donde el monte terminaba en declive. Abajo corría un río cargado y tumultuoso en un cauce muy estrecho, desbordado por las nieves que la primavera derretía. Le pareció entrever, en el aire quieto de la orilla opuesta, un movimiento acompañado de un silbido. Pero el silbido podía ser el de un pájaro. Se encogió de hombros y regresó al campamento. Durante todo el día tuvo la sensación de unos ojos extraños que lo observaban y de que el menor gesto suyo sufría un escrutinio constante. Sin embargo, bastaba que se detuviera, irguiéndose con los ojos clavados en la espesura, para dudar, como si padeciera una ilusión.

Las noches eran frías y se durmió junto al fuego que poco a poco se fue transformando en un rescoldo de brasas. Soñó que había llegado el otoño y que regresaba a su hogar, provisto de un botín espléndido que provocaba el alborozo de su mujer y sus hijos. Lo abrazaban en un clima de fiesta. Con asombro se veía reír en su sueño. Sabía —también en su sueño— que jamás le había alzado la mano a su mujer ni a sus hijos. Sabía que no le temían. Una voz amorosa lo llamaba. Pero él no deseaba ese soñar ni ser el hombre que en el sueño aparecía.

Se despertó en medio de la noche porque el calor abrasaba, el viento había propagado el fuego hacia los árboles. Intentó apartar su caballo y las mulas que tironeaban enloquecidas de sus cabestros, pero las llamas lo cercaban. Providencialmente comenzó a llover muy fuerte y se apagó el fuego. Solo quedaron pequeñas humaredas que

despedían un olor acre. Levantó el campamento, arrojando una manta ya inservible, sacudió una cazuela calcinada. Amanecía y cuando cesó la lluvia aparejó los animales. Su caballo seguía asustado y lo golpeó con el puño para que se tranquilizara, y bajo los golpes el animal se encabritó, mirándolo del ojo izquierdo con una mirada vidriosa, pero se cansó antes que él, que cuando golpeaba era infatigable.

Montó, masticando una galleta dura, y reemprendió su camino. Se detuvo en medio de una cuesta porque sus oídos le habían traído sonidos de cascos, de maleza aplastada. Permaneció inmóvil, con el torso vuelto hacia atrás. Alguien lo seguía, y esta vez no dudó. Sin embargo, no descubrió a nadie, y azuzó su caballo y las mulas sintiendo una furia creciente ante ese sonido de maleza aplastada, el ruido más seco de cascos en las zonas rocosas.

Cazó una liebre y la asó al atardecer, aprovechando los últimos restos de luz. Cuando buscó su pequeña bolsa de sal no la encontró. Y pensó cómo podía haberse caído desde el fondo de su alforja. Pero después lo adjudicó a una negligencia de su mujer y se prometió hacérsela pagar a su regreso.

Comió y reservó una parte para el día siguiente, que amaneció frío y soleado. Descubrió huellas de zorro y marchó en dirección opuesta al viento, sosteniendo su fusil preparado para disparar. Prefería las trampas que no lastimaban la piel, pero una impaciencia nerviosa lo dominaba. De un solo tiro, cobró una pieza de hermoso pelaje gris, y esto, a pesar de que no estaba intacta, le aligeró el ánimo por primera vez en varios días. Despellejó el animal y del lado interno puso la piel a secar sobre estacas. Cuando concluyó, creyó oír unas risas, unos plácemes un poco burlones de voces ligeras, como de niños o mujeres. Apuntó hacia el monte y disparó. En el estruendo, voces y

risas cesaron, y aunque sabía que lo había imaginado, se alegró de matar tan fácilmente aquello que imaginaba.

Subió al monte hacia la tarde, cuando ya había dispuesto sus trampas, y desde la cima descubrió, visible en la distancia, a un cazador solitario que contorneaba la cuesta llevando a sus dos mulas del cabestro. Era un hombre viejo, de talla corta y robusta, que aún no lo había visto, caminaba con la cabeza baja atento a las dificultades del camino.

Él hizo bocina con las manos y gritó mientras descendía rápidamente la cuesta, sin explicarse su propia ansiedad de compañía. El viejo agitó el brazo y varió ligeramente el rumbo hacia su encuentro. Cuando estuvo cerca, se quitó el sombrero en un saludo y desnudó la frente blanca no tocada por el sol. Tenía el rostro arrugado, la barba gris, las manos muy curtidas y todavía poderosas. Él encendió el fuego y lo invitó a compartir su comida. El viejo se sentó con las piernas cruzadas, comió agradecidamente y se quejó de que los animales se replegaran cada vez más en la espesura. Después rió. —O me parece —dijo—. Estoy viejo—. Se escarbó los dientes con la uña y habló de su hijo que lo esperaba más al norte donde cazarían juntos. Y al mencionar a su hijo, sus ojos brillaron, vivaces. Se encontraban siempre, cada año, tanto para cazar como para disfrutar de la mutua compañía. En esta ocasión se había retrasado dos días porque una de sus mulas rengueaba y él no tenía ánimos para privarla del descanso. —Soy un hombre pacífico — dijo, y contó que una vez, en una riña en la que se había visto involucrado por azar, cuatro leñadores se ensañaron con él, y como prueba mostró la costura de una oreja arrancada. —Cuatro contra un viejo— comentó sin aparente acritud. Sonrió guiñando los ojos, su hijo nunca olvidaba un ultraje. Con el tiempo, sin que él lo reclamara, había buscado a los leñadores, uno por uno, y les había hecho pagar caro el atropello. —La oreja— rió. Su hijo podía ser

vengativo, duramente vengativo, subrayó el viejo recordando con orgulloso placer.

Él bebió un sorbo de su café que, de pronto, le supo desagradable, arrojó el resto a la tierra y se incorporó de su posición en cuclillas. Mientras limpiaba los jarros y los platos de la comida, pensó que esos dos, tan unidos, podrían tramar una mala jugada en su contra, robarle las mulas o más tarde las pieles. Miró al viejo con desconfianza, tenía una expresión inocente pero él no creía en las inocencias. El viejo se durmió en medio de una frase, sentado, y dormido se deslizó sobre el flanco, el sombrero cubriéndole los ojos. A tientas, tendió la mano y se abrigó con su manta. Él echó otros leños a la hoguera y se acostó también; el fusil al alcance de la mano. A pesar de sus recelos se alegró oscuramente de la respiración ronca y regular que lo acompañaba. En su sueño liviano, escuchó que alguien lo llamaba, repetidas voces de mujeres y niños, que vivían una felicidad que él sintió claramente maligna. Se despertó y atendió los ruidos familiares de los animales nocturnos en el monte. Le pareció que el fuego se había desplazado de lugar. Percibió el crujido de ramas secas quebradas bajo unos pasos. El viejo dormía y se inclinó sobre él. —¿Oye?— preguntó. El viejo tardó en despertarse; se apoyó en un codo, se sentó bostezando. Lo miró sin interés, echándose el sombrero hacia atrás, y escupió después un fuerte salivazo sobre el fuego. —Buena puntería— confirmó. Él repitió su pregunta, escrutándole el rostro para desentrañar una intención aviesa. El viejo dijo animosamente: —Hay caza— y estiró su manta gris sobre el cuerpo. Se durmió en seguida. Él permaneció recostado en un árbol, el fusil entre los brazos. Bastaba que cerrara los ojos un segundo para oír de nuevo las voces, el crujido de la maleza aplastada. Revisó los matorrales cercanos, controló su caballo atado con una larga soga a un tocón en el suelo, rozó el pelaje hirsuto de

las mulas que descansaban tranquilamente. Pensó en su mujer durmiendo en paz en su cabaña y le hubiera gustado tenerla a mano para descargar su impotencia. Con rencor, se dijo que ella no lo amaba.

El viejo no se explicó su rostro hosco al amanecer, sus pocas frases cortantes. Rehusó el ofrecimiento malhumorado de desayuno, tan malhumorado que resultaba ofensivo, y se despidió guiando a las mulas de las riendas. Él armó y colocó algunas trampas en el monte.

Cuando regresó, observó que sus provisiones habían disminuido. Su bolsa de galletas, desgarrada y vacía, colgaba de un arbusto. La piel de zorro estaqueada a la sombra ya no estaba. Se llenó de furia y tomó su fusil. Alcanzó al viejo que caminaba muy lentamente. El viejo alzó los ojos con una mirada interrogativa y no tuvo tiempo de asustarse. Un tiro certero se le incrustó entre las cejas. Cayó hacia atrás y las mulas emprendieron un trote rápido, sobresaltadas por la detonación, y se detuvieron más lejos, buscando pastos. Él corrió hacia ellas, febrilmente las despojó de sus aperos, arrojándolos a tierra, abrió un carcomido cuero de oveja y encontró solo algunas ropas, unas mínimas provisiones. Sin darse cuenta de lo que hacía, volcó el agua de la cantimplora, mirando fijamente cómo la tierra la absorbía.

Regresó al campamento y se dejó caer sobre una piedra, apoyando el rostro en las rodillas. No supo cuánto tiempo estuvo así, inerte. Cuando se incorporó, marcadas en las cenizas del fuego apagado, había huellas de alguien que rengueaba visiblemente, una huella profunda y otra casi imperceptible. Durante el resto del día se mantuvo alerta, limpió y aceitó su fusil. No volvió a oír el crujido de ramas quebradas y a la noche, vencido por el cansancio, se durmió apenas apoyó la cabeza sobre la manta. Hacia el amanecer, cuando ya su sueño era ligero, una risa lo despertó de golpe,

el murmullo de una voz. Y lo que le resultaba insoportable no era tanto el sonido de la risa o la voz sino la maliciosa felicidad que trasuntaban.

Con manos temblorosas se tocó la barba crecida, salvo en la marca de la cicatriz que le atravesaba el rostro en diagonal.

Ese día descendió la cuesta hacia el río. Era un buen nadador y no temía los saltos entre las rocas. Pensó que el agua lo despejaría. Se zambulló con un estremecimiento ante el primer contacto con el agua helada y nadó hasta perder el aliento. Flotó luego sosteniéndose con una mano del tronco de un árbol seco que emergía entre las rocas para que no lo arrastrara la corriente. Oyó el rebuzno asustado de una de sus mulas. Con fuertes brazadas, nadó hacia la orilla. Salió del río y corrió desnudo, lastimándose los pies en las rocas y espinos de los matorrales. La mula se alejaba cuesta arriba, a buen paso como si alguien la aguijoneara o bien la obligara a avanzar tironeando del cabestro. La llamó inútilmente, la mula volteó apenas la cabeza y aceleró el trote. Él recurrió a su caballo, montó en pelo y cuando ya estaba cerca, un recodo la ocultó y no pudo encontrarla. Ni su vista le delató huellas ni su olfato le trajo el olor, como si la tierra se hubiera abierto y cerrado sobre ella. Había un extraño silencio, donde no oía los silbidos y cantos de los pájaros, ni tampoco el murmullo de las hojas agitadas por el viento ni el de la vida en el monte. A orillas del río desmontó y recogió sus ropas. Se vistió con movimientos fatigados y regresó al campamento. Sintió frío a pesar del sol.

Transcurrieron dos días sin otras novedades que la persistente sensación de que alguien lo acechaba. Al tercer día entrevió hacia el sur un jinete asomado en lo alto de una cuesta. Permanecía inmóvil, montado en un caballo que como el suyo parecía ser de gran alzada y de pelaje ocre. Luego volvió grupas descendiendo por la ladera opuesta y

desapareció de su vista. La distancia era excesiva para perseguirlo y por otra parte no estaba seguro de que fuera ese jinete quien lo acechara. Si hubiera estado a tiro de fusil, no habría considerado sus propias dudas, pero no lo atraía emprender una persecución incierta. Se sentía desganado e inquieto, mortificado por una furia impotente. En el itinerario de las trampas no cobró piezas, aunque su instinto de cazador y su experiencia de otros años le decían que era una región donde los animales abundaban. Sin embargo, al terminar el recorrido, estimó que la última de las trampas lo resarcía, y sonrió rencoroso acariciándose la cicatriz que le cruzaba el rostro en diagonal. Un perro salvaje gemía en ella, aprisionado de una pata. Al intentar liberarse se había ocasionado un corte profundo. Advirtió su presencia y agitándose con desesperación, el perro desgarró más su herida y sangró profusamente. No lo soltó ni tampoco quiso rematarlo. Lo dejó en la trampa, para que muriera de su herida o de hambre y sed. En algún momento, cuando regresara por el mismo camino, recogería la trampa que solo guardaría un mínimo despojo.

Aparejó las mulas, cabalgó un trecho a través del monte, subió y bajó una cuesta y preparó el campamento en otro sitio. Colocó nuevas trampas. Amenazaba lluvia y armó su tienda, que raramente usaba. Cuando terminó de clavar las últimas estacas y cavó los canales por donde debía fluir el agua, se desencadenó la tormenta. Llovió un día entero y obligado a permanecer en el espacio reducido de su tienda, oyó conversaciones en las que se mezclaban voces infantiles que ninguna orden hacía callar, y supo que esas conversaciones se desarrollaban al amparo de la lluvia en un lugar que era su cabaña. Apartó la lona que cubría la entrada de su tienda y salió a la lluvia. De pie, imprecó amenazante a los cuatro vientos, pero las voces no callaron. Apretó los puños como si estrangulara a alguien, y sabía que

estrangulaba a su mujer, que uno de sus niños gemía en una trampa y que nadie lo desafiaba. Y esto lo serenó, porque en un largo invierno todos querrían hacerse invisibles bajo sus golpes, y ni aun así se librarían.

Cuando al día siguiente cesó de llover, mientras iba de una trampa a otra, todas sin presa pero con el resorte saltado, tropezó con la mula que había huido días atrás. Tenía el vientre tenso e hinchado, a medias devorado por las ratas del monte y ensombrecido por nubes de moscas. Mientras la pateaba enardecido, olió el humo. Su campamento ardía. Alguien se vengaba. Corrió y perdió pie, deslizándose por las rocas. Una piedra en punta le salió al encuentro, lo golpeó en la sien. Se desvaneció. Cuando despertó, el sol estaba en el cenit y el sudor lo inundaba. Respirando con la boca abierta, se arrastró hacia el campamento, de donde emergía una delgada columna de humo. Todo estaba consumido, la tienda, los víveres. Las mulas se habían soltado y ya no las veía, él sabía cómo caminaban las mulas, lentas, obstinadas. Su caballo, que pacía a unos metros, levantó la cabeza, los grandes ojos distantes. Él se arrastró y tomó las riendas que colgaban hacia el suelo, pero estaba demasiado débil para montar. El caballo lo olió, sacudió el pescuezo y se alejó, pastando. De vez en cuando lo miraba con su ojo vidrioso. Se sentía sediento y cuando llevó la mano a la sien la retornó llena de sangre. Gimió con una extraña compasión hacia sí mismo y de pronto oyó ruido de maleza aplastada. Alzó los ojos opacos y descubrió la figura del depredador recortada de espaldas en la luz que descendía. Estaba sentado, sosteniendo un fusil, ya tan seguro que no pretendía ocultarse. Se incorporó dificultosamente sobre sus rodillas y a medias reptando se acercó. Había creído oír voces y risas de mujeres y niños, pura ilusión o bien ardid del hombre que imitaba voces que sabía podían desconcertarlo y provocar

su furia. Pero ahora le concedería ayuda, como el más duro está dispuesto a hacerlo cuando es evidente que sin ayuda el otro morirá. Sus fuerzas le fallaron y cayó de bruces.

El hombre sentado en la roca había percibido su presencia, giró el cuerpo lentamente.

Él, con un último esfuerzo, se volvió de espaldas al suelo, a la luz descendente del día. Abrió los ojos que ya se le velaban y le vio el rostro, la barba densa y descuidada, salvo en una blanca cicatriz que le atravesaba la mejilla en diagonal. Intentó mantener los ojos abiertos; la figura se le borroneaba en una especie de bruma. Con la mano inmóvil, creyó apartar la sangre de su sien; el dolor y el malestar habían cesado y tenía la segura presunción de que regresaría a su hogar. Sus hijos y su mujer le temerían, los ojos ensombrecidos por el miedo. Ya estaba montado en su caballo y partía.

De pronto se encontró en el suelo. Cuando la imagen del hombre sosteniendo su fusil se esfumó, llevándose la bruma que lo rodeaba y arrebatándole incluso toda luz, sus hijos jugaban a esconderse entre los árboles. Ágiles y despiertos, bajo un cielo pacífico y lunar, se deslizaban en la nieve, juntaban las hojas del otoño; su mujer, muy joven, salía de la cabaña al aire del verano y caminaba sin renguera.

El trastocamiento

Sabía que había sido invitado al campo de concentración de Auschwitz, como otros podían ser invitados a recorrer un país o a participar de una fiesta. Sabía lo que iba a ver, lo que iba a encontrar. Todo padecimiento ya estaba impreso en él desde antes. Así que fue, no tranquilo sino doblemente perturbado, porque el dolor no se asentaría sobre la carne intacta, sin recuerdo, sino sobre el mismo dolor, antiguo, padecido.

Pero cuando bajó del coche y avanzó por el camino bordeado de árboles hacia el edificio central, la sorpresa lo sumió en una especie de atontamiento. El paisaje no se correspondía: un camino bien cuidado, árboles que brillaban, con las hojas muy limpias y frescas, como después de una lluvia. Había sol, y él nunca había pensado en Auschwitz con sol, sino con nieve y barro, con las mujeres y hombres desnudos, temerosos y desvalidos bajo el cielo invernal. Había pensado en carnes ateridas y moradas, nunca en un sendero desierto, nunca en el sol.

A ambos costados del camino, la mirada se perdía por campos de pasto verde y tierno, como en paisajes ingleses. En vano se detuvo buscando la torre con los centinelas, los alambrados electrificados, los focos ciegos durante el día, implacables durante la noche. Escudriñó en vano, pero sin convencerse, quizá sus ojos habían perdido agudeza y no los veían, aunque estaban.

El hombre que le abrió la puerta vestía de civil. No era alto y rubio, de porte militar y cara de hierro, sino delgado y más bien bajo, con la mirada noble, vagamente entristecida.

«Lo esperaba», dijo. «Bienvenido».

Le estrechó la mano en un apretón justo y cordial; lo introdujo en una habitación luminosa. Él miró en seguida hacia uno de los rincones; había un caballito de madera apoyado en la pared, muy usado, con la pintura saltada cerca de los estribos y ojos vidriados, de intenso azul. El hombre siguió su mirada, aprobó ligeramente con la cabeza y esbozó una sonrisa de comprensión o excusa. «Los chicos», dijo. Le ofreció una silla, frente a su escritorio. Al sentarse, él la apartó un poco hacia la ventana. Pasaba gente por los campos, más allá del camino; parecían labradores y creyó escuchar un canto desparejo y feliz, pero no podía ser. Sabía que no podía ser porque ya había vivido esa experiencia en su carne o en sueños, y en cualquier momento lo que sabía se encajaría en el presente como una caja dentro de otra más grande. Escucharía insultos, gritos de dolor, y el interminable y amenazador aullido de los perros, acostumbrados al odio.

Estaba sentado rígidamente sobre su silla, sofocándose, el brazo derecho muy apretado contra el cuerpo, el brazo desnudo que estampaban con una tinta oscura que nada borraría jamás. La transpiración lo consumía. Y el otro se levantó y con un gesto gentil abrió de par en par la ventana. Lo miró sonriendo y se apantalló con la mano, como para señalarle que él también padecía el calor y se sofocaba igualmente. Suspiró, sin abandonar la sonrisa. Él no se atrevía a respirar, se reprimió en un ahogo porque sabía qué clase de aire era ese, no quería oler carne humana, cenizas, locura. Quería salvarse, por lo menos esta segunda vez.

Pero sus pulmones estallaban; de golpe abrió la boca y aspiró en una inhalación profunda como quien se suicida en

un océano. Y el aire era semejante al que había respirado en el camino, aire de pasto, de flores, estiércol.

El hombre sentado frente al escritorio empezó a conversar y era una conversación amable sobre el estado de los caminos, las cosechas, la música. «¿Le gusta la música, señor?, ese arte sospechoso», dijo con malicia.

Y él sonreía más de la cuenta, excesivamente, y asentía, con el alma en un hilo, traspasado de miedo. Apostaba en su interior: cuando el otro respirara otra vez, sonriera nuevamente o prolongara un silencio, la confusión cesaría. No solo cambiaría el decorado que lo rodeaba sino su propia calidad personal: de invitado pasaría a prisionero. Caerían sus ropas, sus cabellos, y se sumiría su carne en un ayuno de meses, y esperaba este acontecer pálido y convulso, aunque se forzaba a meditar sus respuestas.

Nada ocurrió. El otro se incorporó al cabo de una conversación interminable, y lo invitó a emprender una recorrida, no dijo campo, no dijo Auschwitz, dijo casa o establecimiento, y lo único cierto era que lo trataba con la convencional cortesía empleada con un visitante que nos molestará o nos acompañará por pocas horas. Se encaminó hacia la puerta y lo esperó, recostado en el marco. Él había querido seguirlo; se levantó y cayó otra vez sobre la silla y desesperadamente se conminaba a moverse porque sabía qué condena significaba el desfallecimiento.

El otro dijo, con una negligencia apenas encubierta por la cortesía, «¿Se siente mal? Mucho calor». Volvió a entrar en el cuarto y le alcanzó un vaso de agua. Esperó pacientemente a que se repusiera y entonces, con un tono de excusa preguntó: «¿Me permite?»; se desabotonó el saco y concluyó por colgarlo cuidadosamente de una percha, apantallándose, porque en realidad hacía mucho calor, pero no lo instó a que imitara su ejemplo, y esto pesó en él con la fuerza de una amenaza.

Recorrieron unos pasillos embaldosados, muy blancos y limpios, con puertas de trecho en trecho, un pequeño cuadro quebrando la blancura de la pared, un perchero antiguo, de madera, con la talla de dos ángeles sonrientes, las cabezas muy juntas, adosado inexplicablemente en el exterior de una puerta.

Tocó temblando, como si buscara un signo, las sonrisas inmutables, las cabezas rizadas, y el otro inquirió, con una satisfacción ingenua, «¿Le gusta?», y nombró un siglo, acarició a su vez la madera, casi con ternura, y él vio que los dedos eran sensibles, el tacto afinado de un hombre atento a la belleza.

Pero él sabía desde hacía mucho lo que ocultaba Auschwitz, no discernía con qué fin el engaño de las apariencias, lo que sabía no podía borrarse. Detrás de esas puertas habría un depósito inmenso, construido con maderas húmedas y podridas, los camastros superpuestos, bajos, más justos que ataúdes, de donde sobresaldrían las grandes cabezas rapadas sostenidas por el esqueleto y el tul traslúcido de la piel, solo vivos los ojos, redondos y móviles, como ojos de animales, la ansiedad o desesperación de vivir.

El corredor terminaba en un patio lleno de plantas que comunicaba con un corredor más amplio; lo atravesaron mientras hablaba el otro, en un discurrir afable, sobre las reparaciones efectuadas en la casa o establecimiento, y cómo se presentaba el clima este año y que el año anterior, 1942, había sido increíblemente benigno. Tampoco podían quejarse ahora, y dejó en suspenso, comenzada, la innecesaria precisión del año, y habló de un clima apenas más lluvioso, con lluvias benévolas, a media tarde, que despejaban la atmósfera y hacían brillar las hojas de los árboles como si estuvieran enceradas. Y estaban recorriendo un pasillo, bastante más angosto que los anteriores, pero igualmente pulcro, iluminado por bombitas protegidas o

adornadas con lámparas de vidrio y otras con pantallas de pergamino floreado, cuando ya no pudo aguantar más, no la incertidumbre, que nunca la había tenido, sino la desesperación de estar rodeado de dolor y no verlo. Se abalanzó hacia una puerta y la abrió de golpe. Un coro de risas lo sorprendió. Eran niños jugando en el suelo, niños muy pequeños en una habitación muy blanca. Con una exclamación de placer, uno se incorporó rápidamente, corrió hacia el hombre que lo acompañaba y se abrazó a sus piernas. Alternativamente, descubría la cara y la ocultaba creyendo esconderse, y cada vez gozaba más con el juego que debía serle familiar. Reía contento mostrando los cuatro dientes delanteros, uno de los cuales tenía roto.

El hombre le acarició la cabeza cubierta de pelo rubio y lacio, «Se quebró el diente contra una baldosa», explicó, y él advirtió que los niños, sin interrumpir sus juegos, le sonreían confiados, dulcemente, como a alguien querido.

Cruzaron un parque donde cada árbol era designado por su nombre en latín impreso en una tarjeta metálica; a pleno sol, un jardinero cortaba el césped y otro, más lejos, reunía en prolijos montoncitos las hojas mustias. El que cortaba el césped alzó la vista y los saludó con un gesto anticuado, quitándose el sombrero de paja amarillenta, alas anchas, una cinta de rojo subido adornando la copa. Él respondió con una sonrisa tiesa que se le crispaba en las comisuras. No puede ser, pensó, y buscó los carteles obscenos que predicaban la libertad, el orden, la alegría del trabajo. Solamente estaban las tarjetas escritas en latín, clavadas con un soporte en la tierra junto a los árboles y arbustos, nada en los macizos de flores.

Un sendero conducía a otro edificio, el techo de pizarra y grandes ventanales al exterior. A través de los ventanales observó un grupo de gente; oyó el murmullo de las

conversaciones desde la puerta, una risa regocijada le cortó el aliento como si hubiera escuchado un grito.

Su acompañante le ofreció una bebida y se alejó. «Solo por un instante», dijo.

Y él refrescó su garganta sedienta y sostuvo la forma del vaso sin que pudiera borrar la sensación de que veía lo imposible.

Alguien tocaba el piano. Se acercó lentamente. Siempre se rodeaban de músicos, amaban la música, ese arte sospechoso que solo los comprometía con algunos sentimientos, los de la belleza y no los del horror. Un hombre joven, de pelo negro, rostro de piel mate y nariz inconfundible, tocaba con entusiasmo y soltura, ajeno al murmullo de las conversaciones y las risas. Una muchacha de brillantes ojos oscuros y rasgos igualmente inconfundibles, se balanceaba con un movimiento ligero al compás de la música, los codos sobre el piano, y le sonreía. Los vio mirarse y comprendió que eran absolutamente felices. Vivían y ninguna amenaza acechaba por encima de sus cabezas. Él sabía reconocer una felicidad total, un estado sin miedos y sin estigmas, la paz de venturosas, intocables certidumbres para los días futuros.

Pero estaba en Auschwitz y el resto no tenía sentido.

«Venga», le dijo por fin su acompañante, que regresó hilvanando una disculpa. «Tanto esperó usted», murmuró, y lo guió a través de pasillos sin lámparas ni ángeles, hacia una puerta de aspecto muy sólido, herrumbrada por pedazos. «Hierro», comentó, descascarando una partícula con la uña. Mostró una sonrisa y le pidió silencio, llevándose el índice a los labios. Abrió la puerta y él cerró los ojos antes de entrar. Ahora sí, ahora sí, se dijo, y le parecía que ya ningún dolor podría macerarse sobre este, el de su conocimiento, el de haber vivido o soñado, todas las crueldades, todas las infamias, todas las muertes.

Y la habitación en la que entró era pequeña y blanca, y caminó como a tientas. También aquí buscó algún signo. Unas botas relucientes, un látigo, una caja de inyecciones sin esterilizar. Pero no había nada. El cuarto estaba vacío.

Se volvió hacia su acompañante. Sonreía con dulzura y lo miraba, casi con compasión o misericordia.

«¿Qué esperaba encontrar?», dijo en voz baja, amable, triste. Tendió la mano para apoyarla en su hombro.

«¿Qué esperaba?», dijo él y no pudo concluir. Gritó y saltó hacia la puerta. Abandonó la pieza y corrió por los blancos corredores, atravesó el parque extraviando los senderos, dio vueltas enloquecido bajo un sol clemente y mentiroso, sin que nadie quisiera detenerlo o hiciera un gesto de alarma mientras buscaba una salida que no estaba ya en ninguna parte, salvo en algún sueño que por milagro no conociera lo que llamamos realidad.

Sin espacio propicio para la verdad

Me llamo Ismael, como el marinero del *Pequod*. Si también soy marino no es porque ceda a la invocación y al peso de mi nombre, el que llevaba aquel Ismael que persiguió ballenas en el barco del capitán Ahab y sobrevivió al naufragio para contar su historia. Si entré como marinero de cubierta en el *Julia II*, pesquero de altura, fue por falta de trabajo en tierra. No amo el mar, cuyo humor es más cambiante que el humor de los humanos. O lo parece al menos para quienes no conocen el mecanismo de sus pasiones, solo lo intuyen por algunas nubes, la dirección de un viento apacible que comienza a desbocarse o la súbita irrupción de aguas oscuras.

El patrón del barco era un hombre silencioso, a quien nunca escuché que entablara conversación con nadie. Y no pretendo tanto. Alguna palabra o serie de palabras capaz de establecer un vínculo sin el sentimiento de una vaga opresión. Abría la boca únicamente para emitir órdenes que no se discutían, y en ocasiones consultar sobre el tiempo con voz seca y autoritaria que exigía al interrogado la misma opinión y en términos semejantes. Solo en una oportunidad le oí decir a uno de nosotros una frase entera que salía fuera de ese circuito, no para felicidad sino para desgracia: «¿Qué hace usted aquí?», increpó a un marinero que tropezó con él de manera casual pero que parecía buscada, y lo empujó con su puño. El marinero resbaló sobre la cubierta mojada, intentó asirse de la chaqueta del capitán con un gesto

desatinado, y esta vez el capitán lo rechazó con la palma muy abierta, y el otro cayó hacia atrás y se desnucó, casi sin sangre.

Empezamos a temerle, pero paradójicamente no por sus puños, cuya contundencia conocíamos, sino por la devastación de sus silencios, el daño tácito de su mirada. Nos miraba de manera errátil, recorriéndonos de la cabeza a los pies con cierta oscura misericordia, o desprecio, que a uno lo ponía incómodo; se deseaba escapar de su presencia, de esa misericordia, o desprecio, que no necesitábamos, que no merecíamos. Si alguien debía provocar misericordia era él, quien se hacía acreedor a su tributo humillante como todos los que se encierran en una obsesión. Buen tiempo, decía, siguiendo los nubarrones. Buen tiempo quieto, mientras el barco se agitaba bajo un cielo tan lúgubre y agrisado que pesaba sobre el mar como la tapa de un inmenso ataúd. En ocasiones ni siquiera decidía que levantáramos las redes. Atento, nos controlaba: limpiábamos el sollado, achicábamos la sentina, recogíamos la pesca y luego, en turnos interminables, la estibábamos cortada y salada en la bodega. Él parecía estar en todas partes; sin alterar el tono, daba pausadamente las órdenes frente a la tormenta en cierne como si se tratara de calma chicha. Y el barco podía zozobrar antes de que tomara una determinación, y no la tomaba, aunque lo deseáramos por más desacertada que fuera, como si todo, barco y elementos, dependiera de su capricho o voluntad. Y nadie se atrevía a urgirle, a decirle lo contrario.

La lluvia lo empapaba y él perdía la mirada en algún punto de la negrura donde se borraba el horizonte, y decía: buen tiempo. Todo quieto como en la tierra quieta.

Cuando el mar se embravecía y las olas montaban por encima de la cubierta y lo que abandonábamos momentáneamente para aferrarnos a cualquier cosa firme

que nos sostuviera, era barrido, devorado por el viento y el agua, el barco entero danzando como un bailarín loco sobre una cuerda floja, resultaba más difícil aceptarlo, mentirle.

—¡Buen tiempo! —decía él antes de dar las primeras órdenes, no con el propósito de capear el temporal precisamente: para señalar presentimientos infalibles de cardúmenes o imponer nuevas tareas que nada tenían que ver con el temporal y sí con su obsesión. Cada vez podía exigirnos más, puesto que el clima inalterable de bonanza perfeccionaba la rutina.

El oficial de turno saludaba llevando la mano a la visera y asentía:

—¡Buen tiempo!

—¡Todo quieto!

—¡Todo quieto! —le contestaba el oficial, casi sin pausa, con una voz tronante que contradictoriamente pretendía advertir y otorgaba acatamiento.

Él entonces movía la cabeza aprobando, y con más lentitud agregaba:

—Sí, todo quieto… —y no seguía. Traspasaba con su mirada insostenible, que se desviaba de pronto, cargada con un sentido incierto —misericordia o desprecio— que sin embargo percibíamos hostil y amenazadora.

En algún raro momento de coraje, alentado quizá por esa morosidad en la voz, el oficial se atrevía e insinuaba variar el rumbo. Lo proponía, doblado en dos por el viento, vacilando de súbito como quien acomete un desafío estéril.

Él se pasaba la mano enorme por las mejillas pálidas y decía:

—¿Para qué? Para nada. El mar está quieto.

Y las olas barrían la cubierta y el mar furioso y la oscuridad en pleno mediodía.

Yo quería desembarcar de ese barco donde hasta el pan sabía a salazón y resentimiento, dejar de navegar en ese

mar quieto que rugía y se encrespaba, bajo las órdenes de ese capitán que siempre estaba conforme con las brisas y los huracanes, con las tempestades y las bonanzas. Nos mentía como si fuéramos niños, ¿y por qué lo aceptábamos? Hombres crecidos, rudos, ¿por qué lo aceptábamos? No solo por el recuerdo del hombre desnucado casi sin sangre, no solo por sus puños, porque no hay puño que no pueda abrirse o cortarse, sino también por la convicción de que su idea era inamovible, de que el barco «juguete de las olas», «cáscara de nuez», encallado y roto, naufragado y hundido, seguiría navegando en un mar quieto. Y aparte de esto, cómo oponerse a sus órdenes perentorias, al absolutismo de su pasión, cómo y de dónde sacar fuerzas para enfrentar esa mirada segura, de tranquila, o despreciativa, misericordia, el mar quieto como la tierra quieta. No debíamos temer y, sin embargo, temíamos sin atrevernos a confesar el miedo. Ninguno de nosotros ignoraba que el océano era amigo inconstante, de humor nunca parejo, que podía concedernos alimento y placeres y también transformarse en asesino, que no podíamos descuidarnos y que toda simulación era demente.

No debíamos temer, nos decía esa mirada ciega en su misericordia, o desprecio, de otro contenido que no fuera la certidumbre del mar quieto como la tierra quieta. El barco no conocería apremios, solo la navegación serena. No debíamos temer, y sin embargo temíamos sin atrevernos a confesar el miedo, demasiado débiles para asumirlo ante ese hombre que jamás nos permitiría la verdad.

¿Se ahogaron todos? ¿Y cómo podría contarlo? Jamás tuve hombres más fieles. Pero había algo que me repugnaba profundamente en esa fidelidad. No les hablaba porque no necesitaba hacerlo. Los conocía bien, los haraganes y los

activos, los que usaban la cabeza y los que no la usaban. Desnudos ante mí al primer vistazo, a la primera confrontación con sus apetitos y aptitudes. No sabía nada de ellos, pero no me costaba imaginar lo que harían en tierra cuando desembarcaban, extranjeros en sus casas, en sus familias, y aun en los bares y prostíbulos. Extranjeros que aparentarían ser como todos los de la tierra, en vano, porque la tierra es ambigua en sus decisiones, semejante a sus criaturas, y permite sobrevivir. Por vocación o necedad, ellos habían elegido habitar otro universo, el inseguro de una cáscara de nuez sobre el océano.

Jamás hombres más fieles. Rugía el mar, el barco se encabritaba, se tenía la impresión de que las chapas, las maderas y los mástiles se desarmarían y nos iríamos todos al infierno, al infierno helado y silencioso del fondo, pero los hombres seguían actuando como en la calma chicha. Se presentaban, tironeados por el viento, sujetándose de la borda, los impermeables empapados, y sonreían verdosos a través del agua. Atendían pacientes mientras esperaban mis órdenes. Hombres crecidos, rudos, desvalidos como niños. ¿Cómo decirles que el mar no conocía otra ley que su propio deseo?

Los miraba dejando errar mi vista para no perturbarlos, escondía mis puños y apretaba los dientes mientras acechaba sus reacciones y respuestas. Hasta último momento aguardé a que sacaran del trabajo de sus entrañas la verdad. Tuve muchas veces la fantasía de que alguien se me opusiera y en lugar de un protector hiciera de mí el cómplice de un hermoso coraje.

—¡Todo quieto! —decía yo, y esperaba.

—¡Todo quieto! —me contestaban.

Y jamás pude dar las órdenes precisas. Las órdenes de la tempestad y de la cercanía de la muerte.

Jamás pude decir que el mar no estaba quieto como la tierra quieta, que era oscuro y terrible.

Se asustaban.

El Derecho

«La literatura no es otra cosa que una realidad dirigida».

J. L. Borges (homónimo)

1

Hacía años que no se ocupaba de política, así llamaba a las acciones de los otros. Por un convencimiento gradual se había dado cuenta, a través del tiempo y de su historia, de que las acciones de los hombres eran como una manifestación de impotencia. Le decían el Derecho, así que las había apartado, quizás estúpidamente, de su interés, como había dejado tantas cosas a lo largo de la vida, negocios, amores, amistades, y solo había aceptado una soledad terca, la fidelidad a su propio escepticismo.

Pero cuando abrió el diario esa mañana y, de acuerdo a una rutina indiferente, comenzó a leer hasta llegar al encabezamiento de un recuadro en la tercera página, descubrió que también su aislamiento era impotencia, que estaba vivo no de una manera distinta de los otros sino en la misma forma, con una carga inútil de furia, de odio, de desprecio. Y esa carga era más fuerte que su tranquila soledad, su gusto altanero de sentirse aparte. Se sintió doblemente estafado: por lo que leía y por esa imagen de sí mismo que se había fraguado.

Los nombres de sus antiguos compinches figuraban uno al lado del otro, completos, y él los leyó recordando aquellos otros que ellos llevaban íntimamente y de los que no se podrían desprender, como uno no se desprende de su piel. Esos nombres eran los verídicos y así se llamaban en épocas de juventud, cuando fijaban citas urgentes, cristalizadas después en charlas interminables transcurridas en ajustar proyectos que los llenarían de oro: Boogie, César el Paraguayo y Taita, quien disfrutó el lujo de ser llamado también el Abogado. Ni Boogie era inglés ni el Taita abogado, solo amanuense de un estudio al que concurría esporádicamente cuando lo asaltaba la codicia de la respetabilidad. En cambio el Paraguayo sí lo era, y no lo desmentía la tonada, sus infinitas anécdotas referidas a un país amable del que sin embargo había tenido que huir.

Se preparó unos mates que sorbió pensativo bajo la parra. En la juventud nunca habían obedecido otras reglas de juego que las propias, y por eso habían sido malditos, livianamente es cierto, marginados de un mundo de aburrimiento cotidiano que imponía a los débiles ganar el pan con honradez. Pero con los años los otros no habían tenido arrestos para aguantar, habían disfrazado sus desfallecimientos con astucia y ante cada empresa que él proponía se mostraban reacios, aduciendo razones de riesgo excesivo o de concreción impracticable. Se habían puesto flojos como mujeres, simplemente esto. Mientras supo que consumaban una estafa solo con ellos mismos, él lo había aceptado. Ahora se sentía comprometido, quizás irrazonablemente, ante la estafa miserable que lo involucraba porque invitaban a todos desde la respetabilidad adquirida, y esperaban una contestación al timo. Y él daría su respuesta, de otro modo no podría mantener su último y esencial orgullo, ser lo que era: derecho.

A esto llegaron, pensó, sorbiendo despaciosamente el mate, y no porque deplorara las ilusiones de los infelices que caerían en la trampa. Nunca se habían ocupado de golpes bajos, mezquinos, y aun los fracasos habían poseído su cuota de grandeza. Recordó con amargura el asunto del contrabando en los años sesenta, cuando se dejaron robar el camión en el puerto por un error de Boogie, que no desconfiaba de nadie. Con aire ocioso, se habían aproximado tres tipos cuya sola aparición ya era extraña en esa zona vedada de los diques. Taita había ocupado su puesto en la caja del camión, cargado a más no poder, y él estaba en la cabina con la mano en el arranque. Uno de los hombres le había formulado una pregunta a Boogie, que se demoraba lerdo, y Boogie había caído en el lazo, no porque fuera tonto sino por demasiado inteligente. Le gustaba charlar. Hablaba como con asma, y desgranaba pensamientos con la perversidad ingenua de un chico que arroja a los rostros puñados de arena en una playa atestada. «¡Vamos, Boogie!», había gritado, impaciente, nervioso. Pisó el acelerador y levantó el pie. El guardia de aduana que se había apartado, según lo convenido, apareció a lo lejos y movió la mano vertical, de arriba abajo, urgiéndolos. Pero Boogie era interminable, no se debía esperar de él la pausa para que fuera a buscar agua al molino, era él el agua, el molino, el viento. Después fue tarde, los hombres usaron a Boogie como escudo y les apuntaron con las pistolas. Renegando, él se vio obligado a abandonar la cabina. Boogie, que había hablado tan fluidamente, pedía piedad tartajoso. El Taita no necesitó órdenes, sin entender nada pero con los ojos aterrorizados, saltó de la caja al suelo. El camión desapareció en seguida. El guarda de aduana se acercó, cansino, y se encogió de hombros, sonriendo. Incluso este remate a la pérdida del camión, el encogimiento de hombros, la sonrisa cachadora, lo había aceptado el Derecho

con estoica filosofía. La grandeza estaba en la cualidad patéticamente ridícula del fracaso, en haber planeado y cumplido todas las etapas, salvo la del éxito. En cambio, esta estafa innoble impresa en el diario lo asqueaba con furia; una irritación vehemente le atropellaba la sangre, acostumbrada a la indiferencia.

De quién había sido la idea no sabía, de cualquiera de los tres o de los tres juntos, y los imaginó redactando el aviso, buscando la palabra justa o más seductora. Mediante la compra de rifas, prometían a los incautos un viaje, días de ocio y felicidad lujosa. Solo ellos obtendrían ganancias sin riesgos, los incautos se perderían cada uno con su rifa comprada y si a alguno se le ocurriera protestar, encontraría una dirección falsa, unos responsables inexistentes. La estafa era pequeña, pero la pequeñez misma la tornaba inconmensurable.

2

Planeó la venganza, o la respuesta, en el patio, bajo la parra desnuda. Actuaría solo y, lejos de lamentarlo, se sintió bien dispuesto, repentinamente ágil, lleno de un humor melancólico. Siempre había desempeñado los trabajos que no requerían iniciativa propia, lo consideraban torpe, un poco obtuso. En las participaciones del botín le tocaba la menor parte y él había consentido casi estólidamente la injusticia, alimentando sin saberlo el orgullo que lo llevaría a la soledad. Los otros discurrían, la palabra fácil, pero invariablemente, en el momento de la acción, él asumía las de mayor peligro, «te encargás», le decían, sin preguntar si estaba de acuerdo, y él siempre había cumplido bien, por algo lo llamaban el Derecho.

Comenzaría por Boogie, decidió. Con Boogie no necesitaba planes cuidadosos ni cautela. Era una presa fácil,

no porque estuviera acabado. De los tres era el más inteligente, pero por eso mismo, por ser demasiado inteligente en un mundo que no lo es, carecía de defensas. No alimentaba desconfianza, recelos, rencores. Ni siquiera pensó cómo lo mataría, porque no valía la pena tramar su fin, sería como un juego de niños o como matar a un niño. Los otros exigirían más atención, incluso más vigilancia interna, desechar debilidades o el posible renacimiento de un afecto. Nunca, desde que disolvieran la sociedad, se había tropezado con Boogie, sí alguna vez, hacía ya años, con los otros dos. Al Taita lo había rozado en la calle, y al Paraguayo lo sorprendió una noche, sentado a una mesa en una pizzería de Corrientes. Tomaba vino y lo convidó a comer. Cuando se despidieron, le dio su número de teléfono que, por supuesto, no usó. El Paraguayo le resultaba simpático con sus modos vivaces y, sobre todo, con su vieja tonada de Asunción que aún conservaba.

Así que no formuló planes para Boogie. Conocía sus inmóviles costumbres y sabía que bastaba un mínimo pretexto para que abriera la puerta. El Derecho no se explicaba cómo había hecho carrera, tan desvalido. Lo recibió en seguida y él no se asombró de encontrarlo con el mismo aspecto de años atrás, la sonrisa tímida que nunca se había atrevido a la carcajada, las manos frágiles de los hombres cuyas manos no son antenas ni herramientas sino solo apéndices de actitudes inevitables de higiene o necesidades físicas.

No supo si lo reconoció porque Boogie se limitaba por naturaleza a imaginar los seres y sus apremios, y dio por sentado que había ido a verlo por otro asunto que no guardaba relación con su pasado (también imaginado de malevo, cuando solo había sido un malviviente irresoluto), y se largó a hablar de algo que el Derecho no entendía y

donde no pudo seguirlo en su ignorancia, como en un laberinto complicado y oscuro.

—Me voy —dijo el Derecho, cortando la catarata.

Dócilmente, Boogie se incorporó con la frágil mano tendida. El Derecho se acercó y con la izquierda lo obligó a efectuar un medio giro. Boogie ni intuyó el golpe, justo detrás de la oreja. Cayó casi con demasiada rapidez, como si hubiera estado esperando una actitud parecida desde mucho antes. El Derecho se inclinó y se le paralizó el corazón porque Boogie lo estaba mirando. Se apartó sin que los ojos de Boogie lo siguieran. El golpe había sido liviano, como una caricia, pero estaba muerto, quizá por la sorpresa de que alguien lo tocara.

El Derecho fue hasta una mesita en la que había una jarra de agua, bebió sediento y se secó las manos sudorosas en el pañuelo. Miró a Boogie un rato, entendiendo que se arriesgaba a un peligro inútil. Le acomodó la pierna para que lo encontraran en una pose decente, y luego cerró cuidadosamente la puerta de la habitación detrás de él. Sabía que clausuraba tantas cosas así, tan simplemente. Tanta importancia, no del pobre Boogie que la había conseguido sin darse cuenta, de puro despistado nomás, tanto revuelo ante lo que Boogie decía o dejaba de decir. Esto es un hombre, pensó sin lástima, pero sí con ternura.

La sirvienta lo alcanzó en el vestíbulo.

—¿Se marcha ya? —dijo con una gentileza antigua.

—Sí —contestó—. El señor está descansando. No lo moleste.

Tranquilamente bajó las escaleras, se perdió en la multitud, uno más entre la gente que salía de las oficinas a esa hora para aprovechar el respiro avaro del mediodía.

Entró a un bar y llamó al Paraguayo por teléfono.

3

—¿Quién? —preguntó César el Paraguayo. Lo reconoció con una exclamación feliz y eso fue para él una punzada de dolor—. ¿Qué tal? ¿Cómo te va, compañero? Tanto tiempo.

—Años —precisó el Derecho, y agregó, forzando el tono de inquietud, que necesitaba verlo, estaba en un apuro. En seguida, el otro se mostró solícito e interesado. Le dio un poco de pena mentirle.

—Vení a mi casa.

—No —rechazó él—. Prefiero este bar roñoso. Se llama La Puñalada.

El Paraguayo festejó el nombre con una risa que sonaba gutural y contagiosa a través del teléfono, y se manifestó de acuerdo.

El Derecho buscó una mesa cualquiera y se sentó. Pidió un café. Con el dedo trazó una raya imaginaria y borró a Boogie. El Paraguayo demoraba, pero lo esperó sin ansiedad. Más de un golpe amagó el fracaso, tocó el peligro, porque la puntualidad le costaba sangre. Llegó por fin, inventando disculpas, y lo abrazó.

—¡Estás igual! —dijo, exagerando el júbilo.

—¿Qué tomás?

—Lo mismo —señaló el Paraguayo.

El Derecho sacó un sobrecito blanco del bolsillo y lo vació en su taza de café, ya frío.

—¿Qué es? —preguntó el Paraguayo, atento, curioso, y quién sabe lo que suponía porque un fugaz destello le iluminó los ojos.

—Un tipo de azúcar que no engorda. Probá.

—No, no —dijo el Paraguayo.

—Sí —insistió él, blandamente, y sin más, le echó el contenido de otro sobrecito en el café.

El Paraguayo probó e hizo un gesto de desagrado. —Apesta— dijo.

—Sí, sí, es la primera impresión.

El Paraguayo sonrió y por bondad, el tono del Derecho le había sonado desalentado, quizás estaba realmente en problemas, se llevó la taza a los labios y bebió de un sorbo. Alcanzó a depositar la taza sobre la mesa, errando apenas el plato. No palideció porque era oscuro, pero la cara se le transformó en una cortina verde amarillenta. Se incorporó, volteando la silla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el Derecho, sin levantar los ojos, mientras revolvía su café con la cucharita.

El Paraguayo retrocedió unos pasos, la boca abierta, jadeante. Tropezó con la silla de una mujer quien giró la cabeza, indignada. El Paraguayo la sujetó por un hombro, fuertemente, y la arrastró hacia el suelo cuando se desplomó con las manos en la garganta. Antes de que la mujer comenzara a gritar y se arremolinara la gente, el Derecho dejó el precio de la consumición bajo un vaso y se escabulló hacia la salida.

4

Fue al velorio del Paraguayo a las dos de la madrugada, cuando los amigos lejanos, los parientes no tan próximos, se marchaban discretos. Taita, llamado también el Abogado, mostraba una palidez que hacía resaltar sus ojeras, profundas como las de un hindú; tomaba una ginebra, solo, en un rincón. No miraba a nadie, ensimismado en su copa, donde el líquido transparente era solo una raya en la superficie. ¿Qué pensaría?, se interrogó el Derecho. Que era el último de los tres, cuyos nombres habían aparecido en el diario, o supondría quizá que a los hilos de la fatalidad los

descose el azar, y que Boogie había muerto de viejo y el otro por el infortunio de una venganza que no lo tocaría.

De cualquier forma, estaba solo, aislado entre la gente que conversaba en voz baja. Le puso la mano sobre el hombro.

—¿Cómo te va? —le dijo.

El Abogado tardó un rato en reconocerlo y el Derecho comprendió, en la demora de ese reconocimiento, que había envejecido, que había cambiado.

—Perdoná, tanto tiempo —dijo el otro, y lo abrazó conmovido, sin abandonar la copa de ginebra que desbordó en el movimiento y le salpicó el traje. El Abogado tenía los ojos llenos de lágrimas. No hubiera querido verlos, pero estaba desprevenido y guardó la mirada de esos ojos llorosos antes de que pudiera protegerse. Devolvió el abrazo con una afectuosidad no fingida. El Abogado tartajeaba, moqueando. Se apoyó en el Derecho con una sensación de ahogo.

—Vení, salgamos —propuso el Derecho—. Tomemos un poco de aire.

El Abogado, separándose, accedió sin sospechas. El olor de las coronas le repugnaba. Dieron unos pasos bajo el cielo de madrugada. Comenzaba a lloviznar. El Abogado se detuvo y le apretó el brazo.

—Tanto tiempo —dijo, repitiendo sin saber las mismas palabras del Paraguayo. Se estremeció como con frío, con una nueva inseguridad que le había venido de ver al Derecho tan avejentado. Tenían la misma edad. Necesitaba una copa, se dijo, y lo propuso en voz alta.

Caminaron hasta la esquina y ante la falta de bares, Taita, el Abogado, señaló un coche azul estacionado en la calle, las llaves en la mano.

—¿Es tuyo? —preguntó el Derecho con una especie de asombro infantil. Miró el auto que relucía en la llovizna; él

nunca había tenido auto ni casa propia, ni nada, se daba cuenta ahora. Solo unos mates bajo la parra que, sin considerarlo, seguía su ciclo de hojas, savia rápida o dormida, uvas ácidas que no probaba.

El Abogado subió al auto, le abrió la puerta opuesta y encendió el motor.

El Derecho demoró, meando púdicamente detrás de un árbol. Oyó que lo llamaba.

—Derecho, ¿venís? —gritaba el otro con una curiosa entonación divertida.

El Derecho se acercó decidido. Desenfundó el revólver y disparó a través de la ventanilla baja. El Abogado se desplomó sobre el volante, apretando la bocina que resonó con la indiferencia e impavidez de un ruido mecánico en el silencio de la noche.

Abrió la puerta y apartó con tiento el cuerpo, que cayó hacia un costado. Se inmovilizó un momento, mientras luchaba con el deseo impreciso de no continuar. Sin mirar eso que había sido un rostro, alargó la mano y con los dedos tiesos, revisó los bolsillos. Unas llaves, monedas en uno, en otro, un peine, una libreta de direcciones que dejó en su lugar. Por fin, en el bolsillo trasero del pantalón encontró una billetera abultada, de cuero oscuro, que no abrió para no tropezar con la mirada de una mujer desconocida observándolo inocente desde una foto.

El Derecho suspiró. Se sintió viejo, cansado. Limpió el revólver y lo arrojó en la alcantarilla de la calle. Un viaje a París, pensó con desprecio, recordando el aviso, y ni siquiera necesitó agregar el señuelo de la cadena de hoteles, la torre Eiffel, el Louvre que nunca visitaría. Y por efectos del mismo desprecio, no recordó tampoco lo que habían prometido Boogie, César el Paraguayo y Taita, el Abogado, como corolario de un timo miserable: los días mentidos de

absoluta felicidad, el paréntesis imposible de la holgura en medio de un desierto de estrechez.

5

Se alejó caminando lentamente mientras la lluvia le humedecía las ropas, sin que lo asaltara otro malestar que no fuera el de sus propios pensamientos. Consideró lo que habían sido los tres, cuando no prometían ni mentían nada, y se sintió perdonado. También comprendió que había consumado un suicidio. Ya no entendía si había matado a los otros por despecho o había enfrentado, a su manera, la impotencia de imitarlos, que lo había reducido a una pieza alquilada, un patio, una parra. Sacó la billetera de cuero oscuro del bolsillo y la observó un largo momento bajo la luz de un foco, como si descifrara una incógnita. Esbozó un gesto para arrojarla y se detuvo. Apartó los billetes y la dejó caer al suelo, con un ademán subrepticio, casual. Cuidó, o no, de proteger el rostro de la mujer desconocida que estaría sonriendo desde la foto y a la que había lastimado irremisiblemente.

—Porquería de lluvia —mascculló, alzándose las solapas. Tanteó el fajo de billetes en su bolsillo con una sonrisa cínica.

—Adiós, Taita —dijo, pensando en el auto azul y su despojo callado.

Se marchó hacia su casa en el amanecer grisáceo, silbando bajo la mansa, desganada llovizna que humedecía sus ropas, y entró en su soledad de nuevo, como quien entra en un mundo conocido, imperfecto y amargo, pero propio. Un poco más imperfecto, un poco más amargo ahora. Ya no era el Derecho, solo un hombre capaz de actos miserables, con orgullo y flojera, como los otros que habían muerto.

Sin llevarla

¿Adónde? Fue siempre adonde quiso ir. Por lo menos, esto creyó durante mucho tiempo.

La familia siempre la consideró rara, pero con una de esas rarezas apacibles que no incomodan. Tenía un modo de decir sí a todo que provocaba en los otros una turbación pasajera, a veces tan escondida que ni la percibían. Resultaba placentera su aceptación, el existir borrándose, no de una manera dificultosa sino mansa y natural. Tenía deseos como todo el mundo, pero no le importaban demasiado. Consideraba que había conseguido lo mejor de la vida, y que por esta razón todo lo demás era, en un cierto sentido, accesorio.

La primera vez que se miró al espejo con una mirada no habitual, escrutadora y de reconocimiento, fue bastante tarde, había conseguido eso que era lo mejor de la vida, ya se había casado y tenía hijos; ella los imaginaba felices, y era cierto. Su existencia había sido favorecida enteramente en la desigual distribución de dicha y fatalidades. Sin embargo, sentía un difuso sentimiento de pérdida.

Ella se miró al espejo y su marido, un poco más atrás, miró también. Él la vio como siempre y le sonrió. Había cambiado apenas, era una mujer rolliza, de pelo muy negro, de cutis todavía lozano y boca generosa.

Él le sonrió con una sonrisa que confirmaba todo esto, lo que siempre ella había sido, lo que él amaba. Cuando se conocieron, la aceptó totalmente, mezcló defectos y

virtudes, aspectos queribles e irritantes, como esa tendencia a la gordura, ese temperamento apático, sin distinguirlos ni juzgarlos en ese ser que había encontrado y que no pretendía distinto.

Ella respondió a la sonrisa con una acentuación amplia y tranquilizadora, porque sabía lo que él pensaba. Desde hacía treinta años él pensaba, sentía, que era él quien amaba más de los dos. No podía franquear el desnivel instaurado entre ellos desde el principio, desde la mirada inicial, el primer contacto. Como él decía, entre burlas y veras, contradecido sin saberlo en su deseo más hondo, en una relación de dos hay siempre uno que ama y otro que se deja amar. «El amor, mi joven amigo, por una vez que me enaltece, dos veces me humilla». Ella no lo humillaba, por supuesto, o sí, de una manera sutil y poco generosa de la que estaba consciente. El dejarse amar era la primera humillación que le imponía, no era por amor que decía sí con tanta facilidad sino por indolencia, la conformidad sin esfuerzo quitaba peso y valía a los deseos de él. Aceptaba todos sus planes y propósitos, se plegaba dócilmente, y él sentía que no ganaba nada porque solo en la oposición hay fruto, solo en el doblegamiento amoroso que no borra a nadie sino que sitúa al otro por encima de uno.

Alguna vez ella había intentado decir no, oponerse y argüir vivamente «este es mi deseo». Pero el impulso no le duraba, era una resistencia tibia, inconvincente. «Vayamos de vacaciones al mar», y ella prefería la montaña, ¿pero cuánto la prefería? No demasiado. La naturaleza no era su pasión.

«¿Adónde?», preguntaba, tratando de mantener una terquedad fingida. «Me aburre la costa», declaraba con un suspiro, e imaginaba, para sostenerse, el ruido de los altoparlantes en el pueblo y la multitud de ociosos luchando

contra el tedio inconfesado, la obligatoriedad de la diversión. «Vayamos a la montaña», proponía.

«Al mar», decía él. Al mar, con las largas caminatas y el crepúsculo abierto sobre el océano que miraban abrazados hasta que oscurecía.

El dibujo de las olas sobre la playa, pensaba ella, y en seguida se achataban las montañas, perdían sus arbustos y sus árboles, secos los riachos con cauce de piedras.

Y él se daba cuenta de que no era por amor hacia él que ella accedía, era porque la playa, el viento y la sal habían reemplazado sin trabajo las imágenes de cuestas y subidas, de rocas y riachos transparentes. Tanto le daba respirar un aire como otro, y esta aquiescencia le pesaba más que un rechazo rotundo porque accedía por la blandura de sus entusiasmos, no por amor.

Durante toda la vida, ella supo que era él quien amaba con absoluta necesidad y constancia.

En cambio, ella solía desear vagamente ausencias que no se producían, el recorrido silencioso por la casa desierta, donde ella se mostraría como era, desmañada en los gestos, desinteresada de la utilidad de las cosas y sobre todo ajena y sin lazos. Rodeada de esa afección inalterable, esto le provocaba la sensación penosa de disponer de un amor pequeño en un corazón tironeado por la indiferencia.

Buscaba la soledad en los momentos menos oportunos, cuando su presencia se requería íntegra. Cuando inclinaba la cabeza de un modo particular, frunciendo el ceño como si alguien le murmurara en el oído palabras que no entendía, y se demoraba con un plato a medio enjuagar entre las manos, él percibía que ella se alejaba. La miraba fijamente hasta que reanudaba su tarea y descubría los ojos de él clavados en ella con reproche. «¿Por qué te vas?», decían esos ojos en su inmovilidad atormentada, y ella contestaba

«vuelvo», pero la brecha estaba abierta, insignificante y sin embargo, capaz de producir dolor.

En la parentela numerosa siempre se festejaban cumpleaños, casamientos, y él aceptaba estoicamente el compromiso. Ella iba con alegría y una suerte de expectativa infantil, que no mantenía mucho rato. Ya en la fiesta, hablaba poco con la gente, su curiosidad frágil se fatigaba con rapidez y entonces, se aislaba en un rincón, perdida en algún lugar de sí misma, recorriendo casi a tientas un paisaje elusivamente familiar, más lleno de brumas que de precisiones. Dejaba su cuerpo como una cáscara y él, que concurría por obligación, aunque a la postre se integraba más que ella, se sentía estafado. Le ofrecía una copa que ella no veía, y le decía, entre cariñoso y molesto: «¿Qué te pasa?».

Ella tenía entonces una sonrisa culpable y contestaba instantáneamente: «Nada». Y por un momento charlaba y bebía hasta que el ruido, las risas, los saludos, tantos rostros que de puro distraída le costaba reconocer, la encerraban nuevamente en esa ensoñación incierta donde no entraba nadie, pero de la que ella volvería con ganas de mirar a los otros, de conversarles, de saber quiénes eran o qué hacían. Con decepción, él interrumpía el primer paso de su retorno, y en su impaciencia no podría saber nunca que ella volvería indefectiblemente, «¿qué te pasa?», preguntaba, estafado.

De regreso a la casa, él guardaba un silencio ominoso, y ella se prendía de su brazo, entrelazaba sus dedos con los de él, e intentaba hacerse perdonar. Charlaba comentando la fiesta como si en realidad hubiera estado allí todo el tiempo, una mujer rolliza vestida de azul, apenas maquillada, una copa en la mano y la sonrisa ligera atenta a las bromas. Le hacía sentir que reconocía su error y lo lamentaba; le infundía la seguridad de que en el futuro nunca se alejaría de él, ni aun en pensamiento. No podía

explicar su actitud, salvo diciéndose que lo amaba, pero menos que él, quien jamás interponía ausencias y la incluía en todos sus instantes.

Cuando ese día se miró al espejo —la protectora sonrisa amparándola más atrás— descubrió entre su pelo un desgraciado mechón, amarillento y gris.

Él tendió la mano ocultándolo con otro que conservaba su color y ella, si no lo hubiera descubierto antes, habría pensado que sus cabellos se mantenían inalterablemente oscuros. Y después, ya no necesitó mirarse, se dio cuenta de que su cuerpo cambiaba a través de su alma inmortal, de sus sentimientos que no le comían el corazón y le permitían apartarse en una especie de búsqueda que no guardaba relación con nadie, el pecado y la sed de soledad.

Estaban acostados y ella deslizaba la mano por las costillas de él, el hueco tierno del estómago, la curvatura del vientre, lo acariciaba en un reconocimiento antiguo y siempre nuevo, y sintió el cambio en su cuerpo, como si fuera su cuerpo el que recorriera y no el del hombre semidormido a su lado, lo percibió con esa veracidad inexorable que impone la carne cuando habla y dice: así soy. Tanteó sus senos y los encontró blandos y sin consistencia. Y más abajo, registró una hendidura sobre su estómago, un cauce estrecho y profundo formado a lo largo de los años por infinitas arrugas, hasta entonces discretas e imperceptibles. Se volvió de espaldas y no habló de su descubrimiento, como si señalara un término del bienestar e inaugurara otro, casi de vergüenza.

Y él se pegó a su cuerpo, y le acarició los hombros con un gesto que quedó detenido por el sueño.

Al día siguiente, ella observó otros mechones encanecidos, no ya un mechón aislado que era posible ocultar. Él tuvo una sonrisa de incomprensión. La tomó de la mano y la alejó del espejo. «Coqueta», bromeó. «¿Viste?»,

dijo ella. «Nada», contestó él, definitivo, y la abrazó con fuerza. Y de nuevo, la oprimió la mezquindad de sus inseguridades. Quien sabía querer no era precisamente ella; él la seguiría contemplando sin advertir desmedros, lozana como en una foto de juventud.

Salió de compras y un hombre la abordó por la calle. Le preguntó una dirección mientras sonreía mostrando dientes muy blancos, incisivos voraces. «En realidad quiero charlar», dijo, arrimándose un poco. Ella retrocedió, pero arrastrada por su indolencia, que en este caso podía confundirse equívocamente, le prestó oídos y él la invitó a tomar un café. Si tenía tiempo. «Tengo», dijo ella.

Sentada a la mesa de un bar, frente a ese desconocido que hablaba mucho y que abusaba risueño con repentinas confianzas, sujetarle la mano que retraía, tocarle los cabellos, asegurando su preferencia por esos mechones blancos que matizaban su pelo oscuro, ella se dijo que procedía mal. Se hurtaba al contacto fugaz, pero insistente, ocultaba sus pies bajo la silla, perseguidos y enlazados, y no experimentaba fastidio. La lisonjeaba el interés de ese hombre, más joven que ella, y lo miró con curiosidad, sin creer todavía que ella pudiera despertar algún interés en otro que no fuera ese único hombre que la había amado desde siempre y que la amaría con sus senos fláccidos y su cabellera encanecida. Y cuando volvió a su casa, no contó su encuentro casual en la calle, que había terminado con una solicitud directa que debió prever, con una propuesta expresada crudamente, o no, porque ella, en su ambigüedad, podía haber parecido propicia, y se sintió culpable de tener un secreto, aunque el secreto (el provocar deseos en otro) era como un homenaje hacia aquel único hombre con quien estaba en deuda de sentimientos.

También se sintió distinta con ese otro, y pensó si ella escondía por azar mujeres desconocidas con las que nunca

había tratado, una ávida de aventuras oscuras, otra ligera e intrascendente, capaz de enhebrar una conversación cargada de sobreentendidos, capaz del juego, nunca practicado, del rechazo y la atracción, de rehuir con el mismo gesto una mano que se llama, pero este conocimiento la perturbó y clausuró en seguida la puerta a esas otras mujeres que no podía ser, que no quería ser, por miedo o elección.

Continuaron los días y se aferró a ellos porque adhería a su tranquilizadora sucesión, a las alternativas previsibles de la limpieza y las compras, del cansancio y el reposo. Los hijos y nueras venían a visitarlos y ella sufría un desasosiego que la desubicaba porque no podía ponerle nombre ni motivo. Los hijos bromeaban con sus canas aparecidas bruscamente, «la mala vida», decían, y ella fingía que sí y señalaba entre risas al causante, al inocente. No podía mencionar su desasosiego porque cuando insinuaba apenas un estado de inquietud la boca de él se plegaba en un rictus ceniciento, ya que lo entendía como desamor. Si la veía triste ahora, a ella, que siempre había tenido un carácter dulce y parejo, «no me amás más», afirmaba, y entraba en un humor de tesitura huraña y melancólica. Si el pesar que le provocaba la reacción era prueba de lo contrario, ella se había acostumbrado a sospechar de lo que sentía, desconfiaba de su amor que no era sólido y perfecto, sino cambiante, sostenido en la cresta de una ola que iba y venía, se alzaba y descendía vertiginosa en espuma, inapresable como la misma ola en el movimiento del mar. Y ahora advertía que su amor tenía una cualidad nueva, profunda y dolorosa, que envolvía la raíz de su amor antiguo con otros significados donde no estaban ausentes la vejez ni la muerte, pero lo vivía sola, y una vez más debía reconocer en él una pasión más grande, sin espacios inaccesibles, sin reservas. Y renacía también la sensación de incapacidad, de

no estar dotada para los sentimientos, de que había una falacia, quizás el desasosiego, en su corazón que mezclaba el amor por ese hombre con tantas cosas que ella no le dejaba compartir.

Cuando sus piernas se hincharon se agregó otro motivo de vergüenza o de culpa. Descubrió que no podía estar de pie mucho tiempo. Y lo miraba a él, que se mantenía joven, erguido, que la acompañaba al médico y acrecentaba su devoción, volviéndose más tierno, imprecisamente secreto.

«¿Secreto?», preguntó él, como ante una observación fuera de propósito, y rió.

Ella se dijo «qué tonta». Yo soy la secreta porque busco la soledad, y el desasosiego se va transformando en una aceptación que tampoco comparto. Ya no estoy atareada, me han sacado de los hombros trabajos y ocupaciones, permanezco ociosa, mano sobre mano; como en mi infancia contemplo el polvillo que ilumina el sol y casi estoy contenta. Pero no sabía si debía estarlo. Él jamás desfallecía con un gesto de malhumor, sonreía, cálido y afectuoso, pero no la besaba en la boca ni tocaba sus senos, y ella resistía la maligna inquietud de que él miraba para atrás y no perdonaba. Que esta mujer que ahora se dejaba estar, esta mujer tan distinta de la que había sido, no tan distinta, simplemente cambiada, cometía una especie de traición. Qué difícil explicarlo, porque ella sentía que de los dos quien amaba más era él.

Y después su leve enfermedad se complicó, le prohibieron comer dulces, que fueron apartados de su alcance con una protección cariñosa, incluso renunció a probarlos él, que siempre había sido muy goloso. Jamás formuló reproches ni evidenció fastidio, aunque ella hubiera podido no tentarse. Sentada en su sillón casi todo el tiempo, lo observaba a hurtadillas, cómo deseaba que él envejeciera, que él enfermara, no mucho, un poco, para acompañarla de otra

manera. Pero él estaba sano, como si fuera de una materia incorruptible, y la única vejez que había en su rostro era cierta expresión de melancolía, de desilusión. Entonces ella sintió que le renacía el desasosiego y lo cobijó como a un sentimiento no deseado, en falta, ya que él estaba exento de todo reproche. Nadie podía cuidarla con mayor abnegación, con una fidelidad que desconocía quebraduras de ocios, de alejamientos. El amor invariable, qué esplendidez, de la que ella, envuelta en búsquedas brumosas e inconsistentes, no había sido capaz.

Él no había cambiado de la manera odiosa y triste que la agobiaba, la seguía contemplando con esa ciega adhesión de la primera juventud y del primer encuentro, con ese amor tan grande que se plegaba sin fisuras a la imagen de la mujer envejecida y taciturna que tenía enfrente.

Un día, ella le pidió un banquito para descansar su pierna enferma. Él abandonó el diario que estaba leyendo, la ayudó a colocar el pie con sus modos gentiles, y la miró largamente.

«¿Por qué me mirás?», preguntó ella, incómoda, descubriéndose enemiga de aquella que había sido, inclinada sobre ella como una sombra, enemiga de él que miraba a aquella que había sido. Se movió inquieta y repitió la pregunta, que no le surgió mansa sino agresiva.

Y él contestó, con un acento de total sinceridad: «No cambiaste nada».

Ella vio que él tenía varias arrugas nuevas, un rictus de dolor y amargura en la boca, ¿o nostalgia? También él envejecía, pero con la dignidad de la salud.

Tendió la mano y le acarició las sienes. Hubiera querido besarlo, pegar su boca a la de él con el reconocimiento de la lengua y la saliva. Desde los cimientos, ladrillo sobre ladrillo, él había construido una casa inmutable, pero en la casa, junto al sol del verano, había entrado la lluvia del invierno,

la corrosión, el óxido. Entraría la muerte. Y por un momento ella pensó que hubiera sido hermoso esperarla juntos, los ojos abiertos hasta el fin, amarse en la verdad de lo que ya no eran.

«No cambiaste nada», repitió él, y le rozó los dedos en un gesto fraternal.

«No», lo conformó.

«¿Y yo?», preguntó él, con la timidez y aprensión de un chico ante un asunto menor que, sin embargo, le significa cuestión de vida o muerte.

«Tampoco», contestó, vencida.

«No cambiamos», dijo él y sonrió, borrada la nostalgia. Posó la mano sobre su hombro, y ella alzó la suya y la acarició. Mientras lo hacía, miró su pierna hinchada, cargó el peso y la desdicha de su cuerpo, y pensó en las montañas que ya no podría subir, olió la sal y el viento, las olas dibujando líneas sobre la playa, y recordó cuando los dos contemplaban el mar, en el crepúsculo, hasta que oscurecía. Entonces supo que se había equivocado en el balance de las culpas y los sentimientos, que el amor de él era su propia visión de ella y que no la veía; la había amado una vez, profunda, absolutamente, y había entrado en ese amor sin llevarla.

Golpeando la pared

a L.

Primero fue la vergüenza, y en seguida, la furia. Ya no le alzaban la mano, era casi un hombre. Pero nadie puede ser casi con impunidad. Si su padre hubiera dado rienda suelta a su enojo, le hubiera propinado un bofetón rotundo, como había hecho una vez en su infancia, reacción de amor y susto por una imprudencia que no recordaba. Si lo hubiera agredido a puñetazos como un hombre descargando esa cólera contra cualquier otro que está en la medida justa de su cólera: ni demasiado débil ni demasiado fuerte. Pero su padre no lo tocó y él debía pagar con la vergüenza, que hablaba de manera más reveladora que su furia: sus mejillas ardían, temblaba, los tendones de su cuello estaban tirantes como sogas en el amarre de un barco.

Registró los hombros vencidos de su padre, la decepción de su rostro, un añadido de años y fatigas.

¿Qué esperan de nosotros?, se preguntó. —¿Qué?— dijo su padre, perentorio, exigiéndole respuesta a una pregunta distinta de la que él se había formulado. Quién es tan omnipotente en sus deseos para esperar de nosotros algo que somos incapaces de dar, puesto que decepcionamos. Su madre lo hería con menos argucias, había sido franca con su enojo. Lo empujó por la espalda cuando llegó del colegio: tu padre quiere hablarte. Y ni siquiera se molestó en apartar la

mejilla a su beso de costumbre, la dejó como si no le perteneciera, inerte y sin afecto.

Y él supo en seguida que se le iba a pedir rendición de cuentas, trámite ineludible para otorgar el perdón, y que la vergüenza lo asaltaría. No por sentirse culpable sino por la distorsión que sufrían sus actos en manos de la gente. Hablaban de capricho, atolondramiento, torpe lascivia de la pubertad. La vergüenza que lo asaltaba, mentirosa y enemiga, corroboraba las presunciones ajenas aunque después, de inmediato, vino la furia que lo aligeró. La contuvo sin variar la expresión, tensando el cuerpo, porque si había un sentimiento que no le estaba permitido era ese, la furia.

—¿Por qué? —preguntaba su padre, el rostro mortificado, creyendo que estaba dispuesto a recibir una respuesta cuando solo esperaba contrición. Él levantó los ojos hacia su padre, los apartó rápidamente porque había visto una laguna incolora, donde cada piedra que cayera sería de escándalo.

Se había acercado a la casa al atardecer, después de la salida del colegio, sus libros y cuadernos bajo el brazo, y había golpeado a la puerta sin vacilación. Sus compañeros lo observaban maliciosamente a la distancia, se pegaban codazos entre risas equívocas. Pero él no percibió nada, ni siquiera la autonomía y pesadez de su puño golpeando la puerta con un gesto preparado por otros gestos, por miradas antiguas hacia la casa y por una inquietud que crecía en él sin que se diera cuenta sino vagamente.

La larga visita, el olor de un ámbito extraño, y la mujer con las encías a la vista y la seducción de lo prohibido.

La mujer abrió la puerta, lo vio en el vano y retrocedió hacia la sala, sonriendo apenas. Había sacado dos copas de un viejo aparador de madera, había servido dos medidas iguales de un licor dulce, y se había recostado sobre un sofá

de desteñidas flores. Saboreaba el licor con la mirada perdida que de vez en cuando, distante y sin curiosidad, se posaba en él, una figura con clavículas pronunciadas, manos enormes y rostro cargado de obstinación y misterio.

Él se había sentado en una silla sin que la mujer lo invitara. Hizo durar el licor, que bebió con disgusto y entre pozos de aburrimiento mientras su corazón latía de un modo áspero y descompasado.

La mujer se sirvió otra copa, observó fugazmente la de él, todavía llena, y volvió a recostarse en el sofá. Se le veían las rodillas, grandes y redondas.

—Llueve —dijo la mujer, después de un tiempo.

Cuando se levantó para marcharse, ella no se movió. Dejó sin respuesta su incierto ademán de saludo; él dudó en decir hasta mañana o adiós, masculló palabras ininteligibles. Se encontró en la calle y respiró con avidez el aire húmedo. Ya está, decidió, como si hubiera pasado una prueba que no necesitaba repetir, definitivamente superada. En ese entonces, por ser única, su falta resultaba menos grave, quizá todavía era dueño de su secreto. Sin embargo, en el transcurso de los días regresó muchas veces a la casa; una determinación exigente lo arrastraba, ajeno a los abusos de suspicacia o de control. No se sentía excitado ni particularmente feliz, pero era un lugar que le pertenecía, que se había ganado. Y pensaba que si la mujer estaba era por accidente, ignorante de que no hay lugar posible en la soledad, que el lugar que nos hacemos pasa siempre a través de los otros, incluso lo que es nuestra propia, irreductible soledad. Ella saboreaba el licor y recorría los listones del piso, sucios y desparejos, en una visual exploración desganada. Después desviaba los ojos hacia el ventanal, tapado con persianas de madera nunca abiertas, siguiendo un itinerario fijo antes de perderse con el cuerpo entero en un ocio como gastado, sin pensamientos.

Él imaginaba a los vecinos que lo habían vigilado cuando ni siquiera lo sospechaba, la conversación con sus padres, la perversidad de los bondadosos. Ahora estaba de pie, junto a la mesa, con su vergüenza y su furia. Su padre hacía girar el anillo de matrimonio que adornaba su mano y difundía una atmósfera de consternación penosa. Sabía que debía exhibir ese arrepentimiento total que es el mejor acto de expiación, pero su furia se lo impedía, un odio que lo movía a desear la muerte de los que amaba. Proteger a aquel que era, recién nacido dentro de su cuerpo desmañado, aquel tan libre, golpeando por su cuenta en una puerta, bebiendo un licor dulce que no le gustaba, esperando no sabía qué en el silencio compartido con esa mujer de encías descubiertas.

Sintió un peso en sus rodillas y se sentó junto a la mesa. Su padre lo incorporó brutalmente. —De pie— dijo. Lo miró muy cerca, su padre mostraba una suerte de malignidad sin parentesco, y él deseó que franqueara la barrera y lo golpeara.

Comieron en silencio, como si alguien hubiera muerto. Su hermana Marisa rió una vez tontamente, y luego se calló con brusquedad, la expresión asustada. Y él probó apenas la comida, los ojos bajos, sin que nadie le dirigiera la palabra, ni aun las accidentales, el pan, la sal. Besó a sus padres, musitó buenas noches.

Cuando cerró la puerta de su cuarto detrás de él, apretó los puños a lo largo del cuerpo. Golpeó la frente contra la pared, con esa furia que lo devoraba y que por fin había desalojado a la vergüenza. Qué pretendían de él esos tontos, esos seres opacos que habían hecho de la vida una sucesión de actos iguales donde cada postergación de horario se transformaba en hecatombe. Se arrojó sobre la cama, roído por la exasperación: él sería distinto.

Durmió un rato; cuando despertó había cesado enteramente el ruido de pasos y murmullos. Tanteó el

camino a través de la oscuridad del pasillo y se deslizó hacia afuera. Alzó la vista hacia las estrellas lejanas sin dejarse conmover. A la furia se había agregado el miedo. Temía a sus padres, temía el escándalo, temía el renacimiento de la vergüenza.

Sin embargo, se dirigió a la casa, y guarecido en un portal, entre las sombras, registró el desfile de visitantes hasta que se marchó el último y se apagaron las luces. Entonces golpeó su puerta. Ella no se asombró. Solo dijo:

—Estoy cansada —pero retrocedió para dejarlo pasar. Sacó dos copas y se sentó en el sofá manoseado, con sus flores marchitas.

Tenía una nueva mirada, como si supiera las razones de su visita a esa hora. Ni bienvenida ni hostilidad, quizá conocimiento. Él se sentó en la silla, frente a ella, y bebieron lentamente.

La mirada de ella rozó sus zapatos, la ventana, y se perdió en algún lado, tierra, puerta, pared donde no era preciso golpear. Terminó su licor y él se apresuró y bebió de un sorbo su copa, el líquido quemándole la garganta. Tosió arrebatado y respiró profundamente. Ella sonrió apenas, sirvió de nuevo dos medidas iguales, y se sentó en el sofá.

Interrumpió el silencio. —Hoy no llueve— dijo.

Quizás, mientras fue creciendo, los vecinos lo sorprendieron y se repitió el escándalo, quizás logró ocultar sus visitas, siempre en horas solitarias, después del último hombre de la noche o durante las siestas pesadas del verano que adormecía las calles. Adquirió alguna experiencia y la experiencia, entre muchas cosas, enseña el arte de simular, la protección del secreto. Un día presenció la partida de la mujer, cuando ya sus visitas se habían interrumpido, pero no el conocimiento de que ella seguía en la casa, sin

bienvenida ni hostilidad, simplemente disponible. Los hombres subían los muebles a un carro descolorido por la intemperie y la vejez, y obraban con una decisión que los volvía inmaculados; las mujeres atisbaban más atrás apretando a sus hijos contra las faldas. La mujer no aguardó a que recogieran todos sus muebles para abreviar el tiempo penoso de su partida, apareció antes y se sentó en el carro, orgullosa y lejana; mientras las mujeres con sus hijos vociferaban injurias, ella permaneció inmóvil en el pescante, bajo el sol que ardía.

Durante la comida de la noche, sus padres lo atendieron solícitos, como si hubiera escapado de algún peligro tangible, cena de agasajo después de un largo viaje. Su padre le sirvió vino por primera vez y lo alentó con un gesto, pero él no bebió. Buscó otra copa y la llenó de agua. La depositó frente a su plato y tragó lentamente el agua, que le supo a polvo. Su padre ignoró su furia, la ignoraría siempre; supuso un capricho y masticó feliz, pensando con una ternura complacida que los adolescentes no quieren crecer, aunque fuera halagador y ventajoso el cambio, trocar agua por vino. —Salud— dijo, mientras alzaba su copa con una sonrisa que no premeditó pero que reveló sus pensamientos. Y él recibió la sonrisa protectora como un insulto, apretó los puños debajo de la mesa y odió a su padre con deseos de martirizarlo. Olvidó todas sus bondades, solo registró esa sonrisa que lo llevaba al crimen porque sin tener en cuenta sus sentimientos, lo transformaba en otra persona distinta de la que era. No ya impulsos, secretos, cólera, solo pura cáscara de lo permitido. Serás como yo, decía esa sonrisa cargada de experiencia humillante.

En su cuarto, miró fijamente la pared, los puños apretados. ¿Qué había detrás? Se acostó y le pareció que ya nadie podía sacarlo de su soledad. Se tocó la barba incipiente, los huesos marcados de la mandíbula. Sentía una

desdicha atroz, una vejez inmensa en su cuerpo de adolescente. Y mientras estaba así, tendido, volvió a invadirlo la exasperación, saber que había algo que no llegaba a descubrir y que nada tenía que ver con el recorrido de sus días y de sus noches, con el estudio y las tareas, con las comidas y los cumpleaños. Algo que tenía que ver con el cielo y la tierra, con el fuego y el agua, y sobre todo, con la intrepidez del corazón.

Su madre abrió la puerta. —¿Todavía despierto?— dijo, y él se incorporó atento, con la sombra de una esperanza. Pero ella se limitó a advertirle que era tarde. Apagó la luz.

Él se precipitó en dos zancadas y la encendió nuevamente. Y qué había en él, una sonrisa dura, o los huesos netos bajo la piel, que su madre rezongó un poco pero no se atrevió a mover la mano hacia el interruptor.

Se durmió con la luz encendida y los pies calzados sobre la frazada. En sueños pronunció palabras de búsqueda y tuvo un sentimiento de encuentro, donde la pared se abría y la mujer no había partido.

A la mañana siguiente creyó haber olvidado todo o lo contempló con indiferencia. Pero una sensación de vacío lo condujo a la casa. Forzó el picaporte y entró. Se sentó en el suelo, abrazándose las rodillas, frente al lugar que había ocupado el sofá con su tapizado desteñido. Esperó como si alguien debiera venir. Y fue su furia. No sabía qué hacer con ella, solo cobijarla, recibir la mordedura de sus dientes mientras pasaba el tiempo y él crecía.

Acató el turno riguroso de actos y costumbres, de esfuerzos y placeres. Creció sin nada que lo destacara, salvo internamente la mordedura de su furia. Ese animal agazapado que solo le daba respiro en aquellas actitudes que los otros no podían comprender, en aquellas decisiones

que lo habían llevado a sentarse frente a una mujer de encías descubiertas y a beber licores que no le gustaban.

Cuando se enamoró y se casó, aceptó con gratitud la rutina de la felicidad, dócilmente se conformó a sus reglas. Durante mucho tiempo creyó que toda apetencia extraña, turbadora, había desaparecido y que la felicidad le concedía por fin el sosiego.

Un viernes, de regreso de la oficina, no descendió en la parada de costumbre, dejó que el ómnibus lo condujera más lejos, a un barrio suburbano de esa ciudad a la que había llegado de adulto, cuando ya muchas decisiones le estaban permitidas sin escándalo. Entró en un bar tétrico y oscuro, con escasas mesas donde algunos hombres jugaban a las cartas. Pidió un café y lo bebió junto a la ventana contemplando ese paisaje de transeúntes comunes, de árboles intensamente quietos bajo la luz del atardecer. Regresó muy tarde, y su mujer lo esperaba con la comida ya fría, que recalentó en silencio.

—Tuve trabajo —dijo.

Comió sin ganas mientras su mujer comentaba, precisa y minuciosa, las travesuras de los niños, una visita, las minúsculas incidencias de la jornada. Antes de acostarse, él se asomó al cuarto de sus hijos y los miró dormir, con amor y distante.

Impulsado por la tozudez incomprensible con la que había ido a la casa, al lugar donde una puerta se abría ante su llamado y le servían un licor dulce y fuerte que no le gustaba, volvió al bar, a tomar su café, mirando los árboles mientras atardecía. Hasta que una noche su mujer dijo:

—Llamé a la oficina y no estabas.

Él no se sentó, como si estuviera vivo el recuerdo de su padre incorporándolo brutalmente de la silla, prohibiéndole el reposo antes del arrepentimiento. Permaneció junto a la mesa, tímido e incómodo.

—¿Quién es? —dijo ella.

—¿Quién? Nadie —pero fue evidente que ella no le creyó. Le tembló la boca, sola y a la intemperie con la inutilidad de su amor y la falsa certeza de una mentira.

Ella durmió contra la pared, sin tocarlo. Y él se encogió, apretando sus propias rodillas, como si abrazara su furia.

Días o meses después, en su oficina, miró sin ver los papeles que cubrían su escritorio; uno más en la cadena de los seres no muy importantes a quienes se permite vivir. Salió de su oficina con un pretexto. Caminó y se sentó en una plaza. Llovía y le parecía que él llamaba a la lluvia, que él podía decirle a la lluvia que lo empapara.

Su ánimo se aquietaba poco a poco, un hombre maduro, ocioso en una plaza durante las horas de oficina, que se dejaba empapar mientras la gente pasaba protegida con paraguas o corría evitando los charcos. No perdió el empleo porque la costumbre le había otorgado una mediana habilidad para mentir. Se esforzaba doblemente y entonces, era casi igual a los otros y lo toleraban. Pero en la tolerancia había sospecha y poco aprecio.

Cuando su mujer murió, él la lloró durante noches y no regresó más al café, con su mesa junto a la ventana, como si así la resarciera de un engaño que no había cometido. Y cesó de llamar a la lluvia, se protegió como los otros porque necesitaba confortación y amparo. La muerte acalló por un tiempo toda presencia que no fuera el dolor.

Después volvió la furia, insistente, solitaria visitante dentro de él mismo. Encontró un bar cerca del puerto, y antes de entrar miraba los barcos de carga, anclados en el río aceitoso, las chimeneas oscuras, las cubiertas estrechas, y no imaginaba nada. Pero su furia lo impulsaba a mirarlos, decidía la elección del brebaje pardusco que bebía en el bar, el ocio asaltado por pensamientos errantes. Un hombre con un traje gastado, de ojos inquietos y cejas muy juntas en el

rostro pálido. Y mientras estaba ahí se veía golpeando una pared con la frente, los puños apretados a lo largo del cuerpo, y se le ocurría que solo había vivido para intentar penetrar con su furia en un mundo que le estaba negado. El mundo de la intrepidez con el cielo y la tierra, con el fuego y el agua. La intrepidez dormida de su propio corazón ansioso. A veces recordaba a la mujer aquella de su adolescencia, la complicidad en el silencio, y sabía que solo entonces había estado saciado. La mujer lo había aceptado enteramente en lo que era, ninguna inquisición había recortado el espacio de su libertad, ese espacio desde donde uno se lanza no se sabe hacia qué venturas o desventuras, hacia cuáles misterios o elecciones, y los otros quedaban afuera, aunque contaran chismes a sus padres. Sus padres, sobre todo, quedaban afuera, desprovistos de poder.

Como en aquella noche de su adolescencia, a través de días vulgares e incoloros, siguió golpeando contra la pared de su cuarto, hasta que ya viejo, esa pared no resistió. Su nieto adolescente lo miraba, tenía un rostro vulnerable y obstinado, que no reflejaba dolor sino una curiosidad apenas entristecida. La pared se abrió ante su furia de años, y él vio que su nieto apretaba los puños y hubiera querido llevarlo con él, ahorrarle la búsqueda de la intrepidez dormida, mientras se ahogaba en una respiración dificultosa y avanzaba hacia esa pared, premio o destino. Y antes de verla, supo que la iba a encontrar, que jamás se había marchado o había sido abandonada, que estaba allí, sentada en su sofá, con su copita de guindado y la mirada perdida. Él volvía de la reprimenda y la vergüenza. Regresaría a su hogar, a la reprimenda y la vergüenza. Le quemó el licor en la garganta y supo que debía marcharse a un tiempo clausurado. Y entonces ella, que no parecía mirarlo, depositó su copa vacía sobre la mesa y se acercó sin palabras. Era grande, pesada y también maternal. Se detuvo a unos pasos

mientras él esperaba en suspenso. Al cabo ella sonrió, avanzando hasta que percibió su olor, la calidez de su sangre. No se acercó más, pero adelantó la cabeza, apoyó el perfil contra su boca y él, con un gesto que lo esperaba desde su nacimiento, apartó el pelo, lo mordió como hierba, y escarbó dulcemente con la lengua hasta sentir el gusto amargo y acre de la oreja, adentro, y se quedaron así, para siempre. Sin furia.

«La dama del perrito»

La había conocido en la plaza. Al jubilarse, años atrás, había decidido ocupar el mismo banco, frente a un árbol cuyo nombre ignoraba, de copa siempre verde que le gustaba mirar, y bajo otro árbol, de hojas caducas, que en invierno permitía disfrutar del sol.

La primera vez que se sentó a su lado, en su banco, solo experimentó un prudente, desdeñoso fastidio. Aunque solía ocurrir que alguien se sentara, algún viejo que buscaba un semejante, él recuperaba su banco en seguida: bufaba, escupía catarroso, echaba indirectas o bien se hundía en un mutismo agresivo; el intruso terminaba por marcharse. Era una plaza inhóspita, muy abierta al viento, y había bancos libres de sobra. Que los usaran, se decía; él no era una vaca para pastar en rebaño sino un hombre que adhería a su propia soledad.

Cuando recuperaba su banco, miraba el árbol de enfrente, los ojos sin brillo, pero aún alertas, y disfrutaba su astucia. Extendía ambos brazos sobre el respaldo y sonreía alegremente hasta que alguien se aproximaba por el sendero. Entonces, borraba la sonrisa y se preparaba.

En esta ocasión, como el intruso era una mujer, y una mujer crecida, dudó en escupir, silbó con una concentración que era hosco fingimiento, y cesó cuando descubrió, ultrajado, que la mujer movía la cabeza al compás. O le temblaba el cogote. Le faltaba poco para el cementerio, dictaminó él, haciendo un rápido balance donde la flacura

ocupaba el primer lugar, y se apartó hacia el extremo del banco, consciente y gozoso de su salud.

En el balanceo a ella se le desarmó el rodete y trabajosamente intentó rehacerlo, luchando con el pelo abundante y blanquecino. El pelo se le desbandó sobre la mejilla arrugada y a él, que espiaba de reojo, esa mejilla oculta por los mechones le produjo una sensación de rechazo, como si ella ejerciera una coquetería impropia. Una peineta desdentada cayó sobre el banco y ella la recogió mientras musitaba unas palabras que él ni siquiera se preocupó en entender. Al contrario, se alegró de no entender porque ese murmullo probaba que ella no tenía fuerzas para levantar la voz o para hilvanar una frase coherente cuando él no se trabucaba nunca y menos caía en balbuceos como un infante; él podía hablar con firmeza y aun con voz estentórea. Ella manoseó la peineta que guardaba entre sus pocos dientes hilos espesos de mugre, los limpió con una uña temblorosa y luego, alzando los codos puntiagudos, trató repetidamente de clavarla en el rodete que había apretado a la nuca. Él se apartó con repugnancia hasta el filo mismo del banco, estiró las piernas y se miró los zapatos brillantes, quería ser ofensivo pero no se le ocurría nada. Ella terminó con el rodete y cruzó las manos sobre el regazo; cuando pasaba alguien lo seguía con los ojos hasta que se perdía de vista. Él se levantó antes de costumbre y se marchó.

Al día siguiente, ella ya estaba en *su* banco. Tenía un perro inmundo sobre la falda y lo acariciaba con sus dedos cortos, de piel transparente y manchada de vejez. Lo recibió con una sonrisa cómplice, como diciendo: traje a mi perro, ¿le gusta? Él odiaba a los animales, sobre todo gatos y perros. El viento soplaba fuerte y él pensó que ella no aguantaría, curvaba la espalda de tal manera que se le marcaba el camino pedregoso y torcido de las vértebras, y

se procuraba calor con el perro aplastado contra el pecho; el perro, que respiraba silbando, debía ser estúpido porque permanecía quieto, como un cojín.

No devolvió la sonrisa, que ella dejó fija en la cara, como si esperara con seguridad y pacientemente una respuesta. Él pensó que podía morirse esperando, apretó la boca para no regalarle ni siquiera el aliento, y después de un rato ella debió de darse cuenta de que no servían paciencia ni seguridades porque bajó la cabeza y destinó la sonrisa al perro.

Él se sintió incómodo e inexplicablemente ofendido, se ajustó la bufanda al cuello y se levantó con tanta brusquedad que una fulguración dolorosa le tironeó la cintura. Pensó que se quedaría duro como un bloque de cemento. Pero el dolor cesó; pateó una piedra, dio dos o tres pasos fingiendo desentumecerse y retornó al banco.

Se sentó rígido y descubrió con un pasmo penoso que el cierre de su pantalón estaba abierto, le asomaba el trapo azul oscuro del calzoncillo. Encogió el cuerpo y cautamente manipuló la cremallera, que tenía los dientes trabados. Cubriéndose con su mano peor, la izquierda agarrotada por un ataque, intentó alzar el cierre con la otra, inútilmente. Ella clavó los ojos intrigada y los desvió en seguida, una expresión en el rostro que a él se le antojó de burla. Se hundió en el banco, humillado y rabioso.

Ella dijo:

—Mi perro está enfermo. —Y sin saber cómo, se encontró contestando: —¿Sí?

—Se va a morir. Todos tenemos que morir —dijo ella con mansedumbre. Y él hizo los cuernos con los dedos y deseó que la lengua se le atravesara. Pero sorpresivamente, ella rió con una risa de muchacha—: Todavía no —agregó, inclinándose sobre el perro.

Él amontonó saliva sin decidirse al escupitajo franco, otra frase y lo largaría, abundante y rotundo. —Hermoso árbol— dijo ella, con un suspiro, y él consiguió llevar el cierre hacia arriba y escupió entonces, pero lejos; no supo si ella lo percibió, miraba el árbol y acariciaba al perro.

Acalorado, se secó frente y mejillas con su pañuelo. El sol se filtraba verticalmente entre las hojas y señalaba un mediodía preciso. No debía estar en la plaza sino sentado a la mesa del almuerzo, manteniendo una puntualidad que él pensaba le agradecían y solo provocaba fastidio. Deseaba marcharse, pero no quería saludar. Le parecía que el saludo establecería un pacto.

Ella no se despegaba del banco. Inclinada sobre el perro, lo acariciaba a pelo y contrapelo, y le tocaba la nariz. Sintió el impulso de agarrar a ese perro sarnoso y descalabrarlo a patadas, y su tentación fue tan violenta que escondió las manos en los bolsillos, los pies bajo el banco; sonrió como un estúpido. De inmediato, ella giró la cabeza y devolvió la sonrisa.

—Ah, ah, ah —dijo él, y farfullando ininteligiblemente, se incorporó y escuchó que ella lo saludaba con una voz afable, firme. Se volvió sin dar crédito a sus oídos, ¿qué había dicho?, ¿hasta mañana?

—Hasta mañana —repitió ella. Se había subido los anteojos sobre la frente y lo miraba. Con una mano tranquilizaba al perro, que se había agitado nervioso en el sopor de la enfermedad o del sueño. Guiñaba los ojos para ver más claro, y él ladeó la cabeza en un gesto huraño que no lo comprometía y pensó rencorosamente que ella sería incapaz de distinguir un burro de cerca y que esa coquetería, subirse los anteojos, era desparpajo ridículo.

Cuando se despertó, al día siguiente, decidió no ir a la plaza. Caía una llovizna fina que le ahorraba pretextos. Nunca se había sentido a gusto en su pieza, abarrotada de

muebles que antes habían llenado una casa grande. Estuvo ocioso, triste como león enjaulado; pensaba con resentimiento en la mujer de la plaza mientras levantaba los adornos de los muebles y los retornaba a su lugar. Tamborileaba contra el vidrio de la ventana e imaginaba el banco libre bajo la lluvia.

No cesó de llover hasta media mañana, cuando ya el enojo y la impaciencia lo habían sumido en una alteración furiosa. Entonces se abrigó y ganó la calle. Estaba seguro de no encontrarla, pero por las dudas resolvió llevar el diario, que ya había leído y releído, y extenderlo como marca de propiedad sobre el banco; ambicionó tener dos cuerpos para que nadie se le arrimara, con uno protegería al otro, al que se había acostumbrado a vivir en soledad. Pero ella estaba, como si la lluvia no la hubiera asustado; observó su ropa liviana y que bajo un montón de diarios viejos dormía el perro, que respiraba afanoso, con un silbido.

—¿Cómo sigue? —preguntó.

Y ella dijo:

—No sé. Tóquele la nariz.

—No, gracias —dijo él.

—No es contagioso.

—¿Sí? —preguntó ociosamente. Para él podía estar apestado, nunca lo tocaría—. No me gustan los perros.

Ella lo miró incrédula. Y él cobijó una satisfacción agria, siglos que nadie lo miraba incrédulo, nada de lo que dijera o no dijera tenía importancia como para despertar incredulidad. Ya no desempeñaba ningún papel, bondadosamente y hasta con cariño, solo esperaban que aguantara el paso del tiempo.

—No —repitió con énfasis, vengativo y contento—. No me gustan.

Ella acarició las crenchas del animal que se estremeció, bajo los diarios, con frío o con fiebre. El gesto de ella parecía

decir: está caliente y yo estoy sola, y él rió, sin malevolencia porque se sentía fuerte, pero atajó la risa en seguida, ahogándose, ya que ella reaccionaba con una exclamación de sorpresa y alzaba la mano hacia los anteojos. —No puede ser— dijo. Luchó un momento con la patilla que se le había enredado en la oreja, y se los quitó. La oreja no pertenecía a la misma cara, conservaba su perfección de caracola, rosada y con la piel indemne, como si hubiera estado desprendida del oído, del resto del cuerpo que escucha y envejece. Se empeñó en mirarlo con sus ojos vencidos por la miopía. Y él alcanzó a ver que los ojos de ella debieron ser hermosos en un tiempo, no los ojos sino la mirada, que era semejante a un río manso, corría profunda, pero en silencio, sin alharacas. Algo olvidado, que no supo definir, lo golpeó.

Se alejó bruscamente, sin saludar, temblando de cólera por ese sentimiento olvidado que lo golpeaba. No advertía a la gente y se la llevaba por delante. Un muchacho muy joven, a quien estuvo a punto de atropellar, gritó cuidado, apartándolo con indiferente rudeza, y esto, que le hubiera provocado un ataque, no lo registró siquiera. Llegó a su cuarto y se apoyó en la puerta cerrada, los ojos llameantes y la furia y la hostilidad dueñas de su corazón. Maldita, maldita, decía, pensando en la usurpadora de su banco.

Su nuera empujó la puerta y lo miró interrogativamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él sonrió.

—¿Es hora de comer?

—Es temprano —dijo ella, muerto su interés.

A solas, él caminó por el cuarto esquivando los muebles. Luego acercó el rostro a la ventana hasta tocar el vidrio con la frente y se preguntó qué podría hacer. Nunca concurría a la plaza en la tarde, dormía la siesta y destinaba las horas restantes al cine en ocasiones, más frecuentemente a la televisión, repasaba algún libro de historia, porque no le

gustaban las novelas y menos la poesía. Pero ese día alteró su costumbre para gozar de su banco, para recuperar su amistad constante de madera y silencio. Nunca le había fallado en veinte años, salvo por lluvias torrenciales, no por el frío ni por el viento.

La descubrió desde lejos, como si ella no se hubiera marchado al mediodía, y cambió la dirección de sus pasos. Se sentó en el reborde de una fuente, no tenía dónde apoyar la espalda y lo traspasaba la humedad de la piedra. El agua encerraba manchas verdes, despedía un leve olor a hojas marchitas. Miró a la intrusa a la distancia, atardecía y no tardaría en marcharse. Se llevaría a su perro. Se iría con su cogote frágil, la caracola de su oreja y su vida ignorada, que apostaba tétrica y sórdida, igual a no importa qué vida en una vejez miserable. Entonces, aunque fueran dos minutos, volvería a disfrutar su soledad. Era su banco, su plaza. Incluso le pertenecían los árboles, el que crecía para ser mirado, frente al banco, y el otro, para la sombra o el sol. Lo dominaba un rencor sordo, un odio confuso, como si alguien lo hubiera despojado injustamente de una de las últimas pertenencias que habría podido tener sobre la tierra. Amontonó saliva para arrojársela a los pies. Pero aún luchó contra su deseo de acercarse; el anochecer la expulsaría del banco, el viento frío levantaba remolinos de papeles y hojas secas. Dibujó círculos con el pie, sobre el suelo arenoso, y después los borró.

—Lo esperaba —dijo ella, cuando se sentó a su lado. Sorbió buscando un pañuelo que no encontró. Revisó el bolsillo, hurgó en el escote, y terminó limpiándose con un extremo de la falda en un gesto púdico y subrepticio—. Se olvidó el diario —y se lo tendió con sus dedos cortos, de piel transparente y manchada de vejez.

—¿Cómo está? —preguntó él, señalando al perro.

—No sé —contestó ella, con una tristeza amable.

—¿Come?

—Leche —y después de un silencio, agregó:

—Se va a morir.

—No —contestó él, pero a ese sentimiento que lo invadía. Qué mujer flaca, pensó de golpe, y le deseó carne y abrigo, compañía y protección. Ella tomó su mano, la sostuvo un momento entre las suyas, como si no supiera qué hacer, retenerla o despojarse, y la depositó sobre el perro. La mano se le crispó, huraña, al contacto de la pelambre sucia.

¿Qué me pasa?, se preguntó, entre la desolación y el miedo. Con pesadez, el perro abrió los ojos y lo miró febril, sin curiosidad. Rozó el hocico seco y comenzó a acariciarlo dócilmente, como si viera dentro de su propio anochecer.

—Es un buen perro —dijo.

Es difícil organizar la pasión

Inconfesable. Un hombre viejo, de manos ásperas y nudosas, con malos dientes que mostraba con frecuencia en sonrisas cargadas de aparente necedad.

Leía los diarios mientras su mujer le hablaba. Asentía sin oírla. Hasta que asentía lo que debía negar y ella se encolerizaba. Su mujer lo sufría con desprecio, sin confesarse que él había vivido demasiado. Todavía era hermosa, todavía era capaz de entusiasmos y alegrías. Cuando llegaban los hijos y los nietos se abalanzaba y como si él estuviera ausente, comenzaba el recuento de ofensas, de aquellas insoportables que produce la vejez. Debían terminar juntos lo que habían empezado, pero la convivencia se le hacía pesada, no disfrutaba siquiera cuando él salía porque se inquietaba por su andar vacilante, sus distracciones de viejo.

Él tomó la costumbre de prolongar sus salidas, apoyado en su bastón con contera de goma, y de irse a la plaza donde no incomodaba. A veces hacía demasiado frío, demasiado calor. Quería estar en otro lado, pero no sabía cuál.

Cuando la chica de piel oscura se acercó, solitaria, él se encogió en el banco, empequeñeciéndose por un hábito de años; era muy viejo y había aprendido a hundir la cabeza entre los hombros, contrayendo el pecho como alguien que espera ser golpeado. Pero nadie lo había golpeado jamás. Ella se detuvo frente a él y le pidió dinero.

Él negó con un movimiento apenas perceptible y abrazó el bastón entre sus piernas. La chica miró el bastón con curiosidad. —Ah— dijo, y él vio la piel áspera y castigada de sus pies en el espacio que dejaban libre las roturas de las zapatillas. Ella jugó presionando contra la grava una de las suelas desprendidas e insistió con su tono monocorde. Y él escarbó en sus bolsillos, dudó un momento y depositó en la pequeña mano lo que su mujer le concedía parsimoniosamente para cigarrillos. La chica se alejó de inmediato y él casi la había olvidado, arrepentido ya de su gesto de generosidad, cuando ella volvió. Masticaba un sándwich. Cortó un pedazo y se lo alcanzó, con la seguridad de alguien que sabe por experiencia que lo común es el hambre sobre la tierra. Intuía que un viejo que necesitaba un bastón para andar, sentado en un banco de plaza con pantalones gastados y terrible fragilidad a pesar de su dinero, debía tener hambre. —Comé— dijo.

Tímidamente, él aceptó el pan con su contenido seco, y masticó mirándola de reojo, como si emprendiera una aventura.

—¿Qué hacés con el viejo? —preguntó un muchacho, apenas un adolescente, hablando con la misma prescindencia de su mujer en su casa. Existía, pero no para ser considerado. Como si la edad le fragmentara zonas de percepción, los otros no creían que las palabras podían lastimarlo, se referían a él con descuido e incluso impunidad.

Ella miró al viejo con repentina adhesión y dijo:

—No es tan viejo —y él enrojeció experimentando una oleada de agradecimiento y hasta de orgullo. Asintió vehemente con la cabeza, mientras intentaba erguirse, y aferró el bastón porque temblaba.

—Vamos —dijo el muchacho. Ella ajustó una de sus zapatillas y obedeció con una sonrisa dispuesta que mostró

sus dientes parejos e intactos.

Vio cómo se alejaban y que el muchacho, rotoso y de cabellos grasientos, le pasaba familiarmente la mano sobre los hombros y se apretaba contra ella. Lo asaltó una súbita sensación de abandono, creyó merecer un saludo, un ademán de despedida; se quedó con la mente en blanco y la opresión de un encono indefinible.

Más tarde, cuando su memoria funcionó nuevamente, recordó a la chica y solo rescató su gesto de complicidad. Vagó por la casa; un sentimiento cálido lo invadía, no es tan viejo, había dicho ella ¿era posible? El monedero de su mujer estaba sobre la cómoda, lo llevó a la mesa y revisó el contenido.

—¿Qué buscas? —oyó la voz recelosa de su mujer; sonó a sus espaldas, cortante como un cuchillo, y lo sobresaltó.

—Nada —dijo él sumisamente.

Ella cerró el monedero y le dirigió una mirada de sospecha. Marchó a sus compras y lo dejó solo. Más libre deambuló por la casa, calzado con zapatillas sin talón, y en un momento, se sentó y descubrió un pie. La piel amarillenta, afinada sobre los huesos, las uñas córneas.

Escondió el pie, con un suspiro, dentro de las zapatillas holgadas que perdía a cada paso. Se levantó agitando las manos para ahuyentar no sabía qué. Miró los adornos que su mujer amontonaba sobre los muebles, todos voluminosos, salvo una cajita construida con pequeños listones de madera que había comprado hacía años en un pueblito de playa. Parpadeó nervioso tratando de recordar. El viento sobre su piel, y la plenitud y la fuerza. Corría en la playa, nadaba mar adentro, peligrosamente, sin temor de esto que era ahora, náufrago de su cuerpo. Él había comprado la cajita porque le gustaba y aún le pertenecía. Pero cuando su mujer acomodó las frutas y verduras, quejándose exactamente de las preocupaciones y los gastos con un

malhumor que lo incluía, él se sintió expuesto. Percibió como una presencia delatora la cajita en el bolsillo y se desesperó porque qué explicación habría, salvo la vejez, salvo la penosa chochera de la vejez.

La chica no estaba en la plaza y la esperó en vano hasta el mediodía. Regresó a su casa y se apresuró a dejar la cajita en su lugar. Solo entonces respiró, solo entonces se recuperó libre y sin culpa.

Suprimió su siesta con el pretexto del sol, el día templado. La chica corrió hacia él:

—¿Me das una moneda?

Pero él no tenía nada. Ella se encogió de hombros y repitió el pedido a un transeúnte que siguió de largo. Continuó de pie, inmóvil, ni desilusionada ni a la expectativa, solo persistente.

Al fin, una mujer abrió su bolso y ella asió el dinero sin el menor ademán o sonrisa de reconocimiento, y atravesó la plaza en dirección a la calle. Apareció con un paquete de galletitas a medias consumido, y se sentó junto al viejo. Le acercó el paquete con naturalidad, invitándolo mediante un empujón con el codo. Él se sirvió una y ella lo advirtió y dijo, como fastidiada:

—¡Agarrá más!

Ella comía vorazmente, con la boca abierta. Se pasó la lengua por los dientes y se levantó. Salió al encuentro de un muchacho, que también le apoyó la mano familiarmente sobre los hombros y se apretó contra ella. ¿Hacia dónde se alejaban, qué harían?, se preguntó él con un asomo de angustia.

Al día siguiente, con decisión, hurgó en el monedero y sacó un billete. Silbó balbuceante y feliz, y tendió la mano hacia la cajita, cuya belleza siempre lo había conmovido. ¿Por qué

no?, se dijo con un arresto de coraje, y se la guardó en el bolsillo. Pero una vez guardada, el coraje desapareció, el riesgo le pareció inmenso, e intentando disminuirlo restituyó el billete.

Cuando la chica se acercó con su pregunta habitual, él mostró la cajita con un gesto victorioso y esperó su reacción.

—¿Qué es? —dijo ella—. ¿Para qué sirve?

Él permaneció en silencio, desconcertado. Ella la abrió y colocó el índice.

—Ni un dedo cabe —precisó—. ¿Qué guardo?

Él experimentó una decepción profunda. Había gozado de antemano con ideas de sorpresa y gratitud. Cuando acudieron a buscarla dos muchachos, demasiado crecidos para ella, robustos y con claras señales de bigote sobre las bocas ávidas, se precipitó al encuentro y olvidó la cajita abandonada en el banco. Él se quedó en la plaza hasta el anochecer. Se movió entumecido. Recogió dos piedritas que ella había pisado y las apretó en su mano.

De regreso, pasó junto a una magnolia enorme, con flores blancas, altísimas entre las hojas oscuras, y descubrió a la chica y a uno de los muchachos al reparo del tronco. El otro espiaba, un poco más lejos, y sonreía, la mano próxima a la ingle.

Sí, sí, dijo él, y el camino hacia su casa le resultó fatigoso y sin término. Pensó en la piel oscura y sintió el deseo de tocarla.

Ella preguntó:

—¿Y la cajita?

Él no encontró su voz, cuando se emocionaba huían las palabras que antes habían acudido a él tan fácilmente.

—Era linda —dijo ella.

—¿Sí? —balbuceó, como un ahogado que recibe aire.

—Traémela —dijo ella, usando el mismo tono indiferente, casi impúdico, con el que pedía—. Me la regalaste, ¿no?

Entonces, le llevó la cajita y un poco de dinero, imprudentemente un billete más de lo que costaba un paquete de cigarrillos. Y ella dejó que los dedos de él le rozaran la mejilla, y él sintió que su corazón se estremecía porque la piel era de increíble calidez y suavidad.

El rostro de su mujer mostraba una irritación perpleja, y él negó y luego se embrolló ante el interrogatorio tenaz. Aún conservaba la cabeza lúcida sobre los hombros, decía su mujer, sin estar consciente de infligirle una humillación por gracia del parentesco y la convivencia. Terminó confesando que había fumado de más, y el resto del dinero quizás lo había perdido. Ella pensó si la vejez no lo haría desvariar. Ni olor a tabaco tenía. Lo miró sin amor, ¿cómo había envejecido tanto? No hay derecho a envejecer tanto, se exasperó, y se marchó a la cocina, donde las cacerolas envejecían de una manera que no agraviaba.

La ausencia de la cajita no la advirtió hasta dos días más tarde, tiempo que él vivió en zozobra hasta que comprendió que ahora debía aferrarse a la mentira como antes a la verdad. Acusó a los nietos, se lamentó en un rezongo interminable de que le escamotearan, por travesura o descomedimiento, la cajita que él mismo había comprado en unas vacaciones junto a la playa. No vaciló esta vez, seguro y quejumbroso. Y mientras simulaba leer, con ganas de fumar y la extenuante fatiga de sostener el engaño, pensaba qué podría regalarle a la chica de la plaza, que siempre esperaba alguna dádiva con una codicia implacable que, al mismo tiempo, parecía no pertenecerle. Ella se conformaba con poco, pero poco o menos que poco, era lo que él podía ofrecer. Y en este punto no por ambición de trueque, un regalo a cambio del roce de la piel; también por eso, pero no por eso. Quería dar, entregar lo que tenía y soñaba, su

mísera riqueza y la vastedad de sus impulsos, porque amaba. Quería desnudarse de toda posesión y poseerse en la alegría ajena, tan simple y ardua es la materia del amor cuando nace.

Con una duplicidad que nunca había tenido, pero que se manifestaba en él de una manera casi natural, como si toda su vida de hombre íntegro hubiera sido una preparación para el disimulo, maquinaba incesantemente, urdía patéticas artimañas, planes descabellados, grandiosas empresas de raptos y huidas, sabiendo que no sería capaz de poner en práctica ni siquiera el comienzo de un sueño.

Revisaba los cajones mientras su mujer lo empujaba impaciente, sin entender qué buscaba.

—No busco nada —se disculpó—. Miro.

—¿Qué? —gritó ella. Y después se ablandó porque, no obstante, todavía había algo en él que la conmovía por ráfagas, fugazmente.

Se forzó a leer el diario mientras la ansiedad y el desasosiego lo consumían, hipócritamente fingió rezongar por las mismas cosas que ya no le interesaban, con escrupulosidad imitó al que era antes.

Cuando oyó cerrarse la puerta de calle, emprendió una búsqueda metódica y frenética, y renegó de la incertidumbre de sus gestos. Revisó los cajones con mayor atención, movió la ropa apilada, pasó la mano por el fondo, y solo entonces se dio cuenta qué desposeído estaba.

—Mañana cumplo años —dijo la chica.

Y él recibió la noticia como un golpe.

—¿Qué me vas a regalar? —preguntó con su impertinencia indiferente.

—No tengo nada.

Ella lo observó maliciosa. Rió sordamente. —¿Cómo no vas a tener nada?

Y él pensó que era justo, que solo ella y los que eran como ella, el grupo de muchachos cuya vida ignoraba y que la manoseaban detrás de los árboles, eran los desposeídos. No él.

Vagó por la casa hasta crispar a su mujer porque eso, vagar, lo había hecho siempre para evadirse de su propio letargo, aunque ahora era producto de una determinación oculta y escrutadora. ¿Es que este hombre no podía quedarse quieto?, decía su mujer, apartándolo de su camino. La oyó quejarse amargamente ante sus hijos y nueras, con odio porque lo había amado y ahora se enfurecía ante el vacío que él le provocaba en los sentimientos. Él acentuó los gestos de su chochera porque, ¿qué entenderían? Miró a los niños bien cuidados que tenían su sangre, y el amor que sentía hacia ellos era tranquilo, no esta convulsión apasionada donde se mezclaban la impostura y lo subrepticio, donde debía estrangular sus deseos de tocar a esa niña desconocida, sucia y procaz la imaginaba y, al mismo tiempo, limpia para toda experiencia exaltada e inocente. Quería caminar junto a ella, tomados de la mano, alegremente, con la fantasía insensata de hacerlo a la vista de todos porque su amor, como todos los amores, sufría con el ocultamiento. Quería cambiar sus zapatillas rotas por zapatos nuevos, otro vestido, comprarle un helado o sorberlo juntos, y regocijarse con su deslumbramiento. Pero sobre todo, deseaba tocarla, palpar sus muslos, respirar su sexo.

Examinó los adornos de los muebles, con aquella determinación oculta y escrutadora, y no había nada que sirviera, flores artificiales, cerosas, jarrones pesados. Si hubiera un jardín y flores. Pero ella no quería flores, que no se comen, que se marchitan.

Bajo uno de los jarrones había una carpetita bordada y él la rozó con los dedos, considerando la textura de la tela y si podría servir. Estaba sucia. Movió el jarrón con cuidado y

levantó la carpetita, la lavó con sus manos ásperas y nudosas.

—¿Qué hacés? —preguntó su mujer, sorprendiéndolo.

—Estaba sucia —se disculpó con una cobardía abyecta.

—¿Y desde cuándo...? —replicó ella, y dejó la frase inconclusa que presionó con su propia perplejidad.

Y él supo que no podría hurtarla porque había sido descubierto y señalado. La carpetita se secó al sol, blanca, con sus minúsculas flores rojas. Su mujer la planchó al mediodía y la colocó bajo el florero, como diciendo, impremeditada y certeramente, de aquí no se mueve.

Y él rondó como un ladrón bajo la sospecha de dos ojos inclementes que lo acechaban. No era él lo que su mujer veía, un viejo con mala dentadura, palabras trastabillantes, sonrisas cargadas de necedad. Era alguien que podía dar, que de nuevo imaginaba en su deseo. No otra piel junto a la suya, entera, pero sí el viaje de sus dedos, recorriendo, hurgando, sacando a la luz sentimientos que creía muertos. Le latieron las sienes y enrojeció, y después se puso blanco como el papel. Su mujer lo observó atenta y lo obligó a sentarse. Corrió y le acercó un vaso de agua a los labios, que él rechazó. —¿Qué te pasa?—. Y él de pronto hubiera querido abrazarla y confesar ese sentimiento imposible que llenaba su corazón. Si ella que lo había amado, no lo comprendía, ¿quién entonces? Si ella no lo explicaba, amparaba en la devastación de su pasión, si no lo asumía, ¿quién entonces? Pero le bastó mirarla para saber que la corrupción y la desmesura de los sentimientos jamás la alcanzarían. Le brotó una pena irresistible y se echó a llorar. Se inclinó sacudido por sollozos roncos que le rompían el pecho.

—Ah, ah —dijo su mujer, sin asustarse. La senilidad también abarcaba los accesos de llanto, el fastidiar sin cuento, el ocio eterno. Pensó que la decrepitud de él se

aceleraba y eso la turbó como una inminencia de muerte. Lo forzó a beber el agua y le proporcionó un pañuelo—. Ya pasó —dijo tranquilizadoramente, palmeándole el hombro con un afecto distante, y él se secó las lágrimas y se quedó inmóvil, entre el sofoco y la vergüenza.

Cuando volvió al atardecer, su mujer lo esperaba en la puerta. La chica había recibido su regalo sin excesiva alegría. —¿Qué hago con esto?— dijo, con su carpetita sobre las rodillas. Su mujer le abrió la puerta y él caminó dócilmente detrás, la cabeza gacha. Ella se sentó junto a la mesa, las manos unidas en el regazo. El lugar desnudo bajo el florero lo acusaba.

Ella mostraba un aire reticente y cansado. Tardó en hablar. —¿Dónde la escondiste?— preguntó, con un acento que era más de hartura que de enojo, y él sabía que no podría explicar nada, menos la nostalgia por esa piel cálida y oscura que había tocado.

Sus hijos llegaron hacia la noche, convocados por la costumbre o por un llamado. —Papá, es mejor que no salgas solo.

Él sonrió con su sonrisa boba y movió la cabeza, asintiendo. Todavía lo intentó una vez más. Corrió a la plaza al día siguiente, y en su prisa la contera del bastón se enredó entre las piedras de la grava. Cayó de bruces y dos mujeres lo ayudaron a levantarse. Sentía las piernas temblorosas, la vista nublada. No entendía cómo el suelo se había alzado hasta él para aturdirlo, castigarlo. Se había hecho una herida cortante en la frente y la sangre lo asustó. La chica, que había aparecido a lo lejos, se quedó contemplando, hasta verlo de pie, con las mujeres que se afanaban a su alrededor. Él las apartó de malos modos, apelando a un resto de orgullo. Se secó torpemente la sangre y luego la saliva que se le desparramaba desde la boca al mentón. La chica avanzó unos pasos, meneó la

cabeza, alzó la mano en un vago saludo y sonrió, antes de volverse y alejarse.

Su mujer le lavó la herida sin pronunciar reproches. Durmió con un sueño perturbado que, en un momento, cayó en una zona de felicidad, se vio joven y libre, y al despertar recordó el sueño, aquella luminosidad inalcanzable del sueño, y la presencia de su cuerpo dolorido aumentó su pesadumbre. Es así, se dijo, y se encaminó hacia la puerta de calle. La encontró con el cerrojo puesto; unos pasos atrás su mujer se limitó a negar con la cabeza. Buscó infructuosamente la llave y luego se encerró en el baño. Se apoyó en los azulejos y permaneció en un sopor aletargado hasta que algo se quebró en él. Sentado en el borde de la bañera lloró silenciosamente la pérdida definitiva del amor. Qué soledad, se dijo, con las espaldas encorvadas, qué soledad. De esta manera se iba la vida, de esta manera secreta y miserable.

Su mujer le preguntó qué le ocurría, la voz inquieta. —Ya salgo— dijo. Se incorporó con trabajo y se lavó la cara. Se esforzó por no perder el hilo de sus pensamientos que lo sepultaba en un territorio nebuloso donde nada lastimaba demasiado. Quería pensar aún, y recordar, y supo que no debía compadecerse, a pesar del dolor y la nostalgia por la piel oscura y cálida. Antes de morir había conocido la pasión y la pasión cualquiera sea la tierra que elija, adolescente o próxima a la muerte, siempre es espléndida en sí misma. Su destello no toca impunemente, ilumina y destroza. Está bien, repitió, y se sonrió acongojado frente al espejo, con sus dientes arruinados, con su sonrisa que parecía cargada de necedad.

—Ya salgo —dijo, y abrió la puerta.

Distintas maneras de relacionarse

Podría decirse, exagerando, que había mucho amor en él y mucho odio. Era un hombre enjuto, de rasgos regulares, mirada fría y una risa un poco estridente que no le agradaba oír y que interrumpía de súbito provocando desconcierto.

Heredó de sus padres una vieja casa con pisos carcomidos de madera, grandes habitaciones y dos vides en el fondo trepadas a unas vigas de cemento. Javier había agregado plantas: infaltables rosas, hibiscos de flores amarillas y macetas con geranios, malvones, azaleas. Tenía la mano verde, le decían; nadie tocaba sus plantas a las que dedicaba un cuidado constante y posesivo. La manía de un hombre maduro encariñado con pocas cosas pero todas esenciales. Él las recorría ensalzando mentalmente brotes y floraciones, persuadido de que le agradecían sus cuidados y de que el entendimiento con ellas era absoluto.

Desde hacía un tiempo su vida había empezado a cambiar. Paradójicamente, el mucho odio que había en él se debía al amor. O no tan paradójicamente porque siempre andan juntos, aunque uno hable, según la ocasión, más fuerte que el otro. Esa mañana salió al patio desperezándose con fatiga, los rasgos más enjutos por una noche de insomnio. Advirtió que en algún momento impreciso, Carolina había cortado las ramas secas de los helechos, varias, todavía con hojas amarillentas; ella las había arrancado desde las raíces bulbosas. Javier recogió las ramas y las depositó en un pozo abierto en la tierra, detrás del

último cantero. Bruscamente, lo asaltó una gran furia. Registró lo que ya sabía: que no estaba solo, otra presencia se tomaba libertades con su casa, alteraba su orden. Solía ocurrir que abriera un cajón y descubriera dos o tres pañuelos que no le pertenecían, una blusa con huellas de uso arrojada desaprensivamente sobre sus prendas. Ignoraba cuándo sucedía esto y que ella venciera su vigilancia aumentaba su ira.

Durante la noche, cansado y con sueño, había intentado poner las cosas en claro aunque para él la situación era clarísima, desahuciada de esperanzas y por lo tanto intolerable. Había hilvanado un discurso convincente, pero de razones tan crudas que se sintió incapaz de enunciarlas frente a ella. Entonces decidió entregarle una carta, y que la leyera a solas, fuera de su vista. Quería estar lejos de súplicas y reproches porque se conceptuaba a sí mismo un hombre débil.

En el insomnio, la consistencia de este propósito le pareció efectiva y no frágil como era en realidad; abandonó la cama y comenzó a escribir sobre la mesa de la cocina. Pero la pluma se enredaba en el papel, y lo que había aparentado ser tan duro y al mismo tiempo tan fácil de decir por escrito, se revelaba enmarañado e insoluble. Se acostaba y en la oscuridad, los ojos abiertos, la carta adquiría sorprendente fluidez. No era tema lo que le faltaba, la suma de desinteligencias y secretos agravios llenaba una página tras otra. Saltaba de la cama y escribía con decisión: Carolina. Después del nombre, el vacío. Las sombras del patio se movían, buscaba la luna por un hueco entre las vides. Mucho tiempo después agregaba una frase. Pero no pasaba de allí.

Carolina había prometido venir al mediodía, promesa que nadie le había arrancado, y él no tenía ganas de verla. En cualquier momento él quería tirarse en la cama y leer,

dormir, roerse las uñas. Invariablemente, Carolina se sentaba a su lado, extendía una mano cálida acariciando su rostro, sus piernas o su sexo. A veces Javier respondía, a veces se levantaba con fastidio, forzándose sin embargo a festejar la presencia y sonreír.

Ahora, pasada la idealización del primer entusiasmo, la juzgaba cruelmente. Carolina tenía una manera de caminar que lejos de ser elegante, era cómica. Balanceaba con enérgicos enviones los brazos separados del cuerpo, como si nadara, y a él lo avergonzaba ir con ella por la calle; aducía pretextos para no hacerlo y si ella no los atendía, caminaba rezagado.

A pesar de todo, aún le gustaba. Era una mujer de corta estatura, de formas redondas, con ojos desleídos y una sonrisa contagiosa que mostraba sus dientes blancos. Pero que le gustara, no compensaba la irritación y el tedio. Cuando Carolina abría la boca, él bostezaba; un aburrimiento mortal lo consumía, como si debiera permanecer en un cuarto cerrado y desnudo. Carolina entrecerraba los ojos y adquiría un temible aire evocativo: Una vez, en Brasil de vacaciones... Javier interrumpía: Ya me lo contaste. Ella acumulaba altas dosis de perplejidad que nunca reconocía. ¿Te lo conté?, preguntaba desconcertada por un momento. Esto no, y continuaba la historia oída por Javier hasta el hartazgo. Él tenía una memoria minuciosa que nunca olvidaba el menor detalle, mientras ella disponía de una memoria a grandes planos donde solo perduraba lo esencial, lo mucho sufrido o gozado, en tanto que el resto, anécdotas y pormenores, se borraba con facilidad a sí mismo y siempre renacía como nuevo. Pero nunca hablaba de lo que guardaba su memoria sino de lo que la memoria borraba, y si había algo de protección en esto ninguno de los dos se daba cuenta.

Javier supo que Carolina no lo comprendía en absoluto cuando una tarde ella apareció feliz cargando una maceta donde florecía una begonia. Desplazó otras macetas para hacerle lugar, y esperó su reacción con una sonrisa. Él se mordió los labios. Ya tenía las plantas que necesitaba. Odiaba las plantas amontonadas, sin aire. Carolina retrocedió unos pasos, abarcó el conjunto con una mirada que lo incluía en todo ese florecimiento, esa belleza. Esperaba una palabra amable. Javier la dijo, incómodo, preguntándose si al fin y al cabo él no era un poco ruin.

Carolina desprendió las hojas secas de los malvones, las arrojó al suelo. Al suelo no, previno Javier al instante. Después las echo al pozo, aseguró ella, pero Javier sabía que olvidaría su promesa; como siempre sería él, que no soportaba el descuido, quien barrería el patio sintiéndose estafado.

Estrujando una hoja de malvón, Carolina alzó la cabeza hacia las vides. Las podaré en otoño, dijo. Ella se subía a las escaleras como un mono, le había propuesto pintarle la casa, mientras él, que se había roto una pierna de joven, trabajando en un andamio, temía las mínimas alturas. Quién sabe dónde estaremos en otoño, contestó despectivo, y se distrajo pensando que si la suerte lo acompañaba estaría solo.

Antes de que se diera cuenta, Carolina regaba los malvones. No hacía gotear el agua, la precipitaba. Ya regué, dijo él, cortante, y Carolina denegó con la cabeza, sonriendo. Ella creía que las plantas solo se alimentaban de humedad, las pudría. Pero ella era incapaz de entender ni de plantas ni de nada. No acusaba diferencia alguna entre sus saltos de humor, sus fugaces concesiones a la ternura, esas contestaciones que él no podía evitar y que a una mujer con mayor perspicacia habrían humillado. Él quería quedarse solo como antes, con la regularidad de su orden y sus

costumbres. Y también que la ruptura no le costara, que ella se enterara a solas de sus razones y le ahorrara presenciar escenas de reproche o aflicción.

Con impaciencia había roto las cartas apenas esbozadas durante la noche de insomnio. De ese trabajo enorme solo restaba un sentimiento de fatiga, amén de una hoja en blanco olvidada sobre la mesa que, como un palimpsesto, llevaba las huellas de lo escrito en las otras. Había apoyado la punta de la lapicera con tanta fuerza, con la violencia de quien ignora su acto injusto, que en esa hoja se habían superpuesto palabras sin tinta, huellas casi invisibles de un fracaso.

Después de afeitarse, fue a cambiarse de ropa y en el cajón, sobre sus prendas limpias, escrupulosamente dobladas, encontró un par de medias en ovillo. Como toda la ropa de Carolina y Carolina misma, tenían aspecto de sucias. Ella llamaba a las manchas, atraía los rotos, se bañaba y no tardaba en transpirar; su frente se empapaba de minúsculas gotas de sudor. ¡Cómo transpiro!, decía y se enjugaba la frente y el surco entre los senos. Usaba la mano que luego secaba en la falda o en sus propios cabellos. Ajena a la reprobación, después preguntaba, confiada e inocente: ¿Estás triste?, ¿estás cansado?

Él nunca contestaba: tragaba bilis.

Frente a las medias de un turbio color blanco, tomó una decisión: las levantó entre el índice y el pulgar y con una alegría exasperada las arrojó en el tacho de basura. Carolina no le había advertido: Dejo aquí estas medias. Y si las buscaba, él diría: ¿Dejaste una medias? No advertiría la ironía, ningún dardo la alcanzaba, a una mala contestación oponía una tozudez cariñosa que lo sacaba de quicio. Carolina buscaría las medias y terminaría encogiéndose de hombros como acostumbraba, riendo incluso porque siempre se perdonaba sus propios descuidos.

Él emprendió un recorrido minucioso por la casa, recogió unas blusas, el cepillo de dientes en el baño, varios cuchillos en la cocina, cuyos mangos de madera desentonaban entre sus cubiertos de mango de metal. Acechando por encima de los estantes se topó con un repasador saturado de grasa, y en un último vistazo al dormitorio retiró un pantalón, con un destrozo en la rodilla, que ella había ocultado dentro de la mesita de luz. Hizo un paquete con todo y para marcar más su decisión lo aseguró mediante varias vueltas de piolín. Salió a la calle y abandonó el paquete junto al cordón, sabiendo que alguien no demoraría en pasar y por curiosidad o miseria se lo llevaría bajo el brazo.

Tomó unos mates disfrutando la satisfacción de lo hecho. La begonia, pensó. Había olvidado la begonia que renovaba sus flores en racimo, más ávida de sombra que de sol. La arrancó con encono, aplastando los tallos y sacudiendo las raíces sobre la tierra de la maceta.

Pasado el primer momento, desapareció su alegría. Imaginó la búsqueda de Carolina de sus pequeñas posesiones en la casa y el resultado. Ella era inmune a la evidencia, aun a las más crudas. En el cerebro debía faltarle una zona, la que en otras mujeres servía para intuir lo que pasaba. Y no pretendía que ella se diera cuenta de las profundidades, apenas de los datos visibles en la superficie de las cosas. Javier miró la hoja en blanco sobre la mesa, pero no tuvo fuerzas para intentar de nuevo esa carta que debía ser escrita, y que irrazonablemente se le antojaba el único medio que le permitiría recuperar su vida de antes, cuando ella no estaba. Se acercaba el mediodía y sería un día más prolongando esa situación que lo agobiaba.

Carolina apareció en el marco de la cocina mientras él vacilaba aún frente a la mesa. No la había oído entrar. Cuándo se había apropiado de la copia de sus llaves, se

preguntó, si él las había escamoteado de su lugar habitual para esconderlas.

Javier, Javiercito, saludó Carolina canturreando su nombre, y él sintió la acidez del resentimiento subirle desde el estómago. Le devolvió una sonrisa helada. Traje el pan, dijo Carolina, y Javier observó sus manos con la intención de descubrir si traía algo más, una prenda que abandonaría en sus cajones. Carolina se acercó, lo besó y se mantuvo apretada contra él hasta que Javier se desasió sin afecto. No dijo: tenés ojeras, ¿dormiste mal? Nunca veía nada con sus ojos desleídos, carentes de fuerza, de intensidad.

Aceptó que Javier se separara y caminando con su balanceo cómico, casi ridículo, esos enviones de nadadora que vencían distancias inexistentes, se dirigió al patio, hacia las plantas. Las recorrió pausadamente, mientras Javier gozaba con lo que se iba a encontrar. Y en efecto, Carolina se detuvo frente a la maceta con la begonia que había visto florecer el día anterior, todos los días en el verano. Lanzó una exclamación consternada. ¿Qué pasó? No sé, contestó Javier, y agregó, qué pena.

Carolina permaneció en silencio un momento contemplando el desastre y luego afirmó: Seguramente un gato. Seguramente un gato, repitió Javier como un eco.

Carolina alzó la begonia, la observó con pesadumbre y renunció a plantar algunos tallos, las begonias se aferraban tenaces a la vida y solían renacer con nuevos brotes, pero esta estaba demasiado marchita. Javier casi le tuvo lástima porque el pesar de Carolina era genuino, sostenía la begonia como a una criatura muerta. Estuvo tentado de abrazarla, arrepentido. Se alegró de no hacerlo ya que ella se repuso rápidamente, rogó: No te pongas triste.

No estoy triste.

Ella pasó por alto su negación. Te regalo otra, dijo, con su amor insensible y generoso, y depositó la begonia sobre la

tierra de la maceta. Mostró una sonrisa alentadora, la que se exhibe frente a un niño que debe ser conformado. Javier ocultó su impaciencia, cómo era posible que ella nunca entendiera. Experimentó el impulso homicida de confesarle que había sido él, no el gato, y se contuvo al considerar cómo reaccionaría ella, diría un ataque de malhumor, una reacción desmedida por un enojo que tenía que ver con algo ajeno, el agraviante mundo, y lo abrazaría sin resquemor. Aunque el impulso fuera homicida, no había cuerpo ni materia para asesinar.

Carolina continuó revisando las plantas con ese aire posesivo que lo alteraba, desprendía hojas secas, tanteaba la tierra. Él ahogó un grito cuando dijo: Les falta agua.

Se deslizó junto a Javier, que estaba inmóvil, los puños apretados, lo pellizcó ligeramente. Recogió el balde en un rincón del patio y se dirigió a la cocina. Balanceaba el balde en el extremo de su brazo. Comenzó a silbar mientras el balde se llenaba bajo la canilla. Javier detestaba oírla, le parecía impropio y ella lo sabía. No obstante silbaba, los ojos perdidos que por azar se posaron en la mesa, Javier creyó que la mirada resbalaría sin destino con aquella vaguedad desprovista de pensamientos, de verdaderas intenciones de mirar. Pero la mirada volvió a la mesa, se detuvo allí. El silbido se transformó en un soplo y luego cesó. ¿Qué mira?, se preguntó Javier, con la sensación absurda de estar pescado en falta, como si ella pudiera conocer sus propósitos de ruptura a través de esa hoja en blanco que solo contenía marcas indescifrables.

Carolina cerró el grifo, suspiró profundamente. Su rostro se puso pálido y después enrojeció. Sacudió los hombros en un gesto perplejo y aún dudó, porque su mano se extendió hacia la pileta, quedó dormida en el borde metálico. Se acercó a la mesa y se sentó con la pesadez de un cuerpo gordo que se afloja de golpe. Javier esperaba, recostado en

el marco de la puerta. Carolina atrajo la hoja hacia ella con un movimiento cauteloso del índice y luego sostuvo las manos abiertas en el canto de la mesa, como si el resto de la superficie estuviera invadido por un derrame de aceite.

Después de un rato, se incorporó rígidamente, tropezó desmañada encimando un pie sobre otro. Apartó la vista de la hoja en blanco y la trasladó a Javier, lo miró con una sonrisa atontada, los ojos desleídos. De pronto se inclinó sobre la mesa, estrujó la hoja con fuerza y se la guardó en el bolsillo de la falda. Salió de la cocina y él la siguió con una expresión de incredulidad porque Carolina atravesaba el corredor y se dirigía hacia la puerta de calle.

¿Adónde va?, se preguntó Javier, imitando de manera inconsciente su forma de caminar. Nadaba menos, pensó, porque ella movía apenas los brazos ahora, los mantenía separados del cuerpo pero esta vez como alguien quemado a quien la menor fricción, el menor roce, desollaría. Javier vio su nuca tensa y tuvo ganas de cantar, de correr hacia el fondo y saltar alborotado bajo las sombras de las vides.

En la puerta de calle, Carolina tendió la mano hacia el picaporte, no lo tocó, la dejó caer laxamente hacia un costado. Javier suspiró, ella había cambiado de idea, nunca entendería nada, reconoció con un dejo amargo, mezclado no obstante a una turbia satisfacción.

Carolina miraba hacia el suelo con el ceño fruncido. Una hoja seca de malvón se había aposentado sobre su pie, la apartó con un ademán leve como si temiera quebrarla. Transcurrió un segundo de inercia. Luego ella buscó las llaves en el bolsillo y las colocó en la cerradura. Todavía hay esperanzas, se dijo él, atento a su salida, y estúpidamente se preguntó si debía devolverle el pan que había traído. Por la puerta entreabierta entró desde la calle la reverberación del sol del mediodía. Ella quitó las llaves de la cerradura y las contempló mostrando repentinamente una expresión de

ansiedad. Volteó la mano y las llaves cayeron sobre las baldosas. El gesto no reveló reproche ni desdén, solo cansancio. Él la miró a contraluz y le pareció que era otra que nunca había conocido. No transpiraba, la piel aparecía marchita y enrojecida sobre los rasgos tirantes.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Javier recogió las llaves, las apretó en su puño como un trofeo. Tuvo una risa corta que le sonó más estridente que de costumbre. Adiós Carolina, dijo en voz alta, con el acento de quien se salva para siempre de un problema insoluble. Ignoraba qué camino lo había llevado al resultado. Milagro o casualidad, ya no importaba.

Cerró la puerta con llave y al hacerlo una imprevista inquietud lo invadió. La sombra de las vides estaba lejos, en el fondo, y caminaría bajo su amparo sin otro deseo que el de complacerse en ese ocioso ir y venir a voluntad.

Estaba solo y esperó el asalto de la alegría. A través del corredor miró hacia el patio, hacia las plantas con quienes el entendimiento era absoluto.

Carolina, dijo con una curiosa voz infantil. Se apoyó en la puerta, repitió Carolina, y esperó inútilmente.

El misterio de dar

La Sra. Schneider salió a cobrar su jubilación. Tenía setenta y seis años y se alegraba cuando le decían que aparentaba diez menos. Caminó con lentitud y pensó que la vejez significaba controlarse cuidadosamente; una no podía arriesgarse a caminar como a los veinte años porque faltaba el aire, a comer demasiado porque no se digería con la misma facilidad. Estas eran las reglas del juego y si una las acataba se vivía de manera bastante agradable. Aceptaba tomar una taza de té con pan y manteca a la noche porque así su dinero alcanzaba para todo el mes, salir solo a la plaza porque era gratis, remendar sus zapatos hasta que cayeran en jirones, y esto sí era una desgracia, pero los zapatos podían durar interminablemente si una los cuidaba sin someterlos a la lluvia, sin caminar demasiado, cambiándolos apenas pisaba el umbral, después de cada salida, por las zapatillas de entrecasa. En resumidas cuentas era feliz, y cada gesto tenía un porqué, tenía un sentido, lo que muchos no podían decir.

Gozó la dicha de que le cedieran el asiento en el ómnibus que la dejaba a unas cuadras del banco. En el trayecto, a mitad de camino, como dos piedras que no arrastraba la corriente de transeúntes, encontró a una mujer y a un chico tomados de la mano en la esquina de una calle. Parecían no saber muy bien qué hacer, el aire cohibido de los que caen en una gran ciudad que no conocen. Estaban en la franja donde el sol castigaba y no atinaban a protegerse en la

sombra. El chico, de unos nueve, diez años, atrajo la atención de la Sra. Schneider, era muy hermoso, con una cabeza redonda donde el ojo derecho miraba con una tristeza desamparada. El izquierdo no era visible, tapiado por unas gasas y dos vendas adhesivas colocadas en cruz. La Sra. Schneider intuyó, aunque la mujer estaba inmóvil y no tendía la mano hacia los transeúntes, que pedían ayuda, y no supo qué fue, quizás la mirada del chico, más solitaria en su tristeza por el ojo ausente que no lo acompañaba, lo que aminoró su paso, ya de por sí lento, y la impulsó a detenerse frente a ellos. En los últimos años había pasado ante mendigos y pedigüeños desviando el rostro sin alterarse; desconfiaba y, por otra parte, de su escasez no se podían sacar restos. Esta vez abrió la cartera y hurgó en su interior. Tendió dos monedas. Oyó que la mujer agradecía y le contaba su historia, de la que solo entendió retazos porque la mujer hablaba en voz baja y ella era dura de oído. El muchacho había perdido un ojo y no habían comido, y la Sra. Schneider, extraviada en el relato, se preguntó que tenía que ver una cosa con otra, pero esa mirada fija del chico, con su visión truncada, seguía conmoviéndola. Dijo: voy al banco, si vienen conmigo les daré algo más. Y la mujer contestó: no, su hija recorría los negocios cercanos en busca de ayuda. Retornaría a esa esquina, y aun así temía que se confundiera con tantos edificios, tanta gente. Sin embargo, no le resultaba simple renunciar a la propuesta de la Sra. Schneider. ¿Querés ir vos?, le preguntó al chico que mostró una expresión aterrorizada. La mujer dudó: ¿me esperás aquí entonces? Y el chico aferró su vestido. Cerró el único ojo y por un momento pareció ciego. La mujer negó con un movimiento de cabeza en dirección a la Sra. Schneider y esbozó una sonrisa desalentada. Mala suerte. Desasió la mano del chico de su falda y lo besó en la mejilla.

La Sra. Schneider se oyó decir: voy al banco y vuelvo. Se alejó a pasos cortos, sin apresurarse; casi instantáneamente sintió el calor de esa tarde de verano y se reprochó su locura. De regreso a su casa tomaba otro ómnibus y reencontrar a la mujer la alejaría de su camino. No vuelvo, dijo, ¿pero cómo prometer y no cumplir?

Esperó su turno en la cola del banco, cobró su flaca pensión y la depositó en el fondo de su cartera, que apretó con ambos brazos. Miró dónde podría sentarse a descansar, pero el lugar había sido pensado para gente atareada y de paso. El sol de la primera hora de la tarde caía dejando poca sombra en las veredas. Ella no se arriesgaba al sol del verano porque se sabe lo que ocurre con los viejos, se deshidratan fácilmente. Entró a un bar y pidió un vaso de agua. El mozo accedió con gentileza y ella le sonrió, agradecida. No es necesario que vuelva, dijo, ya pasó mucho tiempo. No la esperarían ya, a ella y a su promesa que no pensaba cumplir. ¿Por qué voy a volver? No le sobraba el dinero. Esos, se sabe, no trabajan y piden. Hacía años, cuando ella todavía podía dar, se había sentido engañada. Movida por la pena y en parte por la culpa, había socorrido a una mujer que mendigaba sentada en el suelo de la calle, con dos chicos aletargados en el regazo. La Sra. Schneider había movido la cabeza conmiserativamente, el ánimo impresionable que ella misma suponía menos endurecido en aquel entonces. La mujer tenía el rostro hinchado, como después de mucha lágrima; los chicos permanecían inmóviles, en el sopor del sueño o quizás del hambre. La Sra. Schneider había sido compasiva y se había marchado contenta. Más tarde, el mismo día, apenas una hora después, los encontró fortuitamente en otra calle. La mujer no tenía ya el rostro desamparado marcado por las lágrimas sino por una vulgaridad estridente, reía con una compañera y los chicos jugaban a perseguirse esquivando a los

transeúntes. No se preguntó entonces por qué se había sentido tan defraudada, si hubiera sido mejor que la mujer mantuviera inmutable su estado de aflicción, sosteniendo a sus hijos aletargados en el regazo. Como si una limosna significara un contrato donde quien la recibe asume la obligación de no cambiar, de permanecer eternamente en la misma actitud. Bien había visto que había caído en un fraude, porque la mujer reía como la misma Sra. Schneider podía reír en ocasiones y los chicos se perseguían ágiles y despiertos entre los transeúntes. ¿Pero acaso era en realidad engaño el engaño? ¿Acaso la mujer había vestido otras ropas, un chofer la esperaba ante la puerta abierta de un coche, un festín estaba preparado para saciarla en una casa suntuosa? O lo que había creído herida de la buena fe era meramente otro tipo de herida, la incompetencia de su bondad. Pero en ese entonces no alimentaba dudas ni analizaba mucho, y le resultó más sencillo mantener la escaldadura del engaño. Ahora quizá lo justificaría. Tampoco ahora, decidió con inesperada acritud. No la engañarían dos veces. Si retornaba, y no estaba segura, observaría a la mujer con atención, formularía preguntas, y a la menor incoherencia, el menor traspié, los dejaría plantados, la cartera bien cerrada. Luchando entre la desconfianza y su promesa, la Sra. Schneider dudó por un instante preguntándose si el vendaje no sería falso, simple ardid para atraer su compasión. Bajo el vendaje estaría el ojo intacto y proyectaría una mirada distinta de la desolada, un ojo burlón, un poco cínico.

La mujer la miró regresar sin asombro, como a una amiga con quien se fijó una cita. Y entonces, el acento de una dama amable pero inquisitiva, la Sra. Schneider preguntó. La mujer habló en voz baja, modesta, sin quejarse. Qué, qué, dijo la Sra. Schneider, aguzando el oído. Señora, nadie se detuvo desde que usted se fue, y a la niña la echaron de los

negocios. Había una sorpresa humilde en su voz, como si le resultara incomprensible y hasta curioso que nadie fraternizara con su desgracia. Estaba allí la niña y se parecía a su hermano, era apenas menor y tenía la misma expresión de gravedad en el rostro. La mujer desplegó comprobantes del hospital. Antes ya había intentado mostrárselos, pero la Sra. Schneider solo había fingido leer porque sin anteojos no veía nada. Esta vez buscó en su cartera el estuche y se tomó su tiempo, leyó escrupulosamente el papel escrito a máquina con el sello de un hospital de provincia. La pérdida del ojo izquierdo por un accidente con un látigo, ¿cómo alguien podía perder un ojo por un accidente con un látigo?, se preguntó, y la necesidad de colocar un ojo inerte, de vidrio, para impedir que la órbita se cerrara. ¿Cómo podré comprarlo?, decía la mujer con el acento de quien debe resolver un problema superior a sus fuerzas, cuesta demasiado.

La Sra. Schneider leyó el presupuesto de una óptica y reconoció que sí, costaba demasiado, aunque fuera tan variable lo que esto significa según la gente y las circunstancias. En este caso, a la vista resultaba evidente que el ojo de vidrio era para la mujer un gasto imposible de afrontar, tan imposible como para la Sra. Schneider comprar ropa nueva o viajar a la costa, hacia ese mar que había amado con una pasión que aún persistía de manera aguda en su nostalgia. Y mientras devolvía el papel, la Sra. Schneider pensó con una pizca de resentimiento, que la mujer no era tan ingenua como aparentaba porque obviamente la habían asesorado en su pueblo, aconsejándole que se trasladara con ese montón de papeles que de tan poco le habían servido. La mujer confió los papeles a la niña, quien los guardó esmeradamente en una pequeña bolsa que le colgaba del hombro. El hospital, allá

en su pueblo, no se hacía cargo. Tampoco aquí, en la ciudad, adonde habían venido con esperanzas.

Los chicos oían y tenían los rostros tristes, de una tristeza vieja, y la Sra. Schneider pensó en su propio rostro cuando el Sr. Schneider había muerto. Sacó dos pesos del fondo de la cartera y se los entregó a la mujer mientras la seguía escuchando. Sabía que no debía hacerlo, y por fortuna la dureza de su oído le ahorraba fragmentos, estaba cansada, le dolían las piernas. A su edad, el tiempo era un corto plazo hasta el fin, ¿cómo lo perdía de esa forma? Calculaba que podría vivir con suerte cinco, seis años más, era tan poco para desperdiciarlo en la calle oyendo desgracias ajenas. ¿Acaso ella iba con sus problemas a los otros? ¿Confesaba a alguien sus angustias cuando un gasto imprevisto le desbalanceaba el presupuesto? No, frágil pero orgullosa, con un orgullo que le había venido en la ancianidad, reservaba las preocupaciones para sí, recortaba sus comidas, suprimía la leche, remendaba su tapado o las prendas veraniegas según la estación. Y por otra parte, todo se reducía a durar con el mínimo decoro el escaso tiempo que le restaba. Quería partir y no sabía cómo, pensó que estaba atrapada por esos tres en la calle, hasta que comprendió que nadie, sino el sentimiento de no abandonarlos, la retenía.

Desde un aguado desayuno en la estación, al término del viaje en la mañana, esos tres no habían comido. La mujer no expresó con rencor, tenemos hambre, solo: no hemos comido, como quien enuncia una circunstancia harto común. Atrajo fugazmente a los niños hacia ella, apretándoles el hombro. Deambulando por la ciudad, extraviados en idas y venidas, habían recorrido hospitales, ministerios. Peregrinación inútil en donde habían recogido indiferencia, alguna buena palabra, explicaciones sobre trámites que no auguraban el éxito, tan complicados que, perdida, no pudo entenderlos.

Mi marido murió, nos dejó guachitos, decía la mujer sin amargura, pero quiero volver a mi pueblo, y ya no pensaba en la cuenca del ojo y en la fea costura de la cicatriz, aquí no conocemos a nadie.

Fijaba los ojos claros en la Sra. Schneider mientras se tironeaba del vestido barato y le hablaba como a una amiga de la que no se espera nada, salvo el oído. La Sra. Schneider abrió su cartera y sacó otro billete a contragusto, experimentando una especie de enojo. Añoraba sus zapatillas de entrecasa, la felicidad medida de su tiempo medido. Cautelosamente entregó el dinero e iba a cerrar la cartera cuando de pronto, con la sensación de que se liberaba de cuidados y opresiones, agregó otro billete, el más grande que había cobrado de su pensión.

Hubo un instante de sorpresa casi mutua, la Sra. Schneider se preguntó ¿qué hice?, y el rostro de la mujer se iluminó, en suspenso. Los cuatro, también la Sra. Schneider, se quedaron solos en la tarde, entre los transeúntes que pasaban. El chico se lanzó a los brazos de la Sra. Schneider, besó su mejilla floja, cruzada de arrugas. Ella notó la irrupción de la alegría en la tristeza de ese rostro, una alegría terrible de ver porque no la había borrado, y la Sra. Schneider recordó cuando meses después de la muerte del Sr. Schneider se había mirado al espejo y por primera vez había descubierto sobre su dolor irreparable las ganas de vivir. La niña se empinó junto a su hermano y la besó también, dijo algo en un murmullo que ella no entendió. En realidad, hacía rato que no entendía una palabra de lo que hablaban, y menos ahora cuando lo hacían atropellándose. Se apartaron los dos, la niña para contemplarla a unos pasos con una expresión maravillada, tan excesiva en su gratitud que la Sra. Schneider se avergonzó. Quiso mirarla con dureza, incluso con desprecio, no porque deseara rechazarla sino para que aprendiera qué cosa es el mundo. Dios mío,

qué tonta soy, se reprochó cuando su mirada surgió al contrario, amorosa, enternecida. La mujer contuvo como un gorjeo, apretó con un gesto breve y agradecido las manos de la Sra. Schneider que sostenían la cartera. Después de tantas penurias había tal alborozo en ellos, el alborozo incrédulo de quienes padecen en soledad y son impensablemente socorridos, que habían olvidado las razones primeras de ese viaje. En el rostro del niño la cuenca se cerraría de modo irrevocable, pero ya habría tiempo para dolerse. Hoy podrían comer, podrían regresar al pueblo que les resultaba familiar y a la distancia benévolo, aunque fuera duro, no tanto sin embargo como la ciudad, porque allí algún pariente, los vecinos, ayudarían.

La Sra. Schneider se alejó a pasos largos, sin darse cuenta de que había erguido la espalda y proyectaba la cabeza temblorosa hacia adelante. Sentía las mejillas arrebatadas por esa eclosión de agradecimiento, el corazón le latía apresurado. Por un momento olvidó que era vieja, que la vejez significaba cuidadoso control. A las dos cuadras se detuvo, le faltaba el aire, le pesaban como de plomo las piernas. La asaltó un leve mareo. No es nada, se dijo, para tranquilizarse. Se recostó en un poste de luz y le pareció que la fuerza del sol había amainado. Descansó un largo rato, cruzó precavidamente la bocacalle.

Cuando la Sra. Schneider llegó al departamento que había compartido con el Sr. Schneider, se sacó los zapatos en el umbral, bebió a sorbitos un vaso de agua y desparramó el contenido de la cartera sobre la mesa. Apartó los restos del dinero de su pensión y suspiró con un aliento seco, casi inaudible. Cenó frugalmente y cuando se acostó con el estómago ligero y aligerada, repasó lo sucedido en la tarde, la locura de conmover y conmoverse, vio a la mujer y a los chicos sentados juntos en el tren de regreso, y sintió entonces, en el momento mismo antes de dormirse, que algo

extraño había pasado con el tiempo. Duraría. Lo había temido tan próximo a la muerte y retornaba ya hacia ella, caudaloso e inmortal, como en su infancia.

El verde

La discusión había empezado poco antes de contraer matrimonio, cuarenta años atrás. Estaban tomados de la mano. ¿Adónde viviremos?, preguntó Cecilia. Y el Sr. Bermúdez, en aquel entonces un joven de pelo aplastado y rasgos firmes, contestó: Por supuesto en la ciudad.

Fue una larga discusión donde ninguno de los dos cedía terreno, desenlazaron las manos y se contemplaron como enemigos. Cecilia se había criado en el campo y había soñado que de casada podría retornar, no al campo, pero sí a una casa con fondo y con tierra. A él la idea del suburbio le provocaba un rechazo infinito.

Al día siguiente, el Sr. Bermúdez resolvió atacar el problema desde otro ángulo. Abrazó a Cecilia como si no se hubieran separado con enojo, subrayó su amor de mil maneras. Cuando las sombras se disiparon por entero, el Sr. Bermúdez tomó un papel y calculó distancia, tiempo y gasto que insumiría viajar diariamente desde una casa en los suburbios hasta su oficina en el centro. Hizo hincapié en que todos los momentos que él debería pasar en un tren o en un ómnibus serían robados a la dicha de estar juntos. Entonces ella cedió porque no tenía otro argumento para oponerse que su egoísmo. Solo le pareció que había estado contemplando un verde paisaje que de pronto se marchitaba dejándole la tristeza de una tierra baldía.

Cuando ella cedió, él no manifestó una innoble ventaja, disimuló su sonrisa, no dijo gané, aunque eso era lo que

sentía en su interior. Cuarenta años atrás, ella no insistió en trabajar fuera de su casa, sería una mujer de hogar, y el hogar no significaba grande ni pequeño sacrificio. Sería él quien debería enfrentar cada semana a la bestia salvaje. Así que compraron un departamento en una calle céntrica; él podría llegar caminando a su trabajo, no necesitaría levantarse más temprano, no demoraría el regreso al atardecer.

Se casaron y el Sr. Bermúdez reconoció que con la compra del departamento había ganado algo importante, el lugar que su naturaleza le pedía. Había nacido en el centro y allí se sentía como pez en el agua. El horizonte cerrado lo protegía, no deseaba aire más puro, otro ruido que el del tránsito. El cemento ardiente durante el verano duplicaba el calor, pero solo le ocasionaba un ligero fastidio, como la tenue sombra que aumenta el placer. Experimentaba una felicidad cierta al pisar el asfalto, al mirar a las mujeres. Esas mujeres… las más hermosas del mundo. A pesar de su promesa, el Sr. Bermúdez nunca regresaba directamente a su casa, salía de su oficina y se demoraba en la calle, iba al café, miraba complacido a las mujeres en una contemplación grata e inocente, se dejaba empapar por el ruido y el movimiento. Nunca tenía bastante.

En los primeros meses, ella, muy enamorada, lo aguardaba con la mesa puesta y los brazos abiertos. Pero poco a poco cambió. Decía —cuando aún se hablaban— que el departamento le resultaba asfixiante, necesitaba pastito, un poco de verde.

Un día a él se le ocurrió la peregrina idea de comprarle una planta cuyo nombre no conocía en un puesto de flores. Cecilia recibió el regalo con un gesto de indiferencia, pero a la mañana siguiente él observó que había regado la macetita y que la mudaba de lugar, buscando el más propicio. Una noche en la que se entretuvo más de la cuenta

en el café, le llevó otra. La eligió por el precio y no por la belleza o lozanía. Cecilia sonrió al recibirla y no formuló reproches sobre su tardanza, que era precisamente lo que él no deseaba escuchar. La colocó en el balcón, y con los días fue ella quien adquirió la costumbre de comprarlas. Pasó de la modesta macetita que el Sr. Bermúdez le había regalado a grandes macetas con ficus, filodendros, azaleas y claveles. Le decía sus nombres que él olvidaba al instante, contento de verla contenta y de que lo dejara tranquilo. Creyó que en Cecilia había desaparecido la nostalgia del verde porque ya tenía verde, y él empezó a considerar que lo tenía en exceso. Ella trasladó a la cocina las dos sillas blancas que estaban en el balcón y en las que el Sr. Bermúdez solía sentarse los sábados para mirar la calle, y las reemplazó por redondos macetones. Él decía: El peso va a tirar abajo el balcón, y ella reía.

Cuando el Sr. Bermúdez estaba enteramente tranquilo creyendo que Cecilia se conformaba con las plantas, ella propuso: ¿Nos mudamos? ¿Adónde?, preguntó sin inquietarse. Suponía que ella pretendía un departamento más amplio y estaba dispuesto a acceder, aunque eso significara un trastorno. Cecilia nombró un barrio en las afueras, y no vio su rostro que se ensombreció como si le propusiera el exilio. Una amiga le había hablado de una casa en venta, con un terreno donde crecían naranjos, ciruelos, donde había sombras celestes de glicinas. ¡Naranjos!, exclamó, los ojos brillantes. Estás loca, dijo él, y se marchó con un portazo. Habían acordado de novios comprar ese departamento, vivir en la ciudad cerca de la oficina. Todo matrimonio es un contrato, y ella no quería cumplir su parte.

El Sr. Bermúdez creyó que ella se había convencido con el portazo, desestimó un gesto que empezó a afearla, una especie de derrumbe en las comisuras de la boca.

Quizá como venganza, ella siguió llenando la casa de macetas. No era posible desplazarse sin tropezar con una. El Sr. Bermúdez se movía y siempre desgajaba algún tallo, arrasaba unas hojas. Ella recogía los destrozos, que él no premeditaba, y los contemplaba con una fijeza absorta.

Un domingo, poco antes de que él se jubilara, ella volvió a la carga: Ahora cuando te jubiles, podríamos mudarnos. Lo dijo tímidamente, mirándolo ansiosa. No, dijo él, terminante. Observó su gesto de derrumbe en la boca y se ofuscó, como si hubiera recibido un insulto.

Con la edad, ella se mostró más obstinada; usando distintos tonos, hosca, persuasiva o suplicante, insistía en el viejo reclamo que él cortaba en seco, no sin pena, diciéndose que podía tolerar una casa casi intransitable, pero no más. Consideraba que esa discusión la había ganado de una vez y para siempre.

Después no se hablaban durante días hasta que en un momento dejaron de hacerlo del todo, él para evitarse altercados y ella porque finalmente se supo vencida.

Él pasaba más tiempo en la calle, a veces aburriéndose. Cuando regresaba tarde, Cecilia dormía o simulaba dormir. Una noche, mientras buscaba el diario, encontró en un cajón una hoja de cuaderno en donde ella había dibujado el plano de un jardín. A la izquierda, un ciruelo, a la derecha un cerezo, atrás los rosales. Solo había empleado un lápiz negro y uno de color, de un celeste desvaído, con el que había pintado flores de una enredadera colgando de una pérgola. Supo que eran ciruelos, cerezos y rosales porque ella había escrito los nombres con letra de imprenta a un costado, de otro modo imposible llamar árboles y plantas a esos bastones, esos redondeles, dibujo torpe de niña torpe. Él cerró el cajón con una vaga sensación de vergüenza, creyendo que era su amor el que todavía hablaba.

Un día de Navidad, cuarenta años después del casamiento, ella enfermó y murió con el mismo rictus de frustración con el que había vivido, solo atenuado cuando miraba sus plantas, compraba fertilizantes, las regaba hacia la tarde. Hablaba sola, decía que el hollín las marchitaba, que parecían crecer y de pronto perdían la lozanía. Entonces lloraba.

Después de la muerte de Cecilia, el Sr. Bermúdez, que por aquel entonces ya se había jubilado, dejó secar las plantas. Regaló las macetas a parientes y vecinos, pero eran tan numerosas que durante dos o tres noches realizó varios viajes, bajando sigilosamente las escaleras, para desprenderse de las restantes. Agobiado por el peso, caminaba unas cuadras y las abandonaba en el primer sitio que se le ocurría solitario, junto a escombros o basura.

Un día regresó más temprano que de costumbre y al encender la luz el departamento le pareció vacío. Lo estaba en realidad, sin ella y sin las plantas que lo habían colmado. Pero la impresión de vacío provenía de un lugar desconocido y sin nombre.

Trasladó dos viejas sillas al balcón e incluso agregó una mesita que compró expresamente. ¿Qué miraba antes? Las luces, los transeúntes y los autos, la distracción de una pelea callejera, una mujer que debía de ser hermosa por el porte y el movimiento de las caderas. Sin embargo, nunca se sentó allí a mirar la calle. Las cosas no guardaban el mismo interés, carecían de la misma intensidad.

Se sorprendió a sí mismo cuando decidió mudarse. Lo intrigó de pronto qué había en un terreno, en unos árboles, para que ella hubiera vivido constantemente con tal añoranza. A él, el verde jamás le había dicho nada. Mantenía intacto el rechazo de juventud, pero ya estaba viejo y no quería morir sin saber qué es lo que ella había visto en el verde, en eso que no era humano, no hablaba, no se movía.

Compró una casa en las afueras, muy pequeña, un amplio lote en lo que había sido una zona de quintas. Se distrajo con la mudanza; cuando acomodó los muebles salió una noche al terreno. Miró las estrellas porque según ella le había dicho eran el complemento del verde, completamente absurdo consideró él al escucharla, unir tanta lejanía con algo concreto y cercano, complemento el cielo, la luna, las nubes, la calma tersa de la noche. Sintió un sobresalto de angustia. Se apresuró a volver a la casa, atrancó la puerta, encendió todas las luces.

Comenzó a viajar al centro porque ahora era él la víctima de la nostalgia, se sentaba horas en un café, pero ya sin placer.

Un día de primavera, bajo un sol radiante, sacó una silla al fondo, miró los yuyos que lo invadían entre dos ciruelos. Un naranjo mostraba sus hojas agobiadas por los ácaros. Distraídamente arrancó unos yuyos con la mano, y luego fue a buscar una azada y limpió el terreno.

El vecino de la casa lindera lo contempló por encima del cerco de ligustrina descuidada. Es buena tierra, comentó, y le regaló plantas de almácigos, unas semillas. Por cortesía aceptó las plantas de los almácigos que sin embargo olvidó de trasplantar, por aburrimiento echó las semillas al voleo, indiferente a si crecerían o no. Algunas germinaron con las lluvias de primavera porque en noviembre aparecieron los primeros brotes. Durante tres días les negó el agua, pero cuando los vio mustios, los regó hasta revivirlos. Después ya se entregó. Marcó senderos de tierra alisada, curó el naranjo, carpía, podaba las ramas secas de los árboles. Poco a poco dejó de ir al centro, se sentía demasiado cansado. El terreno verdeció. Altas enredaderas de tomates sostenidas por cañas, algunos rosales, jazmines de flores blancas y perfume dulce, verduras tan abundantes que comía una parte y el resto regalaba a los vecinos. Se preguntaba si no estaba loco

porque todo ese trabajo lo ejecutaba con el ánimo enconado, como si librara una batalla que no había elegido. Sudaba bajo el sol.

Sin que el Sr. Bermúdez lo registrara y de manera progresiva, las plantas desplazaron otros temas en sus conversaciones con los vecinos. Las plantas y todo lo que se relacionaba con ellas: siembras y floraciones, plagas de hormigas, mordeduras de babosas y caracoles. Apoyado en la puerta de calle o en encuentros casuales, se entreveraba en charlas interminables que creía producto del mismo tenaz aburrimiento. Un día se dio cuenta de que su interlocutor no era el hombre de piel oscura que tenía enfrente, quien lo congratulaba por sus macetones donde el berro crecía a ras del agua y lo aconsejaba a su vez sobre podas y riegos. El Sr. Bermúdez buscaba una aprobación distinta, unos consejos distintos. Le hablaba a un rostro afeado por un gesto de derrumbe.

Al comenzar el segundo verano en la casa, en una hora matinal, descubrió el primer fruto maduro en las plantas de tomates. Lo arrancó, húmedo de rocío, y se lo acercó a la boca. La piel era firme y tersa, y recordó unos labios jóvenes que había besado tiempo atrás, tan lejos, como en otra vida. El Sr. Bermúdez miró desconcertado el fruto porque el recuerdo perduraba, lo mordió para despejar el recuerdo, expulsarlo. Regresó a la casa, el sol comenzaba a picar sobre su cabeza descubierta y estuvo tentado de permanecer allí, al amparo. Pero ya la obligación del verde lo constreñía, la exigencia odiosa de cuidar eso que no era humano, aunque algunos, como la pobre Cecilia en su juventud, le otorgaran voz y movimiento, mencionaran el murmullo de las hojas, el susurro del bosque, se refirieran a ramas que se esconden, a troncos buscadores de luz.

Enojado consigo mismo, el Sr. Bermúdez se cubrió con un viejo sombrero de alas torcidas, y volvió para regar la

albahaca, el tomillo, el rincón de la menta que despidió su aroma bajo el agua como un aliento fresco. Se impidió mirar hacia atrás porque el aliento era poderoso, el de una persona viva que por juego soplara en su nuca, y cambiando de sitio le acariciara el rostro. Con un súbito agotamiento, el Sr. Bermúdez se dijo que sería mejor mudarse nuevamente, a un espacio sin plantas, sin nada de verde. Mientras lo decidía, contempló las escarolas abiertas con su borde ondulado y repentinamente se inclinó para rozarlas con la punta de los dedos. Pensó en el pelo de Cecilia que en los primeros años de casados ella rizaba con una coquetería que después perdió. Sintió que la garganta se le cerraba. Las piernas rígidas, los ojos velados, se dejó caer al suelo, cerca del aroma de la menta. Ganaste, confesó por fin, muy bajo, a ella que ya no podía oírlo. Estaba en un lugar donde ningún brote, ninguna floración la alcanzarían. O quién sabe..., se dijo, vencido, imaginándola feliz entre los senderos, mientras la desazón del verde y la pena del verde lo invadían.

Buenas perspectivas

El Sr. Rapallo, alto ejecutivo de una floreciente empresa de Milán y poseedor de numerosos intereses en otras de parecida importancia, se despidió a la hora del desayuno de su mujer y sus hijos. Tenía vuelo para las 11 y 30, y su chofer lo condujo al aeropuerto. Su punto final era Sri Lanka, donde debía finiquitar una importante operación que, si resultaba de su agrado y conveniencia, sería el inicio de sucesivas operaciones en el futuro. Era un hombre de fuerte contextura, un poco excedido de peso, con bolsas bajo los ojos, que cuando se ponía nervioso transpiraba mucho.

Trabajó durante el viaje y dormitó por momentos. Su compañera de butaca de primera clase era una mujer agradable, oriunda de Milán como él, que viajaba a Colombo para visitar a su hija, casada con un ingeniero contratado por una empresa de caminos. Conversaron durante las comidas sobre la situación del mundo, las óperas en La Scala y sus respectivas familias. Poco antes de que el avión aterrizara, cambiaron sus tarjetas.

En el aeropuerto, a su arribo a Sri Lanka, lo esperaba un nativo, un hombrecito muy delgado, de hombros estrechos, vestido a la europea con un traje gris de tela demasiado pesada para el clima. Según se había convenido previamente, sostenía en alto un cartel donde figuraba un número de cuatro cifras que lo identificaba; el Sr. Rapallo registró el hecho con agrado porque amaba la eficiencia en sus detalles más mínimos. Vio que su compañera de viaje se

abrazaba más lejos con una hermosa joven, de cabellos rubios, y pensó que hubiera sido mucho más satisfactorio viajar con la hija y no con la madre. El hombrecito, cuyo nombre no entendió, le tocó apenas el codo y le señaló el camino con un ademán cortés. Se encargó de sus trámites de aduana y de sus maletas. A pesar de su aspecto insignificante, se movía con autoridad, parecía conocer a todo el mundo, y salieron rápidamente del aeropuerto.

El coche que los aguardaba estaba climatizado y el Sr. Rapallo, que sintió instantáneamente la vaharada de aire pegajoso que lo asaltó en la calle, lo agradeció en su interior y se reclinó en los asientos. El coche era amplio y pudo estirar las piernas entumecidas. No habló mucho, aunque su guía circunstancial le mostraba los puntos de interés del trayecto. El Sr. Rapallo estaba cansado y por otra parte despreciaba un poco a los orientales.

En la recepción del hotel, un hombre, evidentemente europeo, avanzó hacia el Sr. Rapallo con la mano tendida. Era de alta estatura, pelo muy corto y modales desenvueltos. Se presentó, inquirió cómo había sido el viaje, lo acompañó a su habitación. Usted querrá descansar, dijo, y el Sr. Rapallo asintió. Podríamos cenar juntos, ¿le parece bien?

De acuerdo, contestó el Sr. Rapallo.

Fijaron la hora de la cita. El otro esperó alguna pregunta, pero el Sr. Rapallo no la formuló. Se limitó a agitar la mano con un gesto impaciente señalando la puerta.

Cuando quedó solo, el Sr. Rapallo se preguntó con malhumor si había sido atinada la idea de ese viaje. Demasiado largo, harto fatigoso. Suponía que en Brasil, incluso en la Argentina, encontraría las mismas oportunidades y tal vez mejores. Pero el asunto se había presentado de este modo y era inútil arrepentirse. En una recepción, un alto ejecutivo a quien se le había soltado la

lengua después de muchas copas, le había proporcionado de manera secreta y con voz estropajosa de borracho los informes que le interesaban sobre una situación particular. Desgraciadamente esos informes se referían a Sri Lanka y no a Brasil. La próxima vez, se prometió.

El Sr. Rapallo se duchó, bebió un whisky y efectuó una llamada a la hora que había prometido hacerlo a su mujer, en Milán. Habló con ella para comunicarle que había llegado bien, preguntó por los chicos y aguardó con el tubo pegado a la oreja porque su mujer le dijo que querían saludarlo. Oyó sus voces atropelladas y les aseguró que, como siempre cuando regresaba de un viaje, les llevaría algún regalo. Pidieron una metralleta a pilas y autos de carrera.

El Sr. Rapallo ordenó que lo despertaran a las 20 y se acostó. Durmió varias horas en un sueño pesado de agotamiento. Cuando el teléfono sonó en su habitación, soñaba que concluía una operación provechosa; se despertó relajado porque juzgó el sueño de buen augurio. Permaneció un rato más en la cama y a las 20 y 30 se levantó. Acomodó su equipaje como era su inamovible costumbre; odiaba que los camareros tocaran sus cosas y al primer ademán se oponía en forma tajante. Se afeitó, se vistió esmeradamente, dudó entre un traje azul y uno gris, se decidió por el azul con una levísima raya en rojo oscuro. Eligió una corbata al tono, también azul con rayitas rojas, y camisa blanca. Se peinó el cabello negro y muy ensortijado, tratando de aplastar las huellas de algún inoportuno calabrés o siciliano en su ascendencia; presunción que cuando lo rozaba le producía un profundo disgusto. Concluyó su tocado perfumándose la nuca y las sienes, y se miró al espejo. Se encontró elegante, hasta las bolsas de los ojos parecían haber disminuido.

El europeo, que no había proporcionado su primer nombre, se había presentado meramente como el Sr. Willard,

ya lo esperaba. Cuando el Sr. Rapallo descendió de su habitación, Willard se incorporó con presteza del mullido sillón en el que estaba sentado y lo saludó con aquellos modales desenvueltos que revelaban, si no una refinada educación, los imprescindibles hábitos mundanos que la ocasión reclamaba y sin los cuales ningún compromiso de mayor envergadura podía siquiera encararse.

Cenaron en el mismo hotel y el Sr. Rapallo halló los vinos excelentes y la comida exquisita. Le habían preguntado sus gustos, sobre comida y demás. Él, habitualmente reservado, no tuvo reservas en contestar, solo omitió detalles que podría resolver por su cuenta. Era gente de absoluta confianza, lo había tranquilizado el ejecutivo borracho, ya sobrio, cuando él, deseando más precisiones, lo había interrogado al respecto. Como esa gente calculaba obtener de la transacción una abultada utilidad, notaba el Sr. Rapallo que el Sr. Willard se desvivía por complacerlo. Esto entraba para el Sr. Rapallo dentro del devenir corriente de las cosas, estaba acostumbrado a la deferencia. Su interlocutor hablaba italiano con un duro acento gangoso, supuso que sería alemán no obstante el apellido. También hablaron en inglés cuando algún aspecto exigía una lengua más impersonal o una expresión más justa. El Sr. Rapallo se explayó sobre sus exigencias mientras su interlocutor asentía con amables inclinaciones de cabeza o manifestaba su aprobación mediante frases cortas y precisas. No hubo desacuerdo en ningún punto. El Sr. Rapallo sabía que tenía el poder y el dinero y ni se le ocurría posible otra actitud.

Luego del café y el coñac se levantaron de la mesa. El Sr. Rapallo sintió las piernas pesadas, el estómago hinchado. Disimuladamente tragó dos pastillas digestivas.

Salieron al aire caliente y pegajoso de la calle. Un coche gris, con vidrios polarizados, estaba detenido frente a la puerta del hotel. El chofer, que los saludó llevándose la

mano a la gorra y expresó sus buenas noches en correcto italiano, se ubicó detrás del volante. Después de atravesar calles estrechas, que el Sr. Rapallo observó sin interés, apenas si tuvo una fugaz visión de casas de construcción ruinosa y de una multitud desharrapada, el coche desembocó en una amplia avenida iluminada y frenó lentamente frente a un edificio moderno, de varios pisos. Subieron al octavo y el Sr. Willard se detuvo en el pasillo alfombrado y extrajo del bolsillo un manojo de llaves. Eligió un par, y esbozando apenas un gesto de connivencia, abrió las dobles cerraduras de una sólida puerta de madera lustrada. Cuando entraron, el oriental de aspecto insignificante que lo había aguardado en el aeropuerto, apareció del interior y se eclipsó discretamente. Era una suite de grandes ventanales a la calle, amueblada con gusto. Porque esa había sido una de las exigencias del Sr. Rapallo. Nada sórdido, por favor.

El Sr. Willard había sonreído entonces, como ante una observación tan desatinada que solo su cortesía le impedía burlarse. Cómo puede usted…

El Sr. Rapallo se acercó a los ventanales y observó la calle desierta, abajo. Se descubrió nervioso, empezaba a transpirar. Bebió un whisky y se sintió mejor.

Por aquí, dijo Willard, señalándole el camino. El Sr. Rapallo lo siguió a pasos firmes, aunque ahora, llegado el momento, se sentía invadido por sentimientos contradictorios, como ante algo muy deseado cuya concreción inminente resulta perturbadora.

La luz de la habitación era intensa. La niña estaba atada por las muñecas y los tobillos a la cabecera y a los pies de la cama. Se le alzaba el pecho suavemente y estaba despierta.

Le habían preguntado: ¿dócil o natural?

Extraña expresión, pensó el Sr. Rapallo. Había contestado dócil.

La niña, vestida solo con una bombachita blanca, lo miraba con enormes ojos oscuros. Parecía filipina.

¿Quiere estar solo?, preguntó Willard.

Por supuesto, dijo el Sr. Rapallo con acento ofendido.

Willard le estrechó la mano. Lo llevaremos a su hotel.

No me espere, contestó secamente.

Por su seguridad, lo llevaremos de regreso a su hotel. A cualquier hora, insistió el otro. Lo esperaré abajo.

El Sr. Rapallo se encogió de hombros y Willard se marchó.

Cuando quedó a solas, el Sr. Rapallo inhaló con profundidad varias veces para oxigenar sus pulmones, extrajo un pañuelo de sus bolsillos y se enjugó el sudor de las manos y del rostro. Colgó el saco cuidadosamente del respaldo de una silla, luego cambió de idea, buscó una percha y lo acomodó en un placard. Dudó en beber otro whisky, pero decidió que no. La niña, atontada, solo emitía un débil gemido que no lo molestaba. Sobre una mesita había unas tijeras, cremas de distintos tipos, una vela blanca de unos centímetros de diámetro. El Sr. Rapallo había rechazado otras opciones, elementos más modernos y sofisticados. En este aspecto se consideraba primitivo. El pecho de la niña se alzaba ahora en una respiración desigual. El Sr. Rapallo posó su mano sobre la pierna de delgados muslos y cuando esa carne se estremeció, él se estremeció a su vez, registró el estremecimiento y lo convirtió en placer.

Cuando el Sr. Rapallo regresó a Milán, lo primero que hizo en su oficina al día siguiente, fue abrir su agenda donde figuraban sus compromisos personales y citas de negocios. No podía disponer de demasiado tiempo, se lo tomaban sus empresas y, en menor parte, su familia. Desechó Brasil o lo dejó para más tarde, cuando se presentara la oportunidad

propicia. Mejor lo ya conocido, caro pero satisfactorio y bien organizado. Así que anotó con su letra aplicada, para dos meses después, justo antes de las vacaciones de invierno: Sri Lanka, negocios.

El encuentro

El niño se parecía a su hermano, en aquella fotografía color sepia, cuando había tomado la primera comunión. Se parecía de un modo casi mortificante, tenía la misma expresión, tímida y triste, los ojos oscuros y las orejas separadas del cráneo. Ana sabía que cuando el niño creciera las orejas no resultarían tan grandes ni separadas. Lo miró largamente, como si su hermano estuviera allí, niño de nuevo. Su hermano estaba sentado, la expresión tímida y triste, en una incómoda silla del aeropuerto, y a su lado, la hermanita, unos años menor, se tironeaba del vestido queriendo llevar la falda por debajo de sus rodillas. La madre era gorda, de tez morena, y cuando sus ojos encontraron los de Ana, sentada enfrente, mostró una sonrisa que le iluminó el rostro entero. Habló con placidez, hace calor, comentó. Mucho, dijo Ana, tratando de devolver la sonrisa. Lo consiguió a medias porque ese niño que se parecía a su hermano despertaba en ella una fuerte nostalgia. La niña comenzó a lloriquear, y la madre le secó las lágrimas con un pañuelo de papel y la acunó por un momento. Se inclinó hacia Ana, susurró confidencial. ¿Me los cuida? Señaló vagamente un punto impreciso; fuera del ámbito de la sala de espera, se alineaban pequeños negocios donde se agolpaba la gente en la prisa de las últimas compras. Ana asintió y durante la ausencia de la madre los niños se quedaron muy quietos, mirando con curiosidad a esa mujer extraña de aire amable y rostro fatigado. Intentó

conversarles y les preguntó los nombres, pero ellos, muy tímidos, los mascullaron en voz tan baja que no pudo entenderlos.

Cuando después de un tiempo la madre reapareció caminando con un balanceo de sus anchas caderas, traía en sus manos dos bandejitas de plástico. En cada una había una salchicha empapada en mostaza dentro de un pan fofo y unas papas fritas de aspecto acartonado. La madre se sentó entre los niños, tomó un pan en la derecha, otro en la izquierda, y como si fueran inválidos, les dio de comer acercándoselos a la boca. Ana pensó irritadamente que los dos niños ya tenían edad suficiente para comer solos, pero qué importaba, se dijo. La niña masticó sin gusto, afeada por un mohín de repulsa, y apartó la cabeza al segundo ofrecimiento. El niño, los brazos a los costados, alargó la boca y mordió hábilmente un trozo de salchicha desechando el pan. De cualquier manera, que comieran de una mano extendida los asemejaba a niños incapaces o tontos.

Ana observó la multitud que esperaba su turno en los aviones. Muchos pasajeros vestidos con ropas nuevas y ordinarias, de tez oscura como la madre de los niños, regresaban a inhóspitos lugares donde seguramente nunca dejarían de ser intrusos; más lejos, una pareja de norteamericanos se adormecía, él con pantalón corto y sandalias, y ella un poco excedida de peso en un vestido de algodón escotado, los dos jóvenes y de cabellos rubios, la piel tostada por el sol del océano. Con un pie sobre un asiento, el torso echado hacia atrás, un compatriota de voluminosas piernas desnudas y panza colgante lucía sin pudor un sombrero mexicano y bebía una lata de cerveza.

Cuando Ana volvió su atención al grupo de la mujer y los niños, se alegró de modo absurdo porque el niño tenía el pan en la mano y lo mordía. La madre terminaba el suyo, que la niña había rechazado, comía con voracidad gozosa,

en apariencia sin sentir el calor, plácida a pesar del fastidio de la espera o ajena totalmente. La niña trató de llevar una vez más la falda por debajo de las rodillas, luego renunció, el rostro enfurruñado. Sus cabellos negros caían en rulos sobre los hombros, semejantes a los de Ana en otra época, pero a Ana no le habían sacado fotos como a su hermano en la primera comunión, y no podía saber si también la niña se le parecía a la edad remota de sus cinco años. Unos deditos vacilantes se acercaron a la bandeja que la madre sostenía sobre la falda, revolvieron las papas fritas, eligieron una. La niña debió hacerlo por malhumor o capricho porque mordió un trozo y lo escupió sacando la lengua. La madre la reprendió mientras señalaba al niño sentado juiciosamente. Son tan distintos, comentó.

No, no, dijo Ana con extraña seguridad. Miró al niño y la asaltó el deseo de regalarle un trompo de madera lustrada comprado en un puesto callejero durante su viaje; supo que quería disfrutar de su sorpresa y, sobre todo, verlo reír con la risa de su hermano. No consideró que excluía a la niña, a quien había prestado una atención sin calidez. Sintiéndose contenta y ansiosa, como si fuera a proporcionar una alegría enorme, buscó el juguete en su bolso de mano. No lo encontró y entonces recordó desencantada que a último momento lo había guardado en su maleta, que ya estaría, junto a otros equipajes, en uno de esos sitios incógnitos de los aeropuertos. Cerró el bolso con un suspiro. La madre hurgó un rato en un saco informe que tenía a su izquierda, de confección casera. Extrajo un pañuelo de papel y se inclinó hacia Ana: ¿Buscaba esto? Ana asintió, tomó el trocito de papel y se sonó la nariz.

Las cuatro, dijo la mujer, qué rápido pasa el tiempo. Sí, dijo Ana, para quien no transcurría. No quería mirar al niño, pero otra vez volvió a clavar los ojos en él y la invadió el mismo sentimiento, mezcla de dolor y de asombro. Le

recordaba tanto a su hermano en aquella fotografía de comunión, sentado sobre una banqueta, las manos enguantadas sosteniendo el breviario, la expresión tímida y triste, iluminada por un rayo de luz. Y el parecido era tan grande que hubiera querido abrazar a ese niño, como cada día había deseado hacerlo con su hermano, que había muerto no hacía mucho y a quien no podría abrazar nunca más. La inmaterialidad de la muerte, que nos arrebata el cuerpo, la acongojó. Resucitó en ella un dolor lacerante, y al mismo tiempo era tan intensa la sensación de que ese niño era su hermano que experimentó el impulso de inclinarse hacia él con la esperanza de ser reconocida, tantos años después de la infancia. Se sintió expuesta doblemente, al dolor de la pérdida y a la insensatez del impulso, y para reprimir una opresión de llanto controló por décima vez los carteles donde figuraban los vuelos. El suyo se encontraba demorado y no aparecía en la lista. Los norteamericanos ya no estaban, aunque no los había visto partir. Se incorporó y al pasar junto al chico le rozó la cabeza en una caricia que fue deliberada y simuló casual. El chico se inmovilizó por un segundo, luego alzó el rostro y la observó gravemente. La madre registró la caricia y la agradeció, aceptando con placentera naturalidad que una desconocida rozara la cabeza de su hijo, posara la mano en la cabeza, como hacía Ana ahora de un modo detenido e indiscreto, tocara la nuca, el mechón de la frente, los huesos, la sangre, mientras la emoción la ahogaba.

Retornó a su asiento y cerró los ojos. Oyó la voz de la mujer preguntándole con inquietud si se sentía mal. Negó e intentó sonreír. Mucho calor, dijo. Sí, aprobó la mujer, aunque era evidente que no lo padecía.

Ante la solicitud de esa voz, Ana recordó otro viaje, cuando en un aeropuerto, hacía años, había mirado prolongadamente a un bebé, porque era hermoso, porque

era un bebé, y la madre, al advertirlo, había girado la sillita donde estaba sentado en dirección opuesta a su mirada. Luego se había interpuesto entre Ana y el niño, enfrentándola con ostensible hostilidad y un sentimiento de aversión en los fulminantes ojos, límpidos y azules. En aquel entonces, ella había lamentado su inglés insuficiente para explicar que su intención era benévola, aunque si hubiera sido eficaz y fluido, tampoco lo habría hecho. Rápidamente supo que esa madre blanca, de piel casi translúcida, bien vestida, no comprendería nunca el sentido de ninguna mirada. Esta era gorda, inelegante, ordinaria en su pobreza ancestral, pero no se abroquelaba en el amor como la otra para alimentar suspicacias y recelos, esta no temía, no solo sus miradas, tampoco el roce de una mano sobre su criatura. Y quizás algo intuía también de pérdidas ajenas, del vano deseo de resurrección.

El niño jugaba encimando las bandejitas vacías con restos de mostaza. Lo hacía de una manera torpe, como si subestimara el juego que le servía para paliar el aburrimiento. Frustradamente, Ana recordó el trompo en su maleta, un trompo que mantenía mucho tiempo sus giros sobre el pivote. El niño no hubiera podido usarlo allí, en ese espacio tan lleno de bultos y de gente, pero imaginó el trompo en sus manos e imaginó su alegría y también su impaciencia por verlo girar, gracioso y danzante. En cambio, se entretenía encimando las bandejitas de plástico, y de vez en cuando le dirigía una mirada rápida, tímida y triste.

Ana se descubrió hablándole mudamente, como si el niño fuera aquel otro que había crecido junto a ella. Le dijo palabras de ternura, sentados los dos en una parecita baja de ladrillos que daba a la calle. Rememoró una tarde de verano en la que ambos se habían alejado de la casa y una astilla del camino se le había clavado en el pie. Durante cuadras él la había llevado de regreso, a babuchas, como un

salvador o San Cristóbal. Y su hermano recordaba con ella, y también el niño encimando las bandejitas de plástico, tan aburrido y desinteresado que se le caían con frecuencia.

Yo te seguía como una sombra, decía Ana, inclinándose hacia adelante con la expresión de quien pretende hacer más íntima una charla, me fascinaban los juegos de varones que me estaban vedados, nunca me rechazaste, ni en la infancia ni en los años que siguieron. ¿Dónde te fuiste de muerto? Dónde se había ido ese niño, ese hombre robusto, de orejas que ya armonizaban con el rostro, risa estentórea y un poco petulante. Había intentado recuperarlo de muchas maneras sin conseguirlo, contemplo estos árboles de primavera que viste, cada día pronuncio las mismas palabras que compartimos, excusas o confortaciones que no nos traen de vuelta al ser ausente.

El niño se desperezó alargando los brazos en un movimiento de danza y sonrió de pronto con una sonrisa que era la de su hermano. Ella recogió la sonrisa con la prontitud que rescata una hoja cayendo en el aire. Estás de nuevo aquí, se conmovió, irrazonable y fugazmente aligerada, de nuevo aquí, en la intersección de tantas vidas, de tanta gente en este lugar ruidoso. Pero sabía que no, el niño solo se parecía a su hermano, y la niña menor, que tenía los ojos cerrados de puro aburrimiento, no era ella. Ella era esa mujer ya grande, que lamentaba la muerte de su hermano sentada con la espalda resentida sobre un asiento incómodo, en el interior de un aeropuerto donde el aire acondicionado no funcionaba, esperando horas su vuelo entre la fatiga y el hastío. Lo demás eran tretas que le hacía su nostalgia, «Solo una vez perecemos, solo una vez, aquí, en la tierra...».

Una voz metálica anunció por los altavoces la partida del vuelo hacia San Antonio. Hubo un ir y venir de la gente. La mujer gorda lanzó una exclamación complacida, sacudió sus

carnes y se incorporó. Despejó las migas de su falda, limpió con la mano la boca de los chicos, reunió sus bártulos. No eran maletas ni bolsos, bártulos heterogéneos. Ana pensó en la suma de sacrificios que habrían supuesto los ahorros para el viaje, en la vida dura que la esperaba a su regreso, extranjera de piel oscura limpiando casas de ricos. Pero la mujer tenía una especie de vitalidad inagotable, esos gestos entre desprevenidos y confiados. La saludó con una inclinación de cabeza y su sonrisa cálida. Se arregló para sostener las manos de los niños que se apretaron contra ella. Silenciosamente, con un dolor punzante, Ana se despidió de su hermano niño. Te vas de nuevo, hermano, dijo en una queja, en un reproche. El niño la miró, los ojos oscuros, las orejas separadas del cráneo. Una sensación de ahogo la oprimió, el corazón desolado como ante una pérdida repetida. La mujer empezó a caminar. La niña se alejó de la madre y quedó unos pasos rezagada, distraída por la aparición de un hombre alto. La mujer se volvió, llamó con voz urgente: Ana, ¡Ana!

Inmóvil en su asiento, Ana sintió un escalofrío, la certidumbre. La niña tomó la mano de su hermano. Y después de un segundo, ella fue.

La verdulería de enfrente

Siguieron al camión de la mudanza en el auto. Hacía calor pero en el auto se estaba bien con las ventanillas abiertas que Matilde prefería al aire acondicionado. Su marido conducía de manera tranquila, manteniendo siempre la misma distancia con el camión. De vez en cuando Matilde lo miraba, apreciando sus rasgos, sus manos seguras en el volante, esa sensación de eficiencia que él transmitía en sus menores gestos. La compañía en la que se desempeñaba como jefe de ventas había decidido trasladarlo a Buenos Aires, y si bien La Plata no quedaba lejos, distintas razones aconsejaron la mudanza. Aunque sabía que no habría grandes diferencias, Matilde consideró el cambio con agrado. Unos días antes, había conocido el nuevo departamento, le gustó, sobre todo por el amplio ventanal que daba a un balcón sobre la calle. Mauro solucionaba los problemas, él se había encargado de buscar departamento, había tratado con la inmobiliaria las condiciones de alquiler, y ella solo había tenido que aprobar porque las condiciones eran óptimas, el departamento cómodo, el barrio apacible. Sentía cierta admiración por su marido que siempre le aligeraba la vida mientras ella no podía hacer lo mismo. Él sí tenía preocupaciones, con el inglés, por ejemplo. Su inglés no era bueno y esto lo mortificaba.

Después del trajín de los primeros días, acomodando muebles, disponiendo la vajilla en los estantes, la ropa en los cajones y roperos, acostumbrándose a que el baño

estuviera a la izquierda y no a la derecha como en la casa que habían dejado, Matilde retomó su rutina. Era una rutina muy simple que resultaba placentera, aunque la aburriese un poco. Hacía dos años había perdido su empleo a raíz de una reorganización en la empresa, y a pesar de sus esfuerzos no había conseguido otro. Mauro decía que no debía insistir, él ganaba bien y por suerte no padecían necesidades. Pero Matilde no estaba de acuerdo, incluso pensaba qué agradable habría sido trabajar en la verdulería que veía enfrente, cuando se asomaba al balcón, y que abría muy temprano en la mañana.

En Buenos Aires ella no conocía a nadie, así que fue dos o tres veces a La Plata para reunirse con sus viejas amigas de adolescencia. Al cabo se dio cuenta de que le faltaban temas de conversación, como si el traslado hubiese cortado lazos, intereses comunes. Se extrañó, pero no le concedió importancia, solo espació sus visitas hasta interrumpirlas del todo. Se entretenía mirando por el balcón, observaba, varios pisos debajo, la verdulería de enfrente, las clientas que entraban y salían, la aparición esporádica del verdulero en la puerta.

En junio, Mauro viajó a Córdoba para una convención de la empresa y a su regreso decidió tomar clases de inglés. Se había sentido disminuido porque los norteamericanos enviados por la casa matriz hablaban demasiado rápido y en ocasiones él no había podido seguirlos. En otras ocasiones, ya en charlas más informales, él había tenido que repetir lo dicho ante los rostros en blanco o las cejas enarcadas con expresión interrogativa. Entonces, muy inquieto, temió por sus perspectivas en la firma. Ahora, diariamente, asistía a sus clases, y cuando regresaba, se dedicaba después de la cena, a sus libros y videos. Poseía una gran capacidad de trabajo. Matilde se acostaba y antes de dormirse, oía su voz proveniente del cuarto contiguo que hacía las veces de

escritorio. Intentando mejorar su pronunciación, Mauro repetía obstinada y aplicadamente durante horas sus frases en inglés. Era un hombre para quien contaba el futuro y ella lo admiraba.

Durante su ausencia en la convención, Matilde bajó a la verdulería situada en la vereda de enfrente, a comprar lechugas y tomates. Hasta ese momento, había hecho sus compras en otro negocio más distante y si le hubieran preguntado las razones, no habría sabido explicarlas. O habría dicho que esa verdulería de enfrente, de tanto mirarla desde su balcón, la conocía de memoria. Aquel día se le antojó una ensalada y como ya era mediodía y ella no tenía ganas de caminar, entró a la verdulería con una mirada hosca para la que tampoco habría encontrado explicación. El verdulero era un hombre no muy alto, de frente estrecha y ojos un poco ausentes, bondadosos. Ella pagó su compra y se marchaba, cuando descubrió una hilera de apios apoyada verticalmente en la pared, sobre un estante. Eligió el más verde, que le pareció majestuoso con su corona de hojas en la cima del tallo. El verdulero ya atendía a otras clientas y le dirigió una mirada fugaz. —Espero, espero— dijo Matilde. Vio que los gestos de él eran lentos y percibió su voz, muy grave y al mismo tiempo ligera. Una de las clientas, que sostenía un bebé en brazos, le hacía bromas sobre su soltería y él pesaba las frutas, entregaba las verduras y se limitaba a mover la cabeza con una sonrisa secreta, como si su soltería fuese un bien al que no pensara renunciar.

—¿Cuánto es? —preguntó Matilde, cuando las mujeres se marcharon después de esas charlas que ella oyó con impaciencia. Él se lo dijo, ella pagó y se llevó su apio.

Se preparó la ensalada y la comió en la mesa de la cocina. No usó el apio, que colocó en un jarrón con agua, asperjando las hojas hendidas que comenzaban a

languidecer. Lavó su plato y lo acomodó en su lugar. No sabía por qué, quizás porque el apio lucía como una flor abierta, se sintió extrañamente a gusto. La cocina era nueva, azulejada hasta el techo, con una ventanita que daba a un pozo de aire. Hacia el atardecer, colgó allí una cortina blanca de tela transparente, con un bordado en el centro, completamente inadecuada para los vapores de la comida y la intensidad del sol en el verano. Pero ella consideró que transformaba la cocina en un lugar de belleza.

Mauro regresó tarde en la noche. Tenía ojeras de cansancio. Comieron juntos, él vio un poco de televisión y luego se dedicó a sus libros y videos en inglés. Si no mejoraba, nunca lo enviarían a Estados Unidos, y esto era lo que más deseaba en el mundo.

Ella siguió viendo una película en un pequeño aparato del dormitorio y se acostó antes de que terminara. Registró, ya adormecida, que le faltaban cebollas y ajíes.

El verdulero la atendió a la mañana siguiente sin ninguna sonrisa de reconocimiento. Ella pensó: vine ayer y no me recuerda. Pero sus ojos bondadosos eran un poco ausentes. Al darle el vuelto, él preguntó:

—¿Salió bien el apio? —Ella tuvo una sonrisa feliz.

—Exquisito —dijo, y él aprobó gravemente con la cabeza.

El domingo, Mauro y Matilde almorzaron afuera, caminaron un rato por el centro y luego fueron a La Plata para una corta visita a los padres de Mauro. Él rechazó una invitación a cenar, quiso regresar temprano porque buscaba reponerse el domingo del trajín de la semana. No tocó los libros ni videos en inglés, y se durmió en seguida, con el diario abierto sobre la cama.

Una semana después participó durante tres días en una nueva convención en Mar del Plata. El sábado, a las nueve de la noche, mientras aún duraba su ausencia, Matilde sintió un leve dolor de oídos. Revisó el botiquín, tomó una

aspirina. Pensó si el verdulero, que vivía en los fondos del negocio, en una vivienda con entrada aparte, tendría algo más efectivo. Se abrigó y bajó. Cruzó la calle desierta y tocó el timbre. Pasó tanto tiempo que ella creyó que él había salido. Retrocedió unos pasos dispuesta a regresar a su casa, cuando finalmente él abrió. Parecía distinto, tenía el pelo mojado y una camisa clara. La miró en silencio, con sus ojos ausentes. Ella dijo:

—Me duele el oído —y le salió una voz de niña. Él movió la cabeza sin decir nada. —Mi marido no está—. Entonces pensó que podía ser interpretada equívocamente y agregó: —Me duele mucho—. Él dejó transcurrir unos instantes, se alisó el pelo mojado y luego dijo: —Puedo llevarla al hospital.

Detuvo un taxi y en el trayecto al hospital ninguno de los dos habló, ella permaneció arrinconada contra la puerta del auto con la mano puesta sobre el oído. Él pagó el taxi. En el hospital, le revisaron el oído y le instilaron unas gotas. El médico de guardia pergeñó una receta. La despidió recomendándole consultar a un especialista, una sonrisa perturbada en su rostro muy joven, como si él mismo desconfiara de su diagnóstico. Ella compró el remedio en una farmacia abierta toda la noche, cerca del hospital.

—¿Está mejor? —preguntó el verdulero que la esperaba en la calle.

—Sí. —Las gotitas la habían aliviado.

—Bueno —dijo él—. La llevo a su casa.

Ella sintió una súbita timidez:

—No se moleste. Vuelvo sola.

—Bueno —dijo él y estornudó porque había refrescado.

—No, venga conmigo.

—Bueno —repitió él.

Tomaron otro taxi y esta vez pagó ella. En la puerta del edificio de departamentos, Matilde le tendió la mano. —

Buenas noches, le agradezco mucho.

—No ha sido nada —contestó él, con una voz sin acento.

Matilde subió al octavo piso. Cuando colocaba las llaves en la cerradura, oyó el timbre del teléfono. Corrió y levantó el tubo, pero la comunicación se cortó en ese instante. Llenó un vaso de agua y mientras tragaba un comprimido, el teléfono sonó nuevamente. —¿Dónde estabas?— preguntó Mauro. Su voz se oía contenta, casi excitada. Le contó que su inglés había mejorado y había podido sostener conversaciones sin dificultades. Ella no le habló de su dolor de oídos.

A la mañana siguiente, Matilde compró lechugas, tomates, alcauciles. Compró más de lo que necesitaba. El verdulero la atendió como de costumbre y ella miró la balanza pero él nunca sobrepasaba el peso justo, y esta actitud, no sabía por qué, le provocaba una gran decepción.

Cuando estaba por marcharse, él preguntó:

—¿Su oído?

—Casi no me duele. —Y era verdad, solo sentía un dolor cada vez más atenuado.

—Me alegro —dijo él, y se inclinó para acomodar unas manzanas, lustró algunas en su pulóver. En seguida, entró una clienta y él se volvió hacia ella, y a Matilde se le antojó que su sonrisa era inusualmente cordial y que sus modales perdían cierto envaramiento.

En la cocina, Matilde vio que su heladera estaba llena de verdura que comenzaba a marchitarse; en un cesto las papas tenían largos brotes blancos. Pero de igual manera bajó al atardecer, compró papas, un trozo de zapallo, espárragos y naranjas. Cuando él recibía su dinero, ella preguntó bruscamente:

—¿Cómo se llama?

—¿Yo? —preguntó él a su vez, sorprendido.

—Sí. —Ella harto conocía su nombre porque otras clientas lo llamaban familiarmente por la abreviatura.

—Nicolás —dijo, y ella lo oyó ofendida, ya que con ese Nicolás, y no con el Nico acostumbrado, él parecía querer poner distancia.

Con cierta culpa, arrojó las papas brotadas al tacho de residuos y acomodó las nuevas en el cesto. Sacó las naranjas de la bolsa y al disponerlas en el estante bajo de la heladera, encontró una cuya cáscara había virado al marrón, una naranja vieja e inservible, tan reseca como un pergamino. Sintió que le faltaba el aire, le temblaron las piernas. Bajó y cruzó hacia la verdulería. El local estaba desierto. Él tomaba mate detrás del mostrador. Sin una palabra, Matilde colocó allí la naranja reseca. Luego retrocedió y lo miró con expresión mortificada. Él tardó en reaccionar, dejó el mate y se pasó la mano por el rostro. —Lo siento— dijo después en voz baja. Ella dio media vuelta y se marchó sin esperar que le restituyera una fruta con otra.

No volvió a la verdulería en varios días pero tampoco acudió al negocio más distante. Cuando disminuyó el agravio que la humillaba fuera de toda razón, regresó con su bolsa de compras, el gesto adusto. Él dijo:

—Espero que no se haya molestado por la naranja.

—No —dijo ella secamente.

Controló la balanza pero él no se excedió en el peso, y esto lo registró como un agravio más. Recordó que él no había inquirido por su nombre, devolviéndole la pregunta. Cualquiera lo habría hecho con inofensivo interés. Él no.

En agosto, Mauro vino muy feliz, tarde en la noche, porque lo habían ascendido y habían dispuesto nuevamente su traslado a La Plata. —¿No estás contenta?— preguntó ante su rostro melancólico. Ella sonrió: —Sí, mucho— dijo.

Ella compró pocas cosas en la verdulería, unas lechugas, unos tomates. Cuando él depositaba los tomates en la bolsa,

ella dijo:

—Nos mudamos.

Él se detuvo un momento. —Ah— dijo. Y luego agregó—: ¿Algo más?

—Naranjas.

Podía comprar naranjas en cantidad porque las consumía en jugos más rápidamente que otras frutas. Él las eligió con cuidado, las acumuló en el plato de la balanza sin darse cuenta de que sobrepasaban el peso. Matilde, que siempre había estado alerta, observaba abstraídamente hacia la calle. En la puerta de entrada, una mujer, a pesar de la prohibición de tocar visible en un cartel, manoseaba con aire crítico unos zapallitos verdes. Se le agregó otra y la mujer de los zapallitos se los señaló reprobadoramente.

Matilde abonó su compra. El verdulero se alejó para buscar el vuelto y cuando regresó, ella le tendió la mano. Él dijo, mientras se la estrechaba:

—Suerte.

Ella desechó el ascensor, dobló por el pasillo, atravesó una puerta que conducía hacia las escaleras y peldaño tras peldaño subió hasta el octavo piso, quizás para cansarse. Ya estaban las cajas y cajones de la empresa de mudanzas apilados en un rincón y los muebles amontonados en otro. Dejó la bolsa sobre la mesa de la cocina y comenzó a envolver vasos y copas en papel de diario y a colocarlos dentro de las cajas. Le pareció que le dolía el oído. De pronto se encontró sin ánimos para seguir, como si algo en ella se hubiera roto. Fue hasta la cocina y encerró una naranja entre las manos. Se sentó en un banquito y permaneció así, apretando la naranja, desasosegada e inquieta, hasta que se echó a llorar. Por el dolor de oídos, pensó.

En La Plata, Matilde reinició su vida de siempre, como si nunca se hubiera marchado. Tenían más dinero, cambiaron el coche. Mauro estaba ausente la mayor parte del día, regresaba tarde, le hablaba de su trabajo. Los domingos visitaban a los padres de Mauro y los días de semana ella se encontraba con sus amigas y asistía a un curso de inglés que él le había recomendado. Sus progresos eran lentos y difíciles.

Una noche miró a Mauro, él se traía trabajo a casa y estaba concentrado en sus papeles. Los ascensos habían significado nuevas obligaciones. —Mauro— dijo, y él levantó la cabeza distraídamente y le dirigió una vaga sonrisa. Ella lo vio tan desprevenido que no tuvo valor, devolvió la sonrisa y ocultó que había imaginado otra vida donde él no figuraba con su presencia constante.

Meses después repitió —Mauro— y creyó estar preparada para confesar esa decisión que a él le costaría entender. Los rasgos demudados, él preguntó: —¿Por qué?— con un acento de total estupor. Comenzó a llorar, y ella no soportó las lágrimas en el rostro de un hombre tan seguro. Entonces rechazó la imagen de alguien con ojos un poco ausentes que la asaltaba con frecuencia y trató de ser la mujer que Mauro esperaba porque no es fácil hacer sufrir.

Un año más tarde, Mauro regresó del trabajo con expresión jubilosa. Bailó en la pequeña cocina. Viajaría un mes a los Estados Unidos enviado por la empresa. Matilde sonrió con nostalgia, respiró profundamente y se dijo: es el momento. No pensó que era cruel o inoportuna; empañar la alegría con el inevitable sufrimiento sería mejor que provocarlo cuando faltara.

—Mauro —dijo y sus primeras frases destruyeron la expresión de júbilo. Él experimentó un fuerte choque,

porque había borrado la humillación de sus lágrimas y estaba tan desprevenido como la primera vez. Pero el trabajo había sido importante en su vida y la inminencia del viaje lo ayudó a sobrellevar el sufrimiento. Agregó después la decepción y el encono.

Mauro partió hacia su vuelo un lunes a la mañana, muy temprano. Alzó su valija y su portafolios y se marchó sin despedirse.

Esa misma mañana, Matilde aguardó el mediodía, se vistió y tomó el tren a Buenos Aires. Se metió en un cine y luego en un bar. Bebió un té y comió un sándwich. Compró una revista y la leyó en otro bar. Al anochecer llegó a la calle del departamento en el octavo piso. Pensó en la cortinita blanca de la cocina que los vapores y la fuerza del sol habían quemado. La verdulería de enfrente ya estaba cerrada. Cruzó la calle y tocó el timbre. Después de mucho tiempo, él abrió. Durante ese lapso, ella pensó: si no me reconoce, ¿qué haré? Y le parecía que no podría hacer nada, vivir nada.

Cuando él apareció en la puerta tenía el pelo mojado y una camisa clara, como en aquella noche de su dolor de oídos. No forzó la vista para reconocerla, los ojos un poco ausentes brillaban en la oscuridad. Le tembló la barbilla y después de un momento que a ella se le antojó infinito, tendió una mano y le rozó el rostro en un tanteo incrédulo. Por fin, por fin —exclamó él de pronto, sofocándose. Abrió los brazos y continuó murmurando por fin, interminablemente por fin, con una voz tan cargada de dolor antiguo que aún la intensa alegría de ahora lo recordaba.

Un cuento italiano, dos cuentos rusos

Fraternidad

A mediados del siglo pasado, pocos años después de la Segunda Guerra Mundial, una mujer de edad avanzada vivía sola en las afueras de un pueblo en el norte de Italia. Era una persona alternativamente despótica y desvalida, celosa de su independencia, de ojos duros y muy orgullosa. Ningún novio le había durado en la juventud y se había quedado soltera a pesar de los pretendientes a quienes ahuyentaba al poco tiempo su falta de dulzura. Ahora, a los noventa, habitaba la casa que cuando murieron sus padres había heredado junto con sus hermanos, entre ellos Francesca, la única aún con vida, ya anciana ella también. Francesca, sí, se había casado y al casarse muchos años antes, había decidido de común acuerdo con sus hermanos, todos en buena posición, renunciar a la casa paterna en beneficio de Ada que permanecía soltera. Ada aceptó la decisión sin particular agradecimiento, meramente la consideró un acto de justicia que sin embargo no dejó de humillarla.

Después de su matrimonio, Francesca se había trasladado al pueblo, a una casa con paredes exteriores de piedra donde habían nacido sus hijos y sus nietos. La muerte sucesiva de sus hermanos, no tan jóvenes y sin embargo con años por delante, fue un golpe irreparable para ella, pero nunca se refería a ese dolor ni lo transparentaba, al contrario: con acento casual y alegremente contaba anécdotas, más

breves, más prolongadas, de aquella infancia compartida en la casa paterna.

En esas anécdotas sus hermanos vivían, tan próximos que a Francesca no le asombraría verlos aparecer como eran cuando atravesaban la edad de la niñez o juventud, vestidos con las ropas que heredaban unos de otros. Pero no sucedía esto. Solo en su voz persistían, solo en su voz estaban vivos.

Nunca faltaba Bruno en sus recuerdos, el menor de sus hermanos, también el más revoltoso, el más inquieto. Sus travesuras alteraban a la madre que con los nervios a flor de piel gritaba: «Madonna, ¿qué he hecho para merecer esta desgracia?». Pero ni aun con castigos ni con súplicas, Bruno se conmovía. Siempre ideaba juegos —estratagemas— para sobresaltarla y cuando lo conseguía reía asustado e inevitablemente feliz porque en ese momento solo él existía para ella.

Por igual, quizás con menos exasperación, su madre había perseguido a sus hermanos cuando cometían un desaguisado, pero la memoria de Francesca no registraba otra persecución que esa: la de su madre a Bruno. La imagen había quedado fijada en su retina, una mujer desmelenada, excedida de trabajo, corriendo a un chico que huía unos metros adelante y que difícilmente alcanzaría. A la noche, ella se desquitaba cuando Bruno, olvidado de la persecución, se sentaba a la mesa y era incorporado violentamente, recibía los bofetones de los que había escapado en la tarde.

Bruno mismo, en la juventud, se divertía rememorando las hazañas de su infancia (antes de que Francesca las usufructuara después de que él muriera).

«¿Se acuerdan cuándo?», decía, y se recordaba revoleando gatos por la cola, arrojando a lo lejos como proyectiles las papas guardadas para el invierno. A los tres años se había escondido en el último rincón del gallinero sin

responder a los llamados que lo buscaban. Quien había mirado allí no lo había visto. Chicos y grandes revisaron los armarios, los roperos, debajo de las camas y el lugar oscuro donde se guardaban los trastos. En el exterior, recorrieron la huerta, el terreno con árboles y hasta avistaron la cuesta pedregosa que de la casa conducía al camino.

Los hombres ausentes en el trabajo, las mujeres se habían puesto locas de inquietud, especialmente la madre, más cuando con el paso de las horas, agotada la búsqueda, creyeron que había sido secuestrado por uno de esos vagabundos que la miseria había dejado a la intemperie, dedicados al merodeo y a la limosna, y recordaron en particular a un hombre andrajoso que había rondado la casa en esos días.

Cuando la presunción tomó cuerpo y ya había llantos e imprecaciones en el aire, Bruno apareció en la puerta del gallinero, la cara redonda iluminada por una amplia sonrisa. Se había cansado de su escondite en el que había dormido una siesta.

Nadie pudo enojarse con él y su único castigo fue un baño porque apestaba a gallina y a suciedad.

Con el rostro risueño, Francesca contaba también que el mismo Bruno, a los siete, se había caído de la rama más alta de una encina. Cayó desde una altura de seis metros y se incorporó un poco aturdido pero sin mayores daños. Unos raspones, un moretón en la cadera. Todos gritaban mientras él, sacudiéndose la ropa, reía de los nervios sin poder contener una risa de tonto mezclada con hipo. Conmocionada, su madre lo había abrazado, y entre apretujones de amor, besándolo furiosamente, recaía en su ira dándole cachetazos igualmente furiosos.

¡Qué mañana fue esa!, comentaba Francesca a sus hijos y nietos, pero al mediodía, durante el almuerzo, hubo un clima de fiesta, todos habían comido con más apetito que de

costumbre y se habían sentido singularmente dichosos, con Bruno censurado y agasajado en la mesa, resucitados con él.

Cuando Francesca ponía fin a sus historias de Bruno, una o dos entre las tantas que recordaba, pasaba por lo común a las de Piero y Cesare. Piero, Pierino, el único de sus hermanos que había viajado más allá del pueblo, se había ido a la Argentina a probar fortuna sin otra seguridad que su entusiasmo. Era muy joven y no sabía nada del mundo, menos de esa tierra que para él era pura fantasía donde bastaba extender una mano para encontrar riqueza. En tres años no había enviado la mínima noticia y luego, en una Navidad, cuando todos sin mencionarlo lo tenían en la cabeza, apareció como si se hubiera marchado el día anterior, con una valija atada con piolines llena de ropa sucia. Solo había traído como presente una pequeña imagen de la Virgen de Luján, en yeso coloreado, que regaló a su madre, quien la colocó en la mesa de luz sobre una carpetita.

La imagen duró intacta muchos años hasta que uno de los nietos de Francesca, tratando de alcanzarla, arrastró la carpetita y derribó a la Virgen convirtiéndola en trozos. Ella observó que no era posible recomponerla y ante la cara compungida de su nieto dijo: «No es nada». Con dos dedos le alzó las comisuras de la boca. Las cosas, pensó, como los seres, se rompían en un momento determinado sin que la vida cesara. Guardó los pedazos de la Virgen en un cajón de la cómoda hasta que un día, haciendo limpieza, los envolvió cuidadosamente en un papel de diario y encargó a otro de sus nietos que los tirara en algún lugar lejos de la casa.

Sus nietos, que ya las habían oído muchas veces, le pedían esas historias, y ella las contaba en las largas sobremesas del invierno o al aire libre en las noches de verano. Los más chicos, con aspavientos decían: «¡Se escondió en el gallinero! ¡Se cayó de seis metros!». Solo de

Grazia, Francesca era reacia a hablar. Adolescente, se había muerto de una neumonía y a Francesca esa muerte le parecía una ofensa, un desorden malévolo. Cuando su nombre surgía, se limitaba a contar que Grazia, de formas redondas, gordita, había hecho «la cura del agua» para adelgazar, tragando litros. Su madre renegó tanto de esa locura que había adelgazado más que ella. Sus rezongos solo sirvieron para que Grazia actuara subrepticiamente como una sedienta a la que está prohibida el agua. Después, por fortuna, tanto empecinamiento cedió; un domingo de mucho frío, ante un plato humeante de tallarines al pesto Grazia renunció de golpe a la esbeltez, incapaz de resistirse al perfume invasor de la albahaca y el ajo.

Como Francesca, hablando de Grazia, pronto se quedaba en silencio, sus nietos insistían: «¿Qué más?».

«Se murió», decía Francesca simplemente y les sonreía. No mencionaba a Ada, de la que no tenía nada para contar y pasaba a Cesare, el mayor, que se había visto obligado a casarse de apuro porque a los dieciséis años embarazó a su novia. Al enterarse, su padre gritando como un desaforado «¡el honor, el honor!», le había propinado una paliza y decidido sin más el matrimonio. Por suerte, ese matrimonio impuesto por la fuerza, que hubiera podido ser fugaz y desgraciado, duró muchos años y fue feliz.

Ahora solo quedaban ella y Ada, Ada con quien nunca se había llevado bien, una extraña en comparación con sus hermanos muertos. De joven, había sido hermosa y asediada por los hombres, solo pensaba en sus novios. Lloviera o tronara, atravesaran enfermedades o muertes, ella vivía su vida, que era una vida aparte de los suyos. Ahora dependía de Francesca y no le gustaba.

Dos veces por semana, jueves y domingos, Francesca la visitaba. Salía del pueblo y recorría un camino llano con campos a los costados y después ascendía unos metros de ladera pedregosa hasta la casa paterna, que ya todos llamaban «la casa de Ada». Esos metros de ladera pedregosa, que tan fácilmente había recorrido en otra época, le imponían más esfuerzo que todo el camino dejado atrás y el peso de la cesta cargada en el brazo con compras, comida para los días siguientes, se le volvía insoportable.

Ada no le brindaba sonrisas, no retribuía su beso que recibía indiferente. Hablaba: de cuánto le había costado acostarse, levantarse, de un dolor de cintura, de tal o cual vecina que era tan vieja como ella pero aún con ganas de subir el camino hasta su casa para tomarse prerrogativas que ella no había concedido. Se interesaban por su salud con un trasfondo de compasión que la ponía fuera de sí. En ocasiones, le traían unos platos calientes, hogazas de pan que se endurecían apenas horneadas, algunas frutas. No necesitaba esos regalos. Limosnas, decía desdeñosamente. Francesca la oía con impaciencia y no intentaba conformarla.

Cuando lograba despegarse —qué hablar de sanguijuela, pensaba—, Francesca barría las habitaciones, recogía la ropa sucia que se llevaba para devolverla limpia.

Después de varios accidentes en la casa, tres caídas que a pesar de la edad no le habían roto ningún hueso, Ada usaba un bastón con contera de goma. El bastón equilibraba sus pasos que progresivamente se habían vuelto más lentos, vacilantes. Sin embargo, se obligaba a moverse. Cuando Francesca limpiaba, ella, hablando en voz muy alta a raíz de la sordera, la seguía trastabillando por las habitaciones porque temía que Francesca le robara. Misteriosamente,

habían desaparecido cubiertos, sábanas, cadenitas de oro, y en tren de señalar despojos, Ada hasta acusaba la ausencia de algunos de sus vestidos, particularmente uno de lana tejida, que tenía en mucho aprecio, y otro estrenado en el casamiento de Cesare. Con este vestido había conseguido su primer novio. Señalaba la mano codiciosa de alguna vecina, de un viejo que desde hacía años recorría la comarca vendiendo telas, hilos, botones, y a quien en una tarde de frío, desprevenida y bondadosamente, había ofrecido un café en la cocina. Otras veces, según el ánimo, acusaba a Francesca. Un día, en el que se había despertado alunada, tan irritada como para odiar a todo el mundo, descargó sus sospechas con acento vejatorio y un convencimiento total de que tenían sustento. Le robaban, no se podía confiar en nadie. Aun las personas más cercanas aprovechaban sus distracciones para vaciarle los roperos, dijo.

«¿Hablás de mí?», preguntó Francesca.

«¿De quién si no? Las personas cercanas son las peores», acentuó Ada, los ojos acuosos súbitamente centellantes por el rencor y la satisfacción de que el agravio que creía haber sufrido la hiciera vivir nuevamente con intensidad.

«¿Qué te falta?».

«Un vestido, el de lana tejida. Cuántas horas arrebatadas al sueño, midiendo, probando, tejiendo. ¿Por qué te lo llevaste? Yo no te lo hubiera dado».

«¿Para qué querría ese vestido? Ni me venía bien ni me gustaba», se alteró Francesca sabiendo que se equivocaba al contradecirla.

«Era elegante».

«Estaba apolillado».

«¿Cómo lo sabés?», gritó Ada revoleando el bastón. «Apolillados los tuyos. Nunca tuviste uno igual. ¡El de tu casamiento! Daba lástima».

Rió estrepitosamente, las mejillas habitualmente pálidas manchadas de rojo. «¡Envidia, envidia!», vociferó.

De resultas de la pelea en la que Ada había sumado acusaciones y reproches sin fin, Francesca, para castigarla, suspendió el jueves su visita de costumbre. Le costó mucho, no obstante. No pudo dejar de pensar en la ropa y la casa sucias, en Ada con poca comida, con alguna necesidad imprevista.

Mantuvo su decisión los días siguientes.

Flaqueó el lunes, después de un domingo oscuro y desasosegado.

Rompiendo su rutina invariable de jueves y domingos, el lunes volvió al camino y a trepar la cuesta. Renegaba odiando su debilidad, inútil para sostenerle por mucho tiempo las cóleras. Contra su voluntad, Ada consumía sus pensamientos, quién la atendería si a duras penas lograba caminar, tardaba horas en acostarse, no se podía bañar sola. Su ayuda no bastaba, reconocía Francesca. Ada requería ya, de modo imperioso, la presencia constante de una mujer joven, en plenitud de fuerzas. Compadeciéndose, Francesca pensaba que no era su caso, donde la vejez, como en Ada, avanzaba implacablemente a pesar de la mejor salud, los menos años. En el pueblo había mujeres que podrían reemplazarla sacándole ese incordiante peso de los hombros, solteras sin familia, viudas sin hijos, que en la lenta recomposición de la posguerra hubieran agradecido un techo y comida, un mínimo estipendio, a cambio de cuidar a una anciana que presumirían débil y tolerante.

Pero cuando Francesca lo sugería, Ada reaccionaba con un rechazo total, con un repudio tan ciego como el que experimentaba por su vejez. Si su cuerpo se rebelaba, ella se rebelaba más contra ese cuerpo. Inútilmente porque el cuerpo no le obedecía. Cuando estaba sola, protestaba en

voz alta recorriendo las habitaciones con su bastón, imprecaba contra su invalidez, el abandono. A veces lloraba.

Francesca nunca había formulado el ofrecimiento de llevarla a su casa. Ella vivía rodeada de sus hijos, sus nueras, sus nietos, en un hogar que bullía de ruidos, de peleas y reconciliaciones. La cocina a leña donde se preparaban comidas abundantes, estaba siempre encendida y la mesa era larga.

En sus momentos de melancolía, ajena a las inclemencias de su carácter, que juzgaba complaciente y delicado, Ada añoraba esa casa, el movimiento, la compañía. Sentirse indeseada la sumía en un estado de tristeza y rencor.

Un domingo de otoño, después del almuerzo, Francesca emprendió el camino hacia la casa de Ada. Oyó los rezongos de sus hijos detrás de ella, ¿hasta cuándo?, ¿hasta cuándo?, se enojaban, madurando la idea de poner fin a esa situación antes de que el invierno ribeteara de escarcha los caminos. Fuera de su agrado o no, inexorablemente Ada tendría que convivir con alguien. No consideraban ofrecerle hospitalidad en esa casa con ruidos y niños donde ella no aguantaría un segundo ni ellos la aguantarían. Barajaron nombres de mujeres conocidas, disponibles en las estrecheces de la posguerra para un trabajo que no exigía habilidad especial, solo paciencia.

Ese domingo el aire del otoño ya era frío pero el sol de las primeras horas de la tarde calentaba. A Francesca le costaba trepar la cuesta pedregosa, en cambio disfrutaba el camino con campos a los costados, el horizonte abierto hasta las colinas. Paraba de trecho en trecho y se entretenía mirando unas flores amarillas con olor a ruda, algunas bestias que buscaban hierbas. Sacaba cierto placer de esa contemplación y casi siempre descansaba en un banco para

caminantes, situado bajo un nogal que en verano se erizaba de nueces, y casi siempre, no sabía por qué, pensaba en su marido, un hombre abúlico al que había amado mucho en los primeros tiempos y nada después. Cuando murió lo había llorado poco y ese poco más por deber de viuda que por pena. Su recuerdo no le provocaba ningún sentimiento, pesar ni nostalgia como sufría aún por sus hermanos; pensaba en él debido a que la intrigaba por qué, sin advertencia del corazón, sin aviso previo, de un día para otro había dejado de amarlo. Capricho, murmuraba sin juzgarse, y cuando llegaba a este punto se encogía de hombros, un poco divertida, y se levantaba del banco dispuesta a seguir la parte más dificultosa del camino, ese último trecho empinado que le costaba trepar, sosteniendo la cesta.

Cuando Francesca llegó a la casa ese día, sacudió la campana de bronce oscurecido en lo alto de la puerta cerrada con llave. Esperó y aunque sabía lo que Ada tardaba en abrir, en un momento se dio cuenta de que algo había sucedido esta vez.

«¡Ada! ¡Ada!», gritó, el corazón súbitamente agitado.

No recibió respuesta. Bajo el sol de la tarde, la casa parecía dormida o deshabitada. Se dio razones: que la sordera de Ada la volvía impenetrable a sus llamados o bien que en uno de sus raptos de malhumor hubiera decidido no contestar sin importarle la zozobra que provocaría su silencio.

«¡Ada! ¡Ada!», gritó.

Rodeó la casa. Incluso la puerta del fondo estaba cerrada y cerrados los postigos de las ventanas a mediana altura. Solo los de la cocina estaban entreabiertos. Empinada en puntas de pie logró abrirlos del todo, empujó el vidrio enmarcado de la ventana que corrió un trecho sobre sus rieles y luego se atrancó. Desde allí oyó por fin la voz de Ada

quejándose y distinguió una palabra que repetía confusamente. Fuego, creyó entender.

Francesca respiró por un instante. Al menos estaba viva, suspiró.

«¡Ada! ¡Ada!», gritó lanzando la voz por el pequeño espacio abierto de la ventana. «¿Qué ocurre?».

«¿Quién es?», preguntó Ada con acento extraviado.

«¡Francesca!».

«¿Rosanna?».

«¡Francesca!».

«¿Francesca? ¡Abrí!».

¿Cómo podría hacerlo? Francesca tuvo un espasmo de risa, un retorcijón en la boca del estómago. Del interior solo rescataba palabras aisladas, la mayoría urgentes e incomprensibles aunque entendiera fuego y los gemidos anunciaran un percance de gravedad incierta. Detestó la tozudez de Ada, que se creía invulnerable, autónoma en su decrepitud como para cerrar todas las puertas. Después pedía ayuda, clamaba al Cielo.

De la impotencia, Francesca apretó los puños, se descubrió también ella pronunciando palabras incomprensibles. Trató de serenarse, de dominar el pánico. No veía humo ni llamas. No obstante, las piernas se le aflojaron ante la imagen de esa mujer indefensa, quizás herida, yaciendo sin posibilidad de auxilio. Se desesperó. ¿Cómo podía desesperarse tanto si no era precisamente amor el que sentía por Ada? Fastidio, pánico, todo menos amor. Deliberadamente recordó sus vejaciones, su capacidad de ofender. Por qué la colocaba en situaciones que no podía afrontar a sus años, con su propia fragilidad, más joven que Ada pero igualmente vieja.

Decidió volver al pueblo y pedir ayuda a sus hijos. Antes gritó: «¡Ada! ¡Ada!», agitó la campana de bronce deslucido y aporreó la puerta.

No llegó a alejarse. Un muchacho que vivía más arriba, donde se redondeaba la cuesta pedregosa, pasaba delante de la casa llevando su bicicleta del manubrio. Se había detenido, alertado por el ruido. Francesca le salió al encuentro como si encarnara la salvación, con ese alivio; fugazmente se diluyó su angustia.

«¡Mauro! ¡Mauro!».

Él oyó tranquilamente sus explicaciones. Con la agilidad de la juventud alcanzó el alféizar de la ventana, forzó del todo la abertura del vidrio atrancado y saltó hacia el interior. Después de unos segundos que se le antojaron eternos, Francesca percibió el giro de la llave en la cerradura.

Mauro apareció sonriente en la puerta. «Ya está», dijo.

Francesca entró en la casa como una tromba y él la siguió, curioso. Encontraron a Ada en el dormitorio, caída en el piso de mosaicos, su bastón había quedado lejos y sin un punto de apoyo no había podido incorporarse. Con el bastón, quizás tampoco lo hubiera conseguido.

«¡Por fin!», gritó despechada al verlos, y en seguida exclamó: «¡El fuego! ¡El fuego, Francesca!».

Francesca corrió. En la cocina, sobre una hornalla, hervía una olla con las paredes ennegrecidas y un resto de agua que apenas cubría el fondo. Francesca la apartó del fuego (se hubiera quemado la olla, no la casa), y luego, rápidamente volvió al dormitorio. A unos pasos de Ada, Mauro no se había movido, la vejez era un asunto extraño para él, y apoyado en la cómoda la observaba con una expresión de intriga. Francesca se arrodilló en el suelo, se inclinó ansiosamente hacia Ada inquiriendo cómo se había caído, cuándo, qué lugar del cuerpo le dolía, si el dolor era el intenso de una quebradura o meramente sentía los efectos del golpe en la flacura de la carne. Ada agitaba los brazos como las patas de un animal herido y no contestaba.

No, comprobó Francesca tanteándola, tocándole el cuerpo, flexionando con tiento sus brazos y piernas. Se había caído sin mayores consecuencias aunque el susto y la falta de fuerzas la habían paralizado. Por suerte y por azar, un almohadón en el suelo que Ada no había podido recoger había amortiguado el golpe. Estaba pálida, demudada, con un aspecto que provocaba piedad. Francesca y Mauro la incorporaron; mientras se esforzaba, Francesca agradeció la presencia de ese chico robusto de la colina, bien dispuesto a pesar de que no entendiera nada de la vejez. Sin su ayuda ella hubiera estado reducida a la impotencia.

Ada se dejó mover como un peso muerto, se apoyó en su bastón y rechazó extenderse en la cama. A pasos muy lentos, arrastrando los pies, sostenida por Francesca de la cintura, por Mauro de un brazo, logró sentarse en la cocina, donde Francesca la frotó con alcohol alcanforado, le hizo beber agua de azahar y dejó abierta la ventana para que le diera el aire. Vio que Ada no estaba tan afectada como pretendía, pasado un rato comenzó a protestar exigiendo que Francesca, ya que la había abierto, cerrara esa maldita ventana, le daría una pulmonía. Entonces todos contentos. El enojo le devolvió algún color a las mejillas y ella hasta experimentó una satisfecha amargura por la inminencia de la pulmonía en puerta.

«No hace frío», dijo Francesca.

«¡Sí, hace frío!».

«El aire te despeja».

«¡Y me da una pulmonía!».

Mauro miraba a las dos viejas discutiendo con exceso de ademanes, con voces agudas, y se reía discretamente, bajito.

«¿Por qué no se va?», lo señaló Ada de pronto, hablando como acostumbraba por su sordera, a alto volumen y agresivamente, sin importarle que Mauro la escuchara. Para

nada afligido, él aprovechó la oportunidad de marcharse; se divertía con las actitudes cómicas de las viejas, se había sentido complacido al ser considerado como un adulto, pero ya deseaba abandonar esa casa que olía de un modo desagradable a húmedo, a rancio, a algo que nunca le tocaría, a la vejez en suma.

Francesca cerró la ventana lo más que pudo, exageró su empeño para calmar a Ada que seguía rezongando. «Ya está», dijo, como Mauro.

«No está bien cerrada», protestó Ada, y por suerte se aferró a la pregunta de Francesca sobre si había almorzado. «No, ¿cómo voy a almorzar con esta caída? Perdí el apetito. Estoy trastornada, ¿no ves? Horas en el suelo, con sed, con ganas de orinar. Llevame al baño. ¿Cómo puedo comer sintiéndome así?».

Mientras la acompañaba al baño, Francesca se vengó: «No te quejés. Si no venía yo, ¿qué hacías?».

«Me hubiera arreglado —dijo Ada alzando la voz—. Siempre me arreglo sola», y alusivamente siguió: «Compañía no tengo mucha».

Francesca se enceguecíó con un arrebato de furia, violento y mudo. La sangre le subió al rostro. «Te descubro las intenciones», decía Ada con una mueca de agravio que Francesca hubiera querido borrar de un bofetón. Que no se le ocurriera, a Francesca, enviarle a una extraña, no quería a nadie rondando por ahí, revisando sus cajones, manoseando sus cosas. Y además no pensaba comer, ¡que no le ofreciera comida!

Francesca le había dejado comida preparada, solo requería calentarla en la sartén, ¿por qué Ada estaba cocinando con el riesgo de manipular ollas que debía levantar para verter la pasta en el colador? Ya no tenía fuerza en las manos. Se podría quemar viva y oscuramente Francesca pensó que tal vez el hecho no fuera una fatalidad.

«Siempre se te ocurren ideas raras», decía Ada, y una sonrisa malévola apareció en su boca. No quería gente a su alrededor. Tampoco aceptaría que con el pretexto de protegerla la condenaran a un asilo lleno de viejos incapaces. No abandonaría su casa, quería morir allí, entre esas cuatro paredes que eran suyas. Por orgullo no confesó que soñaba compartir la casa de Francesca. Cerraría los ojos en esa casa donde había vivido siempre. El fin no la asustaba, mintió. Deseaba que Francesca se opusiera, negara el futuro cierto de su muerte —que temía tanto— como imposible. No tenía noventa años, empezaba a vivir. Esto debía decir Francesca, que cualquier edad es buena para vivir. En cambio callaba, inquiría con una expresión impasible si ahora, más tranquila, acaso no le gustaría comer.

«No», contestó Ada secamente. Apartó la mirada del rostro de Francesca. No tenía hambre ni quería comer. Odiaba la pasta si no estaba recién hecha.

Francesca buscó una silla y se sentó, mirándose las manos. Ada hablaba pero ya no la oía. Se descubría tan agotada que no se decidía a emprender la limpieza de las habitaciones como acostumbraba. De hecho, no las limpió, solo recogió la ropa sucia y acomodó las compras en los estantes más bajos de la cocina. Toda energía la había abandonado, en esas bruscas huidas que tiene en los viejos y que los deja exhaustos, sin fortaleza. Le faltaba el aire y trató de respirar hondamente. Ada le relataba cómo se había caído, de un resbalón, y así había permanecido horas en la frialdad del suelo, tendida como una muerta, con sed, con ganas de orinar. El relato de sus desgracias la reanimaba. En un momento dijo que quería comer, pero pasta fresca, no recocida. Sin replicar, Francesca llenó de agua la olla y la puso al fuego. Preparó la mesa y contempló a Ada, quien

fingió comer sin apetito mientras rebañaba la salsa con el pan.

Francesca lavó el plato, la olla, el colador. Vio que Ada había recuperado su estado habitual de acritud y desprecio. Estaba bien entonces. Seguramente experimentaría algún dolor tardío, pero por ahora era evidente que no experimentaba ninguno aunque se quejaba de que la caída la había arruinado. Minuciosamente la relató de nuevo, indignándose ante ese rostro que solo expresaba una conmiseración superficial y no lo que deseaba: terror, profunda pena. Miró a su hermana con resentimiento, observando que ya preparaba su partida.

En efecto, Francesca terminó de ordenar la cocina, apiló la ropa sucia en su cesta y permaneció un instante irresoluta. Tenía ganas de huir pero se obligó a esperar un poco más, recelando que a Ada se le ocurriera un pedido imprevisto: que acomodara de nuevo las compras en la cocina, que le bajara del techo del ropero un velador que estaba roto.

A excepción de ese día en el que habían acaecido demasiados trastornos, Francesca le preparaba el baño en cada visita. Temió que Ada, a último momento, por espíritu de oposición exigiera bañarse cuando habitualmente se resistía. Y entonces ella no tendría otro remedio que acceder si quería evitar un escándalo. Esa operación complicada la demoraría hasta la noche. Ya mismo debía marcharse, pensó. Antes de que sucediera una desgracia, como si las desgracias solo concernieran a Ada, de quien ella quería encontrarse lejos.

Hoy suprimiría el baño, dijo Ada en ese instante. No se arriesgaría a otro accidente; mientras se bañaba, Francesca se distraía, le quitaba el apoyo de sus manos o le movía la alfombra bajo los pies.

De súbito cambió de idea: se bañaría sola más tarde, sola, subrayó vengativa, porque podía arreglarse perfectamente. También podría caerse, ¿no?

Francesca no la contrarió, Ada no se acercaba al agua voluntariamente. En cada visita Francesca notaba a su arribo que el cuerpo de Ada despedía poco olor, pero que ese olor no era grato. Sin demorarse más anunció que se marchaba. Se había eternizado, allí, en esa casa que no era la casa paterna sino otra, desconocida, con habitaciones tristes donde nunca habían vivido sus padres, sus hermanos.

Ante el anuncio, Ada sonrió como si viera cumplidos sus designios o meramente lo que esperaba: el abandono, la desatención.

«Andate, sí, ya te quedaste mucho», dijo con ironía y movió la mano en un gesto de expulsión que pretendía señalar hacia afuera y en cambio señalaba, de modo rencoroso, su soledad.

Despidiéndose, forzándose a ser lenta (porque quería huir), Francesca besó a Ada con un ligero abrazo. Ella nunca lo hacía, Francesca no recordaba que la hubiera abrazado alguna vez, ni siquiera en muertes o casamientos. Se dejaba besar, abrazar, volteando el rostro o poniendo una mejilla inerte, sin afecto.

Ya atardecía. Francesca se colgó la cesta del brazo y emprendió el regreso. El aire se había vuelto más frío y el sol más pálido, inconsistente, no proporcionaba calor. Aún sentía las piernas flojas y consideró largo el trayecto hasta su casa. Odiaba esos incidentes con Ada que la dejaban vacía, pero ahora, en el momento de partir, se irritaba con particularidades de las que Ada no tenía culpa alguna, su sordera por ejemplo. Retrospectivamente la enfurecía verse obligada a hablar a los gritos cuando el tono natural de su voz era bajo, que Ada no entendiera sino a los gritos la ponía fuera de sí. Y la irritaba su deterioro, el envilecimiento

ofensivo de su cuerpo. Después, en el recuento de su visita, Francesca pasó al juicio enconado, desde hacía años Ada le chupaba la sangre sin el menor gesto de agradecimiento, vieja egoísta, resentida, que vivía en la ingratitud como si todo le fuera debido.

La odió. Pero no podía abandonarla.

Por suerte, se dijo, ahora volvía a su casa, la cuestión era bajar la cuesta, después vendría el camino llano con su banco bajo el nogal.

De regreso no se sentaría en él, ya era tarde y hacía frío.

Al bajar la cuesta —siempre descendía poniendo cuidadosamente un pie detrás de otro— rumiando distraída el peso de sus rencores, su desesperación ante la puerta cerrada, tropezó sin saber cómo, dio dos o tres pasos sin control. Perdió del todo el equilibrio. La cesta se desprendió de su brazo y rodó unos metros. Ella sintió el golpe doloroso de una piedra contra su nuca y en su cabeza hubo un repentino intervalo, una mudez.

Cuando reaccionó, inmediatamente se preocupó por Ada (si ella no pudiera atenderla), pero la inquietud pronto dejó de tener importancia. Antes incluso la hubiera preocupado el atardecer cuyo comienzo presagiaba sombras que la asustaban. Ahora no. Quizás vería la primera estrella apareciendo brillante en el cielo de la noche. No intentó incorporarse, parecía que todo estuviera bien así, extendida con un leve aturdimiento, y que todo se hubiera arreglado. Ya no importaba Ada ni su vejez, ni siquiera la suya propia que a veces la desvelaba. Una calma infinita, como si no hubiera nacido o como si, naciendo, no hubiera sido esa mujer que había atravesado la guerra, las pérdidas, amores y desamores (su marido abúlico), sino una criatura de otra naturaleza, al abrigo del dolor y la intemperie. Era como… Buscó en su cabeza que funcionaba con lentitud, era como… un árbol, eso es, un árbol dejándose estar serenamente

junto al banco para el reposo de caminantes en la senda al pie de las colinas.

Pero esta sensación pasó y se encontró de nuevo caída rudamente, con el cuerpo inservible, una mujer anciana, quizás agonizando en el terreno pedregoso mientras anochecía.

Y de pronto, cuando pensaba que ni sus hijos advertirían su tardanza y no vendrían angustiados a socorrerla, vio con una naturalidad dichosa que la rodeaban sus hermanos. No los recordaba tan elegantes, tan apuestos. Se inclinaban hacia ella, todos jóvenes, con la belleza de la piel lisa y los movimientos ágiles. Estaba Bruno, el de las travesuras del gallinero y la encina; y Grazia, con su obstinación de la «cura del agua» y la abdicación ante los tallarines con pesto; Piero, Pierino, regresado del país lejano con una valija de ropa sucia; Cesare, que se había casado de apuro. Todos ellos, vivos y sonrientes, le borraban el pesar de las pérdidas reemplazado por una felicidad de infancia. Y, ¡oh, sorpresa!, lo que menos esperaba, hasta Ada aparecía. Ella no era joven sino vieja como ahora. Senil y fea, prepotente y odiosa, se abría paso entre sus hermanos y, deshecha en lágrimas, murmuraba su nombre, la incorporaba contra su pecho sosteniéndole con una mano la nuca rota, y la abrazaba fuertemente. La besaba.

De álamos y abedules

En la larga noche que recién comenzaba, Anton Pavlovitch miraba desde su lecho hacia los ventanales de esa habitación de hotel.

Veía no tanto la masa entera del árbol que se erguía afuera dominando el jardín sino los retazos de niebla, alguna rama cargada de hojas, del mismo árbol, que según los embates del viento de vez en cuando golpeaba contra los vidrios. También veía, de modo más cercano y no obstante un poco borroso, cajitas azules y frascos oscuros que contenían remedios de los que desconfiaba. En la mesa de luz, cuya superficie estaba protegida por un mármol brillante, había un florero de boca ancha con flores que se amustiaban, unas flores que no reconocía entremezcladas con helechos y hierbas silvestres. Acostado de espaldas, le costaba enfocarlo, aunque en días anteriores, cuando aún conseguía moverse sin ayuda, apoyándose en el costado izquierdo, había contemplado el jarrón durante horas, o más precisamente, los helechos y hierbas silvestres usadas de adorno y que, al revés de las flores que no reconocía, conservaban la frescura, un verde intenso.

No se explicaba qué era lo que tanto llamaba su atención, lo atraía hacia ese verde como si bebiera agua en un verano de sed. Pero su cabeza ya no razonaba con suficiente claridad, en aquellos términos que siempre habían sido comprensibles incluso para el común de la gente.

Sin embargo, estaba agradecido de sentirse así, vagamente atontado, con la mente confusa deteniéndose en el verde. Menos benévola, la lucidez le provocaría un miedo incontenible, casi terror, porque en su vacío total la muerte le parecía horrorosa, ningún pensamiento al respecto lo consolaba, y él sabía que iba a morir en el transcurso de la noche o quizás no mucho después, con el día apenas amanecido. No sería la suya una muerte súbita, de esas que dicen traen en un segundo el recuerdo y recuento de toda la vida. De su vida no recordaba nada y casi a nadie, por lo que no podía aferrarse a ningún hecho ni ser, y sin dudar creía que era mejor morir así, distante, desprendido de todo, salvo de esas hierbas verdes que le gustaba contemplar. Ignoraba incluso si esa mujer joven, sentada a poca distancia de su lecho con las manos cruzadas sobre el regazo, guardaba algún parentesco con él, pero suponía que sí porque ella lo atendía con gestos de una familiaridad cercana.

La mujer, cuyo nombre Anton Pavlovitch no conseguía recordar, lo acomodó hábilmente de costado y en dirección a la mesa de luz, y entonces, sin necesidad de esforzarse, él pudo ver el jarrón con las rosas antes blancas, ahora amarillentas, y sobre todo los helechos y hierbas silvestres todavía muy verdes.

Cuando un camarero del hotel les trajo una botella de champán en un balde que colocó sobre una mesita baja en el centro del cuarto, Anton Pavlovitch interrumpió su contemplación; después de tanta quietud y silencio, lo distrajo de una manera desagradable el intercambio banal de palabras entre la mujer y el camarero; acostumbrado al susurro, las voces le sonaron altas, estridentes, y para colmo pronunciadas sin miramiento alguno desde ese espacio de sanos donde él no entraba. Por qué y por quién el champán en esa habitación que olía a remedios y enfermedad. Sin embargo, a pesar de su irritación, dedujo que quizás él

mismo había expresado su deseo de beber una copa y con la mente confundida lo había olvidado.

Ella corroboró su presunción, le señaló la botella con un gesto cómplice y Anton Pavlovitch, que no deseaba nada salvo mirar esos helechos y hierbas silvestres, simuló su deseo. Se forzó a sonreír, debía hacerlo y hasta murmurar agradecidamente alguna palabra de gratitud porque ella lo esperaba. Era tan palpable su ansiedad que él intentó disminuirla, aunque sin empeñarse mucho, por lejana cortesía de su carácter. Ninguna palabra acudió a su boca y la sonrisa fue apenas un rictus desganado que adjudicó a su estado de debilidad y no al hecho de que la presencia de la mujer, tan solícita y ansiosa, lo incomodaba. No recordó en absoluto que le había escrito una vez, en épocas de ausencia, diciéndole que sin ella se sentía desatendido y triste como un niño.

La mujer se movía con elegancia, irradiaba salud a pesar de las ojeras de las noches en vigilia. Dos arrugas se le marcaban a ambos costados de la boca, los ojos hinchados pero sin lágrimas como si hubiera llorado con discreción en otra parte. Anton Pavlovitch sintió el pecho oprimido, falta de aire en la habitación caldeada. Por qué razón ella no abría los ventanales en lugar de ofrecerle de beber, y lo pensó con un extraño y súbito resentimiento. Cómo ella, cuya solicitud le molestaba, no se daba cuenta de que solo quería un soplo de aire para sus pulmones y, concedido, después mirar el verde.

La mujer sirvió dos copas, la sonrisa tenue, un poco desvalida, como si se dispusiera a festejar un aniversario con un amigo que ha tomado distancia, alguien de quien no se está muy seguro de compartir los mismos sentimientos. Dejó su copa sobre la mesita baja y caminando con pasos breves para no salpicar el contenido de la otra, se aproximó

al lecho manteniendo su sonrisa de celebración, tenue, indecisa.

Lo ayudó a incorporarse y la opresión en el pecho de Anton Pavlovitch disminuyó ligeramente, sintió el borde de la copa en sus labios y bebió unos sorbos con lentitud.

«Un poquito más», dijo ella con esa solicitud pegajosa que lo irritaba.

Negó con la cabeza y ella retiró la copa, su contenido casi intacto. No obstante, aprobó con una alegría falsa que él advirtió, con exceso de énfasis se congratulaba de la hazaña de un niño o de un torpe, pobre de espíritu, que en el colmo de la embriaguez hubiese vaciado sin temblores la copa entera.

Inició un gesto para cambiarlo de posición, la contraria precisamente a la que él pretendía de frente a la mesita de luz. Tenía esa costumbre que Anton Pavlovitch aborrecía. Con la excusa de procurarle alivio, en un abuso de confianza con su cuerpo, al que la enfermedad había vuelto indefenso, la mayoría de las veces procedía por su cuenta, no lo consultaba como si él fuera incapaz de mínimas decisiones que le concernían. Rencoroso e injusto, pensó que ella siempre se equivocaba; no supo la manera, quizás por crispación, logró hacerle entender que quería reposar sobre el costado izquierdo, en dirección a la mesita de luz con su jarrón donde las flores habían desaparecido para él y solo estaba el verde de los helechos y hierbas silvestres.

Sin brindis, renunciando al simulacro de la celebración, ella bebió su champán de espaldas al lecho, una copa tras otra. Luego, con su forma elegante de caminar se dirigió hacia los ventanales, forcejeó un instante con el picaporte y los abrió de par en par frente al jardín. Respiró ansiosamente el aire húmedo y unió los dos paños de las cortinas para que el espesor filtrara el viento.

Una flor se deshojó y los pétalos cayeron sobre la mesa de luz. Ella se dio cuenta de que las rosas habían durado poco en la habitación caldeada, estaban mustias y amarillentas, pero careció de fuerzas para sacarlas del florero, aunque le repugnaban las flores marchitas. Volvió al sillón y acabó por dormirse con un sueño pesado.

Cuando Anton Pavlovitch reposó su cabeza en la almohada y la mujer se apartó sentándose en su lugar de costumbre, tuvo la sensación de que ya había cumplido con todo, con lo que la mujer esperaba de él en ese momento. Que ahora podía dedicarse a lo suyo, que era muy simple. Miró fijamente los helechos, las hierbas silvestres que aún se mantenían verdes entre las flores marchitas. De pronto esa contemplación le otorgó paz, como si él también fuera una mínima hierba acostada en la cama, dejándose ser verde, sin peso, sin deseos. Por motivos misteriosos, la hierba había nacido, debía morir. El sol la había tocado, la brisa, la lluvia, las inclemencias. Ahora estaba verde aún y a él le bastaba, le brindaba agua en un verano de sed.

Cerró los ojos y sin ninguna sorpresa se encontró sano, repuesto y de pie en un campo con árboles, una delgada hierba crecía con otras a la sombra de álamos y abedules.

Cuando era joven y los talaban —donde antes el viento se detenía en un murmullo de hojas quedaba un páramo— su enojo era inmenso.

¡Ah, sí, recordaba! Su cabeza se había despejado totalmente y la memoria no le traía la tenebrosa aprensión de la muerte como había temido que le trajera la lucidez, sino una tierna melancolía, apenas dolorosa.

Recordó episodios de infancia sin siquiera evocarlos. En una sucesión desordenada, los madrugones en el frío impuestos por el padre, el largo camino hacia la iglesia (la primera misa), con los ojos entrecerrados por la nieve y el sueño.

Y después, siempre en la misma sucesión desordenada, comió con sus hermanos bajo la mirada del padre despótico y piadoso, se despedía de Nicolás, su hermano rebelde, perezoso y borracho, que moriría muy joven, y su madre, tan afecta al llanto como otras a la risa, se inclinaba hacia él una noche de fiebre.

Su vida, como aseguraban que ocurre en el último momento, transcurría breve y rápida aunque hubiesen pasado tantas cosas… Revivió desilusiones y logros, orgullos y decepciones (porque alguna vez lo habían aplaudido y otras criticado). Pero todo era presente como el verde de los helechos y las hierbas. Ningún ser anónimo o impreciso, reconocía a cada uno, les estrechaba la mano, se sacaba una foto con ellos… y por fin, cuando cada uno volvió a su lugar en la memoria, abrió los ojos y dirigiendo una mirada hacia ella con el rostro claro, reconoció a esa mujer —cuyo silencio le decía que dormía— a quien había extrañado atrozmente en sus ausencias, como la extrañaba ahora cuando el sueño se la quitaba, de nuevo ausente. Murmuró «Olga», y aunque la voz era tenue, ella despertó como si la voz atronara. «Olga».

Aturdida, ella abandonó el sillón de un salto, pensando que mientras dormía él podía haberla llamado muchas veces. Vio que Anton Pavlovitch movía un poco la cabeza hacia adelante, los ojos fijos, la boca entreabierta.

Se excusó avergonzada, «me dormí un instante», dijo. Con desazón le preguntó si tenía calor o sed, insistió con amor y hasta un atisbo de furia porque él permanecía callado con una obstinación resentida.

Detenidamente, con los labios húmedos, le besó una oreja, le acarició los cabellos. Qué necesitaba. Ella haría lo imposible.

Sed, le preguntó al oído, confidencial, ¿le molestaba el olor persistente de las flores marchitas, los ventanales

abiertos que traían el viento?

A pesar del espesor de las cortinas, ¿era demasiado el viento? Quitaría las flores, cerraría los ventanales o dejaría un resquicio si lo prefería. ¿Qué necesitaba? ¿Qué?, para estar mejor, más cómodo, satisfecho y tan descansado como quien no conoce la fatiga. Debía decirlo, e inconscientemente alzó la voz, porque estaba dispuesta a cualquier pedido, a cualquiera exigencia, y por amor le permitiría las más absurdas, a no comer, a no dormir, no se iría nunca en esos viajes que los separaban.

Si a veces no había preguntado por sus deseos era porque por simple intuición los descubría. Un sexto sentido le advertía cuando Anton Pavlovitch tenía sed, cuando la piel le escocía por el contacto prolongado con las sábanas o era la hora precisa de los medicamentos. Pero ahora su intuición había enmudecido y requería que la ayudara con apenas un indicio, el más pequeño movimiento, un entrecerrar de ojos, un cambio en el rictus de la boca reclamó, y sería suficiente. ¿Qué? Podía ser algo que ella no imaginaba porque sabía que en ocasiones los enfermos no logran comunicar lo que ocurre en el cuerpo, los fastidios, las incomodidades infinitas, los ahogos y dolores que lo habitaban. Aislado, inexpugnable, así se había vuelto ese cuerpo que la había llamado. ¿Qué necesitaba?

Inclinada sobre Anton Pavlovitch lo preguntaba con la misma terquedad que tenía él en su silencio, insistía con voz ronca aunque supiese que él ya no podía desear ni necesitar nada, ni siquiera curarse. Los ojos de Anton Pavlovitch miraban hacia las hierbas silvestres todavía verdes, entremezcladas con helechos a la sombra de álamos y abedules nunca talados, inmortales en esa habitación que era un campo sin fin bajo la luz oscura.

Anton Pavlovitch Chéjov murió en verano, ni él ni su mujer, la actriz Olga Knipper, esperaban tan pronto su muerte aunque él le dijo al médico que lo atendía, «Me muero». Poco después bebió entera su copa de champán y comentó «Hacía mucho tiempo que no bebía champán». Luego se acostó suavemente sobre su costado izquierdo y murió.

La vida nueva

Las armas biológicas están pensadas para matar o incapacitar personas. Es un sistema que incluye un microorganismo patógeno, la munición —que mantiene la virulencia del agente hasta su aplicación—, el mecanismo de envío —misil, avión bombardero, etc.— y el procedimiento de dispersión —por explosión o por spray—.

Kantajan Alibekov, coronel y médico infectólogo, vicedirector del centro de armas biológicas «Biopreparat» de la antigua Unión Soviética

Distraída, así pasaba su tiempo, sus plantas en el jardín, en realidad un resto de tierra que había dejado libre la construcción de la casa, perros ajenos a los que conquistaba con comida y que de desconfiados se volvían amistosos, los copos de nieve cayendo en invierno y la melancólica espera de los días de sol. Hasta podría parecer tonta, pero no lo era, solo dócil a lo que le ofrecía la vida que para ella consistía en un dejarse llevar, un manso acatamiento a las circunstancias. A Adrián le complacía su modo de ser. Era un hombre simpático que reía con frecuencia, a veces a destiempo, seguro de sí como alguien cuyas opiniones son tomadas en cuenta. Pero no obstante esa seguridad, con

Adelia se mostraba conciliador y convincente. Aunque asegurara que lo blanco es negro, ella se dejaba convencer, él también era una circunstancia de su vida y la acataba.

Cuando Adrián llegaba hacia la noche, nunca a la misma hora después de horarios más o menos prolongados, se anunciaba a los gritos desde la puerta. «¡Llegué, llegué!», decía alegremente y ella abandonaba su inercia y con un movimiento de una inercia más secreta corría a su encuentro.

Ese anochecer no lo hizo. Él apareció sin anunciarse, sin su risa habitual, pero su seriedad era fingida; conociendo sus distracciones bromeaba queriendo sorprenderla. Caminando en puntas de pie se presentó de golpe, guiñó los ojos y entonces sí largó su risa habitual que ella nunca se había preguntado si amaba.

«Hecho», dijo. «¿Oíste? Hecho».

«¿Qué?», preguntó ella.

Sin duda, él se refería a su trabajo porque la impresión de Adelia era que nada más le importaba. Graduado de médico, no ejercía en un hospital ni atendía un consultorio. De ese trabajo Adelia ignoraba todo, detalles, fines y naturaleza. Tampoco le preocupaba saberlo.

«Me alegro», dijo tratando de insuflar cordialidad a su voz.

«Hecho», repitió Adrián. Extendió sus manos de uñas cuidadosamente recortadas y aseguró que estaban limpias, y obviamente no se refería a la pulcritud sino a algo más profundo, a un compromiso reciente que esas manos (él, todo entero) habían asumido sin ensuciarse.

Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética creó un arma biológica para atacar ciudades de Estados Unidos en base a la fiebre hemorrágica argentina, también conocida como virus Junín o mal de los rastrojos.

El virus Junín es transmitido por ratones en el campo, lo mismo que el hantavirus, y no presenta dificultades técnicas para su aplicación como arma. Presenta las ventajas de que es una infección que no responde bien a los tratamientos con antibióticos, no hay disponibilidad de vacunas, etc. Además, cuanto más amplio es el espectro de armas biológicas de las que se dispone, más exitoso será un ataque.

Kantajan Alibekov

Ella sabía que entre los secretos de Adrián había uno que le concernía. No el desamor, no. Distaba de interesarse en otras mujeres y su actitud, apenas atemperada, era la misma de cuando se habían casado hacía veinte años. Por lo demás, esperaba (y necesitaba) tan poco de Adelia que lo que ella le ofrecía era suficiente, a veces demasiado. Si uno de esos secretos le concernía ahora era porque de tanto en tanto él dejaba escapar frases, alusiones que suponían una complicidad y vagamente insinuaban un cambio en la vida de los dos. «Esto se cae», decía por ejemplo. «Todo a nuestro alrededor se cae». E implícitamente quería decir que él, ella, no debían caer con el resto. Con otra profesión y a pesar de sus convicciones, él habría aceptado las normas alteradas, el poder mafioso, la corrupción ostensible, todos los hechos que auguraban un futuro catastrófico, pero si el país se hundía, él sentía claramente que su obligación era salvarse. Ni hablar de traición. Se guarda fidelidad mientras el objeto

de la misma la merezca. Entonces, lo que se llama traición no lo es, solo significa traspasar la fidelidad a un objeto más digno.

En un momento, a Adrián le parecía que había hablado mucho (mucho para su reticencia) de temas que ella no entendía. Se enfrascaba en el diario y no agregaba otra palabra, a veces reía ante una pregunta de Adelia que ella expresaba más por fórmula que por real interés. Ella, si había expresado una pregunta, tampoco esperaba la respuesta. Con paso grácil se alejaba hacia la puerta, la abría. A esa hora de la noche encontraba afuera con cualquier tiempo, con nieve o con lluvia, al perro de los vecinos, incluso en ocasiones a uno o dos perros vagabundos sentados con la boca ansiosa a unos metros de distancia. Ella, después de alimentar a los perros, volvía a la habitación donde Adrián leía el diario y bebía una copa de aguardiente. Recostado en el sofá, se había dormido y el aguardiente se le derramaba sobre el pantalón. Aun dormido, cometiendo ese descuido de viejo, su rostro presentaba los rasgos firmes de la vigilia. Ella lo contempló en silencio. No enderezó la copa, no le sacó la copa de las manos. Dejó que el líquido se escurriera totalmente para que Adrián, al despertar se fastidiara. Cualquier descuido, cualquier mancha sobre su ropa lo ponía fuera de sí. «¿No viste que me había dormido?», preguntaría ofuscado mirándose el pantalón. «No», contestaría Adelia. «Me distraje. Levantaba la mesa».

«Biopreparat», el más eficiente y sofisticado complejo de armas biológicas que hubo en el mundo, fue creado por un decreto de Leonid Brezhnev en 1973, un año después de que la URSS suscribiera la Convención Internacional sobre Prohibición de Armas Biológicas y Tóxicas.

Días más tarde, durante la cena, Adrián señalaba algún incidente que le había ocurrido en la jornada, aunque no era su costumbre hacerlo, y Adelia no se explicaba por qué de pronto él entraba en esa especie de confidencialidad que ella hubiera preferido desconocer. Él no tenía motivos para quejarse. En ocasiones conmemorativas, un desfile, un banquete, su rango le aseguraba una posición privilegiada. En caso de un banquete, su lugar estaba en la mesa principal, junto a ministros y secretarios, y no obstante la diferencia de jerarquías, ministros y secretarios se dirigían a él amistosamente, apreciaban su sentido del humor. Autorizado por la benevolencia del trato, Adrián contaba anécdotas risibles en las que los enemigos o caídos en desgracia aparecían ridículos y torpes, lo que provocaba no solo carcajadas sino el halago de sus oyentes que se suponían inatacables. Adelia, sentada más lejos en una mesa con mayoría de mujeres, se aburría con ganas de dormir, de vez en cuando, distraídamente, pensaba en el perro de los vecinos que a pasos de la puerta esperaría su comida. Para ella el festejo no terminaba más, pero Adrián lo disfrutaba. En la sobremesa, si la conversación cambiaba de tenor, los funcionarios de menor categoría se retiraban prudentemente. Adrián, en cambio, permanecía en el círculo de los íntimos, hablaba con el rostro enrojecido no tanto por la bebida sino por la voluntad de responder cabalmente a tal o cual pregunta que por fin le formulaban sobre su trabajo.

Estaba deseoso de agradar y convencer, y aun de lejos Adelia advertía que se expresaba con esa seguridad que ella, como sus estallidos de risa, no sabía si amaba.

Adrián respondía, sí, cabalmente, pero de un modo general; controlaba sus respuestas sopesando lo que era conveniente decir y lo que no; debía mostrarse respetuoso y disponible, y al mismo tiempo cauteloso, porque al no ser ese el ámbito adecuado para una exposición detallada (un ambiente público, todos más o menos alborotados, más o menos alegres por las copas) quería que sus oyentes valorizaran su discreción. En efecto, así era. Le solicitaban conversaciones más detenidas y para satisfacción de Adrián fijaban citas próximas en oficinas del gobierno. Cuando daban por finalizada la sobremesa, ministros y secretarios se despedían de Adrián palmeándole los hombros y efusivamente le estrechaban las manos. Después, cuando las autoridades ya habían partido, los colegas se acercaban a Adrián, algunos vacilando sobre sus pies a causa de la bebida. Adelia abandonaba su mesa y también se acercaba. Ella observaba cómo lo respetaban esos colegas o subordinados, no sabía bien, con qué deferencia se dirigían a Adrián solicitándole su opinión sobre las cuestiones más banales como si fueran transcendentes, si había probado el champán francés, la nueva variedad de caviar negro, los sabrosos encurtidos.

Tiempo pasado. Él decía que había quedado atrás esa época (cuando un ministro lo citaba) y de hecho no había recibido invitaciones para ninguna conmemoración, ningún evento oficial, hablaba de olvidos incomprensibles con referencia a su persona, de nuevas imposiciones en su trabajo, investigaciones de finalidad no precisada pero que Adelia, con su modo desinteresado, suponía relacionadas con la salud. Se quejaba Adrián de la aparición de un recién venido sin títulos ni antecedentes, y sin embargo, con un

sueldo que debía sobrepasar al suyo y mayor autoridad de la que él tenía. Lo molestaban, decía, con inspecciones frecuentes, le requerían informes escritos que lo mantenían en ascuas como si amenazaran su trabajo de años. Hasta entonces había disfrutado de independencia, había recibido felicitaciones ante cada investigación que proponía y honores cuando presentaba resultados. Pretendía hacer lo que siempre había hecho con consideración y beneplácito de sus superiores, pero ese piso firme se había transformado en una cuerda floja. Si por azar llegaran a invitarlo en ocasión de algún festejo, mucho temía que no tendría lugar en el palco del desfile, acceso a la mesa principal en un banquete. A Adelia le parecía excesivo su malestar, excesivas sus confidencias que no agradecía. Él perdía su contención habitual, durante la cena dejaba de comer y se levantaba arrojando su servilleta. Rezongaba: no había políticos honestos, no había quien no pensara en servir su mesa con manjares que los pobres no conocían ni soñaban con conocer. La justicia hablaba por su boca y Adelia le rogaba que hablara más bajo porque las paredes tenían oídos. Quizás por esto, ella hablaba tan poco.

Antes de 1992, el Dr. Kantajan Alibekov, merced a su ambición y dedicación logró trepar en la estructura burocrática soviética perfeccionando sistemas de exterminio masivo. Sus grandes creaciones fueron tres versiones de las enfermedades infecciosas turalemia, plaga y sobre todo ántrax-836, el más mortífero que se conoce.

Su impresión era que todo se deshacía. Incluso circulaban rumores, muy cautos por lo demás, de que cerrarían el centro de investigaciones o le darían otro uso. Pero esto, aunque pareciera imposible, podría suceder porque él no estaba en la cabeza de los políticos que decidían según sus conveniencias. Se sentía prescindible y no por razones de desconfianza —todos conocían la firmeza de su lealtad, la solidez de sus conocimientos— sino porque le recortaban los fondos como si sus investigaciones no fueran prioritarias. Un día llegaría a su oficina y le entregarían una nota de despido o traslado. Bien podría ser un traslado a una zona de poca población, clima impiadoso. Perdería sus ventajas —un buen sueldo, dos coches, una casa confortable— pero esta disminución de su estatus no contaba, todo lo que hacía lo hacía por convicción y deber. No se veía en un hospital desperdiciando sus saberes en el cuidado de enfermos. Él, con la misma bata blanca que usaba en el complejo, renegando por el servicio o la falta de insumos, inclinado sobre pacientes de una intoxicación con diarreas y fiebre, atendiendo niños con infecciones, viejos con males ciertos o imaginados.

Las armas que yo hacía eran armas antipersonales cuyos objetivos eran «grandes ciudades». Un solo misil balístico intercontinental SS-18 podía rociar toda una ciudad de las dimensiones de Nueva York con un agente estratégico matando por lo menos al cincuenta por ciento de su población.

Kantajan Alibekov

Entonces, una noche al regresar del trabajo, Adrián apareció con la novedad, noches después de aquella en la que extendió hacia Adelia sus manos limpias de uñas cuidadosamente recortadas. «Hecho». Se iríán, eso dijo, como si fuera lo más simple del mundo abandonar todo.

No por desconfianza, aseguró, sino por protección, él se negó a entrar en detalles. Adelia no debía saber sobre contactos, quién se le había acercado, de qué manera o dónde. Nada sobre trámites ni estrategias, ni cuándo ni cómo viajarían.

Ella susurró, contagiada de su reserva: «Al menos cuándo».

Y él negó con la cabeza, le levantó el rostro y la besó con ese modo suyo, tierno y a la vez humillante. «Cuándo, cuándo», susurró. «¡Ssss!».

Adelia quería saber si sería pronto, de ese día en una semana, en un mes, y no se explicaba por qué el hecho de ignorarlo le provocaba angustia, a ella que siempre se había dejado guiar confiadamente. Miró a su alrededor y pensó en las otras habitaciones de la casa con sus altos roperos y envejecidas cómodas. Ese era el problema, el motivo de su angustia, enfrentar los muebles repletos de prendas y de todo lo que se amontona en la melancolía del tiempo:

juguetes, obsequios no deseados, libros que ya no se leen, un paraguas roto conservado por el valor de la empuñadura, de marfil amarillento. Elegir, desechar. Para un traslado como el que había decidido Adrián, de naturaleza tan definitiva, todo equipaje sería exiguo. Adelia anotó mentalmente dos maletas que hubiera preferido más grandes y un viejo baúl arrumbado en el sótano, de madera pintada de verde, con fuertes herrajes, que en sus bodas la abuela había traído de su pueblo con sábanas, almohadas y el resto de su ajuar. El baúl había llegado en una carreta hacía decenas y decenas de años y desde que lo tenían nunca había salido del sótano, nunca había conocido un tren, un barco. Ahora sí conocería, hasta un avión, y Adelia, tontamente, se alegró por él, como si fuera un amigo a quien se deparará una sorpresa. Cargaría en el baúl ropa de invierno y de verano, alguna vajilla, su colección de muñequitas rusas, la caja de cartón colmada de fotos. ¿Necesitarían las pesadas ropas para la nieve o irían a un país donde siempre sería verano y solo precisarían sandalias, camisas ligeras?

Él adivinó lo que pensaba. «Solo lo puesto», dijo, porque los proveerían de todo. Casa, muebles, vajilla, ropa. Hasta un coche quizás. Hasta ahí llegaba el lujo, bromeó.

No puedo decir que haya creído en el comunismo y que hacía armas para que triunfara. Yo era un profesional. Estábamos seguros de que los norteamericanos investigaban y desarrollaban las mismas armas biológicas que nosotros. Necesitábamos proteger a todos nuestros niños de una posible guerra contra nuestro país.

Kantajan Alibekov

Solo al día siguiente, cuando él le dijo con un acento terminante que deberían dejar todo atrás, hasta los recuerdos, ella se enojó. La primera vez que su pasividad se rebelaba. Sin pensar, él había expresado «recuerdos» como un agregado retórico, pero Adelia se aferró a la palabra. «¿También los de esta casa?». Podían morir los recuerdos que provenían del afuera acariciados por el aire y el sol, húmedos de lluvia o friolentos de invierno, esos sí por más que en un tiempo los hubiera apreciado, los de su fiesta de casamiento con parientes y amigos, el almuerzo bajo una glorieta cubierta de verde, Adrián sentado a su lado con una flor en el ojal, algún paseo en bote, una o dos veces las vacaciones junto al mar. De un plumazo podría borrar esos recuerdos, pero no los de la casa. ¿Qué recuerdos debía dejar atrás?, insistió. ¿Los del hijo perdido a los dos años que gateaba en el piso, el de su madre agonizando en aquella habitación?, señaló temblorosa. «¿También esos recuerdos?».

«Mejor no tenerlos», dijo él.

Cuando Adelia quedó sola, sonrió. Pensaba llevar todo. Lo que se toca y lo que no se toca. No olvidaría ni dejaría un vestido para que una desconocida lo habitara. Abrió el ropero y contempló las prendas de Adrián, sus trajes, sus

uniformes de invierno y verano, su uniforme de gala con tres condecoraciones prendidas en la chaqueta. No eran las únicas, había recibido más en el curso de los años y estaban guardadas, ya con el metal oscurecido, en una caja de cartón, cada una en su estuche de terciopelo rojo. Ella abrió los estuches y las prendió junto a las otras como si adviniera un festejo.

Nos llevaremos todo, decidió mentalmente. Olvido, olvido, canturreó. Le habló a Adrián con una seguridad que no tenía en su presencia, mirá, Adrián, si por tu olvido se mete en tu uniforme un soldado loco y lo ensucia matando. Él nunca había matado. Los uniformes estaban ahí, colgados de sus perchas, limpios, austeros, con varias medallas. Alzó los brazos y empezó a recogerlos. De pronto sintió el peso en sus brazos como si sostuviera niños muertos.

Afortunadamente, ninguna de mis armas se utilizó para asesinatos (individuales) porque yo estaba produciendo armas para uso militar, para ser utilizadas en caso de guerra, y de un tipo particular de guerra: la guerra total. Algunos blancos serían atacados por armas biológicas, otros por nucleares y otros por ambas.

Kantajan Alibekov

Cuando terminaban de cenar, él dijo: «Será pronto».

«¿Mañana, pasado? ¿Cuándo?», preguntó Adelia. Para no oírla (ella ya se había callado), él desapareció en el dormitorio.

No sería hoy ni mañana. Adrián no revelaba indicios de una pronta partida, no se mostraba nervioso ni impaciente, solo un poco taciturno, reía menos cuando llegaba a la noche.

Tampoco la casa evidenciaba signos de partida. Ningún amigo, ninguna visita inesperada advertiría una alteración sospechosa, aquel descuido en las cosas que se abandonan, el orden de siempre en las prendas guardadas en sus roperos, sus cómodas, en la colección de muñequitas rusas visibles sobre un estante. Adrián había dicho que deberían dejar todo atrás. Ella había accedido finalmente. Su resistencia había durado poco, no había motivo para enquistarse defendiendo posesiones a las que habitualmente no les prestaba atención. En cualquier país gotearía una canilla y ella podría mirar caer las gotas, un perro hambriento esperaría su comida. Ya sin ninguna protesta, día tras día alimentaba una contemplación indiferente, día tras día relegaba sus recuerdos y le parecía que no le costaba, pero aún sentía un peso cuando pensaba

en el baúl de la abuela abandonado en la oscuridad del sótano.

Más tarde, Adelia recogió los platos de la cena y los llevó a la cocina, salvo uno en el que amontonó los restos de comida. Abrió la puerta de entrada. El perro de los vecinos la esperaba a pasos del umbral. Siempre tenía hambre. Adelia depositó el plato en el suelo y lo miró comer. El perro se restregó contra sus piernas. Ella se inclinó y le acarició el lomo, sedoso como el de un animal salvaje, tal vez un armiño. El perro se sentó, estaba cansado.

Diseñar armas biológicas es un proceso fascinante que lleva a producir toneladas de agentes biológicos que serán utilizados con fines militares. Muchos otros desarrollan nuevas bombas, nuevos misiles cruceros, nuevos aviones. No se los llama criminales, son científicos. Yo diseñé armas biológicas. No es algo de lo que tenga que congratularme. Pero nadie podría usar esas armas para asesinatos.

Kantajan Alibekov

Hacia la medianoche, una semana después, Adrián la despertó en pleno sueño. «Vestite», dijo. Él había preparado té en la cocina y Adelia bebió unos sorbos antes de salir. Un largo coche azul oscuro, con las luces apagadas, estaba estacionado en la calle frente a la puerta. Adrián recogió su maletín y se adelantó. Ella, tras él, cerró con llave. No dirigió una última mirada a la casa, no pensó en el perro que otras noches en vano esperaría su comida.

Adrián, sentado junto al chofer, apretó el maletín contra su cuerpo, levantó y bajó la mano en un gesto de partida. Recién entonces Adelia volvió la cabeza hacia atrás.

Del largo viaje Adelia solo registró fragmentos, la figura de Adrián dormido en el avión con la boca entreabierta, el vuelo sobre las nubes y la ausencia de palabras. Ninguna tramitación previa, de esas que expresan perentoriedad o cortesía las había requerido, una solicitud de pasaportes, la despedida con mecánicos deseos de buen viaje de un empleado impasible.

Nadie había hablado durante el trayecto en coche, como si fuera un esfuerzo excesivo o la voluntad de hacerlo no existiera. Cuando en un alejado puesto fronterizo

abandonaron el país sin detenerse, el breve momento de tensión (o la pena de partir) no se tradujo en comentarios. No se comentó el hecho, que solo explicaría el soborno, de las barreras altas y sin guardias, ni tampoco lo que significaba, en ese tramo del viaje, el acceso crucial a esa primera tierra extranjera, que sin embargo no se diferenciaba del país natal, lo prolongaba a uno y otro lado de los límites con el mismo paisaje de llanura y pastos ralos.

Un silencio unánime también en el avión al que ascendieron después, con ellos sentados en la parte delantera y tres hombres uniformados hacia el fondo, escasamente visibles en la penumbra. Un mudo ofrecimiento de comida, ningún rumor de charla, ni siquiera Adelia una exclamación de susto ante un pozo de aire, una tormenta atravesada en medio de relámpagos. Nadie había hablado y a ella no se le ocurrió asombrarse de ese largo viaje tan en silencio como si las palabras, y más que las palabras, estuvieran muertas.

En el complejo «Biopreparat», bajo las órdenes de Kantajan Alibekov, se produjeron con fines militares armas biológicas, desde ántrax, peste bubónica, turalemia, hasta ébola, fiebre encefálica y viruela. Se estudió, aunque sin éxito, la potencialidad del HIV y el hantavirus para los mismos fines.

Ya era de día cuando el avión aterrizó. En el aeródromo había un movimiento controlado y otros aviones en las pistas, de fuselaje verde y nariz puntiaguda. Dos hombres de traje y corbata, ambos con anteojos y pelo corto, los esperaban al pie de la escalerilla. Adelia bajó como una sonámbula, con los mismos pasos ciegos y seguros de una sonámbula, pero estaba despierta, solo que el viaje la había extenuado. No podía decir dónde estaba, qué movimientos ejecutaba casi inconscientemente. Tantas horas en el avión, tanta pesadumbre de fatiga. Mientras bajaba la tocó una ráfaga de aire, por fin el aire, pensó.

Los hombres, al pie de la escalerilla, estrecharon las manos de Adrián, saludaron a Adelia con una media sonrisa y una inclinación de cabeza. «¿Buen viaje?», preguntaron en una lengua que Adelia no entendió. Adrián sí porque fluidamente cambió unas frases con los hombres sin darse cuenta de que la dejaba aparte. Por lo demás ella no se resintió, desde siempre había elegido estarlo.

Un coche se acercó para recogerlos a unos metros del avión. El chofer estacionó y entregó las llaves a uno de los hombres que ocupó su lugar y puso nuevamente el motor en marcha. El otro abrió las puertas traseras. Guiada por Adrián, Adelia subió al coche, bebió un café con los ojos entrecerrados (¿quién había puesto el vasito de café en sus manos?) y se durmió en seguida, apenas apoyó la nuca en el respaldo del asiento. Sentía el cuerpo de Adrián, el calor del

cuerpo de Adrián que le había pasado un brazo por los hombros y la sostenía. Si atravesaron una ciudad no la vio.

El problema es que si bien no resulta muy ético que una persona esté creando armas para provocar daño, también es cierto que, si esa persona no es médico, tampoco formuló juramento alguno que lo comprometa a no hacerlo. Pero para un médico, como yo, que está obligado por el juramento hipocrático a curar a la gente, ese trabajo resulta inmoral.

Kantajan Alibekov

Al mediodía, el coche se detuvo en una zona de descanso de la ruta. En el bar, Adelia comió sin ganas, probó alimentos coloridos de poco sabor o era su boca pastosa que le impedía disfrutarlos, y bebió ávidamente un zumo que no le gustaba, extremadamente frío, extremadamente dulce. Durmió en una cama extraña durante la noche. Adrián le sonreía con frecuencia pero no le hablaba, como si de hoy en adelante quisiera usar lo menos posible una lengua que ya no le sería útil. Apáticamente, ella intentó comentar el viaje y él solo le dijo que había estado bien, que durmiera porque todavía los aguardaba una jornada de viaje al día siguiente.

Muy temprano en la mañana, Adrián la despertó. Adelia no abrió los ojos, rezongó que se había dormido al alba y tenía sueño. Sin embargo, él la había dejado dormir hasta último momento. Bañado y afeitado, ya estaba vestido.

Reanudaron el viaje ocupando los mismos lugares en el coche, los hombres en el asiento delantero turnándose para guiar.

Ella sabía que era un país de vuelos, cruzado en la altura de rutas invisibles que unían de modo expeditivo una región a otra. Se preguntó por qué entonces la elección del viaje en

auto. Quizás pretendían compensarlos a ellos, los extranjeros, del viaje en avión desde el país natal, tan prolongado como una vigilia en una noche de enfermedad o pena. Pero ahora ella habría preferido el avión que a pesar de todo acortaba distancias, para no ver esos paisajes que se sucedían uno tras otro como si fueran uno solo, idéntico. Llevaba años sobre el asiento del coche, encerrada allí con Adrián y esos hombres cuyo lenguaje no entendía.

«¿Falta mucho?», preguntó cuando ya habían recorrido un largo trecho, infantilmente insistió para conocer el término del viaje.

Adrián tuvo un gesto de fastidio, se encogió de hombros con un dedo sobre los labios y el acompañante del chofer giró la cabeza hacia atrás y la miró interrogativamente mientras formulaba con irritación una pregunta que ella intuyó se refería a su reclamo. Adrián, usando un tono explicativo y conciliador que Adelia encontró humillante, respondió en la misma lengua incomprensible. Después cambiaron de tema, el hombre señaló orgullosamente la visión de unas enormes construcciones, y ella se resignó al aburrimiento, al cansancio, a no entender. A través de la ventanilla miró los campos que pasaban rápidamente, algunos verdes, otros amarillentos, iguales.

En una señalización que Adelia no alcanzó a leer, el coche se desvió de la autopista y sin variar la velocidad tomó un camino secundario. Varios kilómetros adelante, después de un control de documentos, un custodio en uniforme levantó una barrera a rayas blancas y rojas que interrumpía el paso y tras un corto trayecto el viaje interminable concluyó.

Recorrieron la casa, de techo plano. Los hombres, como empleados de hotel atendiendo nuevos huéspedes,

señalaron las llaves de luz, el aire acondicionado, abrieron y cerraron las puertas de cada habitación, agregando mínimos comentarios en dirección a Adrián. Con una rara perfección, la comodidad y las necesidades habían sido previstas, la heladera con la proporción justa de alimentos y bebidas, los placares con ropa, la vajilla a estrenar en los armarios y los aparatos eléctricos sobre la mesada, hasta algunas novelas de misterio y revistas de actualidad y de modas en una pequeña biblioteca. Escrupulosamente, los hombres mostraron en los baños botiquines de primeros auxilios, con píldoras para dormir, el dolor de cabeza; peines, cepillos, champúes y jabones; afelpadas toallas sobre soportes metálicos e incluso el frasco de una loción floral. Por lo demás, había tiendas en el pueblo, tiendas de todo tipo donde podrían adquirir enseres, ropa, víveres a su gusto.

Cuando finalizó el recorrido de la casa, Adrián besó a Adelia en la mejilla, le acomodó el cabello con un gesto cariñoso y le aconsejó que se pusiera cómoda, que tomara un baño y descansara; él volvería pronto, le susurró al oído como para que no lo escucharan los hombres aún presentes. La excitación le borraba la fatiga, por el momento no podría descansar, deseaba conocer su lugar de trabajo, los laboratorios, sus nuevas oficinas. Pero quizás confundiera sus deseos y lo que más lo acuciaba realmente era presentarse ante las autoridades para exponer a viva voz sus planes, que ya conocían por comunicaciones secretas, y tomar contacto con los expertos que investigarían bajo sus órdenes. Lo esperaban desde hacía meses y Adrián suponía que guardaban los mismos sentimientos, la misma expectativa. Antes de salir se volvió hacia Adelia. «¡Llegamos!», dijo en voz alta en lo que sería su lengua ahora y lanzó una de sus viejas carcajadas pero la presencia

de los hombres debió de incomodarlo porque la interrumpió en seguida.

Lamentablemente lo que hice ya está hecho y no es posible cambiar esa situación, pero trato de revertirlo ayudando a crear defensas médicas contra las armas biológicas. Es una lástima que siendo más joven mi deseo de hacer una carrera y mantener mis privilegios no haya sido suficiente para alejarme de ese trabajo. Reconozco que entonces no era una persona moral y éticamente correcta.

Kantajan Alibekov

Adelia acomodó las cortinas. Eran de una tela ligera, pura mezcla de hilos que le resultaba desconocida y que le agradaba tocar, infantilmente deslizaba los dedos de arriba abajo gozando la textura. Delante de la casa en un barrio cerrado con construcciones muy separadas, se extendía un trecho de césped, de la misma dimensión rectangular, del mismo verde en todas las casas, sin canteros, sin árboles. Luego aparecía la calle donde allí sí había unas palmeras que se estaban muriendo y donde la gente, poco acostumbrada a caminar, pasaba en auto. Tampoco era grato caminar, los espacios abiertos, las calles amplias, propiciaban los golpes de viento que arremolinaban nubes de tierra y de arena. Salvo el movimiento de los coches a determinadas horas del día (las compras, los turnos del colegio de los chicos, del trabajo de los hombres), la calle permanecía desierta. Ni siquiera había perros vagabundos. Sentados juiciosamente, los perros cruzaban en los coches que mantenían las ventanillas altas por el aire acondicionado. Sus dueños, amándolos con una devoción extrema, nunca les mezquinarían alimentos ni los dejarían vagabundear para que en el umbral de algún vecino esperaran su comida.

Adelia se había acostumbrado fácilmente a la casa, que era espaciosa con muchas dependencias, tres habitaciones y tres baños, todo era nuevo y funcionaba. No había fastidiosas goteras, caños rotos o descascaramiento de paredes, y los aparatos eléctricos respondían invariablemente a la menor presión del encendido.

Un jardinero venía todas las semanas a recortar el césped que el riego automático humedecía con puntual exactitud a las ocho de la mañana y los días de mucho calor también a las siete de la tarde. Ella no pensaba en las plantas de su antiguo jardín que había atendido desmañadamente y cuando se asomaba a la puerta y registraba el rectángulo de césped, igual en todas las casas, le costaba distraerse en su contemplación, lo miraba como a través de un vidrio que lo volvía inaccesible.

Kantajan Alibekov defeccionó a los Estados Unidos en 1992, llamativamente cuando Boris Yeltsin decidió terminar con el programa ofensivo de armas biológicas.

(Los enormes tanques fermentadores en los que se producía ántrax sirven hoy para preparar una marca de vodka y también cosméticos. Sin embargo, los servicios de inteligencia estadounidenses sospechan que en la secreta instalación de Sergiyev Posad se siguen desarrollando actividades relacionadas con las armas biológicas).

En un salón donde había otros extranjeros (los hombres separados de las mujeres), Adelia tomaba clases de inglés. Un individuo afable se esmeraba en pronunciar claramente lo que escribía en el pizarrón y ella repetía con docilidad junto a las otras mujeres, y advertía que ese muro de palabras incomprensibles que la había recibido se rompía poco a poco. Sin embargo, aunque ya conocía las expresiones del saludo y otras más (formas de decir habituales, cifras, nombres de los días y los meses), Adelia no las usaba, no había hecho contacto con ninguna de las mujeres, que parecían tímidas e incómodas. Apenas terminada la clase, todas se apresuraban a marcharse (ella también), como si afuera las esperara una tarea urgente, distinta del camino que emprendían con cierto aire asustado hacia las casas confortables.

Por lo demás, Adrián había perdido su costumbre de reír a destiempo, ya no se anunciaba alegremente cuando abría la puerta hacia la noche, «¡Llegué, llegué!», pero eso no significaba que su drástica decisión hubiera alterado su carácter, que ese carácter fuera más triste o más sombrío. Al contrario, una luz nueva había aparecido en su rostro con un destello que lo rejuvenecía. No hablaba de su trabajo, quizás sí, un poco más, una que otra frase aquí, allá, con algunos datos sobre los que le pedía reserva. Datos sueltos, sin mayor relevancia, que a ella le habían permitido sin embargo hacerse una idea, imprecisa pero idea al fin, de lo que investigaba en un gran edificio no lejos de la casa. Todo en su aspecto, particularmente en el rostro despejado, revelaba que se sentía contento, útil de otra manera.

Su felicidad podía tocarse.

Trato de comprender si mi hogar está en Rusia, Kazajstán o dónde. En este momento mi país es este, soy un ciudadano de Estados Unidos. Estoy contento con lo que hago. Ahora estoy trabajando en mi área, analizando propuestas para desarrollar protecciones contra enfermedades infecciosas causadas por armas biológicas.

Ken Alibek (anteriormente Kantajan Alibekov)

Anochecía. Adelia contempló la calle hasta que se encendieron los focos. Era una luz buena, de una blanca intensidad, que iluminaba un amplio trecho de la calle desierta. Después trajo un mantel de la cocina y preparó la mesa en el comedor, aunque los horarios de Adrián, aún más previsibles, podían alargarse una o dos horas.

Un abejorro extraviado entró por la ventana abierta y voló en círculos. Espantándolo con la mano, ella quiso ayudarlo a que retornara al aire libre, su camino señalado por la luz de la calle. Enloquecido, el abejorro voló sin rumbo. Adelia trató de guiarlo hablándole en su lengua materna, «¡A la ventana, a la ventana!». Después se cansó. Y el abejorro debió de cansarse también porque Adelia lo vio posarse sobre un plato. Esperó pacientemente a que se moviera con su zumbido insistente. Por fin, el abejorro emprendió vuelo y se detuvo un instante en la pared, luego volvió a la mesa, quizás atraído por la blancura del mantel o por una partícula invisible de comida. Adelia se acercó en puntas de pie y lo observó curiosamente, susurró «a la ventana» sabiendo que no se movería, luego aplastó al abejorro con un movimiento brusco, rígida la palma de la mano golpeándolo con fuerza ya que no quería salvarse.

«Empieza a hacer frío», comentó Adrián cuando llegó a la noche, apenas demorado. Cerró la ventana. «¿Cómo pasaste el día?», preguntó. Ella tardó en contestar. Con la mano hizo caer al suelo el pequeño cuerpo deshecho del abejorro y guardó para sí el primer recuerdo valioso de su nueva vida. «Feliz, muy feliz», dijo.



GRISELDA GAMBARO, novelista y dramaturga. Nació en Buenos Aires en 1928. Comenzó a escribir tempranamente, dedicándose en principio a la narrativa, género que alternó después con la dramaturgia. Desempeñó distintos trabajos hasta que la obtención de premios y la percepción de sus derechos de autor le permitieron, hacia 1982, vivir de su tarea específica. Durante la dictadura militar argentina, un decreto del general Videla prohibió su novela *Ganarse la muerte* por encontrarla contraria a la institución familiar y al orden social.